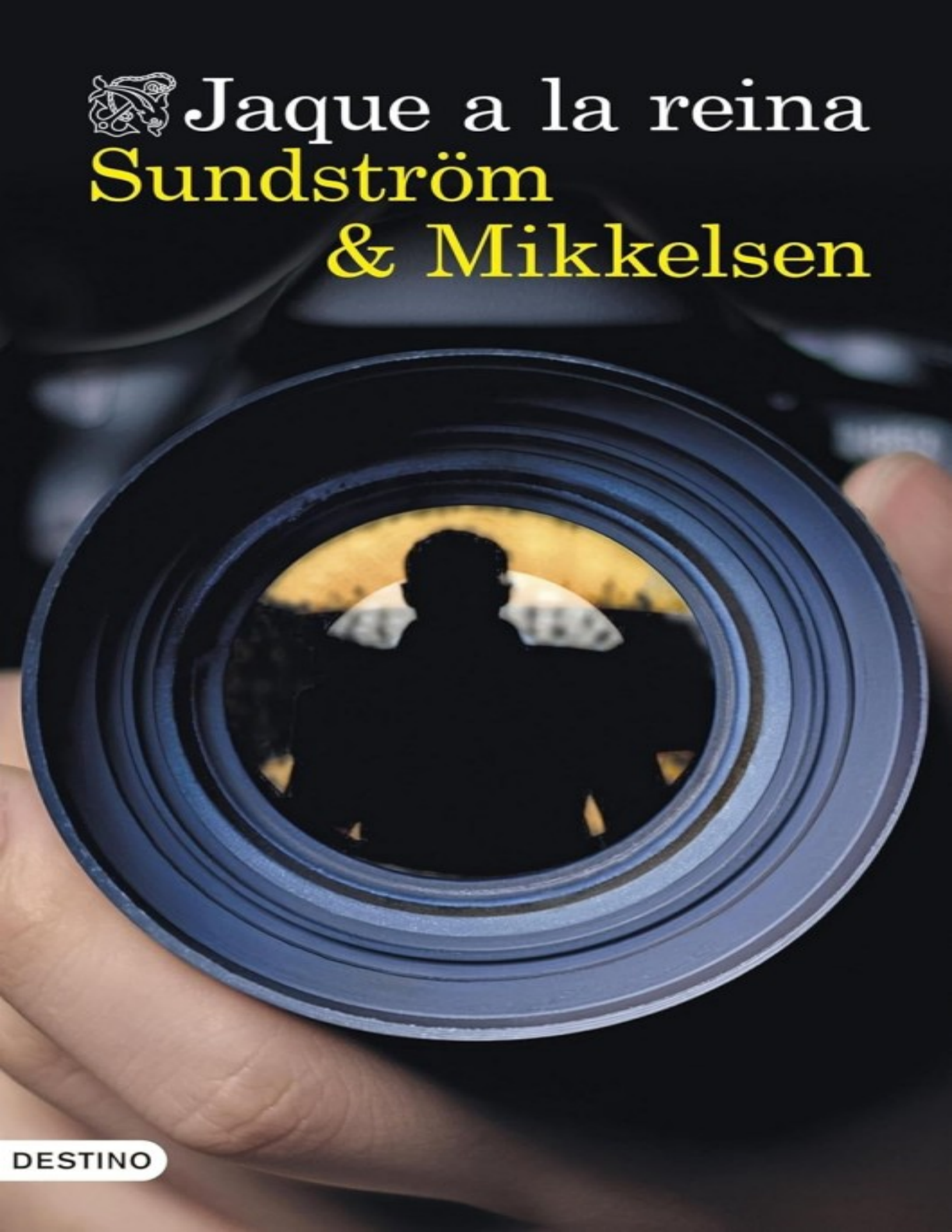
Jaque a la reina

Sundström & Mikkelsen



DESTINO

Índice

Portada

Portadilla

Prólogo

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

38

39

40

41

42

43

44

45

46

47

48

49

50

51

52

53

54

55

56

57

58

59

60

61

62

63

64

65

66

67

68

69

70

71

72

73

74

75

Epílogo

Agradecimientos

Créditos

JAQUE A LA REINA

Lena Sundström y Jens Mikkelsen

Traducción de Claudia Conde

Ediciones Destino

Prólogo

El grito en la oscuridad es tentativo, de búsqueda, tembloroso de esperanza, como una llama justo antes de apagarse. ¿Los dejarán salir ya?

Se da cuenta de que debería dirigirse al pasillo y sumarse a los demás, pero es como si su cuerpo se negara a obedecerlo.

Entonces oye el rugido del abismo. Golpes sordos de cuerpos que chocan contra las paredes y caen al suelo, gente que corre a ciegas en las tinieblas.

Después de lo que parece una eternidad, vuelve a reinar el silencio.

Espera. Intenta convencerse de que no va a acabar así.

No en ese lugar.

No ese día.

¿Se habrán olvidado de él? ¿No habrán notado que falta uno?

Percibe pasos que se acercan.

—¡Corre! —oye que grita su hermano mayor, aunque no está con él, y entonces salta de la cama para precipitarse hacia la negrura.

Cuando le ceden las piernas, al principio no se da cuenta de lo que está ocurriendo. Sin embargo, lo ha sabido todo el tiempo, desde que oyó el golpe de las puertas de acero al cerrarse, los gritos y las risas.

Hay alguien que está disparando contra seres humanos como si fueran animales.

Alcanza a pensar que nadie sabe dónde está antes de caer al suelo de hormigón sin poder hacer nada para evitarlo.

Su momento en el mundo.

Vives un tiempo. Y después te vas.

1

Sven abrió el periódico mojado sobre la mesa del desayuno y suspiró resignado al ver el artículo sobre el campamento de *scouts* en Staffanstorp que se había visto obligado a escribir. No era el tipo de trabajo que había imaginado en sus tiempos de estudiante, cuando soñaba con dejar huella en el mundo.

—¡Chicos, llegaréis tarde otra vez! —gritó en dirección a la escalera mientras colocaba en la mesa tres cuencos, el yogur de frutas y la caja de cereales.

Hugo, su hijo pequeño, que ya estaba sentado, apartó su bol de un manotazo.

—¡Quiero tostadas con Nutella!

Tras evitar por los pelos que el cuenco cayera al suelo, Sven metió dos rebanadas de pan en la tostadora y encendió la radio.

—¡Tostadas con Nutella! —volvió a aullar Hugo, sofocando con su voz la sintonía del noticiario matinal.

—Hugo, por favor. ¿Cuántas quieres?

—¡Cuatro!

—¿De verdad piensas comerte cuatro tostadas con Nutella?

¿Por qué se lo había preguntado? ¿Por qué se empeñaba en preguntarles a sus hijos qué querían comer si nunca le gustaban sus respuestas?

Tres niños, dos de ellos gemelos, y a Sven todavía le costaba entender cómo podían ser tan diferentes. Ellen, la mayor, siempre había sido sociable y fácil de complacer. Dormía sin problemas

aunque hubiera una fiesta en casa o su hermano pequeño estuviera chillando. Nils, que había llegado al mundo veintidós minutos después que su melliza, era ansioso y previsor. De pequeño, guardaba las golosinas de los sábados hasta el viernes siguiente, le tenía miedo a Pippi Calzaslargas y lloraba cuando algún personaje de la tele levantaba la voz.

Con Hugo, Sven se sentía como si le hubieran cambiado a su bebé en la maternidad. Era un caprichoso que daba puñetazos en la mesa cada vez que estaba contrariado. Su abuela lo llamaba «el pequeño dictador» desde el día en que tiró una de sus albóndigas desde la cocina hasta el salón. El niño había proclamado que no eran «de verdad» porque las había hecho ella.

Sven le puso delante el pan ligeramente tostado, untado con una generosa capa de cacao, aceite de palma y agente emulsionante. Tras devorarlo, el pequeño se limpió las manos pegajosas en el jersey.

—Hugo, por favor.

En ese momento los gemelos bajaron ruidosamente la escalera, seguidos de cerca por Lisa. Nils se sentó a la mesa y se sirvió un poco de yogur mientras Ellen se acercaba a Sven, de pie junto al fregadero.

—No quiero desayunar. No sé cuántas veces tengo que decirlo. Con un café me basta.

—No pienso darte café con catorce años. Además, necesitas comer algo para tener fuerzas durante el día.

—Tú solo bebes café —replicó Ellen, señalando con la cabeza la taza de su padre.

Sven bajó la vista hacia el líquido oscuro como buscando una respuesta que no encontró.

—Cuando seas mayor, tú también podrás hacer lo que quieras. —Entonces subió el volumen de la radio para indicar que no pensaba seguir discutiendo.

«Empeora la situación humanitaria en Gaza, según nuestro corresponsal, que ha entrevistado a miembros de Médicos Sin Fronteras. El precio de la electricidad sigue aumentando y podría alcanzar niveles sin precedentes, en opinión de varios expertos».

El tercer titular del informativo hacía referencia a Malmö, por lo que Sven subió todavía más la radio.

—Un momento, chicos, ¿podéis bajar un poco el volumen? No, el de la radio no. Os lo digo a vosotros… ¿Podéis dejar de armar tanto alboroto?

«Se ha denunciado la desaparición de Rebecca Rönn, destacada figura de la sociedad de Malmö. La policía no ha revelado las circunstancias que rodean su caso, pero no descarta que haya sido víctima de un crimen».

Sven se acercó atropelladamente a la radio para oír mejor, pero el presentador ya había pasado a la siguiente noticia: el previsto récord de ventas durante la inminente campaña navideña.

Lisa le pasó el jersey por la cabeza a Hugo e intentó meterle en la boca el cepillo de dientes.

—¿No la entrevistaste hace poco para uno de esos perfiles periodísticos?

Sven sintió que se le aceleraba el corazón. Su mujer lo miró preocupada.

—Cariño, ¿estás bien? Te has puesto pálido.

—Sí, sí. Es solo que me he levantado demasiado rápido.

Lisa lo observó con escepticismo.

—¿Estás seguro? ¿No hay nada más?

—No, estoy bien. ¿Podrías llevar a Hugo al colegio?

—Hoy te toca a ti —repuso ella, sonriendo para suavizar su respuesta. Pero enseguida añadió—: Sí, desde luego, siempre que te encargues tú de la compra. —Entonces se despidió de su marido con un beso y salió al recibidor con los niños.

Sven se apoyó en el fregadero, sintiendo el corazón desbocado en el pecho como un mediocre solo de batería que no fuera a acabar nunca. Bebió un vaso de agua con la esperanza de que le aliviara las náuseas y el mareo, pero el mundo se siguió tambaleando a su alrededor.

—¿Tienes la mochila? —oyó que Lisa le gritaba a Hugo—. ¿Y el casco?

—¡Quiero que me lleve papá!

—Ponte el gorro. Tú también tienes que ponértelo. Hace frío.

La puerta se cerró de golpe y Sven se quedó solo en la casa silenciosa.

Había sido suya la idea de hacer un minucioso perfil de Rebecca Rönn. Sentía auténtica curiosidad por esa mujer de cuarenta y seis años, y le apetecía descubrir qué había detrás de la fachada que presentaba al mundo exterior.

No solo era consejera de sostenibilidad en el Ayuntamiento de Malmö, sino una carismática figura de la sociedad local, conocida en todo el país. Se movía con igual soltura entre los millonarios y entre los jóvenes de «las zonas desfavorecidas», como ella solía decir en lugar de hablar de «los barrios pobres». Siempre estaba disponible para los periodistas, nunca se privaba de decir lo que pensaba y atendía por igual a la prensa local y a la televisión nacional. Además, había triunfado donde otros se habían rendido. Había conseguido que Hope Properties, empresa dueña de una parte sustancial del parque de viviendas de Malmö, invirtiera en iniciativas sociales a

largo plazo en barrios periféricos como Rosengård, Sofielund y Kroksbäck.

Al principio, Sven había sentido cierto escepticismo hacia ella desde el punto de vista profesional y personal, tal vez por prejuicios machistas ante una mujer que salía demasiado bien en las fotos y se encontraba a gusto tanto en los programas matinales de radio y televisión como en las redes sociales. Pero pronto tuvo que reconocer que hacía muy bien su trabajo y que su atractivo y su elegancia —ya fueran para ella una ventaja o un inconveniente— eran quizá lo menos importante.

Estaba casada con el responsable del departamento jurídico del Ayuntamiento, Pål Hammar, un hombre que en muchos aspectos era la cara opuesta de su mujer: una eminencia gris que nunca llamaba la atención. Sven solía recurrir a él cuando los gestores municipales eludían sus preguntas o se negaban a entregarle documentos públicos. Pål Hammar comprendía que esa actitud era perjudicial para la imagen del consistorio y por lo general accedía a sus solicitudes, por lo que Sven siempre había tenido la sensación de que existía un respeto mutuo entre ellos.

El día de la entrevista, Rebecca Rönn había dejado claro que no quería fotógrafos en su casa, en parte por los niños y en parte por las amenazas recibidas a lo largo de los años, según ella misma explicó. Es posible que hubiera también otras razones, como el hecho de que viviera en Fridhem, una de las zonas más exclusivas de la ciudad, y de que eso pudiera chocar con su imagen de mujer luchadora, criada en uno de los barrios más pobres de Växjö. Sven había respetado sus deseos y por eso la entrevista había tenido lugar en un café de Slottsstaden.

El resultado había sido muy satisfactorio para él, ya que había tenido ocasión de retratar algunas facetas poco conocidas de su

entrevistada. Pero el artículo aún no había sido publicado porque estaba previsto como una lectura larga para las vacaciones de Navidad, y Sven todavía no había tenido tiempo de enviarle a Rebecca las citas textuales para que ella les diera el visto bueno. Hacía apenas unos días, ella le había preguntado en un correo electrónico si tenía un momento para hablar. Sven lo había interpretado como el típico mensaje que solían mandar los entrevistados justo antes de una publicación cuando querían añadir algo a sus declaraciones o, más a menudo, retirar parte de lo que habían dicho. Le había contestado disculpándose por el retraso en el envío de las citas textuales, se había comprometido a hacérselas llegar en el transcurso de la semana siguiente y le había propuesto volver a hablar para entonces.

Rebecca le había respondido que no le escribía por nada referente a la entrevista, sino por otro asunto de naturaleza más delicada, y había insistido en reunirse con él.

«No sé a quién dirigirme con esta información», había escrito en su email.

Sven lo había leído en el móvil mientras bajaba al garaje para salir a cubrir una noticia con su fotógrafo, por lo que había contestado rápidamente con cuatro líneas, en las que le sugería a Rebecca que le escribiera por Signal, una aplicación donde todas las comunicaciones estaban encriptadas.

Una hora más tarde, había recibido un mensaje suyo:

> Es algo que afecta a lo más alto de la comunidad empresarial de Malmö.

Sven le había respondido desde el coche de vuelta a la oficina.

Me temo que necesito algo más concreto.

Cuando oyó la noticia de su desaparición en el informativo matinal de la radio, se dio cuenta de que se había olvidado del intercambio de mensajes.

En el mismo instante, recordó que había silenciado las notificaciones de Signal después de que un chat sobre la propuesta de sustituir todos los Mac por Chromebooks baratos hubiera degenerado en una interminable discusión entre colegas, con la consiguiente vibración incesante de su teléfono. Al final había silenciado la aplicación para no tener que oír el molesto tono de las notificaciones.

Cuando la abrió, vio que tenía seis mensajes sin leer, con las iniciales RR, de Rebecca Rönn, en la parte superior.

Mientras sentía que lo invadían las náuseas como premonición de algún tipo de catástrofe aún indefinida, clicó en la conversación.

El primer mensaje nuevo se lo había enviado Rebecca desde su teléfono dos días después del primer contacto por Signal.

Horas más tarde, ese mismo día, le había mandado otro al que adjuntaba la foto de una nota con varios nombres manuscritos en tinta azul, todos extranjeros.

A continuación, había añadido:

> Llámeme por Signal cuando pueda. Es más fácil
> explicarlo
> de viva voz.

Al no recibir respuesta, había enviado otro mensaje:

> He conseguido algo que creo que le interesará
> tener.

¿Qué habría querido decirle? ¿Sería la información que había descubierto la causa de su desaparición? ¿Tendría él la culpa? Después de todo, la había animado a buscar pruebas concretas.

Obviamente, era imposible saberlo porque Sven ignoraba por completo la naturaleza de lo que ella quería contarle.

Volvió a leer y releer los mensajes. El único que contenía cierta información era el que afirmaba: *Es algo que afecta a lo más alto de la comunidad empresarial de Malmö*. Pero eso tampoco le decía nada.

Aunque sabía que probablemente no le sería de ninguna utilidad, Sven decidió responder.

Estoy aquí. Escríbame si puede.

Pulsó el botón de «Enviar». Dos marcas de verificación indicaban que el mensaje había llegado a su destino, pero el círculo en torno a las marcas seguía sin rellenar. Eso significaba que nadie lo había leído.

2

La nieve caía lentamente sobre la plaza de Möllevång. En poco tiempo, la ciudad entera quedó cubierta por un espeso manto blanco que alteraba los sonidos, los atenuaba y volvía las calles más amables y silenciosas.

Hamid corría en zigzag por la plaza delante de Ali, que por un instante fue consciente de la verdadera edad de su compañero. No era más que un niño, con piernas que preferían correr antes que andar y seguir trayectos sin sentido, como si no le importara derrochar energía.

De pronto, Ali se sintió rico en todos los sentidos y no solo por las tarjetas de crédito que habían hallado tres días antes. Lo había invadido la repentina sensación de que todo era posible si se mantenían fuera de sus círculos habituales. Solo tenían que pensar un poco más a lo grande, como había dicho Hamid la otra noche cuando mencionó los yates de lujo del puerto, equipados con cuartos de baño, cocinas con nevera y congelador y dormitorios con camas grandes y cómodas.

—Están vacíos hasta el verano —había dicho.

Habían hecho todo el camino andando, desde las vías del tren en Emilstorp hasta el pequeño puerto deportivo junto a los baños de Ribersborg, con la esperanza de encontrar un barco donde dormir unas cuantas noches. Pero, nada más entrar en aquella zona, los faros de un coche habían iluminado la extensión de grava y

enseguida habían oído puertas que se abrían y cerraban, y voces que se acercaban.

Habían huido a través de la explanada de Ribersborg para no correr el riesgo de toparse con uno de los coches de policía que solían circular por los carriles bici. La oscuridad era completa y, de no haber sido porque Hamid tropezó con el bolso, no lo habrían visto. Estaba tirado en la hierba y era el tipo de bolso que llevaban las mujeres cuando tenían una cita o personas importantes con las que reunirse, no cuando salían a pasear al perro.

Hamid había dejado escapar un silbido en cuanto lo abrieron. Un iPhone nuevo, un mechero dorado y un montón de cosas más que con toda seguridad podrían vender. Se habían apresurado a guardarse todo en los bolsillos antes de deshacerse del bolso tirándolo en un contenedor de basura en la parte trasera de un quiosco de la playa.

Después habían pasado por un McDonald's y un 7-Eleven, sin mucha esperanza de que las tarjetas funcionaran. Pero, para su sorpresa, no estaban bloqueadas. Habían comprado cigarrillos y golosinas, y luego habían retirado dinero en efectivo de varios cajeros, siempre en pequeñas sumas para que no les pidieran el número secreto. Al día siguiente había pasado lo mismo. Inexplicablemente, las tarjetas seguían operativas. Aun así, Ali pensó que sería mejor alejarse de las zonas que solían frecuentar si querían seguir probando suerte. Por eso, cuando Hamid le había propuesto ir al mejor sitio de desayunos de la ciudad, en Möllan, accedió.

—¿Estás seguro de que conoces el camino?

—Claro que sí, ya casi estamos. Aunque creo que nos hemos pasado. O no, espera. Me parece que es por aquí.

Ali dejó escapar un suspiro.

Llegaron a una esquina y encontraron una casa de cambio de moneda; en la siguiente, otra. En la tercera, un restaurante indio. Parecía que en Möllan había de todo, menos el local que buscaba Hamid.

—Es lo que pasa con la nieve. Las cosas se ven diferentes cuando todo está rebozado de nata —se justificó el muchacho mientras seguía avanzando, dando saltitos innecesarios.

—Déjalo. Podemos ir al Jalla Jalla a comer falafel —propuso Ali, tendiéndole las manos enrojecidas por el frío.

Pero Hamid siguió andando en dirección a un rótulo luminoso con letras árabes que parpadeaba un poco más adelante.

—Te juro que es un sitio fantástico, con cascadas y paisajes de montañas en las paredes. Ya lo verás. Tienen el mejor *za'atar* y los mejores *manakish* que hayas comido en tu vida. Te morirás de gusto cuando pruebes el *fatteh* con *shawarma*, te lo prometo.

Ali sabía que Hamid solía idealizar todo lo que había visto y conocido durante sus primeros meses en Suecia y más concretamente en Malmö.

—Te das cuenta de que eso fue hace muchísimo tiempo, ¿no? Ya no será lo mismo. Es probable que el restaurante haya cambiado de propietario. No será como lo recuerdas.

—Es igual, no me importa. Solo quiero ir, nada más —replicó el chico, y, de repente, salió corriendo—. ¡Ahí está! ¡Es ahí! Estoy seguro.

A Ali le daba igual que fuera o no el lugar buscado. Lo principal era encontrar un sitio donde sentarse y entrar en calor. Hamid ya había subido los peldaños y estaba contemplando el interior del local.

—¡Es aquí! ¡Lo sabía! —exclamó triunfante—. ¡Aliwan Alshami!

—¿No decías que era el Shawarma Palace? —preguntó Ali incrédulo.

—Sí, pero también se llama así, ¿lo ves? —replicó Hamid, señalando el letrero de la ventana.

Ali se encogió de hombros. Aunque el texto parecía estar en árabe, podría haber estado en chino o en ruso y le habría resultado igualmente incomprensible.

Al entrar en el local, se detuvo un momento en el umbral.

—¡Te lo había dicho! —exclamó Hamid radiante de felicidad.

En efecto, era tal como lo había descrito: suelos de mármol reluciente y paredes decoradas con troncos artificiales y rocas de cartón piedra. Al fondo destacaban unas ruinas de las que manaba una cascada iluminada por focos azules. Era un lugar realmente bonito.

Ali se puso a estudiar el menú, escrito en un cartel por encima de la cabeza del hombre que atendía la barra, y enseguida la alegría y el alivio de haber encontrado el local añorado por Hamid dieron paso a la ansiedad y el nerviosismo. ¡Tantas combinaciones! ¡Tantos nombres diferentes y ninguna foto!

Miró a Hamid con cara de preocupación, pero su amigo dio un paso adelante, frotándose las manos.

—Veamos… Hummus con *shawarma*, *labneh*, *foul*, *sudjuk*, un *manakish* con queso y otro con *za'atar*.

El tipo de la barra sonrió mientras tecleaba en la caja registradora.

—Ya veo que tenéis apetito. ¿Algo más?

Ali negó con la cabeza, pero Hamid siguió pidiendo.

—Pasta de sésamo y sirope de dátiles.

Ali sacó la tarjeta y esperó.

—El menú incluye una bebida.

—¿Perdón? —Estaba tan convencido de que el sistema rechazaría la tarjeta que no entendió lo que le decía el hombre.

—Las bebidas están incluidas en el menú.

—Ah. Entonces pónganos dos *ayran*. Gracias.

—*Shukran*. Les llamaremos cuando esté todo listo.

Hamid ya había elegido un sofá en el interior del local, lejos de las ventanas que daban a la calle. Las servilletas sobresalían de los vasos como pequeñas velas blancas. Las había plegado él mismo cuando había preparado la mesa para los dos.

Ali recordó una vez más las grandes diferencias entre la vida de su amigo y la suya. Ambos habían nacido en el mismo país y hablaban el mismo idioma, pero hasta ahí llegaban las similitudes. Hamid procedía de una rica familia de comerciantes de Kabul y se había criado en una gran mansión con personal de servicio, mientras que Ali había crecido en una miserable aldea de montaña.

Pero nada de eso importaba ya.

Malmö y Suecia no distinguían entre un refugiado de clase alta de la capital y otro que había pasado la infancia pastoreando ovejas y cabras. Y entre ellos tenían su propia jerarquía.

Ali sabía buscarse la vida en la calle y su imagen era lo bastante amenazadora como para que nadie se metiera con ellos. Hamid era el más joven de los dos y Ali le sacaba cabeza y media, pero sabía muchas cosas. Contaba historias de tesoros escondidos en Kabul, de un lobo que había salvado a todo un pueblo y de alfombras tan espesas y mullidas que pisarlas era como caminar por las nubes.

A ojos de Ali, Hamid tenía algo especial, y se había propuesto impedir que Suecia y Malmö se lo arrebataran.

—Tenías razón —le dijo en darí, el idioma que solían hablar entre ellos, señalando las paredes con un movimiento de la cabeza.

—Espera a probar el *fatteh* con *shawarma* que hacen aquí —replicó Hamid, bajando la barbilla y la voz de una manera que lo hizo parecer más serio y adulto—. Será como coger un vuelo directo a tu infancia, a tu casa… Sentirás el olor del cordero asándose sobre las brasas y del pan casero recién hecho.

Ali sonrió mientras intentaba sacudirse de la sudadera la nieve acumulada en un pliegue de la capucha.

—Eres un poeta —observó.

—Espera y verás —insistió Hamid. La sonrisa le marcaba hoyuelos en las mejillas.

Ali se encogió de hombros.

—Quítate el abrigo —le susurró.

Así lo hizo Hamid mientras Ali contemplaba el local. Una familia con dos niños pequeños. Una pareja joven sentada en uno de los sofás junto a la ventana, aparentemente más interesada en los teléfonos móviles que en la conversación. Y, cerca de ellos, un hombre mayor con el gorro y el abrigo puestos.

Ali se preguntó adónde irían cuando salieran de allí. ¿Tendrían un trabajo fijo? ¿Vivirían en pisos con agua corriente, escaleras limpias y calefacción? ¿Habrían podido tener lo mismo Hamid y él si algunos detalles mínimos de sus vidas hubieran sido diferentes? ¿Sería demasiado tarde para ellos?

Sintió el tacto de las tarjetas en el bolsillo. Cada vez que un comercio las aceptaba, era como si hubieran ganado el premio gordo de la lotería, y, sin embargo, tenía una sensación extraña que no habría sabido explicar, quizá por el modo en que habían encontrado el bolso, tirado en la hierba, casi como un señuelo. Porque todo había resultado demasiado fácil. Por el iPhone prácticamente nuevo. Calculó la cantidad enorme de solomillos de primera calidad que habrían tenido que robar y vender para hacerse con tanto dinero.

Quizá no estaba acostumbrado a tener tanta suerte, a que por una vez las cosas le salieran bien, a estar sentado junto a Hamid en un lugar con buena calefacción, comiendo hasta hartarse. ¿Qué podía haber de malo en eso?

3

—Patrik, necesito que hablemos. ¿Tienes un minuto?

El jefe de redacción levantó una mano para indicarle a Sven que lo había oído.

—Después de la reunión matutina, Nygren. Ahora tengo que hablar con los chicos en prácticas.

Sven sabía que Patrik era buena gente. No era culpa suya que el consejo de administración hubiera fusionado los puestos de redactor jefe y director general en una sola persona para ahorrar dinero ni que el nuevo cargo hubiese ido a parar a manos de un idiota como Viktor Victorin.

En seis meses, Victorin no solo había despedido a la mitad de la redacción y rebautizado las salas de reuniones con términos de moda en el mundo empresarial como «Desafíos», «Disrupción» y «Potencialidad», sino que había impuesto a los reporteros el lema *good enough* («bueno, pero sin pasarse») para que mejoraran la relación coste-beneficio de su trabajo. Dicho en otras palabras, era como ordenarles que no contrastaran los datos de sus artículos y se limitaran a redactarlos.

Después de quitarse el casco de ciclista y el abrigo, Sven encendió el ordenador, que parecía somnoliento como todas las mañanas. Mientras esperaba a que reaccionara, fue a buscar una taza de café y envió un mensaje de texto a uno de sus contactos en la policía.

Tenía la costumbre de designar a todas sus fuentes con el nombre de Kjell, pero esta en concreto se llamaba Martin. Se habían

conocido a raíz de un reportaje suyo sobre un restaurante de reciente apertura donde trabajadores extranjeros cubrían turnos de catorce horas al día y dormían encerrados en un sótano. El cocinero estaba tan agotado que sufrió un colapso y tuvo que ser hospitalizado en una planta psiquiátrica. Martin, que por entonces era inspector de policía, inició una investigación que la fiscalía abandonó al poco tiempo pese a que parecía muy prometedora. El inspector se indignó tanto que llamó a Sven y declaró para el *Dagbladet* que los traficantes de personas quedaban en libertad por la incompetencia de la fiscalía.

Desde entonces, habían seguido en contacto.

Martin no solo era la única fuente policial que, en opinión de Sven, ayudaba más de lo que entorpecía, sino que ambos compartían una profunda aversión a las reuniones interminables, por lo que solían echarse una mano mutuamente para no tener que soportarlas.

No dudes en interrumpirme en
medio de la reunión matinal que
está a punto de comenzar.

Martin le contestó enseguida.

Te llamo dentro
de diez minutos.

La redacción del *Dagbladet* estaba integrada por doce reporteros y tres fotógrafos. Por razones administrativas que privilegiaban la antigüedad en el cargo, la última ronda de despidos había puesto punto final a varios años de atención a la diversidad, lo que había resultado en una redacción compuesta principalmente por empleados de cierta edad tanto en los niveles inferiores como en los superiores.

El mayor de todos era Manfred Gustafsson, un plumilla obstinado pero hábil que, cada vez que los jefes le sugerían llegar media hora antes o quedarse media hora más tarde para acabar una tarea, los remitía al párrafo 12 de la Ley de la Jornada Laboral, según el cual todos los cambios de horario debían anunciarse con al menos dos semanas de antelación. «No amenaces con dimitir, sino con quedarte» era su lema preferido, excepto las pocas veces que aceptaba un encargo a regañadientes. En esos casos, se guiaba inflexiblemente por su segundo lema: «Solo es noticia lo que los poderosos quieren silenciar. Todo lo demás es propaganda».

La siguiente en edad era Kerstin Stenholm, periodista local de la vieja escuela que almorzaba por lo menos dos veces por semana en el Bullen no solo porque le encantaban las alubias, las albóndigas y la carne de cerdo encebollada que servían en ese restaurante, sino porque muchos de los personajes más importantes de la ciudad también lo frecuentaban. Sven la había acompañado varias veces y había sido testigo de su táctica de sentarse cerca de la entrada para que nadie pudiera entrar ni salir del local sin intercambiar con ella al menos unas pocas frases de cortesía. Tenía una habilidad inaudita para deslizar observaciones y preguntas insidiosas en las conversaciones más triviales y conseguir así que sus interlocutores le revelaran más de lo que hubiesen deseado. Algunos la eludían precisamente por eso, pero muchos habían comprendido que era imposible librarse de ella y, resignados, le pasaban información de la manera más discreta posible. No ocurría nada en el Ayuntamiento sin que Kerstin estuviera al tanto. A pesar de su persistente tos de fumadora, no era raro verla sola en el balcón, redactando mentalmente entradillas mientras disfrutaba de otro Prince extralargo.

Sven observó la sala de reuniones antes de ir a sentarse cerca de la puerta.

—¿Dónde están los demás?

—Ya estamos todos. Ponte cómodo —replicó Kerstin con una sonrisa burlona.

Patrik abrió la reunión anunciando que la ola de gripe había dejado a la mitad de la redacción en casa, tomando paracetamol. Después lanzó sobre la mesa el periódico del día, con el exagerado titular «La controversia en torno al té sacude la conferencia anual de los *scouts*».

Manfred lo contempló con expresión sarcástica.

—Sí, ya sé lo que vas a decir —se le adelantó Patrik mientras miraba a Sven con una sonrisa resignada.

Sven intentó parecer neutral.

—Querías que le diera un tratamiento serio y lo he hecho.

—Sí, ya veo. Cualquiera diría que estás hablando de la cumbre del clima en Sharm el-Sheij. «Aunque parezca una cuestión menor, el té puede dar pie a divisiones más profundas dentro de la junta». Muy gracioso. En cualquier caso, mañana también tendremos un periódico que sacar —prosiguió Patrik—. Rebecca Rönn lleva cuatro días desaparecida. Obviamente, tendremos que posponer la publicación de tu perfil hasta que sepamos qué le ha ocurrido.

Kerstin salió de su sopor y de pronto pareció muy entusiasmada.

—¡Buen trabajo, Sven! Ha sido genial que consiguieras la entrevista. Ahora disponemos de un montón de material que nadie más tendrá.

Sven hizo un gesto afirmativo con un nudo en la garganta. Aunque no se sentía capaz de sacar el tema delante de sus colegas, pensaba hablar a solas con Patrik del imperdonable error que había cometido.

—Creo que Torkel y tú deberíais unir fuerzas —continuó el jefe—. Si conseguís algo más de lo que ya han dicho los informativos de la radio, lo sacaremos en primera plana de la edición vespertina. De lo contrario, publicaremos simplemente la noticia de las agencias. —Patrik miró a Sven con los ojos entornados, como si intuyera que algo no andaba bien—. Nos sigue llamando gente para quejarse de la basura en Ribersborg. Un lector nos dice además que hay asentamientos de indigentes y que la policía no hace nada al respecto. ¿Alguien tiene tiempo de ir a echar un vistazo? —Se levantó las gafas hasta la frente, dejando la pregunta suspendida en el aire—. No, ya veo que no. Se lo puedo encargar al reportero de noticias de última hora. ¿Qué más tenemos? Plenario del Ayuntamiento. Eso es tuyo, Kerstin. Por otro lado, anoche hubo una explosión en Holma. Se lo pasaré a Torkel, que hoy trabaja por la tarde. Eso es todo. O, mejor dicho, no. El hotel Savoy ha cerrado por quiebra. Sobrevivió a dos guerras mundiales, pero, por lo visto, no ha podido superar las secuelas de la pandemia.

—¿Qué? ¡No puede ser! —Manfred parecía haber perdido a un ser querido.

Patrik le dirigió una mirada escéptica.

—¿Cuándo fue la última vez que cenaste en el Savoy? No te acuerdas, ¿verdad? ¿Te apetece escribir la necrológica?

—Tengo reunión sindical todo el día. De no ser por eso, lo haría encantado.

—¿Sven?

Absorto en sus pensamientos, Sven se dio cuenta de que el jefe lo estaba mirando.

—Disculpa, ¿qué has dicho?

—¿Puedes escribir unas líneas sobre la última víctima de la quiebra de restaurantes?

En ese momento el teléfono de Sven vibró sobre la mesa.

—Perdón, me está llamando mi contacto de la policía —se excusó antes de escabullirse a la sala contigua, donde mantuvo unos minutos de charla intrascendente con Martin.

Acababa de colgar cuando Patrik golpeó con los nudillos la puerta de cristal.

—No podías saber que iba a desaparecer —dijo el jefe al cabo de un rato tras escuchar la historia de los mensajes de Signal que Sven había pasado por alto durante todo el fin de semana.

Era justo lo que Sven esperaba que dijera. Sin embargo, lo único que registró su mente fue el suspiro de preocupación después de las palabras de consuelo.

—No, no podía saberlo —convino.

—Recibimos llamadas cada día. Todos tienen alguna información que creen que el periódico debería investigar: la licencia de obras de un vecino, la concesión de una subvención, una herencia mal repartida… Todos creen que lo suyo será la bomba. No te preocupes. Esperemos que aparezca pronto.

—Cuatro días son demasiados —replicó Sven, sintiéndose vacío por dentro.

—Así es. Son muchos.

—En el pasado he tenido algún contacto con Pål Hammar, su marido. ¿Te parece bien que lo llame? Desde luego, no es muy probable que tenga mucho que decir ni que quiera contármelo.

—Sírvete un café y habla con Torkel. Es demasiado impaciente para tomarse la mañana libre, así que ya viene de camino —dijo Patrik con una leve sonrisa que a Sven le resultó muy reconfortante.

Mientras él sonriera, no todo estaba perdido.

4

Anne había pensado que Sally se alegraría cuando se enterara, pero había recibido la noticia en silencio al otro lado de la línea telefónica.

Cuando por fin habló, no pareció particularmente entusiasmada.

—¿Qué vas a hacer en Malmö? Toda tu vida está en Estocolmo.

—Estaba —la corrigió Anne.

—Mamá…

—Lo sé, pero en este momento me parece liberador no conocer a nadie. Además, estaré más cerca de ti. Malmö está muy cerca de Lund.

—¿Dónde vas a vivir?

—Me he comprado una casa. Es lo que intentaba decirte.

—¿Te has comprado una casa? —Sally parecía cansada y su pregunta no fue una auténtica interrogación, sino una repetición de lo que acababa de oír, como si le estuviera contando a otra persona la locura que había cometido su madre.

—Creí que te alegrarías.

—Y me alegro. Pero ¿una casa? ¿En Malmö? ¿No quieres pensártelo mejor?

Anne se avergonzó. ¿Por qué siempre se sentía menos adulta que su hija?

—¿Lo sabe papá?

—Él ya no tiene nada que ver con esto, ¿no crees?

—No, tienes razón.

Anne hizo un esfuerzo para recuperar el tono sereno que le correspondía como madre.

—No creas que no me lo he pensado bien. El aeropuerto de Copenhague está a una hora de distancia. Y, desde allí, todo el mundo está cerca, por si alguna vez vuelvo a trabajar en el extranjero. La casa estaba bien de precio y es fantástica, ya lo verás. Necesita algunas reformas, pero eso es bueno porque me mantendrá ocupada. Si no tuviera nada que hacer, me volvería loca. Quería que fuera una sorpresa, y por eso no te había dicho nada hasta ahora. Hoy me han dado las llaves. Ya estoy aquí, así que puedes visitarme cuando sea si tienes tiempo.

—¿Ya te has instalado?

—Sí. Ahora es todo un poco caótico, pero creo que quedará bien. ¿No puedes venir?

—Esta noche no. Tengo que estudiar para un examen.

—Entonces mañana.

—Durante el día tengo clases, mamá.

—Sí, ya lo sé. No lo decía por presionarte. Ven cuando te vaya bien. Pero creo que te gustará ver la casa.

—No quiero prometerte nada —replicó Sally.

¿Era solo la imaginación de Anne o su hija le había hablado en tono de reprimenda y reconvención? ¿Se habían invertido los papeles? Si nunca prometes nada, nadie puede reprocharte que no hayas cumplido una promesa.

Probó a empezar de nuevo.

—Si no puedes en los próximos días, no pasa nada. No te preocupes por mí. No me sentiré decepcionada. Después de todo, ya tengo una edad. Cincuenta años.

—Ahora no te enfades.

—¿Cuándo me he enfadado yo?

Colgaron y Anne se quedó mirando el teléfono.

¿Era culpa suya? ¿Se había convertido en su propia madre? ¿En la mujer que merecía un castigo eterno por no haber cumplido con su cometido? ¿Habría heredado Sally la dureza de carácter de Anne y su afán justiciero, o sería simplemente hija de su padre ahora y para siempre?

Anne descartó la idea y apartó los papeles acumulados sobre la mesa de la cocina. Pensó que nunca sería capaz de contarle a Sally toda la verdad. Que había comprado la casa sin verla en una subasta judicial. «¿Reforma o demolición?», rezaba el anuncio. La respuesta resultaba evidente, pero la casa le había llamado la atención entre la multitud de publicaciones del portal de anuncios. Había algo en su fealdad que le había hecho conectar con ella.

Le recordaba al viejo y destartalado edificio de la estación de Lövestad adonde la llevaba su abuela al final de cada curso para comprarle a su maestra un ramillete de lilas. A la casa también le faltaban los cristales de varias ventanas, pero Anne había preferido no pensar en las consecuencias que años de lluvia habrían podido tener en el interior de la vivienda. No le había costado más de lo que habría tenido que desembolsar por la entrega de un pequeño estudio con cocina americana en Estocolmo, e, incluso si toda la estructura estaba podrida, la parcela seguiría valiendo un dinero.

Kirseberg, o «las Colinas» —como se conocía el distrito—, había tenido durante mucho tiempo la triste fama de ser una de las zonas menos atractivas de Malmö, y eso en una ciudad que nunca había destacado por su belleza. «La Chicago sueca», la llamaban a veces desde Estocolmo.

Pero Malmö estaba en alza. Y Kirseberg también.

Anne había cogido el tren decidida a que la casa fuera suya, y, como ninguno de los participantes en la subasta había entendido

que el pago debía hacerse en efectivo, la había conseguido a un precio muy inferior al de salida. Pontus había accedido a comprarle su parte de la vivienda de Estocolmo, la «Casa Blanca», como llamaban en broma al terrón de azúcar gigante que habían adquirido en Nacka veinte años antes. A él siempre le había encantado, pero a ella no. Le había ofrecido nada menos que un millón de coronas por encima del precio de tasación, según él, para no tener que regatear, aunque Anne sospechaba que había sido en parte porque se sentía culpable y en parte por el alivio de que ella no quisiera quedarse con la casa. Pontus se había ocupado de preparar todos los papeles con el banco. Y él, que siempre había sido de una lentitud exasperante cuando se trataba de tomar grandes decisiones, había hecho gala de una diligencia repentina en todo lo referente a la separación y la división de los bienes comunes.

Anne abrió la nevera, sacó la botella de champán que había puesto a enfriar hacía un momento y se sirvió el tibio líquido burbujeante en una taza de café que halló en un armario.

Después se fue a recorrer las habitaciones.

La gran mudanza no estaba prevista hasta el día siguiente por la tarde, pero había traído consigo un colchón inflable y un saco de dormir para pasar la noche en la casa. Había imaginado que Sally y ella lo celebrarían la primera noche con pizza, champán y velas antes de ponerse a arreglar y pintar. Le hacía ilusión que su hija viera lo mismo que ella cuando había comprado la casa, todo su potencial y posibilidades, en lugar de fijarse en los defectos. ¡Qué señorial debía de haber sido en otra época, erguida en lo alto de una colina, en el centro de Kirseberg! El hermoso y antiguo mirador del salón, donde había pensado construir un banco de obra con una estantería para libros. La magnífica chimenea. La amplia cocina, donde en primavera podría desayunar sintiendo el sol en la cara.

Pero de repente lo veía todo con la mirada crítica de Sally. Los radiadores oxidados. Las pintadas en las paredes y los desconchones encima de la repisa de la chimenea. La escalera llena de manchas marrones y el piso de arriba decorado con papel pintado barato de los años setenta.

Anne subió y abrió la puerta del cuarto de baño. Cuando encontró el interruptor de la luz, vio aparecer ante ella una vieja bañera y un friso de baldosas verdes en el que alguien había estado practicando la pintura sobre azulejos con el dibujo de unas gaviotas. No había quedado mal, pero tampoco bien.

Si su reacción al descubrir la casa en la web de anuncios había sido amor a primera vista, ahora que estaba allí, tenía la sensación de haber recuperado repentinamente la sensatez, como si se hubiera despertado en la cama junto a un desconocido y hubiera caído en la cuenta de que se había casado borracha.

La vivienda se encontraba en un estado lamentable y toda la parcela estaba repleta de una mezcla de escombros y basura vieja, botellas vacías y vasos rotos. Por lo visto, el terreno se había convertido en el vertedero más cercano de toda la comunidad de Kirseberg mientras no tuviera un nuevo propietario. El hecho de que la casa se hubiera vendido «en su estado actual» significaba que la compradora no solo se hacía cargo de todos sus fallos y defectos, sino que se quedaba con los muebles o, en todo caso, con aquellos que habían sido considerados una carga y no un activo. Todo lo que en las fotos le había parecido encantador a Anne le provocaba ahora una sensación de intenso cansancio. Se preguntaba si alguien querría comprar los viejos colchones de muelles o las sillas barnizadas de verde, a juego con la mesa de la cocina, en la que alguien había pintado un enorme sol amarillo.

Probablemente era mejor que Sally no visitara la casa hasta que estuviera un poco más arreglada.

Bajó a la cocina, se sirvió champán a medio enfriar en la taza y colocó unas velas en un par de botellas de vino vacías que había encontrado en el patio.

Faltaba un mes para Navidad. Se prometió que, para entonces, la casa habría vuelto a la vida y ella estaría otra vez en plena forma.

5

Habían encontrado una sala de reuniones vacía. Ninguno de los dos tenía paciencia para utilizar el sistema digital de reservas, pero confiaban en la capacidad de Torkel para imponerse si en algún momento uno de sus colegas pretendía hacer valer su reserva virtual por encima del cartel de OCUPADO escrito a mano que habían pegado al cristal de la puerta con cinta adhesiva.

Torkel era el reportero de sucesos del periódico, un hombre con memoria de Rain Man, capaz de recitar el DNI de casi todos los personajes turbios de la ciudad y de la mayoría de los sospechosos de haber cometido algún crimen en los últimos veinticinco años. Por la noche se entretenía leyendo las investigaciones preliminares de la fiscalía, sobre todo de los casos de asesinato, y entraba en la redacción cada mañana con la funda del móvil colgando de la cadera y el casco de la moto bajo el brazo, como un piloto de caza que acabara de aterrizar en un portaaviones del golfo Pérsico. Todos pensaban que en el fondo era policía, o quizá incluso militar, y que las circunstancias lo habían obligado a ser periodista. En realidad, era un alma sensible, aunque hiciera todo lo posible por disimularlo y no se resistiera a hacer la típica broma de «eso dijo ella» cada vez que se le presentaba la oportunidad.

Sven bebió un sorbo de café e hizo una mueca. Sabía todavía más agrio que de costumbre.

—Te lo he dicho. Tienes que cogerlo en la máquina del pasillo de los jefes.

—Es la misma que tenemos aquí.

—Pero allí el café es de mejor calidad. Y, además, allí tienen leche de verdad, no esta especie de polvo blanco.

—A mí me gusta solo. Y no pienso discutir contigo. Es demasiado temprano. —Sven bebió otro sorbo como para reafirmarse en lo que acababa de decir.

Torkel abrió el portátil. En la imagen de fondo de pantalla destacaba una leyenda: LA TERAPIA ES CARA. LA CERVEZA ES BARATA.

—Sutil —comentó Sven secamente.

—Sí, ¿te gusta?

—Te he enviado el texto y toda la investigación previa por Slack —dijo Sven—. ¿A ti te funciona bien?

Slack, el sistema de comunicación interna que habían adoptado en el periódico, era bastante práctico para compartir datos con rapidez entre muchas personas. El problema era que últimamente resultaba todavía más difícil llevar la cuenta de quién había enviado qué y por qué canal: WhatsApp, Viber, Messenger, SMS, correo electrónico, Signal… o Slack. Lo único seguro era que la información ya no estaba en papel.

—Es imperdonable que no vieras los mensajes de Signal, sobre todo después de pedirle específicamente a Rebecca que se comunicara contigo a través de esa aplicación —observó Torkel mientras ojeaba la carpeta que Sven había compartido.

—Gracias, no hacía falta que me tranquilizaras —replicó él en tono sarcástico, mirándolo con ojos cansados.

—No cuesta nada hacer una llamada —insistió Torkel—. Yo siempre llamo enseguida. No espero, lo hago sobre la marcha. ¿Y por qué tenías que silenciar las notificaciones?

—Después del cuadragésimo quinto mensaje en mayúsculas, me harté. El teléfono no paraba de vibrar. Así que, en el fondo, también

es culpa tuya. No creo que la libertad de expresión esté en peligro solo porque el *Dagbladet* pretenda cambiar los Mac por PC.

—Puede que no —respondió Torkel, riendo entre dientes—, pero los Chromebooks son una puta broma. En eso se parecen a nuestro nuevo editor. Dejemos eso ahora. ¿Qué te escribió Rebecca?

—En la carpeta he adjuntado capturas de pantalla de todos los mensajes. ¿Los ves?

Torkel se inclinó sobre la pantalla y leyó. Al terminar, miró a Sven.

—Oye, perdona si he sido demasiado duro. Comprendo que te sientas mal. ¿Quién sabe? Puede que todo tenga una explicación de lo más natural y que mañana ella aparezca de repente y diga que todo ha sido un gran malentendido.

—No es muy probable.

—No, no lo es. Pero nunca se sabe. De momento no está ni secuestrada ni muerta. Solo desaparecida. Y, en cualquier caso, no es culpa tuya.

Sven bebió otro sorbo del infame café tibio.

—Por lo demás, me ha gustado mucho —dijo Torkel—. Me refiero al perfil que le hiciste. ¿Qué le pareció a ella?

—No tuve tiempo de enviárselo.

—Ah. —Torkel se acarició la barbilla—. ¿Tienes alguna teoría? ¿Hubo algo que te llamara la atención? Después de todo, estuviste con ella hace muy poco.

Sven reflexionó un momento antes de contestar.

—Si te soy sincero, hay algo que no he reflejado en el texto, y es que todavía no sé muy bien quién es Rebecca Rönn. A ver si me entiendes; cuando estás con ella, parece auténtica y transparente. Es fácil que te fascine su forma de ser porque sabe transmitir emociones. Sientes que es sincera, tal vez más que otras personas. Sin embargo, en retrospectiva, empiezas a dudar… Tiene un aura de

privacidad frente al resto del mundo, pero se vuelve más abierta para transmitir determinada imagen. Es reservada y accesible a la vez, y ya sabes que eso no puede ser. Desde los medios hemos reproducido obedientemente la imagen que ella ha querido presentarnos, la de una mujer rubia con ropa informal y carísimas zapatillas de deporte que no tiene miedo a bajar al mundo real y ensuciarse las uñas. Y mi perfil no es mucho mejor que eso.

—¿Qué te pareció su familia?

—No quiso abrir su casa a la prensa porque, por lo visto, había recibido amenazas contra su persona. Por eso quedamos en una cafetería de Slottsstaden. Allí se tomaron las fotos.

—Aun así, me ha interesado lo que escribiste sobre su infancia en uno de esos barrios de bloques de los años sesenta. Es fácil olvidar que siempre ha habido zonas muy degradadas y marginalizadas. Es bestial la historia que cuenta de cuando acababa de mudarse y, al salir al balcón, casi le dio de lleno un vómito del vecino de arriba.

—No sé. Encaja muy bien con su imagen.

—Supongo que tendremos que investigar quién es realmente, más allá de lo que transmite en público. ¿Notaste algún signo de depresión? ¿Se estaba divorciando? ¿Te pareció enferma? —insistió Torkel.

—¿Crees que se ha suicidado? —replicó Sven con escepticismo.

—Suele ser una de las razones por las que la gente desaparece sin dejar rastro —observó su colega.

—Sí, claro, pero dudo que ella sea este tipo de persona. Aunque es difícil saberlo.

—¿Ves la carpeta «RR», de Rebecca Rönn? —Torkel la señaló en la pantalla de Sven—. Ahí he guardado tu borrador y algunos datos personales que he reunido esta mañana sobre ella, su hermana Amanda y Pål Hammar. Si tienes algo más, puedes ponerlo ahí. —

Torkel volvió a repasar sus notas—. Aquel mensaje que decía: «Es algo que afecta a lo más alto de la comunidad empresarial de Malmö»… ¿a qué podía referirse? ¿Tienes alguna idea? ¿Y la lista de nombres que te envió…?

—Solo he podido comprobar si están en el padrón y no he encontrado nada —respondió Sven.

Amplió la foto de la lista que había mandado Rebecca Rönn. Los nombres parecían árabes, aunque algunos podían ser de los Balcanes. Mohamed, Ahmed, Amina, Hamza… Estaban escritos con caligrafías diferentes, a excepción de dos de ellos, que parecían trazados por la misma persona, con el mismo bolígrafo y en un mismo momento.

Torkel ya los estaba comprobando en el disco duro donde guardaba su archivo policial privado, que abarcaba treinta años de crímenes cometidos en Escandinavia, escaneados en un formato que permitía las búsquedas. Eran catorce terabytes de información repartidos en más de noventa millones de documentos. No solo guardaba archivos de texto, sino también imágenes y vídeos de diferentes investigaciones policiales.

—Nada. ¿Estamos seguros de que están bien escritos?

—No.

—Busca en Acta —sugirió Sven.

Torkel cambió de pestaña e introdujo los nombres en Acta Pública, el mayor archivo documental sueco de temática jurídica, donde era posible encontrar documentos de casi todos los tribunales y organismos oficiales del país.

—Mira, una coincidencia. Ahmed, nacido en 2002. «La Dirección de Migración ha decidido revocar su permiso de residencia y trabajo, y dictar su expulsión del país en el marco de lo previsto en el capítulo octavo, sección sexta de la Ley de Extranjería». De vuelta a

Irak. Tenía cuatro semanas para marcharse por voluntad propia; de lo contrario, no podría volver a entrar nunca más en el país. Pero eso fue hace más de cuatro años.

—Puede que se quedara aunque no tuviera papeles —repuso Sven —. ¿No hay nada más reciente?

—No… Bueno, sí. Recurrió la resolución y perdió. A partir de ahí, es como si se hubiese esfumado.

—Es curioso. Podría haber vuelto a solicitar asilo al cabo de cuatro años. Es lo que suelen hacer los que se quedan en el país tras perder el permiso de residencia. No dejan pasar esa segunda oportunidad.

Repitieron la búsqueda con los diez nombres restantes de la lista y encontraron otras dos órdenes de expulsión que tenían que haberse ejecutado varios años antes.

Sven iba y venía por la pequeña sala de reuniones como si estuviera a punto de concebir una idea brillante, pero no se le ocurría nada.

—¿Por qué tenía Rebecca Rönn una lista de inmigrantes sin papeles? ¿Y a qué se refería cuando dijo que el asunto afectaba a lo más alto del mundo empresarial?

—Bueno, es evidente que estas personas no pertenecían a la alta sociedad —replicó Torkel.

Sven bebió otro sorbo de café, que ya estaba frío, y siguió caminando por la sala.

—En cualquier caso, ahora tenemos algunos nombres y direcciones vinculados en el pasado con quienes aparecen en la lista. Durante el resto del día seguiré buscando en los registros oficiales e intentaré localizar a parientes, vecinos y representantes legales. Debe de haber alguien que sepa si salieron del país o si los han estado buscando. ¿Tienes algún contacto de la policía de fronteras?

—Alguno debo de tener.

—Y mañana iré a ver al marido de Rebecca.

—Perfecto. Dejaré una nota en la carpeta. Pero, oye…, hoy no puedo quedarme hasta tarde. Tengo que volver a casa a preparar las maletas —dijo Torkel.

—¿Las maletas?

—Tailandia. Todo incluido. Tres semanas.

—¡Qué bien viven los ricos!

—Pagan los suegros.

Sven se lo quedó mirando con cara de asombro.

—¿Viajáis con ellos? ¿No decías que no los soportabas?

Torkel se encogió de hombros.

—He estado pensando en pegarme un tiro en un pie y así tener una buena excusa para quedarme en casa, pero ir con ellos es importante para Katrin. Dice que nunca se sabe cuánto tiempo les queda de vida, que hay que poner la otra mejilla y todo eso. Habrá sol y barra libre, así que intentaré resistirlo.

—Toda una prueba.

—Tendrás que mantener tú solo el estandarte en alto hasta mi regreso. Ten cuidado con el chico nuevo, que se cree un gran reportero de sucesos. Ayer tuve que explicarle que el CECOR es el centro de coordinación operativa. ¿No les enseñan nada en la Facultad de Periodismo?

Torkel cerró el ordenador, se guardó el móvil en el bolsillo y le dio una palmada en el hombro a Sven antes de marcharse.

6

Era pesada y poco manejable, con el radio de giro de un camión pequeño, pero Sven conservaba su vieja bicicleta de carga aunque ya no la necesitaba para la logística familiar. En la caja delantera habían viajado los niños acurrucados, envueltos en toallas en verano o en gruesas mantas térmicas en invierno. También Lisa había ido allí sentada, aullando al cielo de Malmö, cuando regresaban a casa por la noche después de una cena o una fiesta. Pero no era solo por nostalgia por lo que seguía pedaleando en la pesada bici para ir y volver del trabajo. Era el único ejercicio que hacía.

El viento de la mañana le mordía las mejillas mientras circulaba por Lundavägen. Se preguntaba cuál sería la mejor manera de abordar a Pål Hammar, si es que estaba en casa. Era una apuesta arriesgada atravesar toda la ciudad en bicicleta; pero, si lo hubiera llamado con antelación, probablemente Pål no se habría puesto al teléfono o le habría dicho que no quería ver a nadie. Era más difícil rechazar a alguien cara a cara. Además, si algún tópico del periodismo encerraba una verdad profunda era el que decía que uno nunca se arrepentía de ir personalmente a hacer una visita.

Sven cruzó la plaza de Värnhem y siguió por el tramo menos arbolado de Kungsgatan. Cada escena callejera le traía a la memoria hechos periodísticos y retazos de información que en su mayoría no había comprobado ni apuntado, pero que perduraban en el recuerdo como anécdotas mil veces repetidas. Al norte se alzaba la antigua prisión de Kirseberg como un imponente castillo en cuyos sótanos

encerraban en otra época a los reclusos particularmente conflictivos. Cerca de allí se encontraba la sucursal del Handelsbanken donde un político municipal del grupo moderado, enmascarado, ligeramente bebido y conocido por defender la mano dura en materia penal, había cometido un atraco al grito de «¡Sadam, Sadam!» con la intención de engañar a los empleados del banco y a otros testigos haciéndoles creer que procedía de Oriente Medio.

En Slottsstaden, Sven pasó por delante de la lanería Rätstickan y la pastelería Regement, junto a la famosa tienda de lámparas que exhibía cincuenta variedades distintas de candelabros eléctricos de Adviento. Desde hacía poco tiempo, el barrio había dejado de ser uno de los más envejecidos de la ciudad gracias a la llegada de una nueva generación de familias con niños pequeños. Era una de las zonas más limpias y ordenadas de Malmö, pero no tan selecta como Fridhem, donde los grandes magnates de finales del siglo XIX habían construido magníficas mansiones de estilo modernista. Allí, en Beritta Gurrisgatan, vivían Pål Hammar y Rebecca Rönn.

Pål Hammar salió de la casa justo cuando Sven había dejado la bicicleta y se estaba quitando el casco. Enseguida echó un vistazo nervioso a sus hijos.

—Chicos, ¿por qué no vais al coche? Yo iré enseguida.

Fue al encuentro del periodista.

—Hola. Sven Nygren, ¿no?

Sven le tendió la mano.

—Siento presentarme así, sin avisar.

—No es el mejor momento, como comprenderá. Me voy con los niños y yo… no tengo nada que decir porque no sé nada. Ya sé que usted se limita a hacer su trabajo. Entiendo perfectamente que quiera… —Se le quebró la voz.

Sven detestaba ese tipo de situaciones. Precisamente por eso no quería trabajar en un tabloide sensacionalista.

—Desde luego. Tiene mi teléfono por si surge algo. Puede que haya cosas de las que quiera hablar… más adelante.

Pål Hammar asintió y pareció reflexionar.

—En realidad, hay algo que le puedo enseñar. Si espera un momento, iré a buscarlo. —Volvió a entrar en la casa—. Son copias. La policía tiene los originales —anunció cuando salió con un sobre marrón en la mano y se lo tendió a Sven—. Antes de abrirlo, tiene que saber una cosa. Becca está acostumbrada a recibir amenazas tanto por correo electrónico como en cartas que encontramos en el buzón. Siempre acude a la policía, con independencia de si le parecen serias o no les da importancia. Le han aconsejado que lo denuncie todo.

—¿Y esto de aquí? ¿Se parece a lo que recibe habitualmente?

—No es lo peor. Pero me tiene desconcertado porque, como le he dicho, ella siempre lo denuncia todo. Sin embargo, esto no. Las imágenes son muy burdas.

—¿Cómo sabe que no ha hecho la denuncia?

—Porque fui yo quien encontró las fotos en el buzón hace unas semanas. Se las di y le aconsejé que las enviara directamente a la policía, sin mirarlas. Hace poco, cuando los agentes me llamaron para repasar todas las amenazas que ella había denunciado, me di cuenta de que faltaba esto.

—¿Me permite?

Pål asintió al tiempo que lanzaba una mirada en dirección al coche donde estaban sus hijos.

—Como le he dicho, son imágenes muy vulgares.

Sven extrajo del sobre unos folios A4 con montajes impresos. En el primero, se veía una foto de Rebecca Rönn desnuda o, mejor

dicho, de su cabeza sobre el cuerpo de otra persona. «La mayor ZORRA de Rosengård», rezaba la leyenda, compuesta con letras recortadas.

En otro de los folios, aparecía la cara de Rebecca con la imagen anatómica de un cuerpo donde solo se veían músculos, huesos y tendones, como en un texto de medicina. Era como si la hubieran despellejado. «Zorra halal», decía el texto.

Sven negó con la cabeza.

—¿Comentó algo acerca de esto? ¿Dijo por qué no lo había denunciado?

—No. Como ya le he dicho, acabo de descubrir que no lo había hecho.

—¿Venían los folios en un sobre, con la dirección escrita y todo?

—No, estaban sueltos en el buzón. La policía ha estudiado los originales. No tenían huellas dactilares, ni saliva, ni ningún otro rastro.

Sven asintió.

—¿Notó algún cambio en su mujer después de recibir estas fotos? ¿Reaccionó de manera diferente a la habitual?

—Rebecca tiene muchos enemigos, tanto grupos nacionalistas identitarios como hombres enfadados en general, que no ven con buenos ojos su compromiso con los barrios más vulnerables. También algunos criminales que no quieren verla curioseando en sus territorios. Creo que, con el tiempo, ha acabado por insensibilizarse un poco. —Se volvió otra vez hacia el coche—. Tengo que irme ya. —Se puso al volante de su discreto Volvo familiar azul oscuro y salió a la calle dando marcha atrás.

Sven observó que el coche de Rebecca Rönn no estaba en el sendero y se preguntó si la policía se lo habría llevado.

Mientras pedaleaba por las elegantes avenidas de Fridhem, recordó que muchas casas de la zona tenían cámaras de vigilancia en los muros y las entradas. La policía ya debía de haberlo comprobado, pero quizá valdría la pena llamar a algunas puertas un poco más tarde y preguntar si alguien había visto algo. ¿Quién sabe? Puede que hubieran grabado a la persona que había dejado en el buzón aquellas imágenes soeces.

7

Después de arrastrar hasta el jardín un gran sofá de piel marrón y dos sillones con tapizado naranja, Anne descubrió que la disposición un poco extraña del mobiliario del salón tenía su razón de ser: alguien había hecho una barbacoa sobre el viejo parqué de roble. De repente, se arrepintió de no haber traído una de las alfombras que tenía en Estocolmo.

Consultó el reloj. Dos horas después llegaría el camión de la mudanza. Pontus le había dicho: «Llévate lo que quieras. Si necesito algo, ya me lo compraré». Pero ella solo había cogido los adornos de Navidad, los álbumes de fotos, el piano, el mueble archivador y cuatro cuadros que consideraba más suyos que de su exmarido.

Pontus le había preguntado en un mensaje si se lo había pensado bien. ¿De verdad no quería nada más? ¿Tal vez el sofá, la cama, el sillón donde se sentaba a leer o la alfombra de Kasthall, que le había encantado y se había empeñado en comprar a pesar de las protestas de él?

Anne le había respondido que no quería nada que le recordara su vida juntos.

Ni muebles donde su nueva novia y él hubieran follado.

Se negaba a mencionar su nombre.

Había añadido que se llevaba todos los libros.

Él se había limitado a responder que sí, que de acuerdo.

No quería discutir.

Anne se ciñó un poco más la chaqueta de lana.

—Me gustaría tener una madre que anduviera por ahí con una chaqueta como esta —había dicho Sally al verla en un mercado de Buenos Aires en lo que ahora parecía otra vida.

—¿Y si me la compro? —le había preguntado Anne.

—No. Tú no eres ese tipo de madre —había respondido Sally, más como la expresión de un hecho que como una crítica malintencionada—. No te la pondrías nunca.

Anne la había adquirido sin regatear para demostrarle a Sally que estaba en un error. Diez años después, le seguía encantando su vieja y nudosa chaqueta de lana tejida a máquina y nunca viajaba sin ella. Decía que era su abrigo de corresponsal.

Ahora que ya no era corresponsal, la vieja prenda había vuelto a ser una simple chaqueta. Del mismo modo, Anne era solo una mujer con un montón de muebles horribles en una casa en ruinas. Ya no era la esposa de su marido, ni una corresponsal en el extranjero, ni una habitante de Estocolmo. No era más que una mujer de cincuenta años.

Sintió que la invadían las náuseas, como si hubiera comido algo en mal estado.

Pero ella siempre se había sentido a gusto en cualquier lugar del mundo: Amán, Hong Kong, Nairobi, Estambul. Las pequeñas rutinas diarias la hacían sentirse como en casa en los lugares más inhóspitos. Incluso miraba con desdén a los colegas que querían regresar cuanto antes después de cubrir una noticia en el extranjero. A veces, cuando volvía a la casa de Nacka y Pontus la recibía con la sonrisa que se reserva a las visitas especiales largamente esperadas, se sentía extraña.

—Ven, pasa. Siéntate —le decía él—. ¿Qué te apetece? Ponte cómoda y bebe una copa de vino.

Él, con delantal, y ella, cargada con varias bolsas de las tiendas libres de impuestos del aeropuerto.

Así lo habían acordado desde el principio, cuando Anne se quedó embarazada.

Él se ocuparía de la mayor parte de las tareas domésticas para que ella pudiera conservar su trabajo. Y de ese modo habían disfrutado de veintitrés años de felicidad, o al menos así lo veía Anne. Ella no había tenido que renunciar a su pasión. Seguía viajando por el mundo desde su base en Estocolmo mientras él iba en bicicleta a su trabajo de profesor de instituto.

La propia Anne, que se había criado con un padre presente en Skåne y una madre ausente en Hong Kong, no había dudado en ningún momento de la conveniencia del acuerdo tanto para Pontus y su hija Sally como para ella misma. Estaba contenta y agradecida de que él asumiera gran parte de la responsabilidad. Y, aunque sus prolongadas ausencias le causaban una mala conciencia permanente, se sentía como si le hubiera tocado la lotería.

Tenía una familia esperándola; pero, cada vez que paraba un taxi a la puerta de su casa para que la recogiera a primera hora de la mañana, la invadía una intensa sensación de libertad. Tenía por delante horas de trabajo, bares, noches de hotel y conversaciones nocturnas con colegas masculinos que la miraban como si fuera la última mujer del mundo, lo cual a veces era relativamente cierto en los lugares desolados adonde la enviaban.

Pero todo eso había sido antes de aquel jueves de junio por la noche, cuando su vida había cambiado. Antes de que Pontus, de pie en la cocina, le confesara que se había enamorado perdidamente de otra y que ya no había vuelta atrás. Al principio ella no había entendido qué le estaba diciendo. Acababa de regresar de México con algunas bebidas para Midsommar, la fiesta del verano: botellitas

de tequila con sombreros de colores. Pese a lo tardío de la hora, Pontus la estaba esperando en la cocina. Se levantó de la silla en cuanto ella entró por la puerta, como un buen alumno al recibir a su profesora.

Anne llevaba varios días casi sin dormir y no le fue fácil entender lo que pretendía comunicarle su marido.

Su sobrio, práctico y amable Pontus, que nunca tomaba decisiones impulsivas o emocionales, se había plantado frente a ella con fuego en la mirada y le había dicho que no podía evitar lo que sentía y que estaba seguro de que lo suyo no era algo pasajero.

La conmoción por lo que acababa de oír y el hecho de que Pontus mencionara todo el tiempo a Klara la confundieron todavía más. Era la mejor amiga de Anne y la madrina de Sally. Llevaba toda la vida sola, excepto por un breve romance con un hombre casado llamado Klas varios años antes. Klara nunca había competido con Anne por nada y menos aún por los hombres.

Y ahora Pontus estaba en la cocina confesándole que se había enamorado de ella. Se apresuró a asegurarle que ninguno de los dos lo había planeado y, cuando lo dijo, Anne notó en su expresión una actitud protectora que nunca había visto en él.

Después Pontus recogió la maleta, que ya tenía preparada, salió por la puerta principal y bajó por el sendero al volante del coche, dando marcha atrás. Lo primero en lo que pensó Anne cuando perdió de vista las luces traseras del vehículo fue en llamar a Klara. Era lo que les pasaba a veces a los supervivientes de un accidente aéreo, que se levantaban de sus asientos y empezaban a bajar sus efectos personales de los compartimentos superiores sin reparar en que el avión se había partido en dos.

Las dos personas que habían sido su seguridad y sus puntos de referencia habían desaparecido de un plumazo.

Por las mañanas se seguía despertando sin acordarse de nada y disfrutaba de unos segundos de paz antes de que la repentina constatación de lo sucedido volviera a abrumarla.

Aquella noche Sally había acudido enseguida. La había arropado, le había preparado un té y le había servido un whisky cuando ella le pidió algo más fuerte.

Solo mucho más tarde, Anne comprendió que su hija había llegado demasiado pronto a la casa de Estocolmo. Conocía la situación, ya lo sabía, y probablemente le habrían pedido que cuidara de su madre cuando Pontus se hubiera marchado.

A veces Anne culpaba a su hija por no elegir uno de los dos bandos, pero Sally le había dejado claro desde el principio que esa no era su guerra.

Tenía un padre y una madre, y pensaba conservarlos a los dos.

—Tampoco te habría vuelto la espalda a ti aunque le hubieras hecho muchísimo daño a papá —le había dicho una semana después cuando Anne le había reprochado su indefinición—. De hecho, le has hecho mucho daño a lo largo de los años, aunque nunca te dieras cuenta.

Anne no le había respondido, convencida de que Sally siempre se había inclinado más por su padre. Prefirió no detenerse a pensar si habría algo de cierto en lo que le decía su hija, del mismo modo que había optado por no firmar los papeles del divorcio.

—No es que tenga prisa —le dijo Pontus varios días después cuando llamó para preguntarle al respecto—. Pero creo que sería bueno para los dos poder seguir adelante.

—¿Estás viviendo con ella? —No podía mencionar su nombre.

Pontus calló, aunque incluso su silencio parecía atormentado.

—¿Piensas traerla a nuestra casa? ¿No te parece un poco raro?

—Ya veremos, Anne. Ahora todo es raro.

—Entonces, ¿por qué me dejas?

—Anne…

—Puedo cambiar. Ya sé que te parece imposible, pero quiero hacerlo. Puedo ser diferente.

—Anne, por favor. Es demasiado tarde. Hace tiempo que lo es. Yo ya no puedo más.

Siguieron un rato en silencio hasta que Anne colgó. Luego se quedó mirando la oscuridad por la ventana, recordando cómo habían sido sus conversaciones telefónicas cuando acababan de conocerse. Entonces ninguno de los dos quería ser el primero en colgar. Pero eso había sido al principio. Ahora todo había terminado. Veintitrés años después.

Estaba en una casa llena de corrientes de aire y echaba de menos su hogar. Añoraba tanto a Pontus que le dolía y se sentía desgarrada por dentro. Su manera de cuidarla. La tibieza de su cuerpo, como una estufa donde calentarse los pies fríos cuando se metía en la cama. Oírlo silbando en la otra habitación, viendo un programa de deportes o guardando la compra.

En uno de esos momentos le escribió:

Puedo cambiar. Te quiero.
Te querré siempre.

La única respuesta fue el silencio.

Ahora Pontus estaba con ella. Con Klara.

8

La nieve había llegado pronto, pero se había degradado en una lluvia pertinaz que caía sobre Malmö como una cortina gris. Por pura maldad. El coche de policía que circulaba por el fango del vasto campo de Limhamn tenía por misión encontrar al vagabundo que, según una serie de llamadas, estaba acumulando basura justo al norte del pequeño puerto deportivo.

El primero en quejarse dos semanas antes había sido un hombre que paseaba con su perro y, desde entonces, otras diez o doce personas habían llamado para denunciar que el hermoso litoral de Malmö se estaba convirtiendo en «un peligro para la salud» o «un campamento de inmigrantes». La excepción había sido una mujer joven, que había expresado su preocupación no por sí misma, sino por el vagabundo que dormía en un banco en medio de la nieve.

La policía no había considerado prioritario el caso y la patrulla que finalmente recibió el encargo de acercarse hasta allí no tenía ninguna prisa. De camino al parque, los dos agentes habían hecho una parada en un nuevo local de moda, Brisket & Grit, en Frihamnen, y habían pedido para cada uno una ración del plato del día: beicon con crema de queso.

Uno de ellos, de apellido Jönsson, masculló algo acerca de que los residentes de esa parte de la ciudad denunciaban más delitos en una semana que todos los habitantes de Rosengård o Kroksbäck en un año. Lo único positivo de esas misiones era que podían liquidarlas rápidamente siempre que eludieran a los vecinos charlatanes con

demasiado tiempo a su disposición. Librarse de ellos era todo un arte que su colega Olsson y él habían ido perfeccionando a lo largo de los años.

—¿De qué se quejan esta vez? —preguntó Olsson.

—De la basura. Un pobre vagabundo duerme por allí y les estropea la vista al mar.

Cuando iban por la mitad de la cuesta de hierba, Olsson sintió que las ruedas del vehículo patinaban sobre un terreno convertido en una mezcla de fango y aguanieve. Tiró del freno de mano y entonces Jönsson abrió la puerta del coche y se asomó.

—Puto barro. Todavía queda un trecho, pero no podemos pasar de aquí.

—Tendremos que seguir andando —repuso Olsson, avanzando ya contra el viento, con los pantalones ondeando en torno a las piernas, como un pollo de barriga abultada y patas flacas.

Ninguno de los dos esperaba encontrar nada que no fuera una vieja bicicleta oxidada o un montón de basura, pero entonces Jönsson rodeó un pequeño grupo de árboles y vio un banco donde parecía haber una persona recostada.

—Aquí no se puede dormir —estaba a punto de decirle cuando se dio cuenta de que era un muñeco.

Pensó que sería una broma de Halloween olvidada en el parque. Vio los trozos de carne y los mechones de pelo, y supuso que alguien habría puesto todo eso, junto con una peluca ensangrentada, sobre un montón de ropa.

—¡Parece tan real! —murmuró entre dientes mientras hurgaba en el abrigo que asomaba por debajo de una bolsa negra de basura tendida sobre el muñeco.

En ese momento algo se movió, y Jönsson pensó que quizá era una persona después de todo, alguien que se había disfrazado. Se

inclinó sobre la figura tendida sobre el banco, pero enseguida retrocedió abrumado por el hedor que desprendía.

Aunque percibió que la bolsa ondulaba de forma extraña, Jönsson solo comprendió lo que estaba viendo cuando divisó la cola de la rata sobresaliendo por el cuello del abrigo.

Observó que los labios y las mejillas del supuesto muñeco estaban carcomidos.

Notó que las cuencas de los ojos estaban vacías.

Vio unos dedos que asomaban por una de las mangas.

Más adelante explicaría que las manos le habían llamado la atención. Parecían muy pequeñas, como de alguien muy joven. Después vomitó todo el plato del día sobre la hierba húmeda.

Al poco rato, el inspector Rasmussen, de la policía de Malmö, salió de su coche y cerró la puerta de un golpe. Parecía consternado, pero era difícil saber si lo afligía el macabro descubrimiento de sus colegas o alguna dolencia.

—¿Qué tenemos por aquí?

—Mire los ojos, señor. ¿Qué le parece? ¿Un rito satánico? —preguntó Olsson, que se mantenía a cierta distancia y a favor del viento para no tener que soportar el hedor.

Rasmussen dio una vuelta alrededor del banco, se agachó delante del rostro carcomido y se puso un par de guantes desechables.

—Cuervos —respondió—. Diría que le han comido los ojos y las ratas o los visones se han centrado en la boca. Esto de aquí tiene toda la pinta de ser excrementos de rata.

—Qué puto horror —murmuró Jönsson, esforzándose por contener las náuseas.

—No hay ninguna señal de violencia externa ni de lesiones de defensa —prosiguió Rasmussen, inclinado sobre el cadáver—. Lividez cadavérica en la nuca. —Se incorporó rápidamente y se quitó los

guantes—. Probable sobredosis o congelación y luego, después del óbito, un festín para la fauna de Ribersborg. Podría llevar ahí una semana o dos. No me parece necesario hacer venir a la policía científica con este mal tiempo. Anoche hubo otra explosión en Holma y están ocupados con eso.

Olsson seguía con la cara vuelta hacia el mar. Respiró hondo y preguntó:

—¿Acordonamos la zona?

—No hace falta. Es solo el lugar de un hallazgo y no la escena de un crimen. Pero haced unas cuantas fotos y recoged toda la basura para mayor seguridad. Solicitaré un transporte. Vosotros os quedaréis aquí hasta que llegue. ¿Entendido?

Jönsson y Olsson asintieron.

Resultaba un poco embarazoso que el cadáver llevara tanto tiempo a la intemperie sin que la policía lo notara. No era la primera vez que sucedía. Hacía alrededor de un año, habían enviado un coche patrulla para investigar un supuesto «esqueleto de pega» abandonado en un parque. Los agentes no lo habían encontrado y el caso cayó en el olvido hasta que seis meses después descubrieron que en realidad se trataba de los restos de una mujer desaparecida.

«Un error humano, pero muy malo para nuestra imagen». Así lo había resumido el comisario de la policía local en una circular interna.

Si la historia del nuevo cadáver podía pasar inadvertida para la prensa, sería mucho mejor para todos.

9

—¿Una bolsa?

—No, no me hace falta.

Con la leche, los espaguetis y las dos latas de tomate triturado en equilibrio sobre un paquete de seis rollos de papel higiénico, Anne tuvo que apartarse para dejar pasar a un hombre que venía por el pasillo de la pequeña tienda. Cuando ya estaba a punto de empujar la puerta, se sobresaltó al sentir que una mano se apoyaba en su hombro.

—¡Anne!

Se quedó mirando al hombre sin conseguir ubicarlo. Ropa de trabajo, melena despeinada, barba y gafas empañadas. Parecía conocerla de verdad y no solo por su actividad como corresponsal.

—Ya me parecía que eras tú —insistió el hombre con una gran sonrisa.

Anne sonrió también, intentando ganar tiempo mientras repasaba mentalmente a las personas que había conocido en los últimos días. ¿El fontanero que había estado en su casa el día anterior? ¿El agente inmobiliario, a quien solo había visto fugazmente? ¿O tal vez…? Nunca había tenido memoria para las caras. Lo peor había sido la vez que alquiló un apartamento de Airbnb en París y la misma señora que le había dado la llave la abordó al día siguiente en un restaurante, diciendo: «¡Anda, la periodista sueca!», por lo que Anne había supuesto que debía de ser una admiradora extranjera. Aún se

sonrojaba al recordarlo. Desde entonces, siempre daba por hecho que quienes se dirigían a ella la conocían personalmente.

—No sabes quién soy, ¿verdad?

El hombre se levantó las gafas hasta la frente, abrió los brazos y los últimos veinticinco años se borraron de repente de su rostro.

—¿Sven…? —dijo Anne en tono interrogativo, pero no porque le cupiera la menor duda, sino simplemente porque no se podía creer que lo tuviera delante después de toda una vida.

Su mirada era la misma de siempre, como si todo en el mundo fuera bueno y nada pudiera decepcionarlo.

Excepto ella, claro.

Ella sí que lo había decepcionado.

—¿Qué haces aquí? O mejor dicho… Ya sé que vives en Skåne o en… Al menos siempre decías que querías quedarte en Malmö. Eso asegurabas entonces… Hace mucho tiempo.

—Así es, y tú has viajado por los dos. Tal como dijimos.

Él la miró con atención. Sus ojos eran tan cálidos como antes, como el sol brillando sobre la bahía de Hanö un día de verano, aunque ahora estuviera allí, en una tienda de alimentación, una fría tarde de noviembre.

Anne se lo quedó mirando y él no apartó la vista. No recurrió a la risa para poner fin a ese momento. Simplemente permaneció de pie frente a ella como si no hubiera pasado el tiempo.

A ella le habría gustado decir: «Sé cómo huele tu piel». Pero no lo dijo.

Habría querido ponerse de puntillas y hundir la nariz en su grueso jersey de cuello alto y su melena rebelde, que con los años se había vuelto un poco más gris, aunque, por lo demás, seguía igual que entonces. Pero no lo hizo.

—No te había reconocido… ¿A qué te dedicas? ¿Has dejado el periodismo?

Sven bajó la vista hacia la ropa que llevaba.

—¡Ja, ja! ¡No! Estamos cambiando el papel pintado del dormitorio. Desde luego, no creo que sea una carrera alternativa para mí. Me queda todo torcido y arrugado. Supongo que tendré que continuar trabajando de reportero, al menos por un tiempo. —Se rio entre dientes, un poco abochornado, y se pasó la mano por el pelo—. He pensado en ti, Anne. Muchas veces. Aunque no he tenido que preguntarme dónde estabas ni qué estabas haciendo porque en los últimos quince años te hemos visto informar desde diferentes lugares del mundo.

Ella hizo una mueca.

—Perdona.

—No, no pasa nada. Siempre me he sentido un poco orgulloso aunque no haya tenido nada que ver con tu éxito. Se lo digo a los niños: «A esa mujer de la tele la conozco». —Enseguida se corrigió —: Bueno, la conocía.

Anne se avergonzó. ¡Cuántas veces había fantaseado con ese encuentro! Quería que él viera que había valido la pena. Los reconocimientos, los premios, los éxitos… Cada vez que había recibido un galardón, se había preguntado si su madre la estaría mirando, si Sven la estaría viendo en alguna parte.

Pero ¿ahora? No tenía que haber pasado así. El encuentro debería haberse producido antes de que toda su vida se desmoronara para presentarse ante él orgullosa, feliz y fuerte. Y sin embargo…

—Tengo que… —Esbozó una sonrisa que quería ser cortés, aunque se quedó en una mueca—. Me alegro de haberte visto.

Le apoyó una mano sobre la tela del jersey. Sobre el brazo, no sobre el pecho. Después empujó la puerta y salió a la calle con

cuidado para que no se le cayera la compra. Sin perder la compostura, llegó hasta la parada de autobús de la plaza de Kirseberg.

—¡Anne!

Se dio la vuelta y vio que Sven venía hacia ella.

—¡Eh, espera! Te daré mi teléfono por si vienes alguna otra vez a Malmö. Me ha encantado volver a verte.

—Ahora vivo aquí. —Lo dijo en tono desafiante, casi con altivez.

Él la miró sorprendido.

—¿Aquí? ¿Qué dices? ¿En Malmö?

—No, aquí… en Kirseberg.

Sven abrió mucho los ojos.

—No me lo puedo creer. ¡Entonces somos vecinos! Yo vivo al lado del parque de Beijer.

Anne asintió.

Sven le sostuvo la mirada.

—¿No quieres mi número?

—Me he dejado el móvil en casa y no tengo dónde escribir.

—Claro. Pero yo sí. Espera un minuto. —Palpándose los bolsillos, Sven encontró un bolígrafo y un trozo de papel donde garabateó el teléfono. Después metió la nota entre los espaguetis y una de las latas de tomate triturado.

—Bueno, ya veremos. Puede que te llame. Cuando necesite empapelar mi casa. —Anne compuso una sonrisa forzada mientras intentaba zafarse de la conversación y empezaba a alejarse.

—Sí. ¿Vas a…? ¿Hacia dónde vas?

—Hacia allá.

—Perfecto. Llámame.

Anne giró por Torngatan y siguió caminando, aunque era consciente de que estaba yendo en la dirección equivocada.

De haber sabido que Sven vivía allí, jamás habría comprado esa casa.

¿Por qué había tenido que encontrarse justamente con él en ese sitio y en ese momento? De pronto lo sintió como un intruso en su barrio y en la vida que intentaba rehacer.

Sven era un recuerdo enterrado en el mismo lugar profundo donde había sepultado la memoria de su madre. Era un punto doloroso en el pasado, una ausencia con la que había aprendido a vivir.

Pero de repente lo había tenido ante ella y lo había oído hablar en plural. Anne no sabía nada de ese plural ni quería descubrir en qué se había convertido la vida de Sven en su ausencia.

El parque de Beijer, había dicho él. ¿Quién sabe dónde podía estar? Los nombres de Malmö no significaban nada para ella.

Herrgården, Rönngården, Fridhem, Sorgenfri, Davidshall, Sofielund.

Había nombres de barrios que parecían exclusivos, pero en realidad correspondían a las zonas más degradadas y viceversa.

Nada más llegar a casa, consultó un mapa en el móvil. Se quitó las botas y puso a hervir el agua para la pasta sobre una placa que tardaba siglos en calentarse.

Por lo que pudo ver, el parque de Beijer se hallaba a cierta distancia de su casa.

No tenía por qué encontrarse con Sven. Si planificaba mejor sus compras, no le haría falta volver a la misma tienda. Echó un vistazo a la mesa, cubierta de planos y folletos de cocinas, griferías, bañeras y campanas extractoras, y se dispuso a guardar la compra.

¡Mierda! No tenía abrelatas. ¿Cómo era posible que siguieran fabricando latas de conserva sin anilla?

Fue a buscar un martillo y un destornillador, y cuando finalmente logró abrirla, descubrió que la carne picada de la nevera se había congelado.

Necesitaba poner su vida en orden y la cocina habría sido un buen punto de partida, pero no conseguía que nada funcionara. Siempre había sabido exactamente lo que quería, ya se tratara de comida, hoteles, playas, muebles o la marca de una tetera eléctrica, pero de repente no era capaz de decidir nada.

Eso era casi lo peor. No solo había perdido a Pontus, sino que se había perdido a sí misma, todo lo que creía ser y lo que había pensado que siempre sería.

Las primeras semanas desde que Pontus cogió la maleta y se marchó de la casa de Nacka la habían sumido en una especie de trance. Todo su trabajo en el extranjero había quedado en suspenso mientras reorganizaba su vida en Suecia. La habían asignado temporalmente a la sección de documentación de Estocolmo, donde pronto se había visto inmersa en un estudio en profundidad sobre la atención a los menores por parte de los servicios sociales. De ese modo había logrado conservar la cordura cuando todo a su alrededor se tambaleaba.

Sabiendo que le quedaba el trabajo.

Que al menos en eso era buena.

La ansiedad de los primeros días había remitido.

Pero entonces su jefe la había llamado un domingo por la noche tras cerrar la redacción de las últimas noticias. Ella se estaba friendo una salchicha, y el suelo se le abrió bajo los pies al comprender finalmente lo que el hombre le estaba diciendo.

Primero se había disculpado por llamar durante el fin de semana y después había añadido que lo hacía porque no quería que tuviera que enterarse por el periódico. Luego le había preguntado si tenía alguien a quien llamar, alguien que pudiera quedarse con ella. Anne le había mentido y le había dicho que sí solo para poder colgar.

Había pensado que se derrumbaría. «Ahora es cuando pasará, ahora es cuando sufriré un ictus, ahora es cuando acabaré convertida en un vegetal, como Jörgen, el del noticiero». Sin embargo, no ocurrió nada. Esperaba el colapso, pero fue como si su cuerpo no supiera cómo desmoronarse. Ni siquiera fue capaz de quemar la salchicha.

Siguió yendo a trabajar. Apartó de su mente lo innombrable, todo aquello en lo que no podía pensar, ni tocar, ni mencionar por muchas sesiones de terapia a las que intentara enviarla el departamento de recursos humanos. Era como si algo en su interior se hubiera roto para siempre.

Entonces surgió la casa en Kirseberg como una vía de escape que de repente cobró forma ante ella. Comunicó al departamento de recursos humanos que iba a solicitar el traslado a Malmö.

—Quiero hacer un programa sobre flores, interiorismo o gastronomía.

La directora se la quedó mirando desde el otro lado de la mesa.

—¿Por qué?

—Porque es lo que hacen en los estudios de Skåne, ¿no? Estilo y temas similares.

—Sí, pero las cosas no funcionan así, Anne. Tú tienes otro perfil. No puedes ponerte a trabajar en algo completamente distinto de un día para otro. Eres una de las corresponsales en el extranjero más conocidas de Suecia. No puedes aparecer de repente como la presentadora de un programa de jardinería.

—Lo entiendo, pero no necesito salir en pantalla. Hace más de veinte años que trabajo en la televisión. No puede ser tan diferente, ¿no?

La directora de recursos humanos arqueó las cejas.

—Te estoy hablando en serio.

—Yo también.

Anne se inclinó hacia atrás con los brazos cruzados sobre el pecho.

Enseguida se rehízo, recordando lo que les habían enseñado en el curso de lenguaje corporal para corresponsales, y cambió de postura. En lugar de cruzar los brazos, se agarró los codos con las manos para presentar una imagen un poco más amable, como si fuera el tipo de persona que plantaba bulbos en el jardín o pedía recetas a los vecinos o calentaba mosto de manzana en la cocina en vez de hacer preguntas incómodas a los que ostentaban el poder.

—En realidad, me interesa mucho la jardinería —mintió—. Lo he heredado de mi padre.

Se dijo que al menos él se alegraría de que hubiera pensado en su jardín por primera vez en su vida.

—No quiero que tomes una decisión demasiado drástica justamente ahora —le dijo la directora de recursos humanos—. No ha sido culpa tuya, Anne.

—Ya lo sé. No es eso. Pero ahora mismo me siento como un policía que tiene miedo de las armas. Déjame trabajar en otra cosa por un tiempo. Os saldré más barata que si estoy de baja por enfermedad.

Al final, acordaron que Anne estaría de baja hasta fin de año, cuando haría falta una redactora para el programa *Días de jardín* en los estudios de Malmö. De repente, la responsable de recursos humanos pareció aliviada, como si se hubiera dado cuenta de que

Anne le estaba haciendo un favor a ella y no a la inversa. Al mismo tiempo, Anne comprendió que, por primera vez desde que tenía memoria, había dejado de ser una baza para transformarse en un problema.

Retiró del fuego el cazo con la pasta y contempló el fango en el que se había convertido la nieve del jardín. Había pensado que los días pasarían más lentamente si no tenía nada que hacer, pero en realidad era todo lo contrario. Se levantaba, desayunaba y de pronto había anochecido sin que ella hubiera hecho nada.

Era consciente de que necesitaba buscar un deshollinador y un carpintero antes de encargar la cocina nueva, pero de repente volvía a ser fin de semana.

La otra noche había entrado en la web de Ikea para tratar de aliviar su ansiedad y ahora todo el recibidor y el salón estaban llenos de paquetes planos, apilados unos encima de los otros. Mientras los muebles estuvieran sin desembalar, podría mantener la ilusión de que su nueva vida también seguía envuelta en un paquete intacto con pleno derecho a devolución.

Ella, que siempre había sido adicta a las noticias, que en todo momento estaba al tanto de todo lo que ocurría en el mundo aunque se encontrara en una playa en el Báltico o haciendo cola para una atracción en Disneylandia, se había desconectado por completo de la actualidad.

No había cambiado su suscripción al *Dagens Nyheter*, que tenía aún la dirección de la casa de Pontus. Había silenciado todas las notificaciones de los asuntos que seguía e incluso había dejado de ver los telediarios.

El grupo local de Facebook, «Vecinos de Kirseberg», se había convertido en su única fuente de información, por lo que sabía más acerca del concurso de Trivial en el pub Mässingshornet o las

dificultades para devolver los envases en el supermercado Coop que sobre la cumbre del clima, las protestas de Irán o la situación en Gaza.

Devoraba series de televisión y libros en los que los protagonistas cometían errores terribles.

Veía documentales de elefantes que, al llegar a la vejez, se apartaban de la manada para morir.

Todo eso le procuraba cierta calma. Sentía que había tocado fondo y que ya nada podía afectarla.

Pero entonces se encontró con Sven, como si el destino hubiese querido demostrarle que aún era vulnerable.

10

Cuanto más profundizaba Sven en la vida y el pasado de Rebecca Rönn, más se convencía de que la investigación realizada antes de la entrevista adolecía de graves lagunas. La persona que comenzaba a manifestarse ante sus ojos tenía poco que ver con la mujer cuyo perfil había redactado para el periódico.

Pese a las circunstancias relativamente duras de su infancia, Rebecca había obtenido excelentes calificaciones en el bachillerato, lo que le había facilitado el acceso a la carrera de Derecho en la Universidad de Lund. Allí había conocido a su marido, Pål Hammar, y desde entonces no se había separado de él. Tenían dos hijos: Max, de catorce años, y Leo, de dieciséis.

La familia vivía en el número 34 de Beritta Gurrisgatan, en una casa que debía de valer unos veinte millones de coronas a juzgar por el estado del mercado inmobiliario en la zona. Sven supuso que Pål Hammar debía de ser de familia adinerada, ya que Rebecca no lo era y ninguno de los dos disponía de unos ingresos particularmente elevados.

Rebecca Rönn nunca había ocultado que llevaba un estilo de vida caro, pero era como si su refinada imagen pública hubiera fortalecido su fama de persona cercana, una especie de Lady Di sueca que prefería sentarse en el banco de un parque, en un barrio de la periferia, a irse con sus amigas a un spa en Falsterbo.

Como era de esperar, a la prensa le encantaba el contraste. Pero Sven no la juzgaba. Solo quería conciliar su imagen mediática con la

real.

Además de la mansión de Fridhem, la familia poseía un piso en Åre y una casa de verano en Mölle. Los niños frecuentaban el club de tenis de la ciudad desde muy temprana edad. El mayor también practicaba esgrima y karate, mientras que el pequeño prefería el *parkour*.

La pareja tenía contratado a un jardinero y los chicos habían tenido niñeras durante sus primeros años. Todo legal y declarado.

Sven se encontraba en el pasillo de los jefes sirviéndose otro café doble con leche cuando le vibró el teléfono en el bolsillo. Era un mensaje de Torkel.

¿No has visto mi
mensaje en Signal?

Respondió con una mentira a medias.

Sí. Ahora te llamo.

Volvió a vibrarle el móvil.

¡Llámame ahora mismo!

Dejando escapar un suspiro, Sven entró en una sala de reuniones y cerró la puerta. Los tonos sonaron con la aspereza que tienen a veces las llamadas internacionales.

—¿Me oyes?

—Sí.

—He intentado… como siempre… Rebecca… pero no puedo… ¿Me oyes?

—No, se corta bastante. ¿Me lo puedes escribir?

—Voy a… maldito… a ver si en el piso de arriba… espera… ¿Me oyes mejor ahora?

—Creo que sí. Di algo.

—He hablado… entre otros… de Malmö… que Rebecca Rönn… parece ser… una relación… Vete a saber.

—Torkel, te oigo muy mal. ¿Por qué no lo escribes?

Se interrumpió la llamada y enseguida le vibró el teléfono con una notificación.

> Me ha llegado que Rebecca Rönn tuvo una aventura
> con Nico Adams, el director general de Hope Properties. Compruébalo.

Había algo en la energía arrolladora de Torkel que a Sven le producía cansancio y desánimo, como si por pura rebeldía quisiera hacer una pausa para el café y ponerse a jugar al Apalabrados.

¿Rebecca Rönn y Nico Adams? Absurdo. Ambos estaban enfrentados desde que ella había sido nombrada consejera de sostenibilidad del Ayuntamiento.

A Sven le vino a la mente un artículo que él mismo había escrito sobre Nico Adams hacía unos años. Tras soltar una maldición al recordar que el periódico ya no disponía de un archivo que permitiera las búsquedas, recurrió a la web Retriever.

Cuando encontró el titular, se avergonzó tanto como la primera vez que lo había leído, aunque no lo había elegido él. «Hope es esperanza: hijo dilecto de Rosengård hace honor al nombre de su empresa».

Lo recordaba demasiado bien. El ambiente de la conferencia de prensa había sido casi de éxtasis cuando Nico Adams, director general de Hope Properties, había anunciado la adquisición de ochocientos pisos en uno de los barrios más degradados de Suecia. Los bloques amarillos de apartamentos, que se encontraban en un complejo pomposamente bautizado como Herrgården, habían sido

construidos en los años sesenta para reducir el hacinamiento y mejorar las condiciones de vida de la clase trabajadora. Pocas décadas después, se habían convertido en todo lo contrario. Hasta quince personas podían vivir en un solo apartamento de dos dormitorios. Los marcos de las ventanas se caían a los patios, los cuartos de baño estaban invadidos de moho, las cucarachas se paseaban por las cocinas y las bandas de delincuentes se habían adueñado de las escaleras y los sótanos.

Nico no iba a ser como los anteriores propietarios, y así lo prometió en su emotivo discurso en el Vänskapsparken, el «Parque de la Amistad». Él mismo había crecido en Rosengård, había estudiado en una escuela pública y había boxeado bajo la dirección del entrenador Dallas, toda una leyenda local.

Sven recordaba cómo se había esforzado Nico para contener las lágrimas cuando dijo que creía en Rosengård tanto como el viejo Dallas había creído en él. Había insistido en que no se limitaría a rehabilitar las viviendas, sino que pensaba llegar hasta el fondo de los problemas de hacinamiento, contratos ilegales y tráfico de drogas. Quería ofrecer a los jóvenes desempleados trabajos de prueba como guardias de seguridad y conserjes. Cientos de niños recibirían clases de refuerzo.

No era de extrañar que los grupos políticos municipales, los altos funcionarios e incluso la Unión de Inquilinos hubieran aplaudido la iniciativa. Por fin las inspecciones, las órdenes de sanción y los columnistas moralizantes les darían un respiro.

Para tratar de infundir la misma sensación de confianza en los sufridos habitantes de Herrgården, las docenas de funcionarios de relaciones públicas del Ayuntamiento, tras una animada sesión de lluvia de ideas, habían concebido la brillante idea de sorprender a los residentes con un regalo gigante. A primera hora de la mañana,

antes de la rueda de prensa, un camión grúa había dejado en la plaza una caja metálica de tres metros por tres, rodeada de un enorme lazo de seda rosa.

«De momento no podemos hacer ningún comentario sobre cierta caja misteriosa, pero quien tenga curiosidad puede venir y ayudarnos a desenvolverla», habían escrito los expertos del consistorio en el comunicado de prensa.

Un rapero local, conocido por ser el recurso habitual del Ayuntamiento cuando era preciso «estar cerca de los chavales», había tratado en vano de animar a un público difícil de complacer. Los chicos habían pasado de él y se habían dedicado a aporrear las paredes metálicas de la caja mientras acribillaban a preguntas al hombre que se disponía a cortar los lazos de seda.

Sven recordó que este, un concejal, se había inclinado hacia los niños y les había dicho: «Esto que veis aquí es un Cubo del Diálogo. Aquí dentro hay una pantalla y una cámara. En Stortorget hay otro igual para que podáis hablar con los niños que viven en el centro de Malmö y os divirtáis haciendo nuevos amigos».

Dentro del cubo había una máquina expendedora de chucherías cerrada con un candado. Cuando alguien pulsaba un botón de la pantalla táctil, soltaba caramelos verdes, morados y anaranjados que representaban diferentes valores cívicos.

El Ayuntamiento de Malmö se había gastado un cuarto de millón de coronas del dinero de los contribuyentes en una consultora de comunicación que había decidido que la «creatividad» sabía a frambuesa y regaliz; el «respeto», a peras; y el «compromiso», a chocolate con menta.

Cuando los niños hubieron vaciado la máquina expendedora y escupido al menos la mitad de los caramelos «creativos», que quedaron pegados al suelo, resultó penosamente evidente para

todos que la caja no era un auténtico regalo, sino otro proyecto más de integración sin pies ni cabeza.

Pero lo peor de todo fue que las promesas de Hope Properties se quedaron prácticamente en nada.

Fue entonces cuando comenzó a crecer el personaje mediático de Rebecca Rönn, que después de aquel fiasco se erigió como símbolo de todo lo contrario. En cuanto hubo tomado posesión de su cargo, criticó con dureza las promesas incumplidas de Hope Properties y aseguró que el consistorio investigaría a fondo toda colaboración con la empresa.

Encargó a su departamento jurídico que estudiara el convenio firmado por la ciudad sobre la cofinanciación de las iniciativas sociales de Hope Properties en la zona. Aunque no estaba segura de que la ley la amparara, declaró que no descartaba querellarse contra la compañía por incumplimiento de contrato.

Sven buscó «Nico Adams y Rebecca Rönn» en internet y abrió uno de los artículos más antiguos.

> Del mismo modo que la dirección de una empresa debe garantizar que los accionistas reciban sus dividendos, yo —como consejera de sostenibilidad— debo velar por que el dinero de los impuestos beneficie a los contribuyentes.

Sven sonrió. La llegada de Rebecca al Ayuntamiento había sido sin duda un soplo de aire fresco.

Las excusas de Nico Adams parecían tan falsas y ensayadas como las declaraciones de los políticos que hacían un cursillo de relaciones con la prensa y aprendían a repetir una y otra vez el mismo mensaje con independencia de lo que les preguntasen los periodistas. «Lleva tiempo poner en marcha las cosas que exigen un periodo prolongado de desarrollo». «Toda iniciativa a largo plazo requiere paciencia».

Rebecca Rönn lo eclipsó a él y al resto de los altos cargos del Ayuntamiento cuando decidió que la paciencia del consistorio se había agotado. A partir de ahí, era difícil saber si el punto de inflexión había sido el vídeo de las cucarachas en TikTok o la amenaza de denuncia por incumplimiento de contrato, pero lo cierto fue que Hope Properties acabó soltando mucho dinero.

Sven clicó en uno de los últimos resultados de la búsqueda. Era un artículo sobre la iniciativa de Hope Properties de ofrecer a la ciudad de Malmö una serie de locales para albergar a personas sin techo. Había sido una jugada particularmente oportuna tras el escándalo del año anterior, cuando el Ayuntamiento no había abierto los refugios contra el frío hasta bien entrado el verano. Por supuesto, resultaba un poco extraño que la gente sin hogar tuviera que dormir en barracones con carteles que decían HOPE PROPERTIES – PENSAMOS EN TI, pero todos los interesados parecieron satisfechos. Sven recordaba la imagen captada por Hassan, fotógrafo del *Dagbladet*, en la que se apreciaba la abierta hostilidad entre Rebecca Rönn y Nico Adams, o al menos eso le había parecido en aquel momento.

En la foto aparecía Rebecca estrechando la mano tendida de Nico, pero al mismo tiempo tratando de mantener la mayor distancia posible. Era como si solo estuviera dispuesta a darle la punta de los dedos.

¿Sería verdad que había algo entre ellos? En ese caso, su desaparición podía obedecer al motivo más corriente y obvio. Podía haber sido víctima de un violento ataque de celos por parte de su marido o de su amante, a menos que ella misma hubiera decidido acabar con su vida en algún lugar alejado.

Pero ninguna de esas teorías explicaba los mensajes de Signal.

Sven visualizó a Pål Hammar en el sendero de su casa: los niños en el coche, la mirada perdida, como si no supiera qué hacer…

Realizó una búsqueda rápida solo con el nombre de Nico Adams.

En el archivo de prensa encontró una cincuentena de artículos que lo mencionaban o citaban declaraciones suyas. Había aparecido en el periódico por primera vez con dieciséis años, cuando cursaba el primer año de bachillerato en el instituto privado Procivitas, a comienzos de los años dos mil. En el artículo proclamaba con audacia que su objetivo era convertirse en el Zlatan Ibrahimović de los negocios. En la foto parecía seguro de sí mismo con su aspecto de «viejo joven», de chaleco y corbata, delante de la puerta del instituto. Casi todas las entrevistas repetían la historia del chico de barrio que, con su esfuerzo, se había abierto camino hasta los círculos de la gente adinerada. El relato era cierto a grandes rasgos, aunque exagerado. A Sven le bastó investigar un poco a los padres del empresario para descubrir que Nico Adams, que de pequeño se llamaba Nikola Adamović, había crecido efectivamente en el barrio de Rosengård, pero no en los bloques de alquiler al sur de Amiralsgatan, sino en la zona norte. Sus padres tenían un negocio y, después de unos pocos años en Suecia, habían podido cambiar el apartamento de Von Lingensväg por una casa construida en los años cuarenta en la parte antigua de Rosengård.

Por lo tanto, Nico Adams no había crecido en un ambiente marginal, sino en un entorno en el que estudiar y llegar a ser algo en la vida era lo habitual. Obviamente, tenía talento para los negocios y las relaciones públicas, porque, poco después de terminar el bachillerato, ya era el protegido de varios de los principales líderes empresariales de Malmö.

A los veinticinco años pasó a ser el principal accionista de Hope Properties y, a partir de ahí, multiplicó su fortuna a una velocidad vertiginosa, aplicando la misma estrategia que había enriquecido a sus mentores. Compraba fincas que se revalorizaban sin que él

tuviera que mover un dedo y, con ese incremento, solicitaba más créditos para invertir en nuevas propiedades, en una rueda de la fortuna en apariencia infinita que podía seguir rodando mientras el mercado inmobiliario continuara en ascenso, como había ocurrido hasta entonces. Comenzó a financiar la construcción de viviendas para jubilados acomodados, pero pronto se dio cuenta de que había otro sector mucho más rentable del negocio inmobiliario y centró sus esfuerzos en adquirir bloques enteros de viviendas en las zonas más desfavorecidas.

Era una idea de negocio sencilla y muy lucrativa pese a que todos los bloques estaban muy degradados, o quizá precisamente por eso. Mediante una simple reforma, que en la práctica se reducía a alicatar los baños e instalar radiadores para calentar las toallas, Hope Properties podía aumentar el precio de los alquileres en un treinta o cuarenta por ciento.

Nico Adams se había enriquecido rápidamente, pero nadie sabía con exactitud hasta qué punto. En su anterior investigación de Hope Properties, Sven había intentado desentrañar la estructura de la empresa en Suecia, las islas Caimán, Jersey y Curazao sin éxito. Solo había podido comprobar que Nico Adams había alcanzado el objetivo que se había fijado a los dieciséis años. Igual que el futbolista Zlatan Ibrahimović, tenía más dinero del que podía gastar. Su trayectoria ascendente hacía palidecer la de Rebecca Rönn. Por otro lado, era fácil darse cuenta de que ambos tenían mucho en común, si era cierto el rumor que los relacionaba.

Sven se volvió y miró a William, el joven sustituto que parecía vivir en su propia burbuja, constantemente protegido del resto de la redacción por unos auriculares con cancelación de ruido y Spotify. Era brillante, ambicioso, y tenía la misma edad que los hijos de muchos de sus colegas o quizá incluso de sus nietos. Sven era

consciente de que el chico lo admiraba, y por eso se sentía doblemente culpable de que le cayera mal. No soportaba que presentara sus ideas como si fueran verdades recién descubiertas, aderezándolas siempre con tópicos y frases trilladas. Últimamente había logrado imponer su iniciativa de hacer un pódcast. Patrik le había respondido que la idea era buena, siempre que él mismo se ocupara de los aspectos prácticos y técnicos. Era la forma que tenía el jefe de ahorrarse el mal trago de decir que no, o al menos de posponerlo. Por lo general, el problema se resolvía solo cuando la persona en cuestión se agobiaba tanto con el trabajo añadido que desistía por su propia voluntad.

Pero William no parecía que fuera a rendirse, sino todo lo contrario. En relación con la desaparición de Rebecca Rönn, había añadido al pódcast una línea abierta de colaboración ciudadana. Tras una reunión con Marko, del departamento informático, había presentado una solución integrada para que los lectores no solo pudieran enviar pistas, sino también imágenes y vídeos. Según explicó, era posible clasificarlo, fecharlo y verificarlo todo con la ayuda de la inteligencia artificial y el geoetiquetado.

Mientras exponía el funcionamiento del sistema, Patrik escuchaba como si su mecánico le estuviera explicando las especificaciones técnicas de la ventilación del cárter de su coche.

—Suena muy interesante, William. Pero sin fotos ni geoetiquetado. Solo recibiremos pistas de los lectores si tenemos la capacidad y los recursos para gestionarlas. Abriremos la línea telefónica una hora por la mañana hasta el fin de semana, y después valoraremos si la mantenemos.

El teléfono de William no había parado de sonar a lo largo de los últimos días. Por lo que había podido oír Sven, las supuestas pistas abarcaban todo el espectro, desde una posible abducción alienígena

hasta gente que había visto a Rebecca Rönn en una estación de invierno en Kiruna o en el aeropuerto de Copenhague mientras cogía un avión para Dubái, sin olvidar a los despistados que llamaban para protestar por el cierre de una biblioteca en el municipio de Glumslöv.

A William se le iluminó el rostro al ver que Sven se le acercaba y de inmediato se quitó los auriculares.

—¿Cómo va eso? —preguntó Sven.

—No lo sé. Mucho trabajo. Aunque me alegro de estar haciendo algo.

—¿Has sacado algo en limpio?

—Podría ser. La mayoría de las llamadas son basura, pero he recibido algunas que tal vez deberíamos estudiar con más detenimiento —contestó William, señalando la pantalla con la cabeza —. Aquí hay una persona que dice haberla visto en un restaurante de tres estrellas Michelin en Copenhague. Geranium, creo que se llama. La misma noche de su desaparición, otra la vio en el restaurante Lyran, aquí, en Malmö, en compañía de un hombre. También me he puesto en contacto con la organización Missing People, que recibió una información de alguien que había llevado a un grupo de niños a una de esas excursiones del Duende del Bosque. La persona en cuestión vio a un tipo raro salir apresuradamente de entre los árboles el domingo pasado.

—¿Todavía existe el Duende del Bosque? —preguntó Sven, y de inmediato cayó en la cuenta de lo extraño que resultaba centrarse en la parte menos importante de lo que acababa de decirle William.

Pero siempre le había parecido un poco turbio ese programa de actividades al aire libre. En su opinión, llevar a niños pequeños al bosque y enseñarles a confiar en hombres adultos con mallas y peluca que los atraían con caramelos no podía ser muy recomendable.

Se aclaró la garganta y notó que el teléfono de su escritorio había empezado a parpadear.

—Si averiguas algo más sobre Rebecca Rönn y ese hombre del restaurante Lyran, házmelo saber. Se rumorea que tenía una aventura. No es que me lo crea, pero por si acaso.

William levantó el pulgar para expresar su acuerdo.

—De hecho, la mayoría de las pistas tratan de relaciones suyas con un montón de hombres. Casi todos extranjeros.

Sven se sobresaltó.

—Envíamelas cuando puedas.

—No creo que haga falta. No son pistas serias. Es gente que la ha visto con «tipos barbudos» y algunos dicen que tenía… —Hizo una pausa—. Que tenía el sótano de su casa lleno de niños afganos. Ese tipo de cosas. Todo mezclado.

—Vale, ya lo pillo. Lo de siempre. ¿También tomas nota de todo eso?

—Lo dejo registrado en la bandeja de entrada. —William se recostó en su silla con las manos en la nuca.

Y Sven casi sintió celos al verlo tan feliz de adentrarse en el lodazal donde se estaba metiendo.

11

El perito miró a Anne con una mezcla de simpatía y resignación.

—Bueno… —Se encogió de hombros.

Anne sabía que en Skåne, en el sur de Suecia, ese gesto equivalía a una negativa. Había estado siguiendo al hombre mientras recorría la casa. Parecía haber dejado atrás la edad de la jubilación y vestía un pulcro suéter gris y pantalones claros, como si todo en él pregonara que solo pensaba hacer una inspección ocular y que no era el tipo de persona que bajaba a un sótano o subía a un desván.

Cuando estuvieron en la cocina, Anne le ofreció un café.

—No tengo mucho más en casa. Todavía está todo un poco patas arriba. No he tenido tiempo de deshacer las cajas.

De repente, se dio cuenta de que el tomate triturado había salpicado la parte inferior de la pared después de su lucha de la noche anterior para abrir la lata.

—¿No tendrá por casualidad un terrón de azúcar?

—No, lo siento. ¿Todavía los venden? Recuerdo que me costaba encontrarlos para mi abuela.

—A mí me los da mi vecino bosnio. Es el mejor azúcar. Como la dextrosa, pero más duro.

La mirada de Anne se volvió soñadora.

—Es verdad. El café bosnio con azúcar es lo mejor que hay.

El perito bebió de pie mientras Anne rememoraba el café bosnio y un pueblo que lo daba todo, incluso lo que no tenía, cuando recibía visitas en casa. Se avergonzó de sí misma.

El hombre dejó la taza sobre la encimera y se pasó el dorso de la mano por la boca.

—Bueno, tengo que irme. Gracias por el café. —Guardó sus notas en el maletín y se ató los zapatos—. Si no fuera porque ha comprado ya la casa, le aconsejaría que no lo hiciera.

—Lo entiendo.

—En todo caso, le prepararé un documento para que le sirva de referencia. La electricidad es lo más urgente. Y el techo, claro. También habrá que arreglar el agujero de la puerta para que no entren ratones, gatos ni gente de mal vivir. Y recuerde que no puede encender fuego en la chimenea. Para eso tendrá que traer a un deshollinador que revise los conductos de humos. —Le estrechó la mano con fuerza antes de marcharse, un poco como hacían los invitados en un funeral para demostrar que compartían el dolor de los allegados—. Una casa que lleva tanto tiempo en pie puede resistirlo casi todo. Es bueno que le dé una segunda oportunidad. Todos nos la merecemos, ¿no? —Se volvió hacia la puerta y añadió —: Bonito coche el que tiene ahí fuera.

—Gracias —repuso ella, contemplando el MGB naranja de 1979 que se había comprado en otoño como regalo por su cincuenta cumpleaños porque siempre había soñado con tener uno y porque Pontus solía decir que era una locura querer un deportivo de dos plazas cuando tenías una familia de tres miembros.

El pequeño automóvil, casi de juguete, le había parecido ideal en aquel momento. Había ido a recogerlo a la casa de una pareja de jubilados en Ekerö un cálido día de septiembre, y había vuelto tomando las curvas a gran velocidad, con la capota abatible bajada y la música a todo volumen.

Ahora el coche estaba aparcado en la calzada porque, con los neumáticos de verano, no podía entrar por el sendero.

—Tendría que ponerle neumáticos de invierno. ¿Sabe dónde hay un taller?

—Inténtelo en Norra Grängesberg.

—¿Perdón?

—Norra Grängesberg. Allí encontrará neumáticos de invierno y azúcar bosnio.

Media hora más tarde, tras recorrer un trecho de Amiralsgatan, Anne giró por Norra Grängesbergsgatan, donde un caos de rótulos en todos los idiomas posibles la contempló desde las paredes de ladrillo.

COCINA BOSNIA, leyó en uno de los carteles, y sonrió para sus adentros. A su lado, una tienda exponía recargadas piezas de mobiliario que eran el polo opuesto de los paquetes planos de Ikea.

Había talleres de neumáticos, de lavado de coches y de reparación de automóviles, con los precios anunciados en grandes letreros orientados a la calle. No parecía que hubiera una gran diferencia entre comprar un plato extragrande de kebab, cambiar las ruedas del coche, sacarse el carné de conducir o cortarse el pelo. Todo parecía costar noventa y nueve coronas.

Anne se preguntó cómo sería el juego completo de neumáticos que vendían por mil quinientas coronas y, más por curiosidad que por otra cosa, se adentró con el coche en el primer túnel, que conducía a un patio trasero.

Todo el camino hasta allí estaba flanqueado por neumáticos viejos, bidones de gasolina, llantas y coches montados sobre caballetes.

¡TENEMOS LO QUE BUSCA!, rezaba un cartel pintado a mano.

—¿Seguro? —murmuró Anne para sus adentros.

Mirando por el retrovisor, trató de calcular con qué rapidez podría salir de allí en caso de tener que hacerlo. Al otro lado del patio había un viejo taller con grandes puertas abiertas de par en par a pesar del frío.

Salió del coche y echó un vistazo. Las paredes estaban cubiertas del suelo al techo por estanterías de neumáticos.

—¿Hola?

—Hola. —Un hombre de unos sesenta años salió a la luz desde el interior del local—. ¿Qué se le ofrece? —preguntó hablando en el dialecto de Skåne con un fuerte acento extranjero.

Anne no lo sabía con exactitud.

—Tengo aquí un coche que necesita neumáticos de invierno. O llantas. O no sé muy bien qué.

El hombre la miró y sonrió mientras se limpiaba con un trapo las manos engrasadas. Su incertidumbre parecía divertirle.

—Pase, que hace frío. No se quede en la puerta.

—No sé. En realidad, tengo un poco de prisa —mintió Anne.

—Siempre hay tiempo para una taza de té, ¿no le parece? —repuso él, señalando una mesa baja, un sofá de cuero y un par de sillones situados en medio del local. Sobre la mesa había un gran cazo humeante. El hombre se acercó y llenó dos tazas de cristal con el té que contenía.

Anne estaba fascinada. Excepto las estanterías repletas de neumáticos, todo el ambiente la hacía retroceder en el tiempo a sus años en Oriente Medio. Hasta ese momento no había notado cuánto echaba de menos esa parte de su vida. Era como si pudiera oír los sonidos del bazar y oler sus aromas.

El hombre echó una cucharadita tras otra de azúcar en la pequeña taza, removió bien y se la tendió. Ella la cogió con ambas manos. Era azúcar con té más que té con azúcar. Como tenía que ser.

—Me llamo Anne.

—Anne.

No pareció que él diera excesiva importancia a las presentaciones. O quizá fuera el Abbas que daba nombre al taller. Tenía pinta de ser el dueño del lugar.

Anne se hundió en un sillón bajo y se hizo un poco a un lado para ver mejor el tapizado naranja. Sí, era exactamente igual al que había tirado la semana anterior.

—¿Un *baklava*?

—Sí, gracias.

El hombre abrió un recipiente de plástico que contenía unos pastelitos cuadrados cubiertos de pistachos picados.

—¿Los has hecho tú?

—No, no. Los compro aquí en la esquina, en la panadería de Naznaz.

Lo dijo como si ella tuviera que saber a quién se refería. Pero todo era nuevo para Anne y, por primera vez en mucho tiempo, le pareció que eso era bueno, que en esa sensación entre la desorientación y el asombro se sentía como en casa.

—Taller Abbas… ¿Eres de Irak? —Era una suposición. Por el nombre, la edad, la apariencia, el hecho de ser mecánico…

El hombre asintió.

—Veinte años en Suecia. Y me han denegado el permiso de residencia permanente. Llevo todo este tiempo trabajando y pagando aquí mis impuestos, y ahora me llega una notificación para que me vaya del país. He tenido que escribir a todos mis clientes diciéndoles que vengan a recoger sus neumáticos. —Meneó la cabeza.

—¿Te vas a ir? —preguntó Anne.

—Ya veremos. No lo he decidido. Pero voy a vender esto de todos modos. De momento no voy a decidir nada más. —Señaló todo el taller con un amplio movimiento de la mano—. Puede que tenga que irme mañana. O tal vez dentro de un año. Nunca se sabe.

Dos horas más tarde, Anne estaba todavía en el taller. La gente iba y venía, pero ella seguía hablando de los viejos tiempos con el hombre llamado Abbas. Sabía más que él del pueblo de su infancia porque hacía muchos años que había emigrado. Una vez más comprobó la enorme diferencia entre un pasaporte sueco y uno extranjero. Para ella, todo el mundo había estado siempre a su alcance. A miles de metros de altura, entre las nubes, con una manta sobre las rodillas y la última película de George Clooney en la pantalla del portátil, había podido cruzar todas las fronteras que había querido aunque abajo hubiera guerras, hambrunas o terremotos.

—Vuelve la semana próxima y te habré encontrado las llantas que necesitas. Las mejores de Malmö.

—Mientras sean las que le están bien a mi coche…

—¡Claro que le estarán bien! También puedo cambiarte los neumáticos y así matamos dos pájaros de un tiro. Te haré un buen precio. Pero deja aquí el coche porque, con neumáticos de verano, no vas a llegar muy lejos.

Anne sonrió.

Un chico se asomó de repente por la puerta del despacho, al fondo del pasillo. Debía de tener unos once o doce años.

—¿Es tu hijo?

El chiquillo volvió a meterse rápidamente en el despacho.

—No, solo tengo una hija —respondió Abbas—. Ese chaval me ayuda un poco de vez en cuando.

Anne lo miró con expresión interrogante. El hombre hizo una inspiración profunda y soltó un largo suspiro.

—Se hace lo que se puede. Es un buen chico, pero se ha metido en algunos líos y por eso dejo que a veces se quede aquí.

—Quizá sea mejor que yo no lo sepa.

—Quizá.

Anne se levantó del sillón y le entregó las llaves del coche a Abbas, que la siguió hasta el patio y soltó un silbido al ver el automóvil.

—No lo cogerás y te largarás con él a Alemania en cuanto me dé la vuelta, ¿no? —preguntó ella.

—No tengo carné de conducir —contestó él con una sonrisa socarrona.

—No, claro que no.

Anne sonrió, recordando que era absurdo preocuparse por un coche viejo de noventa mil coronas cuando la gente podía perder la vida de un plumazo. Se despidió de Abbas con la mano. Aunque la compacta oscuridad de noviembre era como un muro, todo le parecía un poco más luminoso. Puede que Malmö fuera su ciudad después de todo. Se acordó de un viejo eslogan lanzado a mediados de los años ochenta por el periódico *Sydsvenskan*: «Si has visto Malmö, has visto el mundo».

Regresó andando a paso ligero y, nada más llegar a casa, soltó una maldición.

Se le había olvidado comprar azúcar bosnio.

12

Cientos de trocitos de papel de aluminio arrugados centellearon cuando los primeros rayos del sol se colaron entre los bloques de hormigón bajo las vías del tren.

Para los que no conocían la estrecha entrada, era imposible encontrarla.

La abertura no tenía más de cuarenta centímetros de altura. Había que arrastrarse por el suelo y luego girar y bajar las piernas en el momento exacto para no caer de cabeza en la oscuridad.

Ali se había dormido con una sensación de calidez en el cuerpo, con la visión de que había algo más allá, con la idea de que Hamid y él saldrían de la miseria, aunque solo fuera porque Hamid se lo merecía.

Ahora se había despertado sobre una vieja alfombra que apestaba a sudor y humo de carbón. Cada tren que atronaba sobre sus cabezas lo hacía sentir como si la tierra fuera a derrumbarse y enterrarlos vivos. Estaba rígido y tiritaba de frío. Le dolía el cuerpo y las náuseas le anudaban la garganta. Ya no podría volver a dormirse.

Tres chicos se habían quedado allí esa noche, aparte de Hamid y él. Dos de ellos eran conocidos y el tercero era nuevo. La gente iba y venía.

Algunos de los que dormían una o dos veces bajo las vías del tren no volvían nunca, y a Ali le gustaba imaginar que habrían

conseguido aquello con lo que Hamid y él solo podían soñar. Dejar atrás la vida en la calle.

Pero sabía que lo más probable era que los hubieran deportado o que estuvieran muertos. O ambas cosas.

Hacía casi un año que Juma, su hermano pequeño, había desaparecido. Al principio pensó que las autoridades lo habrían trasladado a otro centro de acogida, quizá en otra ciudad, en otra parte del país. Aunque, de ser así, Juma lo habría llamado. De eso estaba seguro. Sin embargo, solo había habido silencio.

Recorrió Malmö buscando a su hermano por todas partes: bajo los puentes, en los polígonos industriales y los asentamientos precarios. Había preguntado en los albergues y comedores sociales. Incluso se había presentado en una comisaría y había quedado como un tonto delante del mostrador de recepción, incapaz de explicar la gravedad de la situación. La mujer que lo atendió le preguntó si necesitaba ayuda para poner una denuncia, pero él se arrepintió y se marchó a toda prisa. Al final había acabado ahí, bajo las vías. Fue entonces cuando conoció a Hamid, la primavera anterior.

Hamid le hacía pensar en un hámster doméstico que siempre hubiera recibido cuidados y buena alimentación, y de repente hubiera sido liberado en la naturaleza para que se las arreglara solo.

Nunca supo por qué se le había torcido la vida al chico. Al llegar a Suecia, había estado con una familia que se había ocupado de él. Había empezado a ir al colegio. Pero, al cabo de un tiempo, sus padres de acogida se habían separado y a Hamid le habían buscado otro lugar donde vivir, del que enseguida se había fugado. Eso era todo lo que sabía Ali. Sin embargo, él tampoco le había contado nada sobre su hermano pequeño, que había desaparecido sin dejar rastro unas semanas antes de que ellos dos se conocieran.

Por razones diversas, habían gravitado el uno hacia el otro y se habían convertido en familia cuando no tenían nada más a lo que aferrarse. Hamid era un constante recordatorio para Ali de que aún quedaba algo bueno en su interior. Y Ali era para el chico una coraza en un mundo y una realidad en los que habría sido incapaz de sobrevivir solo.

Sentado en la alfombra maloliente, Ali entrecerró los ojos hacia los rayos de sol. En la penumbra, apenas distinguía los contornos de los cuerpos delgados de los demás.

Como las brasas empezaban a apagarse, intentó reavivar el fuego alimentándolo con ramitas y trozos de periódico. Cuando prendieron las llamas, Hamid se despertó y se volvió hacia él.

Durante un breve instante, fue como si Ali se viera en un espejo. La mirada preocupada y ligeramente espantada de Hamid le hizo darse cuenta de lo mal que estaba.

Ali sabía que su aspecto se había ido deteriorando. Sus pupilas eran tan pequeñas que sus ojos oscuros parecían dos agujeros negros. Sus rasgos definidos y sus pómulos marcados se habían convertido en facciones afiladas y duras.

Físicamente, era el más débil de los dos, pero podía atravesar la ciudad entera con Hamid cargado a la espalda si fuera necesario. Los dos lo sabían.

Solo una vez había estado a punto de darle un guantazo al chico. Había sido cuando Hamid le había pedido que se lo dejara probar. Solo un poco.

Ali le había vuelto la espalda y no había hablado con él en todo el día. Le dolía que no supiera que él no fumaba para colocarse, sino para sentirse persona.

Alguien le había echado una maldición y, desde entonces, no era más que un animal si no recibía sus dosis diarias. Le bastaba inhalar

un par de veces para que todos sus dolores desaparecieran, las articulaciones y los músculos perdieran la rigidez y él volviera a sentirse completo.

El tiempo no se contaba en años, sino en horas.

Tocó a Hamid.

—¿Lo haces tú?

Su amigo sacó una piedrecita marrón y la colocó sobre un trozo de papel de aluminio ahuecado.

Con un mechero, la calentó hasta fundirla en un aceite negro y pegajoso. Los vapores olían como un cóctel de orina de gato y perfume.

Infierno y paraíso en una misma bocanada.

Ali cogió el rulo de aluminio que Hamid le había preparado e inhaló tanto como pudo antes de tumbarse de espaldas y encender un cigarrillo para que la heroína le subiera más rápidamente por efecto de la nicotina.

Procurarle a Ali lo que necesitaba también se había convertido en una especie de adicción para Hamid. Ali notaba en su mirada la satisfacción instantánea de ver desaparecer de un plumazo el dolor y el sufrimiento de la cara de su amigo. La capacidad de ayudar a alguien en algo importante era una suerte de milagro cuando uno no podía hacer nada por sí mismo, ni siquiera lo más simple.

—Es el último chino —dijo Hamid.

Habían vivido bien durante más de una semana con las tarjetas de crédito, hasta se habían acostumbrado a la comodidad de tener dinero. Pero, desde hacía unos días, se había vuelto a imponer la realidad. Les habían bloqueado las tarjetas y el dinero en efectivo que habían logrado sacar de los cajeros se había acabado rápidamente.

Ali se incorporó con el cigarrillo entre los labios y empezó a rebuscar en la bolsa de plástico que había utilizado como almohada durante la noche.

—Podemos vender esto —dijo mientras levantaba el iPhone que habían hallado dentro del bolso, en Ribersborg—. ¿Qué opina el pequeño ingeniero? ¿Cuánto podremos sacar?

Hamid sonrió porque así solía llamarlo su padre. En otra vida.

—Uno nuevo cuesta unas diecisiete mil coronas. Puede que nos den seis mil o tal vez más.

—¿Y por este? —Ali le enseñó un viejo Samsung que también habían encontrado dentro del bolso.

—No nos darán nada. Es de usar y tirar. Quédatelo. Podemos utilizarlo para hacer llamadas. Nadie podrá rastrearlo hasta nosotros. Para eso fabrican estos teléfonos desechables.

Ali metió la bolsa de plástico en la mochila y echó a andar por las vías en dirección al mercadillo de Norra Grängesbergsgatan.

En ese lugar solían vender la carne, el salmón, las bicicletas y los frascos de perfume que conseguían, pero no tenían experiencia con teléfonos robados, ya que nunca atracaban a nadie, sino que solo robaban en tiendas. Preguntaron a varios vendedores del enorme local y les dijeron que buscaran a un tal Faris, que debía de estar en la mesa cuarenta y ocho, más al fondo. Mientras iban hacia allá, Ali se fijó en una alfombra.

—Mira, podríamos llevarla a la cueva.

Hamid negó con la cabeza.

—Es falsa.

—Ya lo sé.

—Algún día tendremos una alfombra buena de verdad, hecha a mano. Te prometo que conseguiré una. Después podremos recibir invitados.

—¿Qué tipo de invitados?

—Tendremos un apartamento de verdad, con gente fina, esa que viene de visita y después se va. Tendremos papel higiénico con dibujos de corderitos. Y un televisor enorme. Y enchufes en las paredes. Conseguiré la mejor alfombra para nosotros. Te lo prometo.

—Confío en ti —contestó Ali.

—Me parece que nos hemos pasado. Ese es el puesto cincuenta y tres —dijo Hamid, señalando a una mujer que vendía cargadores de móvil, colonias y mecheros.

Ali se detuvo y dejó que Hamid siguiera andando en dirección a la mesa que les habían indicado.

Faris tenía su negocio en un rincón del enorme y desordenado mercado de pulgas. Persianas que daban a la calle, una pequeña nevera con Coca-Cola Zero y un escritorio con un ordenador de sobremesa que no parecía que estuviera enchufado.

Fue directo al grano.

—¿Tenéis algo para mí?

Ali colocó el teléfono sobre la mesa. El hombre no pareció impresionado.

—Te doy un billete colorado.

—¿Quinientas coronas? Ni hablar. Uno de estos nuevos vale diecisiete mil.

—Da igual. En cuanto se conecta a internet, se vuelve inservible porque todo se bloquea. Se puede arreglar, pero cuesta dinero y no siempre sale bien. Tenemos nuestras tarifas. —El hombre señaló unos papeles sobre el escritorio que parecían referirse a algo completamente distinto.

—Pues adiós —se despidió Ali, guardándose el teléfono en el bolsillo interior de la cazadora.

—Setecientos.

—Vete a la mierda. —Ali se marchó con Hamid tras él—. Vamos a ver a Abbas —le dijo a su amigo.

—Él jamás nos comprará un teléfono.

—Le caes bien. Querrá ayudarte.

—Sí, pero él no hace estas cosas.

—Vamos igualmente. De momento haremos sufrir a este imbécil, beberemos un poco de té y después ya veremos.

Salieron a la calle.

El taller de Abbas estaba justo al lado, entre una panadería y un túnel de lavado. La puerta estaba abierta de par en par. Siempre lo estaba, por mucho frío que hiciera, tal vez porque era la única ventilación del local.

Hamid llamó a Abbas, que levantó la vista desde el capó de un coche. La sonrisa que reservaba a sus clientes se desvaneció en cuanto vio a los dos jóvenes.

—¿Qué tal estás, Hamid? ¿Tenéis dónde dormir vosotros dos? —El hombre se limpió las manos en un trapo sucio, mirándolos fijamente —. Esto es Suecia. Aquí pueden ayudaros. El otro día me dijiste que ya no dormís bajo las vías, ¿no?

Hamid bajó la mirada al suelo. Ali sabía que Abbas lo había visto cuando el muchacho vagaba solo por las calles. El hombre lo había invitado al taller, le había servido té y le había preguntado por su familia y por la razón de que no fuera a clase. Así se habían conocido, según le había contado el chico.

Abbas le había ofrecido trabajo en el taller a cambio de la promesa de volver a estudiar en otoño. Al principio le hacía encargos sencillos, como ir a comprar el pan a la tienda de Naznaz, falafel al restaurante Bagdad o *baklavas* a la pastelería Orient. Sin embargo, después le había enseñado a quitar y poner neumáticos en las

llantas y a cambiar las lamparillas de los intermitentes, el aceite y los filtros.

En cuanto Hamid tenía un rato libre, se sentaba en el desordenado despacho de Abbas y escribía en su teclado manchado de aceite. Al principio Abbas pensaba que no hacía nada más que perder el tiempo, pero al cabo de unos días vio la web que había montado. «Entonces me dijo que podía hacer cualquier cosa que me propusiera», le había contado el chico a Ali.

Ali sabía que Abbas tenía razón y eso le daba celos. Había un vínculo especial entre los dos que lo hacía sentirse todavía más solo e inútil. La antipatía entre Abbas y él era mutua.

—Tenemos dónde dormir —dijo Hamid, mirando a Ali de soslayo.

Abbas también lo miró, pero con expresión suplicante.

—Hamid no tiene edad de vivir en la calle. Estoy seguro de que tú también lo entiendes.

Les indicó con la mano que pasaran y se sentaran. «Para capturar al pequeño, tiene que atraer al mayor», pensó Ali.

—Os serviré un poco de té. Se está bien aquí, al lado del radiador.

Ali le hizo un gesto afirmativo a Hamid.

—Está bien. Así podrás entrar un poco en calor antes de irnos.

Hamid pareció dudar, pero Abbas ya le estaba sirviendo el té. Se sentó en el sillón de espaldas a Ali como para demostrarle que ya estaba decidido. Los dos se quedarían un rato más.

Con la taza humeante en la mano, Ali se adentró en el taller y se quedó mirando una pila de neumáticos de verano usados que los clientes le confiaban a Abbas para que se los guardara.

No lo había planeado, pero de repente se dio cuenta de que nadie iría por allí. Era el escondite perfecto.

Echó un vistazo rápido a Hamid y a Abbas, que charlaban animadamente. Se descolgó la mochila de la espalda y sacó la bolsa

de plástico con todo el contenido del bolso que habían hallado en Ribersborg. Extrajo la cartera con las tarjetas de crédito, volvió a guardar el iPhone entre las llaves y el maquillaje, y ocultó la bolsa detrás de los neumáticos.

Si dejaban allí las cosas durante un tiempo, podrían intentar venderlas más adelante.

—¡Ven, Hamid, nos vamos! —gritó mientras se dirigía a la puerta.

13

La comisaria, jefa superior de la policía, estiró la espalda y se acomodó un mechón de pelo detrás de la oreja. Era evidente que estaba conmocionada por la situación. Sven pensó que debía de tener la misma edad que Rebecca.

—Voy a dar comienzo a esta rueda de prensa. Como seguramente ya sabrán, en las últimas semanas hemos realizado un gran esfuerzo para buscar a una mujer desaparecida desde el 8 de noviembre. Me refiero a Rebecca Rönn.

Hizo una pausa como para reunir fuerzas.

—Ahora podemos confirmar el hallazgo, en el día de ayer, de una persona sin vida que ha sido identificada como Rebecca Rönn. Los familiares ya están informados. Trabajamos sobre la hipótesis de un asesinato. La policía científica ya ha completado su investigación y hemos solicitado la intervención de la unidad de homicidios. Haremos todo cuanto esté a nuestro alcance para esclarecer lo ocurrido. De momento no hay sospechosos.

Sven oía lo que decía la comisaria, pero era como si no la escuchara. Era como si durante un breve instante se hubiera esfumado el mundo a su alrededor. No importaba que en el fondo hubiera sabido desde el principio que todo acabaría así. Solo ahora sus temores se habían convertido en realidad.

Rebecca Rönn ya no existía.

No podía dejar de pensar en su último mensaje, en el que le rogaba que se pusiera en contacto con ella. De repente era como si

todos los presentes en la sala lo supieran. La culpa era suya.

Miró sus notas y después levantó la vista hacia la comisaria, que al poco tiempo puso fin a su intervención y enseguida recibió una lluvia de preguntas.

—¿Puede decirnos algo sobre el lugar donde fue hallado el cadáver? —quiso saber un periodista de *Ekot*, conocido de Sven—. ¿Ha habido interrogatorios?

—El cuerpo apareció cerca del domicilio de la fallecida. Y sí, ya hemos realizado algunos.

—¿Había señales de que el cadáver hubiera sido trasladado?

—No, no hay señales de traslado. Pero hay otras circunstancias que debemos investigar más detenidamente.

Sven levantó la mano.

—¿Sí?

—¿Ha dicho que el hallazgo del cuerpo se produjo ayer o he entendido mal?

La comisaria intercambió una mirada fugaz con un oficial que tenía a su lado, al que Sven no identificó.

—Hemos encontrado a una persona sin vida que llevaba desaparecida desde el 8 de noviembre.

—Sí, es lo que ha dicho. Pero, si la he entendido bien, la encontraron ayer, ¿no es así?

La comisaria le lanzó otra mirada nerviosa a su acompañante.

—Sí, así es.

Sven se rascó la cabeza. No conseguía comprenderlo.

—Entonces, ¿cómo es posible que la policía científica haya completado ya su trabajo? Si apareció ayer…

—En la situación actual… —La mujer carraspeó, dudó un instante y empezó de nuevo—. Ciertas circunstancias nos impiden revelar más detalles para no interferir en la investigación en curso.

—Creo que podemos dar por terminada la rueda de prensa —intervino el portavoz de la policía.

Sven se quedó sentado en su sitio, intentando notar si los otros periodistas habían visto lo mismo que él. Pero ya se habían levantado y estaban recogiendo sus cosas. Una investigación de la policía científica duraba varios días como mínimo, por lo que tenían que haber encontrado el cadáver por lo menos a comienzos de la semana. ¿Por qué afirmaba entonces la comisaria que el cuerpo de Rebecca Rönn había sido hallado el día anterior?

Sven compró un café en la plaza de Värnhem para calentarse las manos y cogió el autobús para ir al Instituto de Medicina Forense de Lund.

No estaba seguro de que fuera a conseguir nada, pero, cuando llevaba veinte fríos minutos delante del edificio, la puerta se abrió y por ella salió un hombre sesentón calzado con zuecos blancos, con un paquete de cigarrillos en una mano y un mechero en la otra.

Sven había hablado muchas veces con él. Se llamaba Gunnar. En cuanto lo vio, el hombre lo miró con expresión hosca.

—No tengo nada que decir. Déjame inhalar mi nicotina en paz.

—¿Me das un cigarrillo?

—No quieres fumar. Has venido a ver si pescas algo. —Gunnar encendió el pitillo con los pies firmemente apoyados en el suelo. Estaba en su casa, en su territorio.

—¿Te has enterado de que van a cerrar el Savoy? —dijo Sven.

—Sí, algo de eso he oído.

Permanecieron en silencio. Hacía tanto frío que parecía como si también Sven estuviera fumando. Gunnar seguía concentrado en su cigarrillo. Lo cogía entre el pulgar y el índice como si fuera un puro, y entrecerraba los ojos cada vez que daba una calada como si intentara divisar algo a lo lejos.

—Un hombre de negocios sujeta el cigarro con la mano izquierda… —dijo Sven.

La reacción fue inmediata.

—Porque la derecha debe estar siempre lista para un rápido apretón de manos —añadió Gunnar, completando la frase.

—¿Cómo se apaga un puro?

—Nunca se apaga. Hay que dejarlo morir tranquilamente, reposando en el cenicero, en su lecho final, con la vitola como mortaja, antes de que el personal de servicio venga y lo retire.

Los dos estallaron en carcajadas.

—¿Por qué has venido?

—Porque no sé cómo ha podido acabar tan pronto el examen forense del cuerpo de Rebecca Rönn.

—¿Tan pronto? No creas. El cadáver apareció hace cinco días. Pero no he sido yo quien te lo ha dicho.

—No, tranquilo.

Sven intentó mantener una expresión neutra, como si no fuera un bombazo lo que Gunnar acababa de decirle.

—¿Lo habían trasladado?

—Es difícil saberlo después de tanto tiempo.

—¿Causa de la muerte?

—Asfixia.

—¿Estrangulada?

—Sofocada.

Sven se lo quedó mirando sin comprender.

Gunnar suspiró y se llevó las dos manos a la cara.

—Así. Si te tapan la nariz y la boca, los pulmones presionan la pared torácica y aparecen hemorragias puntiformes, llamadas petequias, alrededor de la nariz y en las mejillas. Como pecas, pero más pequeñas. No son fáciles de ver para el ojo inexperto, sobre

todo al cabo de unos días. Y resulta todavía más difícil distinguirlas cuando los carroñeros han hecho su trabajo. Por eso es corriente que pasen inadvertidas en el lugar del hallazgo.

Unas imágenes terribles comenzaron a desfilar por la mente de Sven.

—¿Carroñeros?

—Cuando comienza el proceso de descomposición, no tardan en presentarse los cuervos, que se dan un atracón con los ojos. Después aparecen las ratas, que empiezan por los labios y siguen con las mejillas.

—¡Joder, voy a vomitar! ¿Dónde encontraron el cuerpo?

—Por ahí, en Ribersborg. Pero esto tampoco te lo he dicho yo.

Gunnar dejó caer el cigarrillo al suelo, lo aplastó con el pie y volvió a entrar.

La puerta se cerró de golpe tras él.

14

Sven tardó un rato en atar cabos, pero, incluso cuando lo hubo hecho, siguió dudando de su conclusión. Sin embargo, tenía que estar en lo cierto. Le había parecido sospechosa la forma de presentar el hallazgo del cadáver durante la rueda de prensa, y ahora acababa de revisar todos los registros diarios de la policía sobre casos de muerte en los alrededores de Ribersborg. En la semana correspondiente a la aparición del cuerpo, había uno solo y lo habían registrado con el código 6004, que en los documentos policiales significaba «muerte sin sospecha de delito por causa no relacionada con accidente de tráfico». Por lo general se trataba de muertes naturales, aunque también podían ser suicidios o muertes por congelación en circunstancias de consumo de drogas o alcohol. Esto último parecía ser lo que había ocurrido en ese caso concreto, según las fuentes policiales de Torkel.

Sven estaba desconcertado. Tenía que haber por lo menos dos muertes registradas y el caso de Rebecca Rönn debía haber quedado registrado como homicidio o asesinato. Cualquier otra cosa habría sido una falta grave desde el punto de vista profesional. A menos que hubiera sido confundida inicialmente con una indigente muerta por congelación. Pero era una mujer elegante que vestía con gusto refinado. Por otro lado… Sven pensó en las veces que había bajado a la sauna de los baños públicos de Ribersborg. Tipos desnudos, delgados, gordos, altos y bajos. Sin sus relojes, su ropa, sus zapatos

y sus coches, todos eran iguales. Solo la indumentaria permitía saber a qué clase pertenecían.

Se echó la chaqueta al hombro y se dirigió a la salida.

Notó que aceleraba el paso al dejar atrás la sala donde sus colegas asistían a la sesión informativa semanal sobre la precaria situación económica.

—¡Voy a comprobar un dato y vuelvo! —dijo al pasar.

Cuando Sven bajó del autobús y echó a andar hacia el campo de Limhamn, caía una tupida aguanieve que se fundía nada más tocar el asfalto mojado.

En Malmö todo quedaba cerca aunque las distancias socioeconómicas pudieran ser grandes. El bus 6 ofrecía a sus pasajeros un recorrido a través de las diferentes clases sociales: de oeste a este, del rojo al marrón y el azul, de los bloques de protección oficial a las casas adosadas y las mansiones de lujo.

Entre los edificios de los años sesenta de las zonas más pobres de Rosengård y las casonas del distrito señorial de Fridhem, no había más de veinticinco minutos en bicicleta. Pero el mar era para todos, y así lo recordaba el nuevo barrio de Limhamns Sjöstad con sus promociones de viviendas.

El hecho de que todos llamaran al nuevo complejo «el Rosengård del mar» después de que a uno de sus vecinos le reventaran la puerta con un artefacto explosivo era otra historia. Ni la reputación ni los precios de la vivienda del nuevo barrio se habían recuperado del todo tras aquel incidente.

Sven le pidió a una señora que llevaba en brazos un perrillo enano y feo que le indicara el lugar donde había sido hallado el indigente.

—Venga y se lo enseñaré. Llamé al Ayuntamiento para decir que había un hombre en un banco, pero no vino nadie.

Dejó al chucho en el suelo y, aunque lo animó a orinar, el animal se quedó junto a sus pies, temblando como una hoja.

—¿Por qué llamó al Ayuntamiento? ¿Qué había visto?

—Lo comenté en el grupo de Facebook y varios vecinos estuvieron de acuerdo en que daba mala imagen al barrio. Alguien dijo que, si éramos muchos los que nos quejábamos, quizá vendrían y se lo llevarían. Así lo hice y llamé también a la policía. Y les dije que, si no actuaban con firmeza, acabaríamos teniendo un poblado de chabolas, como pasó en Sorgenfri.

Sven intentó reconducir la conversación hacia lo que la señora realmente había visto.

—Disculpe, no sé si la he entendido bien. ¿Había un asentamiento de varias personas?

—No, era un solo vagabundo, un drogadicto probablemente, rodeado de basura. Ahora ya ha venido la policía y lo han limpiado todo, pero daba pena ver cómo estaba esto.

—¿Ha dicho que era un hombre?

—Sí, de eso estoy segura, aunque no me acerqué a comprobarlo, como podrá imaginar.

—¿Y pasaba todo el tiempo tumbado?

—Sí, o medio caído de lado, como a veces están los borrachos en los bancos. Iba vestido con una especie de bolsa de basura. Supongo que cada uno aprovecha lo que puede conseguir.

—¿No pensó en ir a ver si estaba bien?

—¿Y arriesgar mi vida? Para eso está la policía. Sí, es horrible, es cierto. Pero yo no podía saber que estaba muerto. Además, una cosa así no debería sorprenderle, con todo lo que pasa en este barrio.

Sven le sonrió al perrillo feo, que le devolvió una mirada hostil. No le extrañaba que su perro Frozen odiara a esos chuchos. Agradeció a la señora el tiempo dedicado y se fue a ver el área acordonada. Dos

bancos, ocultos en parte por los arbustos. Al sur, el puerto deportivo. Las aguas del estrecho de Öresund al oeste. El emblemático rascacielos Turning Torso de Santiago Calatrava al norte, un desolado campo de Limhamn al este y, detrás, las mansiones de Fridhem. ¿Qué hacía allí Rebecca Rönn? ¿Con quién se había encontrado?

No había ni rastro de basura en el área acordonada con cinta azul y blanca. Los técnicos de la policía científica debían de habérselo llevado todo en busca de rastros que quizá el viento y la lluvia ya habrían borrado.

Mientras esperaba el autobús, Sven sacó el móvil y llamó a J. B. Andersson, jefe de la unidad de investigación de delitos violentos.

—No necesito mencionar tu nombre, pero ¿es cierto que el cadáver de Rebecca Rönn estuvo nueve días en un banco de Ribersborg antes de que vosotros lo encontrarais?

Se hizo un silencio. El inspector era un hombre amable, aunque correcto en el desempeño de sus funciones.

—Lo siento, no puedo decir nada. Tendrás que preguntárselo a la fiscal, Cecilia Törnblom. ¿Tienes su teléfono?

Sven lo tenía, pero, incluso antes de que empezara a sonar el tono de llamada, estaba seguro de que no averiguaría nada útil.

—Ya sé que solo intenta hacer su trabajo —respondió la fiscal—, pero lo que me pregunta cae dentro del secreto de la investigación. No puedo decirle nada.

La siguiente llamada fue para Martin, la fuente de Sven en la policía.

—Lo han tapado todo. Solo un pequeño círculo conoce los detalles.

—Verás, no quiero pillarme los dedos. ¿Puedo escribir que la encontraron cuando llevaba nueve días muerta y que el cuerpo pasó

otros cinco en el Instituto de Medicina Forense antes de que la identificaran?

—En la morgue.

—¿Qué?

—Enviaron el cadáver directamente a la morgue porque la patrulla llegó a la conclusión de que se trataba de una indigente muerta por causas naturales. Por eso, en lugar de llamar a la policía científica, pidieron un transporte para llevarla al depósito de…

Sven lo interrumpió.

—Espera, espera. No te entiendo. ¿Por qué no hablaron con la científica para asegurarse de que no había sido un crimen?

Martin guardó silencio un buen rato.

—Una interpretación caritativa es que estaban convencidos de que era solo una persona indigente muerta por congelación. Pero, claro, de ese modo también se ahorraron quedarse allí vigilando el lugar del hallazgo y pasando frío hasta que los técnicos de la policía científica que estaban en la escena de la explosión de Holma terminaran el trabajo y pudieran acudir. Habrían podido ser muchas horas.

—Entonces, ¿fue por pura pereza?

—Lo has dicho tú, no yo. Sea como sea, fue un error muy desafortunado. Y las ratas no facilitaron las cosas.

—Bichos asquerosos —comentó Sven.

—No seas tan severo con ellas. Una vez, en Slottsstaden, encontramos a una anciana que llevaba varios días muerta en su casa. Tenía un perrito faldero muy mono. Cuando llegamos, a la señora ya le habían desaparecido los labios y las mejillas. Y te aseguro que no habían sido las ratas.

—¿Tenías que contármelo? —gimió Sven, pensando en Frozen, que lo estaba esperando en casa.

De inmediato decidió que un perro grande jamás habría actuado de esa forma, pero se guardó mucho de decírselo a Martin por miedo a que tuviera otra anécdota al respecto.

—¿Cuándo descubrieron que la muerte no había sido por causas naturales?

—Cuando le hicieron la autopsia. Entonces enviaron el cuerpo al Instituto de Medicina Forense de Lund, que era donde debía estar. Pero sí, todo el proceso llevó muchísimo tiempo —respondió Martin. Y enseguida añadió—: Oye, Sven, nada de nombres, ¿de acuerdo? Fuente anónima.

—No hace falta que lo digas.

Sven ya tenía suficiente para llevarle la historia a Patrik.

Aun así, se sintió en la obligación de llamar a Pål Hammar, aunque solo fuera para darle la oportunidad de prepararse mentalmente. Marcó el número, pero cambió de idea antes de que empezara a sonar el teléfono y en su lugar le envió un mensaje de texto.

> Entenderé una negativa, pero ¿tendría tiempo para tomar un café? No será una entrevista. Solo quiero avisarle de que pronto saldrá una nueva noticia sobre el caso de Rebecca.

Pulsó «Enviar» y enseguida se dio cuenta de que no había hablado con Pål desde el hallazgo del cuerpo de Rebecca. Estaba a punto de redactar otro mensaje para expresarle sus condolencias cuando sonó el teléfono.

La voz al otro lado de la línea parecía cansada y débil.

—Hola. Aquí Pål Hammar. Le agradezco que haya pensado en avisarme.

—No puedo ni imaginar cómo lo estarán pasando los chicos y usted. Mi más sentido pésame.

—Gracias. ¿Hay algo para lo que deba prepararme?

Sven sintió que no podía decírselo por teléfono.

—Si tiene tiempo, podría ir a su casa.

Poco más de media hora después, Pål le abrió la puerta y lo hizo pasar a la cocina, que estaba al fondo.

Sven se sorprendió al ver lo grande que era la casa, que desde la calle no parecía gran cosa.

—Adelante. He preparado café. ¿Lo toma con leche?

—No, solo.

—Me alegro, porque no he tenido tiempo de ir a comprar. Todo está siendo un poco caótico.

Sven tenía la extraña sensación de que Rebecca podía entrar en la cocina en cualquier momento. Desde el salón les llegaba el ruido de una aspiradora.

—Es Ana, que nos ayuda con la limpieza —explicó Pål. Dejó las tazas sobre la isla de la cocina y se sentó en un taburete alto frente a Sven—. Todavía no sé muy bien cómo hablar de esto con mis hijos. Los está atendiendo una psicóloga y eso es bueno. Me aconseja que les diga tanto como sea posible sin contarles lo peor. Pero yo siento que los estoy defraudando. Entonces me refugio en el trabajo. Es un comportamiento típicamente masculino, ya lo sé. Pensábamos que nuestra generación era diferente, pero…

—¿Cuenta con personas cercanas que les puedan echar una mano?

—Diría que sí. Pero la gente se asusta. El otro día llamé a mi madre y le pregunté si podía llevar a los chicos a su casa de Falsterbo durante una temporada, hasta que todo se calme un poco.

—Puede que sea lo más sensato.

—Quizá sí. De momento está en Las Palmas, jugando al golf. *«Family first»*, me dijo desde el cuarto hoyo. —Pål esbozó una sonrisa cansada—. Le gusta soltar frases en inglés, pero creo que nunca se para a pensar en lo que significan. Su suspiro de alivio se sintió desde Gran Canaria cuando le dije que podíamos arreglárnoslas solos.

De repente, pareció pequeño y perdido, sentado en su taburete. Era como si estuviera esperando a que otra persona viniera a hacerse cargo de todo: de la conversación, del día a día, de la casa, de la vida.

—Supongo que la policía ya le habrá explicado que encontraron a Rebecca nueve días después de su desaparición, pero tardaron cinco en identificarla.

Pål se quedó mirando a Sven, que solo pudo imaginar cómo se sentiría él si Lisa desapareciera de la misma manera y al cabo de unos días descubrieran que llevaba todo ese tiempo muerta a unos cientos de metros de su casa.

—Es muy grave que tardaran tanto en investigar adecuadamente la escena del crimen —añadió en otro intento fallido de formular una pregunta.

La expresión de Pål era de rabia contenida.

—Estoy destrozado. Mis hijos han pasado días enteros junto a la ventana, esperando a su madre. Yo no sabía qué hacer. —Se le quebró la voz, pero siguió hablando—. Y ella estaba aquí al lado todo el tiempo. Muy cerca de nosotros.

Sven guardó silencio porque no se le ocurría nada que decir.

—De hecho —prosiguió Pål—, puede citarme con nombre y apellido en una cosa. Rebecca fue víctima de la misma visión enfermiza de la sociedad que se esforzaba por cambiar. —Pareció

perderse en sus pensamientos y después dijo como para sí mismo—: Lo que no entiendo es qué hacía ella en Ribersborg.

—¿Cómo solía ir a su despacho?

—En coche. Le encantaba su coche.

—Pero ¿esa noche lo dejó en el centro?

—Sí, como otras veces. Cuando pensaba que tomaría una copa con un colega o una amiga, por ejemplo, lo aparcaba cerca del Ayuntamiento.

—¿Y entonces cogía el autobús?

—¿Becca? No, lo dudo. Normalmente, un taxi. A eso me refiero. No era el tipo de persona que de repente sale a caminar. Y menos con este tiempo.

—Entiendo —repuso Sven.

Se hizo un silencio.

—Sé lo que está pensando —dijo Pål—. ¿Me ocultaba algo? Supongo que tendría secretos, sí. Pero, obviamente, no puedo saber cuáles. Siempre tuve la sensación de que éramos sinceros y abiertos entre nosotros. Estábamos juntos desde la adolescencia, así que… la conocía bien, a veces mejor que ella misma, como suele pasar con las parejas después de mucho tiempo. Por supuesto, ella también conocía algunos aspectos míos que… —Se aclaró la garganta y sonrió un poco avergonzado.

—Y el hecho de que esa noche trabajara hasta tarde, ¿era corriente?

Pål miró a Sven con cara de asombro.

—No entiendo a qué se refiere. Rebecca trabajaba mucho y no tenía un horario fijo, por lo que no era raro que se quedara hasta tarde en la oficina. Me envió un mensaje a las cinco, creo, para decirme que llegaría tarde y que cenáramos sin esperarla. Por la noche casi no pensé al respecto. Le mandé un mensaje poco antes

de las doce. Le dije que me iba a la cama y que no olvidara encender el calefactor del motor porque iba a helar. Solo por la mañana, cuando me desperté y vi que no había vuelto a casa y que ni siquiera me había respondido, llamé a la policía. O, mejor dicho, primero intenté hablar con ella y luego llamé a la policía.

—Y, por la noche, ¿se quedó todo el tiempo en casa?

—Sí, con los niños. La policía tiene mi declaración completa, por supuesto.

—¿No hay nada que se le haya ocurrido después? Cualquier cosa. Algo que le llamara la atención en el comportamiento de Rebecca.

—Es difícil decirlo, porque uno piensa en todo, literalmente. Es como si cada pequeño detalle pudiera ser una pista. La policía no dice mucho. Supongo que aún no me han descartado por completo como sospechoso. Si lo hicieran, sería casi una negligencia. —Pål esbozó una sonrisa amarga.

—Yo he estado pensando en una cosa —dijo Sven—. La ropa de Rebecca. Cuando la encontraron y cuando desapareció.

—¿Se pregunta cómo pudieron confundirla con una indigente?

—Algo así.

—La encontraron con su ropa. Cuando salió, llevaba puesto su suéter gris de cachemira. Lo recuerdo porque esa mañana estaba buscando la correa plateada de su Apple Watch, que combinaba con el jersey. Le indiqué que la había visto en la ducha. Entonces ella salió del baño enseñándome el reloj en la muñeca y me dijo que había acertado, como siempre. Después salió. Vi que estaba quitando la nieve del parabrisas del coche. De su coche. Luego entró, cogió los guantes y dijo que hacía un frío de mil demonios. Le grité que no había tenido tiempo de echar arena en el sendero y que tuviera cuidado de no resbalar.

—¿Y después?

—Fue la última vez que la vi. Es una de las cosas que me cuesta superar. Que mis últimas palabras fueran tan triviales. El hecho de no tener una segunda oportunidad. De vez en cuando vuelvo a escuchar el contestador automático con el anhelo de que me haya dejado un mensaje, algún tipo de pista o algo que pueda darme esperanza. Es una idiotez, porque Becca nunca dejaba mensajes en el contestador. Le molestaba mucho que se lo hicieran a ella. Pero se ha convertido en una especie de obsesión. De alguna manera, sigo pensando que algún día habrá algo para mí.

—Hay una cosa más que tengo que preguntarle —anunció Sven—. ¿Le contó Rebecca que se había puesto en contacto conmigo después de la entrevista para su perfil?

Pål se lo quedó mirando con expresión interrogativa.

—Me comentó algo sobre las citas textuales, que usted debía enviarle para que las revisara. ¿Se refiere a eso?

—En parte —respondió Sven—. Pero también me hizo llegar una lista de nombres de los que quería hablar. Eran extranjeros. Creo que podría tratarse de solicitantes de asilo que han sido rechazados y se han quedado ilegalmente en el país. No lo sé con seguridad.

Pål guardó silencio un momento.

—No, no me dijo nada de eso. Pero sé que estaba muy implicada en la búsqueda de locales donde las personas sin techo pudieran refugiarse en invierno y que estuvo señalando al Ayuntamiento porque no hacía lo suficiente. De hecho, discutimos un poco por eso: a mí me parecía estupendo que intentara ayudar a los más vulnerables, pero consideraba que algunos de sus posicionamientos no eran compatibles con su papel de funcionaria.

—¿Qué quiere decir?

—Ningún gobierno municipal puede oponerse activamente a las decisiones adoptadas por los tribunales o por instancias superiores

de la Administración.

—¿Se refiere a órdenes de deportación? ¿Ayudó Rebecca a ocultar a gente en situación irregular?

—Yo no diría «ocultar». Pero estaba empeñada en que los albergues de la ciudad cambiaran las normas para acoger también a las personas sin papeles. Era un asunto bastante delicado para nosotros porque yo soy el responsable del departamento jurídico y me corresponde velar por que el Ayuntamiento cumpla escrupulosamente con la ley. La multa que tuvimos que imponer a la iglesia de Santa María no ayudó mucho a nuestra paz familiar, se lo puedo asegurar.

—¿Se refiere a cuando la iglesia dejaba dormir en sus locales a refugiados y migrantes de la Unión Europea?

Pål asintió.

Detrás de él, en el salón, la señora de la limpieza había soltado la rasqueta con la que limpiaba las ventanas. Cruzó una mirada con Sven y, por un segundo, pareció que iba a decir algo. Pero recogió el cubo y la escobilla, y salió al pasillo en silencio.

Sven bebió el último sorbo de café y se levantó para poner la taza en el fregadero.

—No hace falta. Déjela ahí —dijo Pål.

Desde el recibidor, la mujer se despidió.

—¡Señor! Me voy ya, ¿de acuerdo?

Sven notó que Pål tenía que hacer un gran esfuerzo para contestar.

—Gracias, Ana. Eres una gran ayuda.

La puerta se cerró tras ella y Sven pensó que ya iba siendo hora de marcharse. Alargó la mano y se la apoyó a Pål sobre el hombro.

—Seguiremos en contacto.

—Sí, muy bien. Ya hablaremos.

Cuando Sven salió a la calle, la mujer de la limpieza estaba cargando los cubos y las fregonas en el maletero de un diminuto Nissan Micra.

—La señora Rebecca era muy buena —le dijo con mirada triste a pesar de la sonrisa.

Pareció dudar entre decir algo más o no hacerlo, pero al cabo de unos segundos se puso al volante y cerró la puerta del coche.

Sven golpeó el cristal con los nudillos y le pasó una tarjeta de visita.

—Por si quiere hablar de ella en algún momento.

La mujer no dijo nada. Se guardó la tarjeta en el bolsillo y encendió el motor.

15

Ali esperaba con impaciencia delante del supermercado Ica de Möllan. Cuando vio salir a Hamid del local, comprendió enseguida que algo iba mal. Vio que el chico se subía la capucha y apretaba el paso en dirección al Folkets Park. Iba como si lo persiguieran, pero no corría. Estaba aturdido y pálido.

Hamid siguió andando rápidamente por una calle lateral sin esperar a que su amigo lo alcanzara.

—Estamos jodidos, pero bien jodidos —iba murmurando sin aminorar la marcha.

Ali tenía la sensación de que iba a echarse a llorar en cualquier momento. No lo había visto así desde la vez que había hablado con su madre por teléfono.

—¿Qué ha pasado? Dime.

Cruzaron las vías del tren y bajaron a su escondite. Ali vio enseguida que su amigo no llevaba carne robada oculta bajo el plumífero. Era evidente que ese día no había conseguido sustraer nada. En cuanto estuvo en el refugio, Hamid se arrastró hasta su colchón y se puso a revolver sus pertenencias con cara de desesperación para luego hacer lo mismo en el rincón de Ali.

Lo primero que pensó Ali fue que el chico sospechaba que había sufrido un robo por parte de alguno de los que dormían con ellos bajo las vías. De inmediato, Hamid volvió del revés la mochila de Ali y se puso a sacudirla.

—¿Dónde están las cosas? —preguntó.

—¿Qué cosas? —replicó Ali, fingiendo que no sabía a qué se refería para ganar tiempo.

—Las que encontramos en el bolso de Ribersborg.

—Las he escondido.

—¿Dónde?

—En un lugar seguro.

—¿Dónde están las tarjetas de crédito?

—Da igual. Están bloqueadas —contestó Ali.

Hamid levantó la voz como nunca lo había hecho.

—¿Dónde están? ¡Enséñamelas!

Ali se palpó el bolsillo interior de la chaqueta. Todavía las tenía ahí. Las sacó y se las mostró a Hamid.

—Lo sabía, lo sabía. Es ella. ¡Está muerta!

Hamid agitó una de las tarjetas de crédito delante de la cara de Ali, que la cogió y la examinó. Pero lo que vio no le dijo nada.

—¿Qué pasa? ¿Quién era? —preguntó, tendiéndosela otra vez a su amigo.

—Esa mujer. La que aparece en todas las portadas. También sale su nombre en letras bien grandes. Ya sabía yo que era ella. —Hamid se llevó las dos manos a la cara. Respiraba con dificultad—. Nos estarán buscando.

—¿Quién?

—¡La policía!

Ali le pidió a su amigo que le contara lo que sabía, pero resultó que era muy poco.

Solo había visto la foto de la mujer con su nombre en las portadas de los periódicos, se había asustado y había salido corriendo del supermercado.

—Entonces todo lo que sabemos es que está muerta —recapituló Ali en un infructuoso intento de consolarlo.

—Podríamos dejarle una nota a la policía —propuso Hamid.

—¿Qué clase de nota? ¿«Nos quedamos con el bolso y compramos un par de cosas, pero nosotros no la matamos»? ¿Algo así?

—Sí, en serio. Quizá podamos ayudar.

De repente, Ali se había puesto tan nervioso como Hamid.

Se miraron un momento. Su pequeño mundo pareció encogerse todavía más.

—Tendremos que desaparecer por un tiempo y no llamar la atención —dijo Ali.

Hamid se llevó las manos a la cabeza. Sus ojos saltaban de un lugar a otro, como si la situación no hiciera más que empeorar.

—¿Dónde está el resto de las cosas? ¿El iPhone?

Ali sintió un escalofrío cuando recordó el rincón del taller de Abbas donde lo había escondido todo. ¿Cómo había podido cometer semejante estupidez? Su amigo no se lo perdonaría. Nunca volvería a mirarlo de la misma manera. La sola idea abría ante él un abismo porque después de Hamid no había nada, de eso estaba seguro.

¿Cómo iba a saber él que esa mujer había sido asesinada?

—Podemos ir a ver a Abbas —propuso Hamid—. Él sabrá qué hacer.

El tono de Ali fue seco y duro.

—No iremos a ver a Abbas ni a nadie. No nos creerán, ¿entiendes? Tenemos que desaparecer.

16

La visita a Pål Hammar le había llevado más tiempo del que pensaba. Patrik ya había apagado el ordenador y estaba recogiendo sus cosas cuando Sven irrumpió en su despacho casi sin aliento.

—«Destacada personalidad de Malmö, asesinada y confundida con un indigente». Sí, la historia tiene gancho. Y al final has conseguido hacer hablar a Pål. Fantástico. Pero ¿estamos cien por ciento seguros de que es el mismo cuerpo?

Patrik se subió las gafas a la frente y entrecerró los ojos, mirando a Sven.

—Totalmente, sí.

—Este asunto se está volviendo cada vez más extraño. No cargues las tintas en las ratas devoradoras de cadáveres. Te recomiendo el ángulo de la mujer que dedica su vida a ayudar a los sintecho y acaba asesinada y confundida con un vagabundo a unos pocos cientos de metros de su casa.

—Sí, y tal vez algo sobre el tiempo que pasó el cuerpo a la intemperie y las pruebas valiosas que pueden haberse perdido.

—¿Tenemos alguna fuente para eso?

—El cadáver estuvo más de una semana al aire libre, bajo la lluvia y el viento. No será difícil conseguir que un experto confirme que pueden haberse perdido pruebas —replicó Sven—. Ya es bastante destacable que un indigente lleve varios días muerto, tirado en un banco, y que solo llamen a la unidad de homicidios cuando resulta que el cuerpo es de alguien que vivía en Fridhem.

—Es verdad. De acuerdo. Lo publicaremos como noticia destacada de la noche en la web. ¿Te da tiempo? Avísame si no llegas.

—No hay problema.

Sven se consideraba a sí mismo algo tan contradictorio como un adicto al trabajo al que no le gustaba trabajar. No había mejor sensación para él que ir tras la pista de una gran revelación. Podía olvidarse del resto del mundo tratando de comprender cómo funcionaban realmente las cosas. Y, para encajar las piezas del puzle, era capaz de trabajar sin descanso durante semanas. Como había dicho una vez un jefe de redacción neoyorquino: «El periodismo es duro, increíblemente estresante y está bastante mal pagado. Por otro lado, todo el mundo te odia».

Sin embargo, no era eso lo que se le hacía cuesta arriba de su oficio, sino la rutina diaria de las ruedas de prensa sin sentido, en las que todos sus colegas iban detrás de la misma noticia. En esos momentos el periodismo le parecía un trabajo de oficina como cualquier otro, monótono y aburrido.

—Tengo otra novedad —añadió—. A propósito de Einar, el indigente que murió de frío el invierno pasado. He estado preguntando por los albergues y, por lo visto, hay bastantes casos de muertes de vagabundos sin papeles. No aparecen en las estadísticas y me gustaría profundizar en el tema.

Patrik se aclaró la garganta.

—La idea es buena, Sven, pero ahora tenemos que concentrar todos los recursos en el caso de Rebecca. William ha conseguido buenos contactos con gente de dentro de la investigación y quiere formar equipo contigo, si estás de acuerdo.

Sven infló las mejillas y contuvo la respiración un poco más de lo que habría parecido natural. La perspectiva de tener a William

encima el resto de la semana le resultaba insoportable. Soltó el aire en un suspiro de frustración.

—¡Tengo tantas cosas que hacer ahora mismo!

—Te entiendo —respondió Patrik, dejando traslucir por su expresión que realmente lo comprendía—. Seguro que puedes enseñarle algunas cosas. El chico tiene talento, hay que reconocerlo, pero a veces se pone demasiado ansioso.

—Sí, así es. ¿Ha averiguado algo?

—Por lo visto, la policía ha encontrado efectos personales de Rebecca Rönn en un taller de Norra Grängesberg. Y tienen imágenes de las cámaras de seguridad de varias tiendas en las que aparecen dos chavales comprando cosas con sus tarjetas de crédito.

—¡Joder!

—Sí, eso mismo he pensado yo. La policía ha convocado otra rueda de prensa esta tarde, dando a entender que ha hecho algún progreso. Creemos que podría estar relacionado con lo que ha averiguado William. ¿Podrías revisar lo que ha escrito el chico a ver si tiene sentido? Si te parece bien, mañana abriremos con su nota y colocaremos después tu escrito sobre la confusión de Rebecca con una vagabunda como artículo de fondo. Quedará genial.

Sven se pasó la mano por la barba incipiente y asintió. No era un mal plan editorial, pero no dejaba de incomodarle la idea de que un mocoso que hacía una sustitución temporal se le hubiera adelantado.

17

Anne miró el teléfono. Hacía relativamente poco, en una vida anterior, no dejaba de sonar y vibrar. Jamás habría pensado que un móvil con la batería cargada por completo pudiera estar tan silencioso. De vez en cuando, lo tocaba con la punta del dedo como quien toca a un animal moribundo para comprobar si aún le queda algo de aliento vital. Entonces se iluminaba la pantalla con la fecha y la hora como para recordarle que solo hacía unos minutos que lo había mirado por última vez.

Llevaba todo el día llamando a Abbas para preguntarle cuándo estaría listo el coche, pero le saltaba el buzón de voz cada vez que lo hacía. Lo mismo pasaba cuando intentaba hablar con Sally, que parecía estar ocupada con sus clases. Cuando por fin su hija le devolvió la llamada por la noche, apenas se oía su voz. Al fondo se distinguía un trasiego de platos y cacerolas, y Anne comprendió que ni siquiera sabía cómo era el lugar donde vivía aunque la distancia entre Malmö y Lund era solo de dieciséis kilómetros.

Se había prometido ser la adulta en la relación y no perder los papeles como cada vez que hablaba con Sally. No se pondría a la defensiva ni discutiría.

—¿Es un mal momento? ¿Quieres que hablemos más tarde? —preguntó más a la defensiva de lo que le habría gustado.

—Puedo ahora. De hecho, te he llamado yo —respondió Sally sin dejar de trajinar y hacer ruido.

—Sí, es verdad.

—Tendría que haberte llamado antes —prosiguió su hija—, pero últimamente he estado muy ocupada.

Anne miró por la ventana. Estaba pensando en la Navidad, aunque decidió dejar el tema para más adelante.

—Solo quería saber qué tal te va por Lund. ¿Todo bien?

—Sí, sí. Todo en orden.

—¿Sigues a gusto con los estudios de género?

—Sí, en general sí.

—¡Uy! —exclamó una voz extraña al fondo entre risas.

Anne se armó de valor.

—Me ha dicho papá que has conocido a alguien —comentó—. Qué bien, ¿no?

—Sí, ya veremos… ¡No, ahí no! A la derecha, un poco más arriba, a la izquierda de la estantería.

Anne percibió la sonrisa de su hija y notó cómo cambiaba su voz cuando hablaba con la persona que estaba con ella, como si fuera otra chica y no su Sally.

—Perdona, mamá. ¿Qué me estabas diciendo?

Otra vez la voz de antes. Contenida y un poco reservada.

—Sí. ¿Qué te estaba diciendo…? Ah, sí. Que tu padre me ha contado que estás con alguien. ¿Es de tu clase?

—Bueno, no. Se llama Samir. Hace tiempo que salimos.

—Me alegro. ¿También estudia en Lund?

—En la Universidad de Malmö. Es de allí.

Sally seguía armando jaleo en su cocina. Mejor así, porque había demasiado silencio entre las dos.

—Me gustaría conocerlo en algún momento —dijo Anne, tratando de adoptar un tono casual—. No hace falta esperar a ninguna ocasión especial. Puede ser cualquier día que vengáis a Malmö.

—Ya veremos.

Anne tragó saliva.

—No hay prisa. Ahora vivo aquí.

Se sentía físicamente incómoda. Odiaba hablar por teléfono y detestaba sobre todo ese tipo de conversaciones acartonadas.

Le habría gustado poner fin a la llamada, pero no soportaba la idea de quedarse a solas con esa desagradable sensación en cuanto se hubiera despedido. La conocida vergüenza de su infancia, cuando siempre estaba al margen, mirando por la ventana a otra gente que hacía cosas normales reunida al calor del hogar mientras ella crecía sola con su padre y su abuela anciana, lejos de su madre.

Como si su apariencia diferente, extraña para el sur de Suecia, no hubiera sido suficiente.

Ya de niña había decidido no volver a sufrir como lo había hecho cuando su madre se había marchado de vacaciones a Hong Kong para no regresar nunca más.

Solo mucho más tarde logró reconstruir parte de la historia.

Su padre había desafiado a su abuelo cuando se había ido a estudiar al politécnico en lugar de hacerse cargo de la granja. Más adelante, había aceptado un trabajo en una compañía naviera de Hong Kong para poner más distancia aún entre las obligaciones familiares y su mala conciencia.

Cuando su abuelo murió años más tarde, su padre había viajado a Suecia con su mujer y su hija. Pero la madre de Anne, perteneciente a una de las familias más encumbradas de Hong Kong, se había encontrado con que en la llanura de Skåne no era más que una «china inmigrante». Al cabo de tres años, había cogido un avión para ir a visitar a la familia y «el mes que viene» no había tardado en convertirse en muchos más. Antes de que pudieran darse cuenta, habían transcurrido varios años.

La madre de Anne había pasado a ser lo innombrable, lo que nunca se mencionaba en presencia de la niña. En algún momento Anne había dicho en la escuela que había muerto porque así le resultaba más fácil. De ese modo podía sentirse triste y especial en lugar de humillada y rechazada. En una reunión de familias de alumnos en la que Anne estaba presente, los otros padres la habían acusado de no distinguir la realidad de la mentira y de haber matado a su madre, aunque solo fuera en su imaginación. ¿Qué edad tendría ella entonces? ¿Diez años? ¿Once? No había más niños en la reunión. Solo ella y los adultos.

La maestra la había mirado con expresión severa, como si todos se hubieran arrogado de repente la responsabilidad de enseñarle a la niña sin madre lo que estaba bien y lo que estaba mal.

Al final, su abuela se había levantado, la había cogido de la mano y se había marchado, no sin antes reprocharles a los presentes su actitud:

—¡Válgame Dios! ¡Vergüenza debería daros!

Anne se había sentido aún más abochornada por tener una abuela tan mayor que hablaba con expresiones anticuadas. Durante toda la semana siguiente se había quedado en casa aquejada de anginas.

—Tú no tienes la culpa de nada —le había dicho su abuela en la cocina mientras le acariciaba la mejilla con el dorso de su áspera mano.

Los años en la escuela superior lo habían cambiado todo. Era como si el mundo se hubiera puesto del revés y todo lo que era malo se hubiera vuelto bueno. En los pasillos de la Escuela de Periodismo, ser diferente, hablar demasiado y leer todo el tiempo eran rasgos positivos.

Sven se había acercado a ella desde el primer día, mirándola con un brillo en los ojos. Mucho antes de ser pareja, habían sido amigos.

El chico había visto todas sus rarezas y fragilidades y, aun así, la había elegido.

Quizá por eso siempre sería diferente de los demás, porque estaba estrechamente vinculado con aquellos años que habían cambiado su vida.

Con Pontus había sido distinto. Cuando lo conoció, ya era una periodista conocida y respetada. Desde el comienzo había habido una desigualdad intrínseca entre ellos, ya que Pontus sabía perfectamente quién era ella cuando hablaron por primera vez en una fiesta, mientras que, para Anne, él no era más que el amigo de un conocido. Pontus la admiraba de lejos antes incluso de conocerla en persona y nunca había dejado de hacerlo. Había algo en su forma de ser que a Anne le recordaba a su padre. Una calma y una estabilidad que la hacían sentirse segura, por lo menos en aquella época. Luego habían tenido a Sally y Anne había vuelto a sentirse al margen.

Pontus y Sally se tenían el uno al otro, mientras que Anne tenía su trabajo: las emociones intensas, la sensación de estar siempre en el centro de los acontecimientos, siempre observada, siempre necesaria y añorada por quienes la esperaban en casa, por la redacción, que aguardaba su material, y por las personas que depositaban en ella todas sus esperanzas de dar a conocer sus historias en el mundo para que las experiencias terribles que habían sufrido adquirieran por fin algún tipo de sentido.

Pensaba que había construido algo a lo largo de los años, una especie de base, una seguridad en sí misma que era su nuevo y verdadero yo. Sin embargo, ahí estaba ahora, con el teléfono en la mano, sintiéndose impotente. Ella, a quien se consideraba una de las personas más hábiles del país para arrancar declaraciones a los poderosos, ni siquiera era capaz de conseguir que su propia hija le

hablara un poco de su vida. Se había convertido en alguien que tenía que esforzarse por terminar una frase y que abusaba de términos como «agradable», «divertido» o «emocionante»; una persona plana y carente de interés que ella misma habría preferido eludir en una cena.

Puede que ese fuera el problema. Que solo sabía desenvolverse en el trabajo y en ninguna otra parte. Que sin su empleo no era nada. Que, fuera del periodismo, nunca había sido nadie. Sintió un escalofrío.

—Oye, Sally —dijo en voz baja—. Quiero hacer mejor las cosas. Quiero formar parte de tu vida.

Miró por la ventana y vio que un carbonero se había posado sobre las ramas de un roble. Se esforzó para no desdecirse de lo que acababa de expresar o suavizarlo con otras palabras.

—¿Te parece que hablemos luego, mamá? Ahora estamos preparando la cena.

Anne jugueteó con el tablero de la mesa, que estaba medio despegado en los bordes.

—Sí, fantástico. Hablemos otro día. Me encantaría ir a visitarte a Lund.

—Sería estupendo. Nos llamamos.

—Sí, hasta pronto.

Anne sintió que el viento se colaba entre las tablas del suelo desde el gélido sótano y comprendió que se había precipitado al arrancar el antiguo linóleo para ver qué había debajo.

Subió al dormitorio, se puso un par de calcetines gruesos y fue a buscar leña, que después depositó en la chimenea.

Estaba acostumbrada a que las semanas le parecieran años porque antes, en siete días, solía hablar con cientos de personas y viajar a muchos lugares. Pero de pronto se encontraba encerrada en

una casa llena de corrientes de aire, sintiendo que el tiempo se le escurría entre los dedos como si fuera una goma elástica que se acortaba o se alargaba según el volumen de lo que abarcase.

Tenía cincuenta años. A ese paso, pronto cumpliría los setenta sin haber vivido nada destacable.

Unos días antes había intentado crearse un perfil de Tinder, pero ni siquiera eso había conseguido. Quería sexo, nada más. Sin embargo, prefería no hacerlo con hombres que solo quisieran sexo, y eso complicaba las cosas. Tampoco quería tipos que le enviaran largos mensajes de audio ni que esperaran irse de vacaciones con ella a un romántico balneario o a la montaña.

Le había resultado imposible describir en unas líneas lo que buscaba. Había guardado el último intento sin publicarlo.

Durante un instante fugaz había pensado en llamar a Klara para pedirle consejo. Había sido solo un impulso, como cuando abrimos el grifo aunque sabemos que el agua está cortada o cuando vamos a buscar los vasos al armario donde han estado los últimos veinticinco años a pesar de haberlos cambiado de sitio.

Ahora ya no le pasaba con tanta frecuencia como al principio, pero la seguía invadiendo una tristeza insondable cada vez que caía en la cuenta de lo extraño que era todo. En esos momentos echaba de menos a Klara, solo a ella, sin el menor pensamiento de venganza. Era tan grande la añoranza que a veces tenía la sensación de que Klara, su amiga, era diferente de la que estaba con Pontus. Y que, por lo tanto, podía llamar por teléfono a la suya para quejarse de la otra. Pero entonces la ira volvía con todas sus fuerzas y toda calidez desaparecía. En su interior no había más que un enorme agujero negro.

No se rindió cuando el fuego de la chimenea se apagó por enésima vez. Arrancó pacientemente la corteza de la madera de

abedul trozo a trozo y la fue metiendo entre los troncos, viendo cómo se enroscaba, se movía y cobraba vida mientras ella soplaba con bocanadas cortas que avivaban las llamas.

Solo era cuestión de aguantar. De no rendirse, de no abandonar antes de tiempo.

18

La reunión matinal de la redacción estaba a punto de comenzar, pero el teléfono de Sven empezó a vibrar sobre la mesa de la sala de conferencias. El jefe lo miró con severidad, como si hubiera vuelto a pillar a su reportero en un nuevo intento de eludir una reunión, aunque en esta ocasión Sven fuera inocente.

—Estoy ocupado. ¿Puedo llamarte más tarde?

Estaba a punto de colgar cuando oyó que Torkel le gritaba al otro lado de la línea.

—¡Sven, escucha! Después de mucho negociar, he conseguido escaquearme de un puto recorrido en elefante por la jungla y ahora estoy en un cibercafé, rodeado de mochileras con chanclas y camisetas compradas en tiendas de souvenirs. He pagado por veinte minutos de internet y pienso aprovechar cada segundo.

Sven señaló el móvil para disculparse y esperó a que Patrik le indicara con la mano que podía abandonar la reunión.

Salió, buscó otra sala y cerró la puerta.

—Torkel, ¿cómo lleváis el calor?

—¿Qué? Espera, que abro el FaceTime.

Un Torkel de piel enrojecida, con sombrero de paja y gafas de piloto, apareció en la pantalla.

—Aquí hay mucho ruido. ¿Qué me decías?

La imagen tembló cuando Torkel se volvió hacia un grupo de mochileras.

—¡Eh, *young ladies*! ¿Os podéis callar un segundo? *Can you be quiet, please?* Estoy tratando de resolver un asesinato. *A murder*.

Sven oyó carcajadas al fondo y no pudo reprimir una sonrisa.

—Me miran como si fuera un puto turista sexual. ¿Me oyes, Sven?

—Te oigo.

Saltándose la charla intrascendente, Torkel fue directo al grano.

—He averiguado algunas cosas.

Sven sonrió para sus adentros. Podía sentir la frustración de su compañero desde Tailandia. Debía de haberse pasado media noche en un cibercafé, sondeando a policías y mafiosos, e investigando todo y a todos los que pudieran tener algo que ver con la muerte de Rebecca Rönn.

Ahora hablaba de manera precipitada e inconexa sobre los vínculos que habían existido en los años dos mil entre Nico Adams y los capos del narcotráfico en Rosengård.

Un repentino cansancio invadió a Sven.

—Sven, ¿me estás escuchando?

—Sí, claro —aseguró—. Decías algo acerca de Nico y el tráfico de drogas en los años dos mil.

—¿Y qué más?

—Eso… Que esa gente controlaba el tráfico de drogas en los años dos mil.

—Déjalo. Yo hago lo mismo con mis hijos todo el tiempo. Repito las últimas palabras de la última frase que han dicho para hacerles creer que los he estado escuchando. ¡No has oído nada!

—Perdona. Esta noche no he pegado ojo. Vuelve a empezar, por favor.

Torkel dejó escapar un profundo suspiro, pero no pareció muy disgustado por tener que repetirlo todo de nuevo.

—En esa época, Nico Adams frecuentaba la pandilla M-falangen. Los de la banda se conocían desde el colegio y durante un tiempo fueron los amos de Rosengård.

—¿No fueron los que pusieron una bomba en la oficina de Hope Properties hace unos años?

—¡No, hombre! ¿Qué dices? Esos fueron los hermanos Hazun para vengarse por el desalojo de su familia. Al menos eso fue lo que se dijo en su momento.

Torkel desgranaba nombres de delincuentes como si fueran parientes suyos y a Sven le costaba seguirlo. Debido a la estricta ley de protección de la privacidad vigente en Suecia, los sospechosos nunca aparecían en las noticias con sus nombres, sino como «el joven de veintiún años», «el de veinticuatro años» o «el hermano del hombre de treinta y tres años».

—Dices muchas cosas y hablas demasiado rápido. No entiendo nada. ¿Puedes explicarte mejor?

—Verás. Cuando Hope Properties compró todos los bloques, empezó a echar a los inquilinos. Dejó sin efecto los contratos en negro y desalojó a los integrantes de las bandas. Fue entonces cuando la oficina saltó por los aires y uno de sus empleados fue golpeado y humillado. Llamaron a la policía, aunque no sirvió de nada porque nadie quiso hablar. No es divertido tener de enemigos a los hermanos Hazun. Pero después de eso desaparecieron y todo volvió a estar en calma.

—¿Se rindieron? ¿Se mudaron y se fueron a Harvard a estudiar Derechos Humanos?

—Muy gracioso. Según mis fuentes, fue cosa de los antiguos colegas de Nico. Uno de los hermanos aficionados a las bombas desapareció sin dejar rastro. El otro se fue a vivir a Dinamarca, creo. Lo que pretendo decir es que Nico puede parecer un empresario

honesto que ha triunfado en la vida, pero, según las malas lenguas, no duda en pedir ayuda a delincuentes cuando se siente acorralado. Si los rumores son ciertos, es evidente que el tipo tiene mucha capacidad intimidatoria. Mucho potencial violento.

—Vaya. ¿Y lo de su supuesta relación con Rebecca? No parece su tipo en absoluto. Además, discutían incesantemente a través de la prensa.

—Puede que ella se hubiera metido en algún lío gordo del que no podía salir —sugirió Torkel. Su tiempo en el cibercafé empezaba a agotarse—. Tengo un contacto en la policía local de Rosengård que podría saber algo al respecto. Llámala. Por cierto, ¿has hablado con los vecinos de Fridhem? Deben de tener cámaras de vigilancia por todas partes. Puede que alguna captara a Rebecca o siguiera sus movimientos antes de que la atacaran. Nunca se sabe.

—Sí, ya lo había pensado, pero hasta ahora he estado ocupado con otras cosas. Además, supongo que la policía ya habrá comprobado todas las de la zona.

—Sigo creyendo que merece la pena hablar con la gente de los alrededores. No todos respetan al pie de la letra las normas sobre videovigilancia. Puede que algunos se animen a contarte más cosas a ti que a la policía. Eso si finalmente decides tomar la iniciativa.

—Sí, sí. Lo haré si tengo tiempo.

—Las mochileras empiezan a tocarse relojes imaginarios en las muñecas. Voy a tener que despedirme. Cuídate.

—Tú también. Intenta descansar un poco.

—Ya veremos.

Sven cerró el ordenador y no se dio prisa en volver a la reunión. Tenía al menos tres cosas que investigar: los negocios inmobiliarios de Nico, sus vínculos con el mundo de las bandas y su relación con

Rebecca Rönn, de la que aún no sabía nada. Y ahora se le añadían las cámaras de seguridad de Fridhem. ¿Por dónde empezar?

Enseguida recordó la pista mencionada por William. Alguien había visto a Rebecca en el restaurante Lyran con un hombre la noche de su desaparición. Había llamado al establecimiento y había conseguido hablar con el dueño, que le confirmó el dato. Rebecca había estado allí, pero no sabía quién era su acompañante.

En ese mismo instante, sonó una notificación en el móvil de Sven. Torkel le enviaba una captura de pantalla de Instagram en la que se veía una foto de Rebecca Rönn al lado de una mujer. Debajo se leía la frase: «Te echo de menos», seguida de tres corazones rotos.

«Es Katarina Mellgård —le aclaraba Torkel en el mensaje—. Parece ser íntima de Rebecca. ¡Llámala!».

Sven meneó la cabeza ante la extraña situación de estar siguiendo órdenes de un adicto al trabajo de vacaciones en Tailandia. Por otra parte, agradecía tener un motivo para no reincorporarse a la reunión. Se dirigió rápidamente a su mesa y en poco tiempo logró ponerse en contacto con la amiga de Rebecca.

Las llamadas telefónicas a personas que acababan de perder a un ser querido solían ser una lotería. Algunas se enfadaban y colgaban enseguida, mientras que otras tenían una intensa necesidad de hablar. Katarina Mellgård resultó ser de las últimas. Las palabras le salieron a borbotones hasta que de pronto se interrumpió y se echó a llorar.

—Perdón. La echo tanto de menos que no sé qué hacer.

Sven le habló del perfil que había estado preparando y de la imagen que tenía de Rebecca. Mencionó su costumbre de llamar a las cosas por su nombre y el respeto que esa forma de actuar le merecía.

—Pero hay algo que no me entra en la cabeza —dijo al final—. ¿Le había contado a usted lo de Nico Adams?

La mujer no respondió.

Sven esperó. Y siguió esperando un poco más. Sabía que era una de las formas más eficaces de hacer hablar a la gente. A la larga, nadie soportaba el silencio.

—Le hice una promesa, pero supongo que ya no importa. ¿Qué quiere saber? —dijo por fin Katarina Mellgård.

—Ahora mismo solo estoy investigando las circunstancias. No mencionaré su nombre. Tiene mi palabra.

—No sé qué puedo decirle. Rebecca quería salvar la relación con Pål, sobre todo por los niños, pero estaba perdidamente enamorada de Nico. Fue un gran desgaste emocional para ella. Sentía que era una mala madre y una mala esposa. Se estaba hundiendo. Me tenía muy preocupada.

—¿Cuánto le había contado?

—Mucho. Y yo le di el único consejo que podía darle. Que pensara en ella y en sus hijos.

—¿Iba a dejar a su marido?

—No lo sé. Cuando hablaba de Nico, parecía una adicta. Estaba terriblemente enamorada y supongo que no vio las señales de alarma hasta que fue demasiado tarde.

—¿Qué señales?

—Nico no era precisamente monógamo. Solía ir a las galas o las conferencias acompañado de diferentes mujeres. A Becca no le importaba al principio porque él le aseguraba que eran relaciones de trabajo, pero con el tiempo se fue poniendo cada vez más celosa. Se creó perfiles falsos en las redes sociales para controlar sus publicaciones y por las noches lo seguía para averiguar si salía con otra.

—Aun así, todavía me cuesta entenderlo. Como usted sabe, Nico y Rebecca estaban muy enfrentados en la escena pública, sobre todo desde que ella había amenazado con presentar una demanda contra su empresa desde el Ayuntamiento.

—Puede que al comienzo eso fuera parte del juego, pero al cabo de un tiempo ella perdió el control de la situación. Por un momento llegué a creer que lo sacrificaría todo por él.

—¿Qué le hizo pensar eso?

—Todo el asunto me daba mala espina. Becca me contó una vez que había coincidido con amigos de Nico en diferentes circunstancias. Me preocupaba que fueran tipos poco recomendables. Pål y ella tenían una buena vida juntos y…, no sé…

Sven notó que Katarina contenía un sollozo antes de continuar:

—Esa fue la última vez que hablamos. Tengo la sensación de que no hice lo suficiente. De haberlo hecho, quizá ahora estaría viva.

Después de poner fin a la llamada, Sven se quedó mirando por la ventana. Tal vez debería haberle mencionado a Katarina los mensajes de Rebecca que no había leído, aunque solo fuera para aliviar su sentimiento de culpa. Si había alguien que no había hecho lo suficiente era él.

Con el rabillo del ojo, vio que los demás salían de la sala de reuniones. Patrik le indicó con un gesto que fuera a su despacho.

Sven suspiró y empezó a prepararse mentalmente para decirle que tenía demasiadas cosas entre manos con el caso de Rebecca y que no podía ocuparse de nada más.

Patrik le pareció malhumorado. Estuvo a punto de hacerle una broma, pero el jefe lo interrumpió.

—No sé si has visto que la policía ha convocado esta tarde una rueda de prensa en relación con la muerte de Rebecca Rönn. Dile a

William que vaya contigo. Parece ser que se ha producido un avance importante en la investigación.

19

El ambiente era animado en el vestíbulo de la comisaría mientras los reporteros y fotógrafos de las diferentes redacciones del país aprovechaban la espera para comentar —y lamentar— los últimos recortes en sus respectivos lugares de trabajo. Pero el bullicio terminó abruptamente cuando la comisaria, la mayor autoridad de la policía, subió a la tarima. La única persona de la sala que no pareció notar el comienzo de la rueda de prensa fue William, que siguió de espaldas al escenario, grabándose a sí mismo con el móvil y transmitiendo en directo para la web del periódico.

—Como ya revelamos hace unas horas, la confundieron con una indigente. El cuerpo estuvo expuesto a las inclemencias del tiempo durante nueve días y fue preciso que pasaran otros cinco para que la policía la identificara como Rebecca Rönn, madre de dos hijos, hallada muerta en el banco de un parque a pocos cientos de metros de su casa.

La comisaria carraspeó una vez más, pero William no dejó de parlotear.

—Aquí, detrás de mí, está a punto de empezar la rueda de prensa extraordinaria convocada por la policía. Quizá dentro de unos minutos podamos obtener una respuesta a la pregunta que todos nos estamos haciendo…

Sven le dio una palmada en el brazo para indicarle que se diera la vuelta y, cuando William por fin se giró, se encontró con la mirada severa de la comisaria.

—¡Ay! ¡Mierda! ¡Lo siento! —masculló.

La mujer se limitó a poner los ojos en blanco mientras William se apresuraba a sentarse junto a Sven, rojo de vergüenza.

—De todos modos, nadie sigue los directos de la web del periódico —le susurró Sven para tranquilizarlo.

Pero William no lo estaba escuchando. Ya había abierto en su teléfono un chat en directo con los lectores para informar sobre las declaraciones en tiempo real. El chico quería demostrar que estaba preparado para hacerse cargo de las noticias más jugosas.

—He convocado esta rueda de prensa para anunciar que hemos dado un paso importante en la investigación de la muerte de Rebecca Rönn. Desde la tarde de ayer, una persona se encuentra detenida bajo sospecha de asesinato o incitación al asesinato. Se trata de un ciudadano iraquí de sesenta años sin antecedentes penales. Sin nada más que añadir, cedo la palabra al fiscal jefe Ola Nilsson.

—En realidad, no tengo mucho más que decir —reconoció el larguirucho fiscal tras intercambiar posiciones con la comisaria—. Decidí solicitar la orden de detención contra esta persona por sospecha de asesinato o incitación al asesinato. Lo hice a las 18:36 horas del día de ayer. Para no entorpecer el desarrollo de la investigación, no entraré en más detalles, pero puedo decir brevemente que una pista aportada por uno de nuestros informantes nos llevó a realizar un registro, durante el cual se efectuaron ciertos hallazgos. Se trata de objetos que Rebecca Rönn llevaba consigo cuando desapareció y, presumiblemente, cuando fue asesinada. He decidido solicitar también la detención de otras dos personas sospechosas de asesinato o complicidad en asesinato. Ya hemos emitido la orden internacional de busca y captura, y hacemos un llamamiento a la población para que nos comunique cualquier dato

de interés que haya observado en la escena del crimen o en sus alrededores. Como pueden ver, la investigación avanza a buen ritmo. Y ahora cedo la palabra a J. B. Andersson, jefe de la unidad de delitos violentos.

En ese mismo instante, el teléfono de William se apagó. Sven notó el pánico en sus ojos. Aunque ya nadie lo decía en voz alta, el periodismo era un deporte competitivo que premiaba a quien se adelantaba a sus rivales y, en segundo lugar, a quien ofrecía el enfoque más sorprendente e inesperado.

—Toma, usa mi bloc de notas —le susurró Sven.

Vio que el joven periodista lo abría con torpeza y entonces le dio también un bolígrafo. Al ver la mirada confundida del chico, se preguntó si tendría que enseñarle a apretar el botón del mecanismo retráctil. Mientras tanto, J. B. Andersson había conectado su ordenador al proyector y estaba mostrando a los presentes las imágenes captadas por varias cámaras de videovigilancia.

—Estas de aquí corresponden a un 7-Eleven y fueron tomadas la misma noche en que Rebecca Rönn desapareció y probablemente fue asesinada. Estos dos jóvenes compraron cigarrillos y sacaron dinero en efectivo del cajero con la tarjeta de crédito de la víctima. Disponemos de imágenes similares, aunque de peor calidad, del Burger King de Stortorget y del McDonald’s de Gustav Adolfstorg. La tarjeta volvió a utilizarse en los días sucesivos en quioscos y diversas tiendas de alimentación, en los alrededores de Seved y Norra Grängesbergsgatan. La primera compra se realizó a las 23:14 horas del 8 de noviembre. Si alguien tiene información sobre el paradero de estos dos individuos, rogamos que se ponga en contacto con la policía. Recomendamos encarecidamente no tomar ninguna iniciativa, ya que pueden ir armados y creemos que son peligrosos.

William levantó la mano.

—Entonces, ¿un hombre ha ingresado en prisión por…?

—De momento está en los calabozos de la comisaría —lo corrigió J. B. Andersson—. El fiscal decidirá si solicita prisión preventiva y, de ser así, le corresponderá al juez concederlo o bien denegarlo.

William se sonrojó, pero se recuperó enseguida.

—Sí, por supuesto. Mi pregunta es la siguiente: ¿creen ustedes que los dos jóvenes actuaban bajo las órdenes del hombre mayor? Se ha dicho que la muerte de Rebecca Rönn pudo haber sido el resultado de un atraco que se les fue de las manos a los delincuentes.

—Como hemos señalado, tenemos a un sospechoso de incitación al asesinato y a otras dos personas sospechosas de asesinato o complicidad. Gracias a nuestros experimentados investigadores, esperamos que este caso se resuelva muy pronto. Y esto es todo lo que podemos decir. Publicaremos en nuestra web las fotografías de los dos jóvenes con su descripción y las direcciones de los sitios donde han estado. Si alguien tiene la más mínima idea de dónde pueden estar, rogamos que nos lo haga saber. Este es el mensaje que queremos transmitir a la ciudadanía.

Sven sentía que su frustración iba en aumento a medida que avanzaba la rueda de prensa. Nada de lo que le estaban presentando encajaba con su extensa investigación. ¿Realmente había sido una coincidencia que Rebecca Rönn intentara hablar con él justo antes de morir acerca de algo que afectaba a lo más alto de la comunidad empresarial de Malmö, como ella misma había dicho? Pero el fiscal y las máximas autoridades de la policía se referían al caso como si se tratara de un atraco que había acabado en homicidio, ya casi resuelto por la investigación. ¿Estaba Sven tan empeñado en confirmar su propia hipótesis que había perdido totalmente el norte?

Los dos chavales aún no habían sido identificados, pero el nombre de la persona detenida se conocería en cuanto el juez decidiera su ingreso en prisión preventiva.

Sven levantó la mano.

—¿Qué relación hay entre el hombre mayor y los dos jóvenes?

—Solo puedo decir que la noche del asesinato estuvieron en contacto de una manera que confirma las sospechas. Y esta ha sido la última pregunta. Muchas gracias.

Al final de la rueda de prensa, William parecía abatido.

—Patrik se estará preguntando qué cojones estoy haciendo —gimió.

—No te preocupes, son cosas que pasan —lo consoló Sven, dándole una palmada en el hombro.

De regreso en la redacción, vio que el muchacho iba a toda prisa a hablar con el jefe.

—El móvil… —se lamentó.

—Deja que lo adivine —replicó Patrik con calma—. ¿Se te ha quedado sin batería en medio de la rueda de prensa?

William asintió cabizbajo.

—Tienen al asesino —dijo—. Al tipo que mató a Rebecca Rönn.

—Sí, ya lo sé —respondió Patrik—. Seguimos la rueda de prensa en el minuto a minuto de la agencia de noticias, así que no ha sido grave. Pero deja de usar lenguaje malsonante en las retransmisiones. Algunos lectores se ofenden.

Con expresión compungida, William fue a sentarse a su escritorio en el área diáfana de la redacción.

—El que no tiene cabeza tiene pies —rio Kerstin desde la mesa de al lado—. Aquí en el *Dagbladet* casi nunca llegamos los primeros, pero muchas veces somos los mejores, y eso es lo que importa.

El comentario pretendía ser reconfortante. Sin embargo, a juzgar por la mirada de William, solo consiguió reavivar su ya desbocada ansiedad por alcanzar los mejores resultados.

—Y solemos llevar encima papel y bolígrafo. Es un pequeño consejo de alguien con más experiencia que tú —añadió Kerstin para terminar.

20

Anne depositó sobre el mostrador el periódico del día, una salchicha de Falun y un litro de leche. El hombre lo metió todo en una bolsa.

—Esto también —dijo ella, añadiendo un paquete de Mums-Mums, unos bocaditos de chocolate rellenos de nata.

—Salchicha de Falun y Mums-Mums —constató él.

—Lo único que se necesita en la vida —replicó Anne con una sonrisa.

—Ojalá fuera así —murmuró el hombre con expresión adusta.

Solo después de llegar a casa y sacudirse la nieve, Anne reparó en el titular del periódico.

> Éxito policial: cabecilla de una banda de Norra Grängesberg, vinculado con el asesinato de Rebecca Rönn.

Dejó el diario sobre la mesa y fue a la despensa a buscar café y filtros, pero se interrumpió a medio camino y volvió adonde estaba el periódico.

Miró una vez más la fotografía que ocupaba toda la portada. En primer plano se veían dos coches de policía y una zona acordonada. Sin embargo, el edificio que se distinguía detrás le cortó el aliento.

No pudo leer el rótulo porque el fondo estaba desenfocado, pero no le cupo la menor duda. Era el taller de Abbas, el mecánico iraquí que había sido tan amable con ella.

> Detenido el jefe de la banda. La policía ha encontrado objetos pertenecientes a Rebecca Rönn.

El periodista, un tal William Olsson, había hablado con una serie de fuentes anónimas.

Anne se sentó y trató de comprender. ¿Abbas era un asesino, el cabecilla de una banda criminal?

Imposible.

Entonces vio las fotografías borrosas de las cámaras de seguridad del 7-Eleven, y, aunque las imágenes eran granuladas e imprecisas, supo con certeza que uno de los chicos era el chaval que había visto fugazmente asomado a la puerta del despacho de Abbas.

Sintió que se le aceleraba el pulso.

¿Qué más decía el periódico?

> *Dagbladet* ha podido saber que el sospechoso es conocido desde hace tiempo entre los consumidores de drogas ilícitas.
>
> Según ha averiguado *Dagbladet*, ciertos objetos hallados en su lugar de trabajo lo vinculan con el asesinato de Rebecca Rönn.
>
> El hombre al que ahora se relaciona con la muerte de Rebecca Rönn tenía planes de abandonar el país, según ha podido saber *Dagbladet*.

¿Qué significaba eso? Obviamente, «según ha podido saber *Dagbladet*» era la expresión favorita del joven reportero, como si el periódico fuera una entidad con voluntad propia que fuera recopilando información.

El periodista había añadido algunas observaciones personales sobre la zona de Norra Grängesberg.

> La gente se apresura a apartar la mirada en cuanto me acerco.

Cuando Anne vio el pequeño retrato de William junto a su nombre, comprendió por qué. Alguien debería explicarles a los periodistas que era inapropiado aparecer en las fotos de firma como si acabaran de ganar la lotería, al menos si pretendían publicar artículos en contextos diferentes del Festival de Eurovisión.

Por la foto, parecía como si la muerte de una mujer joven con dos hijos pequeños fuera lo mejor que le había pasado en su vida. Y, a decir verdad, puede que lo fuera.

Anne buscó el número de Bea, un antiguo contacto suyo de la policía de Malmö que unos años antes la había ayudado en un documental sobre las rutas de la inmigración ilegal desde Afganistán e Irán hasta Suecia. La recordaba como una rubia de físico menudo que parecía necesitar asistencia hasta para atarse los zapatos y que, sin embargo, era una de las oficiales de policía con más experiencia de la ciudad de Malmö.

—¡Anne Ljung! ¡Cuánto tiempo!

—Mucho, sí. Tanto que ahora tengo otro apellido. Es una larga historia que mejor dejamos para otro día, pero ahora me llamo Anne Suyin.

—¿Te has vuelto a casar?

—No, he adoptado el apellido de soltera de mi madre.

—Ah, qué bien.

—¿Sigues en el mismo puesto?

—Sí, aquí hay mucho que hacer. Tenemos un nuevo jefe. Ya hablaremos de eso en algún momento si quieres. Te podría contar las cosas que está haciendo para maquillar las estadísticas del informe anual.

—Me encantaría.

Anne olvidó mencionar que las actividades de la policía de Malmö revestían un interés muy relativo para el programa *Días de jardín*.

—Te llamo para comprobar una información. Ese hombre de Norra Grängesberg que fue detenido ayer…

—¿El tipo al que vinculan con el asesinato de Rebecca Rönn?

—Sí, exacto. Te estaría muy agradecida si pudieras decirme qué hay sobre él en vuestros registros y darme alguna información sobre

el momento de su detención.

—¿Puedo preguntarte por qué quieres saberlo? ¿Sigues en Estambul?

—¡No, qué va! Hace tiempo que he dejado de ser corresponsal. Ahora vivo en Malmö.

—¿Y por eso te interesa este caso?

—Un poco, sí. Por una extraña coincidencia, el otro día estuve hablando con ese hombre.

—Entonces quizá tengas algo que nos pueda servir a nosotros.

—En realidad, no. No sé más que cualquier otra persona. Pero me gustaría entender qué está pasando.

—El caso está bajo secreto de sumario.

—Por supuesto. Pero tú tienes acceso al expediente.

Bea no lo negó.

—No puedo prometerte nada. Veré lo que puedo hacer. Antes tengo que ir al puerto a ver si pesco viejas bicicletas oxidadas.

—Ese no es tu trabajo, ¿no?

—Ya te he dicho que están haciendo lo que sea para maquillar las estadísticas.

—Llámame cuando tengas algo.

—Ya veremos. No te prometo nada.

Anne puso fin a la llamada.

¿En qué se habría metido Abbas? ¿Y quién era en realidad ese hombre?

Lo más probable, por supuesto, era que estuviera implicado en alguna actividad turbia y que la policía y el periódico tuvieran en su poder más datos de los que se habían revelado en el artículo y en la rueda de prensa. Pero el hombre tenía algo que la había conmovido. Una sinceridad sin reservas que la había hecho sentirse como en casa después de meses de exilio emocional.

La sensación de que confiaba en la bondad del ser humano y daba por sentado que todo se arreglaría al final aunque el camino fuera accidentado.

El orgullo que irradiaba cuando hablaba de su hija, que había ido a la universidad y ahora vivía en Alemania y tenía un buen empleo.

Su manera de llenar la taza de té cada vez que se vaciaba. Y el asombro que Anne había sentido a veces en el extranjero cuando descubría que tenía más cosas en común con alguien que se había criado en la otra punta del mundo que con sus vecinos de Nacka. La sorpresa al comprobar que, a pesar de las distancias geográficas, compartía con la otra persona el mismo sentido del humor, las mismas referencias a películas poco conocidas y las mismas reflexiones sobre la vida.

Anne siempre se había considerado una buena conocedora de la naturaleza humana. En su trabajo, era fundamental evaluar la información que recibía sobre el terreno y formarse una opinión acerca de las personas que se la proporcionaban. Observar su comportamiento y tomar nota de las cosas que no cuadraban. Cuando todo parecía demasiado lógico, también era una señal de alarma porque la realidad siempre contenía detalles sorprendentes y extraños que nadie habría tenido suficiente imaginación para inventar.

En último término, Anne confiaba siempre en su intuición, que la había salvado en muchas situaciones.

Hasta que había dejado de hacerlo.

Quizá no sabía juzgar a la gente, después de todo. Quizá solo había tenido suerte a lo largo de los años.

Desechó la idea antes de que pudiera arraigar, como cuando cambiaba rápidamente de canal para ver otro programa si la película que estaba viendo le daba miedo.

Se sirvió café, apartó el periódico y desplegó los planos de la cocina sobre la mesa. En ese mismo instante, su teléfono empezó a vibrar.

Cogió la llamada y oyó la voz de Bea.

—¡Qué rapidez! —comentó.

—Sí, pero no tengo mucho para ti. Abbas Rezai. Sin antecedentes penales. Sesenta años. Empadronado en Kroksbäck. Eso es todo.

Anne anotó los datos en uno de los periódicos que tenía sobre la mesa.

—Siento no poder decirte nada más.

—Te agradezco que lo hayas mirado. Seguiremos en contacto.

Vació la taza de café, la enjuagó rápidamente y le echó un puñado de copos de avena y un buen chorro de leche. Comió los cereales de pie mientras pensaba en todo lo que tenía que hacer durante el día.

En su lista de prioridades, la necesidad de conseguir un deshollinador había pasado de pronto al primer puesto. El fuego que por fin había logrado encender en el salón la noche anterior había acabado en una violenta humareda. Para mayor desgracia, el extintor que le habían regalado tiempo atrás y que supuestamente ofrecía «seguridad y diseño, todo en uno» solo había cumplido con la segunda parte de la promesa. Por fortuna, el viejo cubo de plástico que estaba debajo del fregadero había resultado bastante adecuado para garantizar la primera parte, la de la seguridad.

Después, sentada en el suelo del salón, abatida y sucia de hollín, se había dado cuenta de que, por primera vez en mucho tiempo, sentía un atisbo de felicidad, como si el subidón de adrenalina, el peligro inminente y la amenaza de desastre le hubieran devuelto una vieja y conocida sensación, aunque solo fuera por un instante fugaz.

Marcó el número de su padre. Necesitaba hablar con él sobre la Navidad e imaginó el teléfono de pared sonando en la cocina vacía.

Le pareció oír el timbre en el exterior de la casa de Lövestad y vio mentalmente al hombre levantando la vista desde algún lugar del jardín solo para decidir que la llamada podía esperar.

Su padre pertenecía a la clase de personas que no comprendían que alguien llamase por teléfono solo para charlar un rato. Quería que la gente fuera a verlo o lo dejara en paz. «Hay que dejar las líneas libres», decían en el ejército, y esa era una de las pocas cosas en las que su padre coincidía con los militares.

En algún momento ella había intentado regalarle un contestador automático, ya que nunca cogía el teléfono, pero él se había negado. «¿Para qué lo quiero? Cuando algún vecino tiene algo que decirme, viene a verme. Si suena el teléfono, ya sé que eres tú».

Era distinto cuando aún vivía su abuela. Entonces ella cogía el teléfono, lo llamaba si estaba en el jardín y nunca se alejaba mucho de la casa. A Anne le preocupaba que su padre estuviera solo. Era la carga de la hija única. La imposibilidad de compartir con nadie esa responsabilidad.

La última vez que había hablado con él, su padre le había preguntado si estaría en casa por Navidad. Estaba acostumbrado a sus viajes constantes y ella le había ocultado la verdad. No le había dicho que Pontus y ella se estaban divorciando. Se había referido a su estancia en Malmö como algo temporal para estar más cerca de Sally mientras Pontus se quedaba en la casa de Estocolmo. Supuso que comprendería de algún modo que las cosas no iban bien entre ellos y pensó que con eso sería suficiente. Siempre habían tenido una comunicación silenciosa que no requería muchas palabras.

Estaba a punto de darse por vencida y colgar el teléfono cuando oyó la voz de su padre, con su familiar acento de Skåne.

—Sabes que aquí siempre serás bienvenida —le dijo cuando salió el tema de la Navidad.

—Ya veremos lo que hago. Todavía no lo tengo decidido —contestó Anne.

—Sea como sea, puedes venir aquí. Svante se ha pasado esta mañana y me ha traído un cerdo recién sacrificado que acabo de meter en el congelador. Así que, si vienes, podrás comer carne asada con patatas y puré de manzana.

A Anne se le hizo la boca agua. La mejor carne de cerdo que había probado en su vida era la de la granja vecina cuando sacrificaban animales para Navidad.

El plato preferido de la abuela era la cabeza asada con una manzana en la boca, colocada en el centro de la mesa navideña. Solía empeñarse en cepillarle los dientes al cerdo con dentífrico antes de meterlo en la olla, algo que a Anne y a su padre siempre les había resultado tremendamente divertido.

—¿Habrá también cabeza de cerdo?

—Si le pasas tú el hilo dental —replicó su padre, y los dos se echaron a reír.

—No, eso era cosa de la abuela.

—¿Estará contigo Sally este año?

—Primero tengo que hablar con ella —respondió—. Ya te diré lo que me conteste.

Pero el otro día Pontus le había enviado un mensaje en el que le anunciaba que Sally y Samir pensaban pasar la Navidad con él en Nacka.

Había sido como recibir un puñetazo en el estómago. ¿Estaría también Klara?

Cuando terminó de hablar con su padre, le escribió un mensaje a Sally.

Tenemos que hablar de la Navidad. Llámame cuando puedas.

Besos. Mamá.

Enseguida borró el «tenemos que hablar» y puso en su lugar «¿qué quieres hacer por Navidad?».

Después lo eliminó todo y empezó de nuevo.

Se acerca la Navidad. Llámame cuando puedas. Un beso. Mamá.

Así estaba mejor. Pulsó el botón de «Enviar».

Luego echó más copos de avena en la taza y fue a buscar el ordenador. Por suerte, aún tenía la contraseña para acceder a las bases de datos que utilizaba el equipo de actualidad de la redacción. Introdujo la información sobre Abbas que le había facilitado Bea y revisó los documentos que aparecieron.

Abbas no disponía de número sueco de identificación, ya que no le habían concedido el permiso de residencia permanente, pero Anne localizó su documento de extranjero con residencia temporal.

Con ese número pudo comprobar que no figuraba en ninguna lista de morosos, nunca lo habían detenido y no tenía antecedentes penales.

Lo único que encontró fue una solicitud de medida cautelar al Tribunal de Extranjería y un montón de recursos presentados. Abbas había estado inscrito como autónomo, pero había perdido esa categoría al recibir la última orden de expulsión. Para obtener un permiso de trabajo, necesitaba la promesa de un empleador de ofrecerle un contrato de doce meses como mínimo. Sin embargo, al ser él mismo su propio empleador, no cumplía el requisito.

Anne soltó una exclamación de disgusto.

—Tantos años luchando para tener derecho a pagar impuestos y todo para nada —murmuró mientras alargaba la mano hacia la taza para acabarse lo que quedaba de los cereales con leche.

En una nueva búsqueda, seleccionó las sentencias de los tribunales de primera instancia y encontró una coincidencia.

En 2007, Abbas había testificado en un juicio contra un hombre que había amenazado a una cajera del supermercado Willys.

Eso era todo.

Ni delitos violentos ni drogas ni atracos. Ni siquiera un retraso en el pago de una deuda.

21

Había estado lloviendo a cántaros todo el día, por lo que el agua comenzaba a filtrarse bajo las vías. El olor a humedad se mezclaba con la peste del humo de la heroína en un espeso manto sofocante que impregnaba el refugio.

Tras salir a buscar la droga para Ali, Hamid había vuelto con los ojos desorbitados.

Habían detenido a Abbas y en Sofielund no se hablaba de otra cosa.

—Los periódicos dicen que fue él. Que han hallado pruebas de que es el asesino y que nos están buscando. Pero nosotros no le vendimos nada de lo que encontramos. Abbas es la última persona que habría comprado mercancía sospechosa.

Ali bajó la vista. No podía contárselo. Nunca. Hamid prosiguió.

—Por favor, Ali. Tenemos que contar lo que sabemos. Diremos que solo cogimos el bolso y que Abbas no tiene nada que ver. Que solo es un conocido. Que me ha ayudado un poco, pero nunca… Podemos escribir a la policía, al Ayuntamiento o a un periódico sin decir quiénes somos. En la biblioteca tienen ordenadores.

Ali sintió pánico.

—¿Eres imbécil o qué te pasa? No podemos entrar en una biblioteca, ¿no lo entiendes? Ahora que ya tienen a Abbas, nos están buscando a nosotros. Piensa un poco, Hamid. No podemos escribir a la policía porque creerán que lo hicimos nosotros. Que matamos a esa mujer.

Por un momento se quedó observando al chico en silencio.

—Tienes que olvidarte de todo eso —añadió por fin.

Hamid, que siempre prestaba atención a todo lo que Ali decía y opinaba, miró de pronto a su amigo con otros ojos, sin rehuirlo ni aceptarlo como autoridad.

Su expresión, peor que la frialdad o la indiferencia, le desgarró el pecho a Ali de una manera que solo había conocido una vez en su vida.

Era la cruda sensación de que ya era demasiado tarde, como cuando su hermano pequeño Juma no regresó. Era la absoluta imposibilidad de volver atrás para arreglar las cosas y tomar otras decisiones.

A lo largo de los años había regresado una y otra vez a su último encuentro con Juma y había creado diferentes situaciones en su cabeza en un eterno ensayo de repeticiones, como si aún fuera posible retroceder en el tiempo.

Ojalá hubiera ido él en lugar de Juma a ver cómo eran esos locales de los que había oído hablar su hermano, donde acogían a la gente aunque no tuviera papeles. Ojalá no hubiera alargado la mano aquella noche bajo las vías para coger por primera vez la heroína humeante.

Ojalá no hubiera escondido en el taller de Abbas las pertenencias de aquella mujer. El hecho de que Hamid no supiera nada al respecto lo volvía aún más insoportable, como si solo dispusiera de pocos días antes de que se descubriera la verdad.

Miró al chico con expresión suplicante.

—No lo entiendes. Haz lo que te digo y punto. Intentaremos pasar desapercibidos, como habíamos acordado. Seguiremos con el mismo plan.

—No puedes decidirlo por mí.

El tono del muchacho era duro y seco, diferente del habitual.

Ali no sabía cómo hablarle para recuperar al Hamid de siempre.

—Escucha. Abbas no querrá que corras ningún riesgo, sino que pienses en ti.

—Estoy pensando en mí —replicó el chico—. No hay ninguna esperanza para ti ni para mí. Vivimos como animales. Ya no somos personas. Si permito que acusen a Abbas de asesinato solo porque lo relacionan con nosotros y me quedo callado, sin explicar lo que ocurrió exactamente, entonces ya me da igual que se acabe todo.

—Hamid, escucha…

—No. ¡Escúchame tú! ¿Y si me hubiera pasado a mí? ¿Habrías dejado que me llamaran «asesino»?

Ali guardó silencio. Se puso a trazar líneas en el suelo con un palo.

—Si lo perdemos todo… —empezó a decir después de una larga pausa.

—No tenemos nada que perder, Ali. Por eso tenemos que defender a Abbas. Si no lo hacemos, ya no seremos nada. Solo basura cobarde.

Ali sintió que no tenía la facilidad de Hamid con las palabras, al menos cuando hablaba así. Habría querido decir algo acerca de las noches frías, acerca de su hermano pequeño y la promesa de cuidarlo que le había hecho a su madre. Habría querido recordarle al chico que podía llegar a ser algo grande.

Le importaba una mierda la reputación de Abbas en comparación con todo lo que estaba en juego, como si su vida fuera una inversión que algún día tendría que dar sus frutos porque, de no ser así, se hundiría bajo el peso de todas las humillaciones y pérdidas que había soportado y con las que se había acostumbrado a convivir.

—Sigo sin entender qué ha podido pasar —dijo Hamid, contemplando a Ali con su mirada penetrante—. No entiendo por

qué creen que lo hizo Abbas.

Ali evitó el contacto visual.

—Yo te ayudo todos los días —prosiguió el chico—. Ahora tienes que ayudarme tú a mí con esto.

—Nunca te lo he pedido —replicó Ali secamente.

Hamid desvió la mirada hacia la luz que se colaba por la abertura sobre sus cabezas y Ali se preguntó si había llegado el momento en que lo perdería.

Durante un breve instante pensó en contárselo todo. En acabar de una vez para que Hamid lo despreciara y se marchara. Pero entonces el muchacho lo miró con los ojos de siempre.

—Sé que solo te preocupas por mí, Ali. Lo entiendo.

Ali sintió alivio. El chico parecía haberse serenado y comprendido que no podía ir corriendo a la policía o a hablar con la prensa. Al menos de momento.

Se miró el dorso de la mano, donde se había hecho tatuar dos montañas diminutas.

—¿Sabes lo que solía decir mi hermano cuando nos metíamos en algún lío en el pueblo?

Hamid negó con la cabeza.

—«Hasta la montaña más alta tiene un camino que conduce a la cima». Encontraremos el mejor, Hamid, te lo juro por Dios. No haremos nada de lo que podamos arrepentirnos.

22

Sven estaba atascado en la investigación y, a falta de otras pistas, decidió darse una vuelta por Fridhem para averiguar si las cámaras de seguridad de la zona habían captado algo.

Llamar a las puertas sin invitación nunca era fácil, pero recordó que los vecinos se habían organizado en equipos que patrullaban el barrio. Aunque no le entusiasmaba la idea de escribir sobre una pandilla de exaltados que iban por ahí jugando a ser los defensores de la ciudadanía, sería una buena excusa para entrar en las casas y preguntar por las cámaras de vigilancia. Además, ¿quién era él para juzgar a los demás? Llevaba un tiempo jugando a ser detective en lugar de cubrir las historias que le encargaba Patrik.

Cogió el teléfono y llamó a Olof Kastén, la cara visible de las patrullas de barrio. El hombre pareció sorprenderse y a la vez alegrarse de que un periodista del *Dagbladet* quisiera hablar con él.

—Pensaba que ya no iban a llamar. Hace tiempo les envié un correo electrónico para informarles acerca de nuestra asociación de vecinos. Estoy en casa. Puede venir cuando quiera.

Una hora más tarde, Sven se quitaba el casco de la bicicleta y lo colgaba del manillar. Las casas de Fridhem eran realmente enormes. Algunas estaban tan sobredimensionadas como viviendas unifamiliares que las habían tenido que dividir en varios apartamentos o transformar en oficinas y residencias de ancianos. Al

pasar por delante de mansiones que parecían castillos, con almenas y torreones, Sven iba mirando hacia arriba para ver si en las paredes había cámaras dirigidas a la calle. Vio varias, incluso en el muro pintado de blanco que rodeaba la casa de Olof Kastén en Beritta Gurrisgatan.

Llamó al timbre y una voz femenina con acento extranjero lo invitó a pasar. Con un zumbido, la verja se desbloqueó y se abrió. Un hombre mayor de barba blanca salió a su encuentro desde una cochera abierta.

—¡No está mal! —exclamó Sven—. Un Mercedes-Benz 190 SL. No será del 55, ¿no?

En realidad, no tenía ni idea de coches, pero sabía reconocer un Mercedes y las formas redondeadas de los años cincuenta eran inconfundibles. El resto estaba escrito en la parte trasera del coche.

—Agosto de 1956 —respondió el hombre con una sonrisa—. El primer año solo estaba disponible en gris metalizado.

La apuesta le había salido bien.

—Claro que sí. No puede haber más color que el rojo para un deportivo de este calibre.

El hombre asintió orgulloso. Después se limpió las manos con un paño blanco y le tendió la mano a Sven.

—Olof, coordinador de las patrullas vecinales de Fridhem. ¿En qué puedo ayudarle?

—Estoy investigando el asesinato de su vecina, Rebecca Rönn. Probablemente sabrá que la actuación de la policía fue bastante deficiente. Por lo visto, el cuerpo estuvo más de una semana en un banco, a la intemperie.

—Sí, algo de eso he leído. Es espantoso, sencillamente espantoso. Ya nadie puede sentirse seguro, ni siquiera aquí, o incluso menos que en cualquier otra parte.

—Desde luego, la investigación hasta ahora ha dejado mucho que desear —añadió Sven, tratando de crear una base para la siguiente pregunta.

Olof asintió y él siguió hablando.

—Nos gustaría llegar hasta el fondo de esta historia y he visto que usted tiene cámaras de vigilancia orientadas a la calle.

—Aquí todos las tenemos, aunque la mayoría están más escondidas que las mías. Es normal. Nadie quiere ser el dueño de la única casa de la zona sin sistema de alarma o cámaras de seguridad. Sería como llamar a los ladrones.

—Por supuesto. Pensaba que no era fácil obtener autorización para poner cámaras de vigilancia en el espacio público, pero supongo que usted ya estará al tanto de eso. ¿Le ha pedido la policía las grabaciones? ¿O quizá no sabe que existen?

Olof Kastén pareció dudar y Sven se apresuró a añadir:

—No he venido a hacer de recadero de la policía. Pero estaría muy agradecido si pudiera tener una copia de las imágenes. Obviamente, en ningún caso revelaré dónde las he conseguido.

El hombre captó la indirecta.

—Desapareció el día 8, ¿no? Espere un momento —dijo.

Unos minutos más tarde, Sven se despedía de Olof con una memoria USB en el bolsillo.

De regreso en la redacción, visionó a gran velocidad la grabación de la noche en que desapareció Rebecca Rönn e hizo capturas de pantalla de peatones, coches y algún ciclista aislado que pasaba por la calle. Después creó un documento de Excel con columnas para las horas y los números de matrícula de los vehículos, con sus propietarios y domicilios, para hacer búsquedas individuales en el

registro judicial. Encontró varias coincidencias, la mayoría de las personas empadronadas en la zona. Un hombre de Agnesfridsvägen, padre de unos niños pequeños, había sido sancionado con una multa por consumo de prostitución. El propietario de una pequeña empresa había sido condenado a prisión por intento de obstrucción de una inspección fiscal y otro se había enfrentado con la Hacienda pública por una diferencia de opinión sobre una base imponible.

A las 23:15 vio las luces de un coche negro que venía por Adolf Fredriksgatan. Detuvo la imagen y la amplió, pero no logró ver la matrícula con claridad. Siguió mirando la grabación a menos velocidad. La calle permaneció a oscuras durante catorce minutos y doce segundos. Después, poco antes de las 23:30, se aproximó un coche desde la otra dirección y se detuvo a la altura de Beritta Gurrisgatan. Luego avanzó lentamente durante unos segundos antes de acelerar y perderse en la noche. Sven rebobinó el vídeo y fue fotograma a fotograma. Sí, lo había visto bien. Era el mismo vehículo, que pasaba de nuevo.

¡Ahora sí! Cuando aminoró la marcha, las luces de la calle permitieron leer la matrícula. Sven introdujo el número en la web de Infotorg para averiguar quién era el dueño. Se trataba de un coche nuevo, alquilado según el sistema de *leasing* por Hope Properties.

—¡Hostia! —murmuró Sven, echándose hacia atrás.

Hizo una búsqueda para investigar el modelo, que sonaba más a satélite espacial que a vehículo de empresa. El BMW i7 M70 xDrive era un híbrido enchufable de 660 caballos que costaba más de dos millones de coronas cuando estaba totalmente equipado.

¿Quién, aparte del director de Hope Properties, podía tener a su disposición un vehículo tan caro? Tenía que ser Nico Adams, el amante de Rebecca. ¿Qué estaría haciendo ahí a esas horas?

Rebecca había salido de su casa por la mañana y a las cinco le había enviado un mensaje a su marido diciendo que llegaría tarde. ¿La habría llevado Nico a su casa o habría ido a recogerla?

El jefe de redacción ya se había puesto el abrigo y la bufanda para marcharse a casa cuando Sven lo alcanzó.

—Tengo la grabación de una cámara de seguridad que demuestra que Nico Adams se encontraba delante de la casa de Rebecca Rönn la noche de su desaparición.

Patrik se paró en seco y dejó que la puerta giratoria siguiera moviéndose sola.

—¿Nico Adams? ¿El de los bloques de viviendas? ¿Qué estaba haciendo ahí?

—Eso es lo que necesito averiguar. Me pondré en contacto con él, si no tienes ninguna objeción.

Patrik reflexionó un momento.

—¿La policía está al tanto?

—No lo sé. ¿Crees que deberíamos contárselo?

—En realidad, no. No tenemos ninguna obligación. El hombre bien podía estar allí por razones perfectamente legítimas. Habla con él y dime después cómo ha ido.

Sven echó un vistazo al reloj y le envió un mensaje a Lisa.

Llegaré tarde.

23

Había pensado en llamar por teléfono a Nico Adams, pero decidió pasar antes por la sede de Hope Properties de camino a casa para ver si el coche de la grabación estaba estacionado fuera. En cuanto giró en dirección al aparcamiento, vio el BMW.

Se detuvo a cierta distancia para observar a los que entraban y salían. Si tenía suerte, podría entablar una breve conversación con Nico mientras se dirigía a su vehículo y, al mismo tiempo, confirmar que era él quien solía conducirlo.

Eran más de las cinco y los empleados estaban saliendo de la oficina. El aparcamiento se iba vaciando.

Sin embargo, a Nico no se le veía por ninguna parte. Quizá estuviera de viaje de negocios en el extranjero o de vacaciones en una de sus muchas casas. De ser así, podían pasar semanas antes de que Sven supiera algo de él.

Después de buscar en la web de Hope Properties, llamó al teléfono de la recepción.

—Busco a Nico Adams.

—Creo que ya se ha ido. Un momento.

Repentinamente se oyó la voz de Nico al otro lado de la línea y Sven se sorprendió tanto que por un instante no supo qué decir.

—Aquí Sven Nygren, de la redacción del *Dagbladet* —dijo por fin —. Me preguntaba si tendría usted un momento. Estoy trabajando en un artículo sobre Rebecca Rönn y hay algo que me gustaría comprobar. ¿Tiene un minuto?

Nico no pareció especialmente inquieto ni irritado por la llamada de un periodista del *Dagbladet*.

—Estoy a punto de marcharme de la oficina, pero sí, claro. Si es rápido, puedo atenderle.

—De hecho, estoy aquí fuera, en el aparcamiento. He pensado que sería mejor hablar en persona y no por teléfono.

—¿Está fuera? ¿Ahora? ¿Y eso? Suba un momento si quiere. Pero le advierto que tengo una reunión en el centro dentro de cuarenta y cinco minutos. No podemos alargarnos mucho.

Sven respiró hondo, salió del coche y entró en el vestíbulo. Por todas partes había grupos de sofás y sillones de colores vivos, plantas trepadoras en las paredes y un gran rótulo de neón sobre el mostrador de recepción. El ambiente era más propio de una joven empresa tecnológica que de un imperio inmobiliario.

Nico lo estaba esperando delante de los ascensores. Una vez dentro, pulsó el botón del tercer piso.

—¿Debería ponerme nervioso? —preguntó con una sonrisa encantadora.

—No lo sé —replicó Sven sin querer revelar mucho más.

—Como le he dicho, tengo que salir dentro de poco. Pero, si ha hecho todo el camino hasta aquí, debe de ser por algo importante.

—No nos llevará mucho tiempo.

Nico abrió la puerta de una sala de reuniones con vistas al puerto y al mar. Sven no se quitó el abrigo.

—¿Café, té, agua…?

—Estoy bien así, gracias.

El empresario se sentó a la cabecera de la mesa y se cruzó de piernas. Con los dedos de la mano derecha, se puso a tamborilear sobre la superficie de madera mientras Sven colocaba el dictáfono entre ambos.

—¿Le parece bien que grabe la conversación?

Nico se encogió de hombros.

—Claro, adelante.

Sven fue directo al grano.

—La matrícula CHV 12C corresponde al BMW aparcado ahí fuera. ¿Es su vehículo de empresa?

Nico lo miró confuso y enseguida echó un vistazo al reloj.

—¿Ha venido a hablar de coches?

—Sí y no. Me doy cuenta de que la pregunta puede parecerle extraña, pero quería confirmar que es usted quien lo conduce y nadie más.

—Es mi vehículo de empresa. ¿Por qué?

—La razón de que se lo pregunte es que usted pudo ser la última persona que vio con vida a Rebecca Rönn. ¿De qué hablaron aquella noche?

Nico lo miró, pero no dijo nada.

—Tenemos imágenes de una cámara de seguridad que muestran a su vehículo a las 23:15 cerca de la casa de Rebecca la noche de su desaparición. ¿Se lo ha dicho a la policía? —prosiguió Sven.

—No estoy entre los sospechosos, si es lo que intenta averiguar.

—No he dicho que lo esté. Solo me gustaría saber de qué habló con ella y por qué estaba allí tan tarde.

—Mi encuentro con Rebecca fue de carácter privado y no pienso entrar en detalles al respecto. Bebimos una copa rápida en la ciudad, nos despedimos y luego fui a ver a un amigo que se ha comprado una casa de pueblo en Limhamn. Regresé sobre las once, quizá un poco más tarde. Supongo que será eso lo que se ve en la grabación.

—¿Cómo se llama su amigo?

—Ivan. Ivan Marković.

Sven tomó nota del nombre.

—¿Y por qué volvió a pasar por el mismo lugar quince minutos más tarde?

—No creo que lo hiciera… O, mejor dicho, sí, ahora que lo recuerdo. Pensé que me había dejado el teléfono, así que di la vuelta. Pero enseguida me di cuenta de que se me había caído entre los asientos del coche y volví por donde había venido.

Nico respondía solo lo necesario, ni más ni menos, por lo que Sven decidió ponerlo a prueba. Sabía que Rebecca había estado en el restaurante Lyran de Jesusparken hacia las siete y media; uno de los camareros así se lo había confirmado. No podía estar seguro de que su acompañante fuera Nico, pero decidió arriesgarse.

—¿Qué estaba haciendo usted con Rebecca en el restaurante Lyran el día en que desapareció?

—Quedamos para charlar un momento. Después ella tenía una reunión en la ciudad.

—¿Le dijo con quién?

—No, pero la dejé delante del edificio Kronprinsen poco antes de las ocho. Luego seguí hasta la casa de mi amigo en Limhamn. Recuerdo que me pareció un poco extraño.

—¿Por qué?

—Porque en el Kronprinsen no hay nada. Pero la dejé delante, como le he dicho.

—¿Tiene alguna teoría sobre lo que iba a hacer allí?

Nico reflexionó un momento y negó lentamente con la cabeza.

—Desde que desapareció, he pensado bastante al respecto, como podrá imaginar. Pero no me gusta jugar a los detectives. Eso es trabajo de la policía.

Lo único que se veía en la grabación era que el BMW de Nico pasaba por el cruce de Adolf Fredriksgatan con Beritta Gurrisgatan a

las 23:15 y luego una vez más a las 23:30. No era posible distinguir si viajaba alguien más en el coche. Tampoco se veía si giraba a la derecha por Limhamnsvägen y volvía directamente a su casa o si, por el contrario, torcía a la izquierda y se dirigía hacia Ribersborg, donde Rebecca sería hallada días después. En teoría, Nico podía estar diciendo la verdad. Podía haberla dejado delante del edificio Kronprinsen, haber ido a visitar a su amigo y haber pasado por la casa de Rebecca en el viaje de regreso.

Nico Adams no podía saber lo que había visto Sven en la grabación de la cámara de seguridad y, por lo tanto, era muy probable que fuera sincero. Una mentira lo habría delatado fácilmente, y Nico no era tonto.

Aun así, Sven seguía pensando que tenía que haber otra explicación para el hecho de que pasara dos veces por la calle de Rebecca precisamente la noche de su desaparición. ¿De verdad la había dejado delante del Kronprinsen? No le sería fácil demostrarlo. ¿Y si la mujer no se había bajado del coche? ¿Y si habían discutido? ¿Y si Nico la había dejado inconsciente de un golpe, había sentido pánico y había terminado el trabajo en el lugar más apartado y menos iluminado de los alrededores? Quizá había tapado el cadáver con una bolsa de basura para ganar tiempo, pensando que así parecería una indigente y nadie se le acercaría.

Era perfectamente factible llegar a los muelles en coche desde el paseo de Ribersborg. Bastaba con rodear el aparcamiento, apagar los faros y seguir adelante por la extensión de hierba.

A esas horas no solía haber nadie, y menos aún en invierno. El coche había debido de dejar un rastro de rodadas, ya que nevaba y hacía un frío de mil demonios la noche de la desaparición de Rebecca. Pero después se había fundido la nieve y las huellas se habrían borrado.

Podía ser un error por parte de Sven mencionar que estaba al corriente de su relación con Rebecca. Quizá fuera el fin de la conversación y de la buena acogida. Por otra parte, Nico ya se disponía a despedirse.

—Muy bien. Ya lo hemos aclarado. Si tiene más preguntas, no dude en llamar y fijar una cita. Por desgracia, ahora tengo que salir si no quiero llegar tarde.

—Sé que Rebecca y usted tenían una relación —le soltó Sven de repente.

Le sostuvo la mirada, preparado para un estallido. Sin embargo, tras un largo y denso silencio, Nico replicó en voz baja:

—Eso es privado. Hasta donde yo sé, el *Dagbladet* no publica cotilleos.

—Por supuesto que no. Pero Rebecca Rönn ha sido asesinada. ¿Tiene alguna hipótesis sobre quién podía desear su muerte?

—No sé por qué lo pregunta. El caso está resuelto. Confío plenamente en la policía y en su profesionalidad. Hay un hombre detenido…

—Ellos hacen su trabajo y nosotros, el nuestro.

—Comprendo que aún conserve la esperanza de publicar una historia más emocionante y no el simple relato de una tragedia espantosa y sin sentido. Pero me temo que la realidad es así de desoladora. Rebecca Rönn no fue asesinada por ser quien era. Pudo haberle ocurrido a cualquiera que pasara por Ribersborg aquella noche.

—¿Y no le parece raro que anduviera por allí sola en una gélida noche de noviembre? El tiempo no invitaba a pasear, ni mucho menos.

—Prefiero no especular. Puede que sea un poco raro, pero ella solía hacer ese tipo de cosas, como volver a casa caminando para

respirar un poco de aire fresco o quizá para fumar a escondidas. No quería que sus hijos la vieran. —Guardó silencio un momento, como para serenarse, y siguió hablando en voz baja—. En cuanto a nuestra relación, no tengo nada que ocultar. Podemos hablar al respecto, pero no quiero que aparezca en el periódico.

Sven detestaba esas reticencias y la posibilidad de acceder a una información que luego no podría publicar.

—No trabajo para una revista del corazón y no tengo ninguna intención de escribir sobre la vida sentimental de una mujer fallecida a menos que sirva para explicar la causa de su muerte.

Nico había dejado de tamborilear con los dedos. Se inclinó hacia delante.

—Tiene que entender que no es fácil. A lo terrible de la situación se añade la indignidad de que su marido no supiera nada de lo nuestro.

—¿Le dijo ella que quisiera romper con su esposo?

—Rebecca era fantástica y me gustaba mucho; sin embargo… no teníamos ese tipo de relación. Es decir, ambos estábamos en momentos diferentes de la vida. Yo no estaba preparado para convertirme de pronto en padre de dos hijos.

—Según hemos podido saber, estaba muy alterada los días previos a su desaparición. ¿Le dijo algo al respecto?

—¿Alterada? ¿De dónde ha sacado esa idea?

—No puedo decírselo.

—No sé nada de eso. —Nico miró ostensiblemente el reloj para indicar que ya era hora de irse.

Sven se levantó de la silla. Sabía que las mejores declaraciones solían llegar cuando el entrevistado pensaba que la conversación había terminado y bajaba la guardia.

—Rebecca me envió unos mensajes poco antes de morir. Decía que había descubierto algunas irregularidades y las quería denunciar. ¿Le mencionó ese asunto?

Si Nico se puso nervioso, no lo dejó traslucir.

Sven dedujo que sería bastante bueno en una mesa de póquer.

—Si quiere preguntarme algo, hágalo directamente. Estos juegos me aburren. Si me pregunta si maté a mi amante, le diré con toda claridad que no. Si me pregunta si ella creía haber descubierto algo sobre mí o sobre Hope Properties, le diré que no tengo ni la menor idea. Nosotros no nos metemos en asuntos turbios, Sven. Soy un hombre de negocios serio que ha levantado una de las empresas más respetadas y fiscalizadas de Malmö. No me malinterprete. Pasamos por más inspecciones y controles que nadie porque desempeñamos una función de importancia social y colaboramos con las autoridades. Por eso no me quejo. Pero quiero recordarle que Rebecca no era una niña inocente e ingenua que se había encontrado con malas compañías solo porque salía con un chico de Rosengård. Era una mujer muy preparada, curtida en mil batallas, con una enorme red de contactos y una gran credibilidad. Me atraía porque era valiente, decidida y competente, y porque sabía exactamente lo que quería. En eso nos parecíamos. Le aconsejo que no caiga en el estereotipo de mujer de clase alta, ilusa y fácil de enredar. No digo que no existan, pero Rebecca no era así.

Sven escuchó el discurso con atención.

Parecía decir mucho, aunque daba la sensación de que a Nico lo conmovía más el sonido de su propia voz que el hecho de que su amante hubiera aparecido muerta pocos días antes. En una película de Hollywood, habrían premiado su parrafada con un irónico aplauso, lento y prolongado. Sven se limitó a responder brevemente:

—Ahora está muerta, así que ya no importa tanto que fuera valiente y decidida. Rebecca descubrió algo y pienso averiguar qué es.

Nico le tendió la mano para despedirlo.

—Creo que podrá encontrar solo el camino. Yo ahora tengo que irme.

En el ascensor, mientras bajaba, Sven sintió que algo en Nico lo intrigaba. Lo había visto demasiado tranquilo y poco afectado. Y, según había dicho, no había notado que Rebecca estuviera alterada o agitada los días previos a su desaparición. Era evidente que ocultaba algo.

Al salir del ascensor, Sven vio que tenía dos llamadas perdidas de un número desconocido. Llamó y dejó que sonara el teléfono mientras se sentaba al volante.

Le respondió una mujer con acento extranjero.

—Ahora no puedo hablar. Llamaré más tarde, ¿de acuerdo?

—¿Quién es?

—Ana, la señora de la limpieza de Pål y Rebecca. Ahora no puedo hablar. Estoy trabajando —dijo, y colgó.

Cuando arrancó el coche, Sven vio la boleta amarilla de una multa por mal aparcamiento que iba y venía siguiendo el movimiento del limpiaparabrisas.

24

—No era necesario, mamá.

—Pero a mí me gusta hacerlo.

Anne se guardó la tarjeta de crédito en la cartera y ayudó a Sally a meter la compra en bolsas.

—Es una pena que no tenga el coche.

—Ya verás que nos las arreglaremos muy bien. Si tú puedes llevar dos bolsas, yo colgaré el resto del manillar.

Siguieron el carril bici por debajo del paso elevado del tren en dirección a Vildanden, que, por su significado de «pato salvaje», era un nombre bastante apropiado para una zona poblada mayoritariamente por estudiantes. Además, allí los jóvenes se podían permitir un apartamento entero en lugar de una habitación en un piso compartido.

En otros tiempos, Anne había vivido en diecisiete metros cuadrados en Delphi, una zona cuyos bloques recordaban a los del plan de viviendas de los años sesenta, pero construidos para estudiantes. Sus grises edificios albergaban tanta ansiedad juvenil que un psicólogo había propuesto instaurar el «aullido de Delphi», por el cual todo el que quisiera podría abrir la ventana a las once en punto de la noche y aullar directamente al cielo.

A Anne siempre le había parecido una genialidad. Solos pero juntos.

—Ahora a la derecha —anunció Sally—. Después ya no quedará mucho camino.

Estaba de buen humor y se puso a hablar de sus estudios. Anne intentaba memorizar todos los nombres de los compañeros y profesores que su hija mencionaba para no decepcionarla más adelante, cuando olvidara quién era quién. También tuvo que hacer un esfuerzo para no hablar demasiado de sí misma y del aluvión de anécdotas estudiantiles que le venían a la mente cada vez que regresaba a Lund.

—¿Vas bien? ¿Quieres que cambiemos un rato?

Sally se echó a reír.

—No, voy muy bien.

—¿Segura?

—Que sí.

La mirada de Sally le infundía una agradable calidez. Sentía que habría podido cargar otras diez bolsas de la compra solo para prolongar esa sensación. Su hija parecía auténticamente feliz de tenerla a su lado y de que se prestara a ayudarla. Quizá todavía saldría algo bueno del divorcio. Si le servía para mejorar su relación con ella, habría valido la pena.

—Bueno, aquí estamos. Esta es mi casa.

Sally mantuvo la puerta abierta para que Anne pasara primero. Era un piso de un dormitorio, pequeño pero bien distribuido.

Anne se volvió y miró a su hija realmente encantada.

—¡Es increíble, Sally!

—¿Te gusta? Me alegro mucho. —Sally pasó delante de ella y le señaló el cuarto de estar con un amplio movimiento del brazo—. Aquí está el salón. No es muy grande, pero caben la mesa del comedor y el sofá. Por cierto, ¿lo reconoces?

—Es el que teníamos en casa.

Anne sintió una opresión en el pecho. Pontus debía de haberlo transportado hasta Lund. Si se había desprendido del viejo sofá de

Arne Norell solo podía ser porque tenía otra mujer en casa que prefería uno nuevo. Por sí mismo jamás se habría molestado en cambiar algo que cumplía perfectamente con su función. Al menos el Pontus que ella conocía.

Sally interrumpió sus pensamientos.

—Aquí está el baño. Tampoco es muy grande, pero está bien.

—Me encantan las cestas. Muy buena solución. Me vendría bien algo así en mi casa.

—¿Verdad que sí? —Satisfecha y orgullosa, Sally continuó hacia la cocina—. Pequeña pero bastante mona.

—Bonito póster —comentó Anne, señalando un cartel en blanco y negro de una película sin mencionar que ella había tenido uno muy parecido en su habitación de estudiante—. Me gusta que esté abierta hacia el salón.

—Sí, es muy práctico.

Sally se puso a guardar la compra del supermercado en la nevera y los armarios mientras Anne salía al recibidor.

—Te he traído un pequeño regalo para la casa. Me habría gustado ver antes lo que tenías, aunque…

Sally rasgó el papel del paquete.

—… unas toallas bonitas siempre son necesarias. Tengo el tique por si quieres cambiarlas. Pero sé que te gustan los cuadros.

—Son preciosas. ¡Gracias! —Fue al baño y las colgó en los toalleros—. ¡Mira! Quedan perfectas. Siempre has tenido muy buen gusto, mamá. —Y enseguida añadió—: Papá ha comprado un juego absolutamente espantoso de sofá y sillones de cuero. Aunque a mí me ha venido bien porque he podido traerme este.

Anne sonrió, sintiendo cierta satisfacción al comprobar que Klara no solo había conseguido a Pontus, sino también un espantoso juego de sofá y sillones de cuero. El hecho en sí mismo sugería que Pontus

estaba haciendo realidad sus sueños y que tal vez ahora era verdaderamente feliz, de una manera que nunca se había permitido con ella.

Volvió a sentir angustia.

En ese momento sonó un teléfono.

—¿Es el mío o el tuyo?

—El mío no.

Anne pescó el móvil dentro del bolso y vio que la llamada procedía de un número desconocido. Lo dejó sonando sobre la mesa.

—¿Qué te parece si vamos a comer al centro? Podemos ir a Stortorget o adonde tú quieras.

—¿Para qué salir si aquí tenemos comida de sobra? —respondió Sally con cara de asombro.

—Pensaba que habías hecho la compra para más adelante —replicó Anne.

—No, prepararé algo para nosotras. Solo será un momento.

En el teléfono de Anne sonó el tono de una notificación.

—Perdona. Ahora mismo lo silencio.

—Puedo hacer tofu frito con arroz. Creo que anoche sobró un poco de mantequilla de cacahuete —dijo Sally abriendo la nevera—. Y también tenemos berenjenas en vinagre de arroz, que le pueden ir bien. Quedará buenísimo, ya verás.

Anne echó un vistazo a la pantalla de su móvil. Había recibido un mensaje de Bea, su contacto en la policía.

> Te he llamado yo hace un momento. Llámame cuando puedas. Es por Abbas. Estaré ocupada a partir de las doce.

Anne miró el reloj de la cocina. Eran las once y media.

—¿Mamá?

—¿Qué? Ah, sí. Será estupendo. Solo espero que no sea demasiada molestia para ti.

—No, al contrario. Será muy fácil.

Anne se preguntaba qué querría Bea. Siempre la llamaba ella y nunca al contrario.

—Mamá, ¿me estás escuchando? —Sally la estaba mirando con expresión levemente irritada.

—Sí, estoy aquí. Me parece bien. Te escucho. —Anne se puso en pie de un salto y levantó ambas manos—. Dime lo que tengo que hacer: picar, pelar, poner agua a hervir…

—Es más fácil si lo hago yo —replicó Sally.

Su voz era distinta. Más reservada. ¡Qué poco hacía falta para que el ambiente entre ellas cambiara! Una familiar sensación de fracaso y rabia se apoderó de Anne.

La descartó y se acercó a su hija para darle un abrazo.

—Sally, me alegro mucho de haber podido venir finalmente para ver cómo vives. Tu casa es preciosa. Si no me dejas ayudarte a cocinar, al menos explícame cómo lo haces. Tengo que aprender.

—Ahora que ya no tienes a papá.

—Ahora que ya no tengo a papá.

Anne sonrió y le acarició la mejilla a su hija.

A las tres Sally tenía una clase. Se despidieron al llegar a Bangatan, donde Anne tomaría el camino de la estación y Sally seguiría todo recto hacia la universidad.

—Me gustaría darte unos regalitos de Navidad antes de que te vayas —dijo Anne—. Podemos volver a vernos cuando tengas tiempo.

Sally la abrazó con la bicicleta interpuesta entre las dos.

—Le preguntaré a Samir si tiene algún compromiso antes de Navidad. Así podrás conocerlo. Yo también quiero ver tu casa, mamá.

Anne intentó disimular su alegría, fingir que no significaba nada especial para ella.

—Perfecto. Llámame o envíame un mensaje, pero sin prisas.

De camino al tren, notó una extraña sensación de aleteo de mariposas en el pecho. Era una felicidad tranquila, diferente de la alegría adrenalínica que le resultaba mucho más familiar.

Hasta que no estuvo en el andén no cogió el teléfono para llamar a Bea. Saltó el buzón de voz, pero no se molestó en dejar un mensaje. Decidió ignorar la vieja sensación de ansiedad y permitir que las mariposas siguieran aleteando.

Ya en el tren a Malmö, se puso los auriculares y eligió en el móvil la canción *Walking on a Pretty Day*, de Kurt Vile.

Había sido un día perfecto.

25

William mantenía un perfil bajo pero decidido desde la última rueda de prensa. Aunque el jefe había insistido en que Sven y él trabajaran juntos en la cobertura del asesinato, la cooperación entre ambos no había ido más allá de repartirse las pistas. Mientras que Sven se centraba en Nico y seguía una línea de investigación que tanto la policía como la redacción del periódico parecían haber descartado, William exprimía hasta la última gota la teoría oficial de que Rebecca había sido víctima de un atraco con un imprevisto final trágico.

Sven tenía que reconocer que su joven colega lo estaba haciendo muy bien. William había buscado todos los documentos referentes al hombre detenido, Abbas Rezai. Había llamado a las puertas de sus vecinos de Norra Grängesbergsgatan y había entrevistado a un gran número de personas que podían tener alguna información acerca del mecánico sospechoso de asesinato. También había hablado con una larga lista de policías y finalmente había conseguido que uno de los participantes en la investigación accediera a hacer declaraciones, aunque de forma anónima. Pero, por encima de todo, William trabajaba con una concentración y un fervor de los que Sven carecía desde hacía muchos años. Le resultaba fatigoso y al mismo tiempo le daba un poco de envidia que el chico hubiera podido entregar en pocos días una serie de tres reportajes sobre «la banda criminal de la calle más infame de Malmö».

Sven, por su parte, no había publicado nada desde el artículo sobre la confusión de Rebecca con una indigente. William lo había

adelantado y ya marcaba el ritmo de las noticias. Ahora las reuniones matinales estaban dedicadas al seguimiento de su trabajo.

—¿Podrías explicarlo tú mismo? —dijo Patrik, animando al muchacho, que estaba tan reclinado en el asiento como si la dura silla de la sala fuera una vieja butaca maltrecha.

Sven se preguntó si su joven colega habría mascado siempre chicle y solo ahora lo notaba.

William dejó el móvil sobre la mesa y se aclaró la voz.

—Según hemos podido saber, la policía ha realizado una serie de hallazgos que podrían reforzar la primera teoría acerca de un móvil religioso. Mis fuentes me proporcionan una visión única de la investigación, con material exclusivo al que solo nosotros tenemos acceso. —El joven se volvió hacia Patrik—. ¿Sigo?

—No, creo que con eso tenemos suficiente. Mañana dispondrás de dos páginas para ti solo. Nadie más tiene esa historia, así que podemos prever bastante atención. —El jefe volvió a ponerse las gafas y miró sus papeles—. Por lo visto, han encontrado más bolas de carne con piezas metálicas dentro en el parque de Pildamm. En esta ciudad hay alguien que odia a los perros. ¿Puedes ocuparte tú de esa historia, Manfred?

Manfred, que hablaba como escribía, era muy propenso a soltar largos monólogos enrevesados pero ingeniosos sobre los asuntos más prosaicos. Siempre se las arreglaba para utilizar expresiones como «a mayor abundamiento» o «por mor de la claridad» sin que sonaran forzadas. Lo de esta vez fue una excepción.

—Cuando el jefe dice «salta», no preguntamos por qué, sino hasta qué altura —respondió.

Sin prestar atención a la ironía, Patrik volvió al plan de trabajo semanal.

—También está esto que llaman el Día del Cuchillo de la Mantequilla. Desde que soy jefe de redacción, la Asociación de Artesanos me persigue todos los años para que publique algo. Y ahora un artesano de Oxie ha fabricado lo que, según ellos, es el cuchillo de untar más grande del mundo, con 2,6 metros de largo y más de treinta kilos de peso. Esta vez he cedido. ¿Podrías ir a hablar con ellos, Sven?

—De hecho, tengo algunas pistas interesantes sobre la conexión de Nico Adams con el asesinato. He conseguido una grabación de la cámara de vigilancia de un vecino de Rebecca en la que se ve pasar el coche de Nico a las once y media la noche del crimen. Se lo he preguntado a él y dice que había ido a visitar a un amigo. He hablado con él y me ha confirmado que así fue. Pero Nico tenía una aventura con Rebecca Rönn. Él mismo lo admitió ayer, cuando estuve en su oficina. Me gustaría ir a ver a Pål Hammar, el marido, y hacerle algunas preguntas acerca de este tema y sobre otra reunión que tuvo Rebecca horas antes del asesinato.

Patrik lo interrumpió con un gesto.

—Ya hablaremos de todo eso más adelante. No somos policías, Sven, y hoy necesito que alguien vaya a la Asociación de Artesanos de Oxie.

—¿Es un castigo por el artículo sobre el campamento de *scouts*?

—Nada de eso. Es que no tengo a nadie más. Además, lo harás muy bien.

La estrategia de Sven de tratar las historias sin importancia como si fueran primicias mundiales precisamente para no tener que encargarse de ellas no había funcionado como esperaba. Había escrito una página entera sobre una pelea en una residencia de ancianos con alzhéimer en la que nadie recordaba nada de lo sucedido cuando llegó la policía. Había publicado seis columnas

sobre una pareja de cisnes que habían ahogado a sus polluelos en los estanques de Öresund por un «presunto drama de celos». Y lo había hecho con el anhelo de que los lectores llamaran a la centralita y amenazaran con cancelar sus suscripciones si el periódico seguía publicando esa clase de frivolidades. Esperaba que los jefes comprendieran entonces que era contraproducente enviar reporteros experimentados a cubrir ese tipo de historias absurdas. Sin embargo, no había pasado nada de eso, lo que podía significar que los lectores apreciaban la ironía, o que no la entendían, o quizá —lo más probable— que simplemente se habían saltado esos artículos.

—Ahora tengo que ocuparme de otra cosa, pero dedicaré el resto del día a los artesanos —prometió Sven, esforzándose por disimular lo mucho que le molestaba aceptar un encargo que, en circunstancias normales, habría correspondido a un joven en prácticas.

Al final de la reunión matinal, ya en el pasillo, Patrik le pidió que le echara un vistazo al nuevo gran artículo de William.

—Se ha extendido un poco y resulta demasiado largo. Mira si puedes recortarlo para que no pase de cinco mil caracteres.

De vuelta en su escritorio, Sven leyó el reportaje del muchacho sobre la banda de delincuentes de Norra Grängesberg. A través de fuentes anónimas, había conseguido más información sobre la principal línea de investigación de la policía, según la cual Rebecca Rönn había sido víctima de una banda de inmigrantes ilegales. Le habían asegurado que el asesinato estaba «básicamente resuelto» y que «todo apuntaba a ese hombre».

William había pintado un mundo que parecía salido de una novela de Dickens, en el que niños sin hogar y sin papeles habían caído en las garras de un hombre mayor que los alimentaba y les daba pequeñas sumas de dinero a cambio de que robaran y traficaran con

droga. Su Fagin era el mecánico de Norra Grängesberg detenido por la policía. Su taller era en realidad la fachada de un negocio de compraventa de objetos robados. Sven sintió que lo invadía la fatiga al leer el reportaje. Dos millones de puntos suspensivos y un tono alarmista y excesivamente dramático.

El negocio turbio del mecánico también guardaba relación con… Sven se sobresaltó. Sí, había leído bien. Una presunta célula terrorista. «Los inmigrantes ilegales se habrían alojado en locales donde se han hallado notas sobre la yihad y el 24 de diciembre».

Hizo un par de búsquedas rápidas por internet y se echó a reír entre dientes.

Cuando terminó de leer, desenchufó el ordenador y se fue a ver a William.

—Una historia fascinante, escrita en un estilo muy ameno y descriptivo.

Al muchacho se le iluminó la cara.

—¿De verdad lo piensas? ¡Qué bien! Gracias, Sven. Es genial que hayas leído el artículo.

—Solo quería hacerte unos pequeños comentarios. ¿Tienes un minuto?

—Claro, adelante. ¿Alguna corrección?

—De eso puedes ocuparte tú mismo después. Pero esto de decir que Norra Grängesberg es «la calle más infame de Malmö» es un poco exagerado, ¿no? Hasta los antiguos clubes clandestinos que había antes por allí ahora tienen permiso para la venta de alcohol y pagan sus impuestos.

William se echó a reír.

—Sí, aunque el ambiente sigue siendo bastante turbio.

—Y esto de la célula terrorista… Se pueden decir muchas cosas de los fanáticos religiosos, pero no suelen atracar por la calle a señoras

de la buena sociedad ni trafican con droga. ¿Cómo de fiables son tus fuentes?

—Bueno, tengo dos que son independientes entre sí. La policía ha encontrado mensajes islamistas en ese taller y creen que puede tratarse de algún tipo de código.

Sven se desplazó hacia abajo en el artículo y leyó en voz alta:

—«Elementos religiosos… Notas sobre la yihad y el 24 de diciembre…».

William asintió.

Sven tuvo que hacer un esfuerzo para no parecer condescendiente.

—¿Sabes que al final de la calle hay una autoescuela que se llama Yihad? ¿De dónde has sacado eso de la nota manuscrita y el supuesto código secreto que demostraría que esta gente estaba planeando un atentado para Nochebuena? ¿Aparecía la fecha del 24 de diciembre escrita así, con todas las letras, o puede que fuera el número 241224?

—Tendré que comprobarlo con mis fuentes —respondió William brevemente, volviéndose hacia la pantalla como para señalar que ya había tenido suficiente crítica de texto y quería seguir trabajando en paz.

—Sí, verifícalo. Porque yo he buscado el número de teléfono de la autoescuela Yihad y casualmente es el 040-241224.

William lo miró con horror.

Sven le había hecho un favor al señalarle el error antes de que saliera a la luz y lo convirtiera en el hazmerreír de Malmö, pero también había conseguido que el joven periodista se sintiera pequeño e insuficiente. Recordó lo nervioso e inseguro que se había sentido él a los veinticinco años cuando había hecho su primera sustitución de verano en el periódico.

—Pero el reportaje es muy bueno. Un atraco que acaba en asesinato. Eres un buen periodista, William. Puedes sentirte orgulloso. Buen trabajo. De verdad. Muy bueno.

Sven volvió a su escritorio con la sensación de haberse excedido en los halagos y de que eso lo habría hecho parecer falso y envidioso.

Tenía que sobreponerse. No era culpa de William que él hubiera dedicado todas sus horas de trabajo a profundizar en un asunto de adulterio que, de todos modos, no podía publicar sin exponer al periódico a una querella por difamación de una persona difunta.

Hizo un nuevo intento de llamar a Ana, la señora de la limpieza de Pål y Rebecca, pero otra vez le saltó el buzón de voz.

Se dijo que debía volver a estudiar los mensajes enviados por Rebecca Rönn y buscar a las personas cuyos nombres aparecían en la lista. Solo así podría descubrir lo que pretendía revelarle.

Sin embargo, antes estaba obligado a coger el coche para ir a cubrir la estúpida historia del cuchillo de mantequilla de treinta kilos de peso.

Apagó el ordenador. Por el camino paró un momento en el quiosco de prensa y compró una tarjeta de rasca y gana.

26

—Aquí Sven Nygren, del *Dagbladet*.

Anne se aclaró la garganta.

—Soy yo, Sven. Anne.

—¡Anne!

Fue un alivio para ella notar que Sven se alegraba de oírla y no parecía en absoluto molesto.

—He visto un número desconocido y…

—Y por eso has contestado con tu voz profesional.

—Sí, algo así.

—¿Estás muy ocupado? —preguntó ella, sonriendo.

—Sí, mejor dicho, no. Voy de camino a hacer un encargo. Pero no pasa nada.

Guardaron silencio un momento.

—No pensé que fueras a llamarme —comentó Sven, y pareció que lo decía con una sonrisa.

—No, yo tampoco —replicó ella—. ¿Dónde estás? ¿Tienes tiempo para comer conmigo? Es por algo que me gustaría comprobar.

—Mi oficina está al lado de Triangeln, pero, por desgracia, hoy es un mal día. No es que no quiera —contestó él.

—Claro, ya te vas.

—Sí, pero…

—No te preocupes, déjalo. Era solo por si estabas libre. Ya te llamaré otro día, cuando…

—Todas las noches saco a Frozen a dar un paseo —la interrumpió Sven—. Si te apetece conocer un poco más el barrio de las Colinas, puedo enseñártelo. Y, de paso, me preguntas lo que quieres comprobar.

—¿Frozen?

—Es por los niños. La película, ya sabes… El nombre no le pega nada a un perro negro, pero era eso o Elsa. Y es macho.

—Frozen está muy bien. Frozen y Sven. Toda la factoría Disney.

—¿Verdad que sí?

Anne notó que lo decía con una sonrisa.

—Puedo pasar por tu casa hacia las nueve —dijo Sven.

—¿Sabes dónde vivo?

Él pareció un poco avergonzado cuando respondió.

—Te confieso que lo he buscado. Lo siento. Después de todo, soy periodista.

Anne se dio cuenta de que su respuesta la alegraba, ya se tratara o no del comportamiento típico de un reportero.

Fuera como fuera, había pensado un poco en ella.

En cuanto oyó el chirrido de la verja, salió a la escalera. Llevaba el pelo recogido en un moño, un jersey de lana y una gabardina. Nadie habría adivinado que había pasado gran parte del día pensando qué ponerse.

—¿Puedo entrar un momento a conocer tu casa? —preguntó Sven.

—No. —Sonriendo, Anne cerró la puerta rápidamente tras de sí—. Todavía no está lista. —Le dio a Sven un abrazo amistoso y notó que tenía las mejillas frías—. Ven, vamos por aquí.

Bajaron por la calle y después torcieron por un estrecho callejón. Pasaron por delante de un pequeño bar y dejaron atrás la tienda de

alimentación donde se habían encontrado unas semanas antes. Kirseberg parecía en cierto modo un pueblo, como Visby o Kivik. Hermosas casas antiguas flanqueaban las callejuelas y contribuían a crear un idílico ambiente de población pequeña. Una gran torre de agua de ladrillo rojo se erguía en medio de un parque.

—Lo llaman «el parque de los Ladrones» porque aquí enterraban a los presos y a los soldados del cuartel en el siglo XVIII, o quizá en el XIX.

Frozen dio un tirón de la correa porque había divisado una urraca saltando en la hierba.

—Cuando construyeron la torre, encontraron un montón de cráneos de las tumbas. Dicen que los niños jugaban con ellos a la pelota. Por cierto, muchas estrellas del fútbol son de aquí: Roy Andersson, Robert Prytz y la mayor leyenda del Malmö FF.

—¿Zlatan Ibrahimović? ¿No era de Rosengård?

—No, no me refiero a él, sino a Bosse Larsson.

—¿El cantante?

Sven la miró con una mezcla de incredulidad y decepción.

—¿No sabes quién era Bosse Larsson?

—No. De hecho, hasta hace poco pensaba que Gre-No-Li era una sola persona y no el famoso tridente sueco del Milan.

—Creo que necesitas venir conmigo al campo del Malmö FF, por lo menos una vez. Pero tendremos que esperar a que no haga tanto frío.

Siguieron caminando.

—En aquella época había mucha miseria. Aquí vivían familias de obreros, pero también marginados, borrachos y delincuentes. Un viejo policía me contó que dos tipos solían apostarse cerca del viaducto de Lundavägen para preguntar a la gente si conocían a alguien y qué venían a hacer. Si no eran de Kirseberg, no los

dejaban pasar. Si querías salir con una chica de aquí, lo llevabas claro. Corrías el riesgo de que te dieran una paliza.

Sven se echó a reír, pero Anne no se lo acababa de creer.

—Es broma, ¿no?

—No, qué va. Pusieron aquí todo lo que no querían en el centro: un psiquiátrico, una cárcel, un orfanato, una fábrica de cerveza, un matadero y una metalurgia. Y un poco más allá había un asentamiento de gitanos.

Anne lo miró sorprendida.

—No te creo.

—Te aseguro que era así. También había una clínica de rehabilitación. Ese edificio de ahí era una institución para alcohólicos. —Sven señaló un pabellón junto al parque—. Como te he dicho, aquí mandaban todo lo que nadie quería, como, por ejemplo, viviendas de emergencia para familias desahuciadas. Son esos bloques de ahí, junto a las casas de colores claros.

—¿Y ahora?

—Ahora son un paraíso para hípsteres. Muchos artistas y gente del mundo de la cultura.

—Periodistas y gente rara, vaya.

—Eso mismo. Y en este parque quemaban brujas en los siglos XVI y XVII.

—Me alegro de haberme salvado.

Sven se rio.

—Tú lo has dicho.

Siguió hablando mientras paseaban.

—Kirseberg es un Malmö en miniatura donde se mezclan lo caro y lo barato, lo feo y lo bonito. Ahí reside su atractivo, porque aquí las distancias no son tan grandes como en otras partes de la ciudad. Pese a la pobreza y la fealdad, siempre ha habido un sentimiento de

comunidad y de orgullo de vivir en las Colinas. Cuando otros barrios organizan actividades comunitarias, acuden uno o dos entusiastas. Cuando Kirseberg celebra sus fiestas, miles de personas se reúnen en el parque de Beijer para hacer barbacoas, beber cerveza y tocar la guitarra. No hay ningún otro barrio en todo el país sobre el que haya escrito tanta gente. Hay muchísimos libros sobre la infancia de sus autores en esta parte de Malmö. Hablan de las guerras que se organizaban entre las diferentes zonas de Gula Faran, Östergård y Tornet, de los chicos que iban al centro a robarles el almuerzo a los niños de clase alta y cosas así.

Anne se alejó un poco y leyó en voz alta la inscripción de una estela conmemorativa mientras Frozen aprovechaba para hacer sus necesidades en un arbusto cercano.

—«1543-1663. Quema de brujas. "Moriréis en la hoguera". Tal era la sentencia que se imponía a las mujeres que, por sus habilidades, conocimientos y talento, se consideraban tan peligrosas que eran acusadas de brujería. Esta estela recuerda a todas aquellas personas que, por diversas razones, fueron excluidas de la comunidad de su tiempo e invita al futuro a reflexionar». —Anne hizo una pausa, miró a Sven y leyó la última línea—: «Comunidad de las Colinas, 27 de octubre de 1997».

Sonrieron los dos. Anne estaba emocionada.

Había olvidado que Sven siempre la hacía sentir como si estuviera viviendo una aventura.

—¿Vamos?

Anne asintió y Sven siguió hablando.

—No hay muchas tabernas en Kirseberg, pero la de Mässingshornet es la mejor de Malmö, una mezcla increíble de gente del barrio, músicos y personajes extraños con tatuajes en la cara.

Frozen tiró de la correa.

—¿Quieres que hagamos el recorrido corto o el largo?

—El largo.

—Por suerte, llevas buenas botas.

Se adentraron en un viejo patio ferroviario con cocheras y talleres, y continuaron a través de la maleza, entre carromatos de circo que parecían sacados de un capítulo de *Pippi Calzaslargas*, antes de encontrar las antiguas vías del tren.

Sven encendió una especie de luz intermitente en la correa de Frozen mientras activaba también la linterna del móvil para ver por dónde iban.

—No me puedo creer que estemos todavía en la ciudad —comentó Anne, intentando seguirle el ritmo a Sven, que a su vez se esforzaba por seguírselo a Frozen.

Habían recorrido cierta distancia cuando ella se detuvo en seco y agarró a Sven por la manga.

—¿Has oído eso? —susurró casi sin aliento.

—No, no oigo nada —dijo él.

—¿De verdad? —insistió ella.

Parecía un gato al que estuvieran despellejando o… quizá una mujer que gritaba.

—Apaga la linterna. Baja el teléfono.

Se puso en cuclillas y tiró de Sven para que se agachara también, pero él se echó a reír y le tendió la mano para que se pusiera de pie.

—Perdona, tendría que habértelo… No es nada. —Se rio y la rodeó con un brazo—. Son los autobuses. Suenan como ballenas en celo cuando se activan las válvulas de gas por la noche. Lo sé, es espantoso.

Anne le propinó un golpe en un brazo. Se sentía terriblemente estúpida.

Siguieron andando en silencio en la oscuridad. Sven iluminaba el camino con la linterna del móvil. Frozen había dejado de tirar de la correa, como si hubiera comprendido que de ese modo creaba una distancia entre ellos cuando era preciso mantener unida a la manada.

—¿Eres feliz? —preguntó Anne cuando salieron a la luz de las farolas.

—Sí —respondió él sin necesidad de pensárselo dos veces.

—Tú y yo…

—De eso hace mucho.

Se detuvo brevemente, la miró, pero enseguida volvió la vista hacia Frozen, que otra vez tiraba de la correa.

—Anne, tú siempre serás especial para mí. Es así y punto. No puedo explicarlo. Tampoco quiero explicárselo a nadie y mucho menos a Lisa.

Guardó silencio y luego añadió:

—La quiero. La admiro mucho.

—¿La admiras?

—No intentes ir por ahí.

—Lo siento.

Anne notó que Sven tensaba la mandíbula.

—Es demasiado tarde.

Lo dijo más para sí mismo que para ella. Había echado a andar y se alejaba.

—¿Qué has dicho? —gritó Anne tras él mientras apretaba el paso para alcanzarlo.

—Que es tarde. No quiero que se nos haga demasiado tarde.

Estaban otra vez delante de la casa de Anne.

Sven levantó la vista hacia una ventana, cerrada con una plancha claveteada de contrachapado, que parecía como si fuera a caerse en

cualquier momento.

—Me habría gustado ver tu casa por dentro —comentó con una amplia sonrisa.

—Te aseguro que no.

No quería invitarlo a pasar y que viera todo el caos, pero tampoco que se fuera todavía a su casa.

—¿Me invitas a un café por lo menos?

Incapaz de encontrar una excusa, Anne abrió la puerta y, a su pesar, intentó hacer el papel de anfitriona hospitalaria.

—De acuerdo. Bienvenido a la casa de tus sueños… cuando tienes pesadillas.

Se dio cuenta de que su tono de voz era agudo y poco natural. Forzado. Entró en el recibidor y se apartó para que Sven pasara.

Quizá sus largos años en Estocolmo la habían hecho olvidar cómo comportarse cuando había visitas imprevistas.

—Con un poco de pintura, quedará como nueva —afirmó mientras desaparecía en la cocina.

Cuando Sven entró, le cambió la cara.

—Tenías razón. Hay mucho trabajo que hacer para dejar esta casa en condiciones. ¿Me permites echarle un vistazo?

Se fue a dar una vuelta, pero no tardó en regresar.

—¿Sigues dispuesto a ayudar? —le preguntó Anne.

—No, ni hablar. Necesitas un profesional.

Anne se echó a reír, aunque enseguida se dio cuenta de que hablaba en serio.

—Lisa y yo hicimos reformas durante catorce meses sin parar cuando compramos la casa. Siempre he pensado que es muy satisfactorio levantar tu hogar clavo a clavo, mirando tutoriales de YouTube; pero el otro día estaba viendo fotos de aquella época porque pretendía enseñárselas a la vecina para presumir y, cuando

vi los suelos destrozados, las paredes desnudas y los cables que colgaban del techo, me invadió una especie de estrés postraumático.

—Tendría gracia que a mí me diera estrés postraumático al volver a mi ciudad después de pasar todos estos años en el extranjero. ¿Té o café?

—Lo que tú vayas a tomar.

Anne se echó a reír.

—Me divierten esas expresiones —dijo mientras trataba de apartar lo peor del desorden de la cocina.

—¿Cuáles?

—«Lo que tú vayas a tomar», «no te molestes por mí» y ese tipo de cosas.

—Nunca me he parado a pensarlo.

Anne miró de soslayo a Sven y notó que la risa le marcaba arrugas alrededor de los ojos. Tenía el pelo diferente, más gris, pero igual de despeinado y salvaje que antes, como si su versión más mayor no hiciera más que acentuar su aspecto de chiquillo.

—Será porque comparo con otros países —dijo ella, y se aclaró la garganta—. Cuando vuelves, te fijas en esas cosas.

—Sí, puede ser. —Sven se sentó en una silla y colgó el abrigo del respaldo—. Yo no tengo ni idea. Lo más lejos que he llegado es a las islas Canarias cuando fuimos con los niños.

—No he querido decirlo de ese modo.

—Ni yo tampoco. Las cosas son como son.

La miró con una sonrisa divertida, pero Anne se sintió como una tonta que presumía de sus éxitos.

—No lo he dicho por eso.

—Ya lo sé.

El silencio se extendió en la cocina.

—En la mayoría de los países, ni siquiera te habría preguntado si querías café o té. Te habría puesto delante todo un bufé y te habría prohibido que te fueras antes de probarlo todo.

—Si no recuerdo mal, en nuestros tiempos solo sabías cocinar macarrones, como mucho.

Anne abrió la nevera, pero no porque pensara que encontraría algo dentro, sino para ganar tiempo. Había algo en la voz de Sven que la devolvía al pasado, como cuando escuchaba una canción que la situaba en una época concreta en la que había puesto en bucle el mismo tema.

Se quedó mirando la cafetera, agradeciendo por primera vez que fuera tan lenta. Si había alguien que notaba enseguida cuándo se sonrojaba, ese era Sven. Incluso había sido una broma entre ellos.

—¿Lo sigues tomando solo?

—Sí.

Sirvió el café en dos tazas y se sentó frente a él. Apoyó un pie sobre la silla vecina e intentó parecer cómoda en su casa. En la ciudad. En esa cocina. Con él.

—¿Cómo te van las cosas en el periódico? —preguntó—. He visto que tenéis mucho trabajo.

—Como siempre, supongo.

—Lo digo por eso de los inmigrantes sin papeles. Por lo visto, andan por ahí atracando a la gente.

—¿Era eso de lo que querías hablar? —replicó Sven.

Anne negó con la cabeza.

—No, o quizá sí. Hay una cosa muy rara. Esa banda de delincuentes de la que tanto escribís en vuestro periódico… Ese hombre al que han detenido porque dicen que está implicado en un asesinato… Dejé mi coche en su taller hace un par de semanas. Y

hay algo que… No sé. No me dio para nada la impresión de ser un criminal peligroso.

Sven pareció buscar las palabras, pero al final no habló, y Anne comprendió de repente que ella tampoco tenía nada concreto que decir. Era solo una intuición, aunque muy intensa, de que Abbas no podía estar detrás de esa muerte.

—Es solo que me cuesta creerlo. Hace nada estaba tomando el té con él y ahora está detenido por asesinato. No lo entiendo. Lo hablé un poco con un antiguo contacto mío de la policía que se comprometió a echar un vistazo al asunto. Me llamó el otro día, pero estaba ocupada y no pude coger el teléfono. Intentaré hablar con ella otra vez. Suele ser más fácil localizarla a última hora de la tarde.

Anne trató de interpretar el silencio de Sven. Aunque sentía que estaba hablando más de la cuenta, no podía parar.

—¿De verdad crees que ese hombre era el cabecilla de una banda que obligaba a los niños a robar? A mí todo eso me parece una fábula, con los buenos, los malos…

—Siempre es más fácil opinar desde fuera, ¿no? De hecho, estuve en contacto con Rebecca Rönn justo antes de que desapareciera. Estaba preparando un perfil suyo. La idea era publicarlo como un artículo largo durante las vacaciones de Navidad. Después de la entrevista, me envió un mensaje de Signal para decirme que había descubierto algo muy grave que quería denunciar. Por supuesto, puede que su desaparición al poco tiempo haya sido una curiosa coincidencia y nada más. Pero no puedo dejar de pensar que quizá no fue casualidad. —Sven hizo una breve inspiración y soltó el aire en un largo y profundo suspiro.

—¿Qué quería denunciar? —dijo Anne.

—Por lo visto, estaba sobre la pista de alguna cosa turbia. Me envió una lista de nombres. Puede que fueran extranjeros sin

papeles. Algunos tenían órdenes de expulsión, pero no he podido encontrar a la mayoría. Rebecca mencionó algún tipo de escándalo que podía afectar a lo más alto de la comunidad empresarial de Malmö. —La expresión de Sven era de dolor, como si le costara continuar—. Nunca llegué a averiguar de qué se trataba. Desperdicié la oportunidad. Y, de repente, está muerta.

Anne guardó silencio durante un buen rato.

—Hay más —prosiguió Sven—. He investigado un poco desde que ocurrió. El asunto es espinoso porque la policía parece estar convencida de haber detenido al culpable y el periódico sigue la misma línea, como ya sabes. Pero, cuanto más averiguo sobre Rebecca Rönn, más confuso se vuelve el panorama. Ya no sé muy bien qué pensar. —Hizo una pausa antes de añadir—: Por lo visto, también tenía una aventura con Nico Adams.

—¿El de los negocios inmobiliarios?

—El mismo. Fui a verlo el otro día. Pero no sé. Creo que dice la verdad cuando afirma que se despidió de Rebecca a última hora de la tarde. Dice que tenía una cita con alguien en el edificio Kronprinsen, aunque no sabe con quién.

—¿Se lo has dicho a su marido?

—¿El qué? ¿Que su mujer lo engañaba o que tuvo una reunión secreta en la ciudad poco antes de morir?

—Las dos cosas.

—No, no he tenido tiempo. Un cuchillo de mantequilla se interpuso en mi camino.

—¿Un qué?

—No querrás saberlo, créeme. Se te pondrían los pelos de punta. —Sven enseguida volvió a ponerse serio—. Sé lo que estás pensando, pero creo que te equivocas.

—¿Qué estoy pensando? —preguntó Anne.

—Que fue su marido. O alguien próximo. Suele ser así casi siempre, pero en este caso estoy bastante seguro de que estás en un error. Por la misma razón por la que no creo en el atraco que ha acabado en asesinato, tampoco pienso que haya sido un asunto de celos. Rebecca quiso avisarme de algo justo antes de morir. Sería muy raro que solo fuera una coincidencia. Además, según la policía, el marido tiene una coartada para esa noche. A última hora fue a recoger la bicicleta de su hijo a un centro deportivo de Klagshamn, y, cuando la estaba metiendo en el coche, un transeúnte pensó que la estaba robando y llamó a la policía. Es perfecta.

—¿Qué sabes de él?

—Pål Hammar. He hablado con él muchas veces a lo largo de los años.

—¿Quién es? ¿Trabaja en el departamento de prensa del Ayuntamiento?

—Es el jefe de la oficina jurídica. Es uno de los pocos técnicos del consistorio que realmente hacen un buen trabajo. Nunca rechaza una entrevista. Tengo muy buena opinión de él.

Anne había visto a Pål Hammar en las fotografías que acompañaban los artículos sobre la desaparición de Rebecca Rönn. Tenía pinta de funcionario. Aspecto agradable, aunque un poco gris. Sven balanceó la taza de café y después se quedó mirando fijamente el líquido oscuro, como si intentara leer algo en su interior.

—¿Puedo preguntarte qué ocurrió aquella vez? —dijo por fin.

—¿Cuándo?

—Ya sabes. Un día volví a casa del trabajo y habías hecho las maletas. Te encontré con la chaqueta puesta, sentada en la cocina de nuestro pequeño apartamento de Sankt Knut, y simplemente te fuiste.

—Fue hace treinta años.

—Veinticinco.

—Y no pasó de esa manera.

—Sí, fue exactamente así. Me miraste como si fuera un extraño y me dijiste que habías conseguido un trabajo en el extranjero. Y te largaste. Me sentí como si nunca hubieras vivido conmigo.

Anne rehuyó su mirada.

—Queríamos cosas distintas.

—Aun así, podríamos haberlo hablado. Te fuiste sin más. Ni siquiera me dejaste opinar. Intenté llamar a la casa de tu padre, pero, cuando finalmente conseguí hablar con él, ya habías aterrizado en Dakar.

—No podía.

—¿No podías?

—No fue como tú piensas. —Anne bajó la vista hacia la mesa.

—Tardé años en olvidarte —dijo Sven, observándola con una sonrisa amarga y tierna a la vez.

Ella levantó la vista. Quería mirarlo a los ojos cuando se lo dijera.

—Tuve un aborto.

Sven no pareció entender lo que le estaba diciendo. La seguía observando con expresión confusa y desesperada.

—Decidí abortar. Ahora ya puedes odiarme.

Sven no dijo nada. Se quedó inmóvil, con la vista vuelta hacia dentro, hacia sí mismo.

—Di algo. No te quedes callado —añadió ella al cabo de un segundo.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Me habrías odiado. No habríamos podido superarlo. Nunca habrías vuelto a mirarme con los mismos ojos. No podía soportar la idea de que me detestaras.

—Anne, por entonces tú tenías veinticinco años y yo veinticuatro. Te adoraba, pero éramos dos niños. Yo quería formar una familia, a ser posible contigo, pero no en ese momento. Para nada. Aunque te quería muchísimo, no estaba preparado para ser padre. Si tú hubieras querido, lo habría aceptado, por supuesto, pero…

Permanecieron un rato en silencio, con la súbita constatación de que la conversación había llegado demasiado tarde. Un hijo de ambos, presente repentinamente entre los dos.

—Anne.

—No digas nada amable. No podría soportarlo.

Sven alargó las manos para cogerle las suyas, pero ella las retiró y las apoyó sobre la falda. Una gota le rodó de la nariz a la barbilla. Se la secó con el dorso de la mano.

—Ojalá lo hubiera sabido —dijo él en voz baja.

—Todo fue bien. Nunca se lo había contado a nadie hasta ahora. —Anne se sorbió los mocos, se levantó y se fue a buscar papel para sonarse la nariz.

—¿Ni a tu abuela? —le preguntó Sven cuando volvió.

—No, por Dios, no. No quería que nadie lo supiera —respondió ella, maldiciendo su incapacidad para controlar las lágrimas—. Así era como si no hubiera ocurrido.

—Cuéntamelo ahora.

—No puedo.

Pensó en la enfermera de expresión severa en el segundo piso del Centro de Salud de la Mujer, con una boca que parecía una raya pintada en la cara. La había regañado por no recordar la fecha de su última menstruación. La había llamado «irresponsable», y era evidente que no solo se refería a la regla.

Recordó el olor de los guantes de látex y el desinfectante, que todavía hoy le producía ansiedad, y el *plin* de los ascensores al llegar

a la planta, que se oía todo el tiempo en el pasillo y que había conseguido que todos los ascensores del mismo fabricante le infundieran un idéntico deseo de salir huyendo. Le vinieron a la mente los dolores posteriores a la intervención, que habían llegado como una bendición porque le hacían olvidar el otro, que sentía más arriba, en el pecho, y era mucho peor.

Se sintió como si volviera a tener veinticinco años, acurrucada en su camilla en posición fetal bajo una fina sábana. Dos días después había cruzado en barco a Copenhague y el aeropuerto de Kastrup, y tuvieron que pasar casi tres años antes de su regreso a Suecia.

—¡Estaba tan enfadado contigo! —empezó a rememorar Sven—. Y, sin embargo, no te olvidaba. Pensaba que todo habría sido diferente si al menos hubiésemos podido hablar.

—Podrías haberme escrito. Dakar no está en la otra punta del mundo.

—Era otra época. No había Facebook ni Skype. Desapareciste sin más. Nunca pude decirte lo que pensaba. Y de repente empezaste a aparecer por todas partes, en todas las pantallas. Pero te habías convertido en otra persona. No eras mi Satchi. Ya no te conocía.

Anne levantó las manos y Sven se las cogió.

—¿Puedo darte un abrazo? —le preguntó.

—Ya es tarde —murmuró ella, desviando la mirada.

—Para esto no.

—Es tarde para todo.

La imagen de la cocina se volvió borrosa cuando Anne se hundió entre los brazos de Sven. Se incorporó apoyándose sobre los grandes pies de él, con los calcetines medio rotos, y sintió su nariz contra la cabeza. Pensó que no había nada de malo en lo que hacían. No era nada que no estuviera permitido, sino únicamente un abrazo con veinticinco años de retraso.

Frozen ladró y Sven se apartó de ella. Se la quedó mirando con expresión confusa, como si acabara de despertar de un sueño y aún no supiera muy bien dónde se encontraba.

—Me voy.

—¿Volverás otro día?

—No lo sé.

Anne se apoyó en el quicio de la puerta mientras él se ponía los zapatos en el recibidor. Tardó una eternidad, pero, aun así, el tiempo pasó demasiado rápido.

—No volveré. Ha sido una tontería.

—No quiero que desaparezcas otra vez de mi vida.

—Yo no desaparecí, Anne. He estado aquí todo el tiempo.

Cuando se levantó y le puso la correa a Frozen, se giró para mirarla, pero con otros ojos.

Anne no supo qué decir.

—Todo es demasiado difícil —observó él mientras salía por la puerta.

Oyendo sus pasos, que bajaban los peldaños de la entrada, Anne volvió a la cocina y vio las dos tazas sobre la mesa. Habría querido estar dentro de una película en la que corría en calcetines por la nieve tras él y lo abrazaba. Pero, en la suya, la protagonista fregaba los platos y se acordaba de poner el móvil a cargar antes de irse a la cama aunque no esperara ninguna llamada.

27

—Imagino que no es lo que esperabas oír —le dijo Bea al día siguiente cuando por fin consiguieron hablar.

—Bueno, no sé. En realidad, no lo conocía de nada.

Anne guardó silencio, tratando de asimilar lo que acababa de oír. Por lo visto, Abbas había sido investigado como sospechoso de un delito grave en Alemania.

—Al final todo quedó en nada, si no he entendido mal. Se me ha olvidado bastante el alemán que aprendí en el colegio, pero creo que es lo que pone aquí. Berlín, 22 de julio. Distrito Policial 5, Sección 52. Extorsión y amenazas. El demandante es un tal Haidar Kazem. Abbas Rezai fue puesto en libertad bajo fianza tras diecinueve días bajo arresto. Posteriormente fue absuelto por falta de pruebas.

—¿Casi tres semanas detenido? Parece mucho, ¿no?

—Puede ser por la gravedad del delito o por el riesgo de fuga. Ten en cuenta que, al ser de Irak y residente en Suecia, podían temer que abandonara el país.

—¿Figura el nombre de la persona que pagó la fianza?

—Alguien de la familia.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque aquí lo dice: «Una persona de la familia, Marya Jassim, pagó la fianza».

—Ah.

Anne buscó el nombre en cuanto se despidió de Bea. Había tres Marya Jassim en Alemania, pero solo una vivía en Berlín. Marcó el

número.

—No llame aquí —le respondió una voz que, para su sorpresa, hablaba sueco con acento de Malmö.

—Permítame que le explique lo que… —intentó Anne.

Sin embargo, la línea ya estaba muerta.

Anne soltó una maldición y echó un vistazo al reloj. Si se apresuraba a coger el autobús, podría ir a Ikea, comer allí albóndigas con puré de patatas y salsa de arándanos, encargar la dichosa cocina y comprar un montón de velas de distintos tamaños, todo de una vez.

Una vez en Ikea, reservó una cita con un tal Sayed que ayudaba a los clientes a planificar cocinas y, para matar el tiempo mientras esperaba, se puso a la cola del restaurante. Entonces le sonó el teléfono.

—Disculpe, pero…

Rechazó la llamada sin pensarlo, distraída por la montaña de albóndigas que acababan de servirle en el plato.

—Son demasiadas.

—Doce. Es la porción más pequeña. Pero su huella de carbono es solo un cuatro por ciento de la de las normales —dijo el hombre detrás del mostrador.

—¿No he pedido las normales?

—¿Las quiere de carne?

Anne se sintió a la vez cansada, infinitamente vieja y desfasada.

—No, es igual. Seguro que estas también están muy buenas.

Buscó una mesa apartada y fue a sentarse.

Para su decepción, las albóndigas carecían de la consistencia gomosa que la habría teletransportado a su infancia de un solo bocado.

Volvió a sonar el móvil. El prefijo, +49, era el de Alemania.

—¿Hablo con Anne Suyin? —dijo la misma voz con acento del sur de Suecia.

—Sí, soy yo.

—Soy Marya.

—¡Marya! Muchas gracias por llamarme.

—Siento haber sido tan brusca antes, pero tenía que comprobar quién era usted antes de hablar.

—Tranquila. Me alegro de que haya decidido ponerse en contacto conmigo. Quería hablar con usted a propósito de Abbas Rezai. No sé qué relación tiene con él.

Se hizo un silencio.

—Es mi padre.

Anne se quedó unos segundos reflexionando. No quería cometer un error del que pudiera arrepentirse.

—¿Ha hablado con usted la policía?

—Sí, me han llamado.

—Entonces está al tanto.

—En realidad, solo sé que mi padre está detenido. He tratado de averiguar un poco más buscando en internet porque he visto que los periódicos suecos hablan al respecto. Pero no puede ser. Dicen que mi padre estaba metido en negocios de drogas y que era un delincuente. Es absurdo.

—La entiendo —dijo Anne.

—Por eso la he llamado, con la esperanza de que usted, como periodista, tenga más información.

—Bueno, no sé. Le diré con mucho gusto lo poco que he averiguado.

—Perfecto. Acabo de llegar al aeropuerto. Dentro de una hora y algo aterrizaré en Copenhague. Me alojaré en el Malmö Live, por si

le interesa que nos veamos. Si tiene otros asuntos que atender, lo entenderé perfectamente —se apresuró a añadir Marya.

Anne contempló la montaña de albóndigas veganas que tenía delante.

—No, nada de eso. Podemos vernos.

—Estupendo. Qué alivio. ¿A las cinco?

—Sí, perfecto.

La cita con Sayed en la sección de cocinas tendría que quedar para otro día, pensó Anne mientras se dirigía a toda prisa hacia la salida.

Llovía a cántaros y faltaban veinte minutos para que pasara el autobús, pero al cabo de unas horas conocería a la hija de Abbas y podría hacerle todas las preguntas que le habían estado rondando la cabeza desde su arresto. Era mucho más fácil ser periodista que ocuparse de su vida.

28

Sven miró el móvil. Cada vez que sonaba, sentía a la vez alivio y decepción de que no fuera Anne.

Desde la víspera, le había escrito varios mensajes y los había borrado todos sin enviarlos.

Dejó escapar un suspiro e intentó concentrarse en el trabajo para pensar en otra cosa.

Los once nombres de la lista que Rebecca Rönn le había confiado poco antes de morir seguían siendo un enigma. No era raro que no figuraran en los archivos oficiales, pero era un poco más extraño que nadie —ni los activistas por el derecho al asilo ni la gente de los bajos fondos de la ciudad— hubiera oído hablar de ellos.

Sven se había saltado el almuerzo para ir a preguntar en quioscos, fruterías, lavaderos de coches y talleres mecánicos, comercios que, según su experiencia, solían dar empleo a personas sin papeles. Tiempo atrás había escrito un reportaje en el que explicaba que el salario de los trabajadores indocumentados dependía de su grado de desesperación. Las personas con permiso de residencia podían cobrar entre sesenta y setenta coronas la hora, mientras que los solicitantes de asilo sin permiso de trabajo recibían entre cincuenta y sesenta por hacer lo mismo. En el último peldaño del escalafón figuraban los que ya tenían dictada una orden de expulsión, que rara vez cobraban más de treinta coronas. Algunos de los extranjeros entrevistados por Sven le habían contado que llegaban a trabajar doce o catorce horas al día, sin librar nunca, para pagarse la comida,

el alquiler de una habitación y el mínimo cuidado personal necesario si querían conservar un aspecto aseado. Esto último no era cuestión de vanidad, ni siquiera de orgullo. Para las personas sin papeles, era importante vestir con pulcritud para eludir los controles policiales. Por la misma razón, se desplazaban en bicicleta antes que a pie, procuraban quedarse en casa por la noche y nunca se saltaban ningún semáforo en rojo.

Ya no había espacios seguros para los inmigrantes indocumentados. Los agentes de extranjería podían improvisar un control en cualquier momento, ya fuera en un entrenamiento de fútbol, una boda, una escuela o una clínica psiquiátrica.

Sven había entrevistado a mujeres que no se atrevían a ir al hospital para dar a luz y a hombres que rechazaban la atención médica cuando sufrían un accidente laboral.

No los abrumaban la pobreza ni las largas y a veces peligrosas jornadas de trabajo, sino la incertidumbre, el estrés de tener que mirar siempre por encima del hombro y la angustia de no poder decirles nunca a sus hijos que estaban en su nuevo hogar y que allí se quedarían.

De esa inseguridad habían nacido otras maneras de asegurarse el día a día. En Malmö había una red más o menos clandestina de organizaciones grandes y pequeñas que ofrecían servicios sociales y funcionaban como una sociedad del bienestar paralela. Cuantas más leyes restrictivas se aprobaban para dificultar la permanencia en el país de las personas sin papeles, más apoyo les ofrecía la red de Malmö: ayuda económica, alojamiento y atención médica, e incluso asesoramiento jurídico, cursos de formación y actividades recreativas. Probablemente por eso mucha gente de todo el país, amenazada con la expulsión, confluía en la ciudad.

¿Habría formado parte Rebecca Rönn de esa red? ¿Se habría reunido con las personas de la lista para intentar ayudarlas? ¿No le había dicho Pål, su marido, que estaba tan comprometida con los sintecho que había llegado a poner en peligro la paz familiar? Incluso le había sugerido que estaba dispuesta a saltarse las leyes y las normas que él estaba obligado a hacer cumplir en el Ayuntamiento.

Alguien de la red tenía que saber que Rebecca había mostrado especial interés por las personas de la lista. Pero era muy difícil comprobar esa intuición. Cuando Sven se puso en contacto con Save the Children y con Fryshuset —que trabajaba con jóvenes en riesgo de exclusión—, tuvo la sensación de que sus portavoces estaban más interesados en la imagen de la organización en la prensa que en la labor social. Los albergues solo recibían a personas sin techo empadronadas en el municipio, ya que el Ayuntamiento no cubría el coste de la estancia si no lo estaban. Los activistas por el derecho al asilo parecían creer que los periodistas eran una prolongación de la policía y, en consecuencia, se negaban a hablar con ellos.

Sven estaba a punto de darse por vencido cuando de repente obtuvo una respuesta diferente.

—Claro, venga a vernos después de las cuatro. Hay tres chicos aquí que quizá sepan alguna cosa —le dijo una persona que se presentó como Marie Enocksson.

Junto con otras mujeres de unos sesenta años como ella, Marie había puesto en marcha la organización Clandestino. Lo había hecho a finales de 2016, cuando muchos de los menores que habían llegado durante la crisis de los refugiados cumplieron dieciocho años y empezaban a ser deportados. Ayudaban sobre todo a jóvenes afganos sin papeles que vivían escondidos para no ser expulsados

del país. Era una de las organizaciones más pequeñas de la red y quizá la más secreta.

Ese mismo día, horas más tarde, Sven entraba en el chalé adosado de Marie Enocksson en Segevång. En el vestíbulo, tres chicos afganos de aspecto nervioso se turnaron para estrecharle la mano. Se notaba que trataban a la mujer con profundo respeto. Sven les tendió un paquete de galletas y chocolatinas que había comprado por el camino. Mientras preparaba el café, Marie le contó que trabajaba treinta horas por semana en Clandestino y cuarenta en un servicio de cuidados paliativos, un empleo que, según ella, le había enseñado a escuchar de verdad al prójimo.

—Es frecuente observar dos reacciones en las personas que van a morir: o bien una tristeza profunda, o bien mucha rabia, combinada con una gran amargura. Son las mismas que veo en los chicos y chicas amenazados con la expulsión. Si no podemos curarlos o darles una solución, al menos podemos aliviarles el dolor y consolarlos. ¿Quiere azúcar para el café?

Un chico llamado Mahdi, el que mejor hablaba sueco, parecía sentirse a gusto charlando. Le contó a Sven que los tres le debían a Marie la suerte de no haber sido deportados todavía y de no tener que vivir en la calle. Estudiaban, trataban de mantenerse activos practicando diferentes aficiones e intentaban llevar una vida lo más normal posible, aunque sus probabilidades de quedarse en Suecia fueran prácticamente nulas.

—Siempre vemos la inmigración como algo negativo —observó Marie—. Un mal negocio para la sociedad. Hablamos de solidaridad y compasión. Pero ¿sabía que ocho de cada diez menores no acompañados que vinieron a Suecia en 2015 actualmente tienen

trabajo, la mayoría en el sector sanitario y de los cuidados? Ojalá la gente se diera cuenta de lo beneficiosa que es la llegada de personas jóvenes, con una enorme capacidad de supervivencia y gran fuerza de voluntad, que quieren vivir aquí con nosotros. Es un desperdicio no aprovechar esa riqueza.

Hizo una pausa.

—Esos chicos a los que está buscando —continuó— son la excepción que a ustedes, los periodistas, les encanta resaltar. Muchos dicen que se nos oculta la verdad de la inmigración. Pero la que yo veo cada día es esta. La realidad esperanzadora que reflejan las estadísticas y la investigación nunca sale en los periódicos. De eso no habla nadie, quizá porque resulta demasiado aburrido.

Sven fingía que la estaba escuchando, pero en realidad intentaba oír lo que decían los chicos, que parecían estar hablando animadamente de los nombres de la lista.

Le sonrió a Marie, sintiéndose como el presentador de un informativo que se ha perdido y no sabe cómo hacer para dar paso al informe del tiempo.

Con el rabillo del ojo miraba a Mahdi con la esperanza de que dijera algo que le permitiera volver a centrarse en la lista sin parecer el tipo de periodista sensacionalista que la mujer acababa de mencionar.

Al final, recurrió al viejo truco de repetir lo último que había dicho su interlocutora para después hacerse con el control de la conversación.

—Un desperdicio, en efecto. La entiendo perfectamente. ¿Qué estabas diciendo, Mahdi? ¿Os suenan de algo esos nombres?

—Sí, los conocemos —respondió el chico.

¡Por fin! Sven extrajo un bloc de notas y un bolígrafo del bolsillo interior de la chaqueta.

—Pero no sabemos quiénes son.

Sven frunció el entrecejo.

—¿Los conocéis, pero no sabéis quiénes son?

—No, no los conocemos. Aunque no es la primera vez que nos preguntan por esa lista.

En ese mismo instante, Marie volvió de la cocina con café y galletas.

Mahdi se metió una entera en la boca y tuvo que darse un par de golpes en el pecho para no atragantarse. Los otros se rieron.

Sven sonrió sin perder el hilo de la conversación.

—¿Has dicho que una persona más se ha interesado por estos nombres?

—Una no. Varias —respondió Mahdi.

Estaba a punto de coger otra galleta, pero Marie le dio una palmada en los dedos.

—El invitado primero. —Entonces le ofreció la bandeja a Sven, que negó con la cabeza.

—Vino una tipa —dijo Mahdi—. Bueno, una tipa no. Una señora. Vino a Sweet Dreamers y…

Marie lo interrumpió.

—Sweet Dreamers es la escuela clandestina para jóvenes sin papeles, aunque es probable que usted ya la conozca. Lo siento, Mahdi. Continúa.

—Fue hace unas tres semanas. La señora habló primero con Micke, el director, y después con toda la clase. Quería averiguar si sabíamos algo de unas personas que estaban como nosotros. Que tenían que esconderse. Estaba preocupada. Nos dio mucha pena.

—¿Conocíais a esas personas que estaba buscando?

—No. Puede que fueran algunos de los chicos que han acabado mal. Ya sabes, algunos no aguantan la presión. Duermen en la calle,

roban, se drogan…

—¿Recuerdas si preguntó exactamente por estos nombres?

Sven volvió a enseñarle la lista. Mahdi negó con la cabeza.

—No estoy seguro. En la lista había algunos Ahmed y Mohamed, pero no con estos apellidos.

Después les tradujo la pregunta a sus dos amigos, que también respondieron con un gesto negativo.

—La señora escribió un montón de nombres en la pizarra —prosiguió Mahdi—, y dijo que, si sabíamos alguna cosa, lo que fuera, la llamáramos enseguida. Todavía tengo su número.

Se puso a buscar en su lista de contactos y leyó en voz alta el teléfono que le había dado la mujer.

—Mierda —soltó Sven.

Enseguida había reconocido el número, pero sacó el móvil para comprobarlo. Era lo que pensaba.

—Rebecca Rönn.

—Sí, se llamaba así. Rebecca. Muy simpática.

—¿Dijo de dónde los conocía o si sabía qué había pasado con ellos?

—No, solo que no habían hecho nada malo y que no los denunciaría a la policía. Nos lo prometió. Solo quería ayudarlos. Pero nos asustamos porque unos días después vimos a unos tipos merodeando delante de la puerta de la escuela.

—¿Policías?

—Eso pensamos al principio. Estábamos cagados de miedo. Micke salió a hablar con ellos y, cuando volvió, nos dijo que todo había sido un malentendido y que no nos preocupáramos.

Sven consiguió el teléfono del director y lo llamó en cuanto salió a la calle, bajo la lluvia. Por una vez se alegraba de haber cogido el coche para ir a trabajar.

—Había algo desagradable en todo el asunto —dijo Micke cuando Sven le hubo explicado por qué se había puesto en contacto con él —. Yo ya había coincidido con Rebecca en diversos contextos y siempre la había visto serena, compuesta y, en general, encantadora. Pero esa vez tenía los nervios a flor de piel, como si esas personas a las que buscaba estuvieran en una situación terrible o corrieran un gran peligro. No lo dijo, por supuesto, pero se le notaba en la cara. Parecía asustada.

—He oído que después aparecieron unos tipos que estuvieron merodeando por los alrededores de la escuela.

—Eso fue una semana más tarde. Unos impresentables. Nuestros chicos estaban aterrorizados porque pensaban que eran de la secreta. Pero no, no eran policías.

—¿Cómo lo sabe?

—Había tanta tensión en el ambiente que era imposible dar clase, de modo que salí y les pregunté qué querían. Me miraron con una sonrisita sin decir nada y uno de ellos se me acercó y me echó el humo del cigarrillo a la cara. Después se subieron a un lujoso Mercedes y se fueron. No los he vuelto a ver. —El director guardó silencio un momento y luego añadió—: Me arrepiento de no haber cogido la matrícula. Cuando me enteré del asesinato de Rebecca, llamé a la policía, aunque yo mismo me di cuenta de que no tenía mucho que decirles y muy poco en lo que basarme. Apenas una sensación.

Sven puso en marcha el motor, pero se quedó sentado en el coche, con los limpiaparabrisas moviéndose de un lado a otro a un ritmo tranquilizador.

Había sido una jornada aparentemente fructífera. Sin embargo, cuanto más pensaba al respecto, más se daba cuenta de que no había conseguido más respuestas, sino más preguntas. ¿Quiénes

eran los tipos que habían ido a curiosear a la puerta de la escuela? ¿Por qué estaba preocupada Rebecca por las personas de la lista? ¿Qué había querido contarle? ¿Y qué coño había querido decir con eso de que el asunto afectaba a lo más alto del mundo empresarial de Malmö?

29

Desde el bar de la planta 25 se divisaba el estrecho de Öresund, que separa Suecia y Dinamarca, y toda la ciudad de Malmö.

Anne estaba sentada a la barra, mirando en dirección a los ascensores para ver a Marya, la hija de Abbas, en cuanto llegara.

Sin embargo, solo cuando la mujer se acercó y la saludó pudo relacionar a la persona que tenía delante con la voz del teléfono. Esperaba a una joven un tanto extravagante, quizá sobre todo por la elección del hotel, pero Marya tenía aspecto de profesora universitaria, con una densa cabellera negra recogida por unas gafas de lectura que llevaba levantadas en la frente. Su apretón de manos era firme y vestía un traje sastre de lino, sin más necesidad de atributos materiales.

Marya echó un vistazo al vino blanco de Anne y luego se volvió hacia el camarero.

—Creo que necesito algo más fuerte. Un whisky sour, por favor.

Enseguida se sentó y fue al grano, como si no tuviera tiempo que perder.

—¿Y bien? ¿Qué sabe?

Anne esperaba iniciar la conversación con unas cuantas frases intrascendentes, por lo que la pregunta directa de Marya la cogió desprevenida.

—Muy bien. Se lo contaré todo tal cual, sin rodeos.

—Se lo agradezco.

Le explicó todo lo que sabía desde el principio: la visita al taller de Abbas, lo que él le había contado acerca de su hija, la impresión que había causado en ella y, finalmente, los motivos de la detención y lo que habían publicado los periódicos.

Marya la escuchaba sin dejar traslucir ninguna emoción.

—¿Puedo preguntarle por qué le interesa este asunto? Sé que es periodista, pero siempre la he asociado con las corresponsalías en el extranjero. ¿No estuvo un tiempo en Bagdad?

—He estado un poco en todas partes a lo largo de los años. También en Bagdad.

—Entonces, ¿por qué se interesa ahora por una noticia local, un asesinato en Malmö, si no le importa que se lo pregunte?

Anne pensó que no tenía una buena respuesta ni para Marya ni para sí misma.

¿Por qué se empeñaba en investigar ese caso cuando debería estar dedicando cada minuto del día a aprender algo sobre jardinería y fertilizantes si no quería que le descubrieran el farol y la enviaran de vuelta a Estocolmo a ocuparse de noticias sin interés?

¿Sería porque en el fondo estaba convencida de la inocencia de Abbas y su vieja intuición volvía a hacerse presente? ¿Porque aquello que en el pasado la había impulsado a hacerse periodista, la necesidad de comprenderlo todo y llegar hasta el fondo de cada historia, era lo mismo que ahora le impedía darse por vencida? ¿Sería que estaba huyendo de la propia huida? ¿Sería este caso como la última cerveza baja en alcohol que consumía un alcohólico cuando decidía dejar de beber?

¿O sería solo una excusa para seguir viendo a Sven, para llamarlo con más información y forzar un nuevo encuentro?

—Mi hija vive en Lund —respondió—. Quería estar más cerca de ella. Por eso ahora paso más tiempo en Suecia y trabajo aquí.

Marya asintió.

—Claro, puedo entenderla. Para mí es muy duro vivir lejos de mi padre. He intentado que venga conmigo a Alemania, pero dice que se siente sueco. A veces pienso que quiere serlo solo porque no se lo permiten. Es como una relación tóxica de pareja. Está en un país frío como el demonio, con un idioma completamente inútil en el resto del mundo, pero piensa que es lo mejor que hay. Es triste.

Anne contempló las luces nocturnas de la ciudad, muy por debajo de ellas. Después se volvió hacia Marya.

—Me ha dicho que su padre es una persona fantástica. ¿Cómo se metió en algo así? ¿Necesitaría dinero, tal vez por su temor a ser deportado? ¿Lo habrán engañado sus amigos? ¿Podría haber otra explicación?

—No tengo ni idea. Solo sé que no es un drogadicto ni un criminal. Aunque tiene sus defectos y ha padecido algunos episodios leves de depresión, nunca ha hecho nada malo. Él no es así.

—La creo. Pero no puede ser que todo sea perfecto. Nadie es completamente bueno.

Marya bebió un poco de su copa, la dejó sobre la barra y fijó la vista en Anne.

—No sé mucho de usted —dijo—, pero supongo que tendrá un padre, que será un honesto ciudadano sueco. Imagine ahora que alguien la llama y le dice que lo han detenido, acusado de inducción al asesinato y de estar implicado en asuntos de drogas y compraventa de objetos robados.

Anne vio mentalmente la imagen de su padre y comprendió que jamás podría creerse algo así.

—Entiéndame. Soy directora de un departamento de investigación de AstraZeneca en Alemania. No he crecido en una familia desestructurada. Viví con mi padre hasta los diecinueve años y viajo

con frecuencia a Malmö para visitarlo. Hablamos casi a diario por teléfono. Él vive solo y yo también desde hace tiempo. Si su padre fuera un adicto, usted lo habría notado, ¿verdad? Yo también. No es una de esas cosas que se pasan por alto. Lo conozco bien.

Anne asintió.

—¿Y qué hay de su detención en Alemania por extorsión y amenazas? ¿Qué pasó entonces?

No pareció que la pregunta sorprendiera a Marya. Su expresión era más bien de alivio.

—Ah, eso —dijo con una sonrisa amarga—. Es una larga historia.

—No tengo prisa.

Entonces le contó a Anne que a los diecinueve años se había casado con un pariente lejano.

—Ya sé lo que pensará: «matrimonio concertado» —añadió—. Pero no fue así. Ahmad era tremendamente guapo. —Se echó a reír y puso los ojos en blanco—. Quería independizarme, tener mi casa… Me sentía muy mayor, aunque seguía siendo una niña. La idea de casarme me parecía emocionante. El primer año vivimos en Malmö, pero después él consiguió un empleo en Colonia y nos fuimos a Alemania. Yo echaba de menos Suecia y estaba triste la mayor parte del tiempo. Entonces me quedé embarazada.

Una sombra le cruzó la mirada.

—A partir de ahí, todo fue mucho peor. Mi padre lo notaba, aunque yo nunca se lo conté claramente. Un buen día se presentó en mi puerta con una maleta vacía y me dijo que recogiera lo más importante y me llevara conmigo a Alicia, mi hija. Mi exmarido lo llamó por teléfono y se puso a gritar y a amenazarlo. Entonces mi padre nos dejó en un hotel, diciendo que volvería enseguida. Al cabo de unas horas, me llamaron de la comisaría de Kreuzberg para decirme que estaba detenido por extorsión y amenazas. Le conté a

la policía cómo me trataba mi exmarido. Les dije que me controlaba, que me pegaba y que me había amenazado con llevarse a mi hija. Al final pusieron en libertad a mi padre, pero pasaron unos cuantos días.

—¿Qué había hecho?

—No lo sé y nunca se lo pregunté. Fui a buscarlo cuando lo soltaron y me dijo: «Ese hombre no volverá a hacerte daño nunca más». Y así fue. Después de unos años, se casó de nuevo y ahora tiene otra familia. Nunca hablo de él con mi padre. Creo que aquella vez fue a verlo y simplemente le dijo con firmeza que nos dejara en paz.

Anne volvió a pensar en lo que le había dicho Marya acerca de la imposibilidad de que su padre fuera un adicto sin que ella lo notara. Se preguntaba si el suyo también habría sido capaz de enfrentarse a un hombre violento que las hubiera amenazado a ella y a Sally.

No le resultó complicado imaginarse que sí.

—Abbas me contó que tenía una hija, pero al principio no pensé que fuera usted porque tienen apellidos diferentes. Por lo que sé, la tradición en Irak es que la mujer conserve el apellido paterno aun después de casarse.

—Me lo cambié hace tiempo para que a mi exmarido le fuera más difícil encontrarme, y he conservado el nuevo. —Marya bajó la vista hacia la copa—. Esos chicos que salían en el periódico… No sé si será uno de esos, por supuesto, pero mi padre me habló de un niño afgano al que estaba tratando de ayudar. Creo que andaba con malas compañías. No sé nada más, solo mencionó su nombre y que estaba preocupado por él.

Anne sintió que se le aceleraba el pulso.

—¿Recuerda cómo se llamaba?

—No, lo siento. Tampoco lo he visto nunca. Es solo alguien de quien me ha hablado mi padre. Lo acabo de recordar ahora, pero no sé si habrá alguna relación entre ese muchacho y los otros que, según la policía, tenían algo que ver con mi padre. El chico afgano vivía bajo las vías del tren.

Anne oyó un tono de notificación en el móvil y, al ver que era un mensaje de Sven, sintió que el corazón se le aceleraba aún más. Tuvo que recurrir a toda su fuerza de voluntad para no leerlo de inmediato.

—¿Dice que vivía bajo las vías?

—Sí, bueno, no sé. Quizá al lado. Supongo que podría ser en cualquier lugar cerca de las vías del tren.

Anne asintió.

—¿Qué piensa hacer ahora?

Marya parecía cansada.

—Primero, solicitar una visita y, después, conseguir un buen abogado. Si puede recomendarme alguno, se lo agradecería.

—Como periodista… Lo siento, pero no sería correcto que yo…

—Sí, claro. Disculpe. Ha sido una tontería pedírselo.

—No, por favor, no se preocupe. Si averigua algo más, ¿me lo contará? Y dígame también si aprueban su solicitud de visita. No me parece muy probable, pero nunca se sabe.

Marya apuró su copa.

—Debería marcharme ya —dijo Anne.

Marya asintió.

En cuanto entró en el ascensor y oyó que las puertas se cerraban tras ella, Anne cogió el teléfono para leer el mensaje de Sven.

> Siento haber salido corriendo ayer. ¿Qué te
> parece si intentamos desdramatizar
> todo esto? Ven a cenar mañana con nosotros. Lo

pasaremos muy bien y podrás conocer a Lisa y a los niños.

Anne sintió que el ascensor no era lo único que caía en picado. «Sí, me encantará», escribió, y enseguida se arrepintió.

30

Sven sintió que se le desbocaba el corazón al ver la respuesta de Anne. Se apresuró a guardarse el móvil en el bolsillo al tiempo que recorría a toda prisa el sendero de la escuela infantil, que tenía casi todas las luces apagadas. Únicamente las del vestíbulo seguían encendidas. Solo después de entrar, al ver la cara enfurruñada de su hijo sentado en un banco junto a una de las maestras, se dio cuenta de que llegaba cuarenta y cinco minutos tarde.

Hugo declaró que el cole era horrible y que no pensaba volver a ir nunca más porque tenía que quedarse siempre fuera de hora con las maestras más aburridas. Y añadió que no iba a ponerse el mono de abrigo por mucho frío que hiciera. Además, se había quedado con hambre después de merendar. Luego afirmó que su papá era tonto mientras apartaba con los pies las botas que él intentaba ponerle.

—Tendríamos que llamar al defensor de la infancia —bromeó Sven, pero a la maestra no le hizo gracia.

En ese instante le vibró el móvil en el bolsillo.

—¿Sven? Soy Ana Mendoza. Me dio su tarjeta.

Sven recogió las botas de Hugo, se puso el mono bajo el brazo y sostuvo el teléfono entre la oreja y el hombro mientras levantaba a su hijo.

—Disculpe, ¿puede repetir lo que ha dicho?

—Soy Ana, la persona que limpia en casa de Rebecca y Pål.

—¡Ah! Me alegro mucho de que haya llamado. Solo que… Espere un minuto.

Puso a Hugo en el suelo y le susurró al oído:

—Si te vistes tú solo, te dejaré jugar al *Grand Theft Auto* en la habitación de Nils cuando lleguemos a casa. Pero ni una palabra a mamá, ¿de acuerdo?

Hugo asintió dócilmente y empezó a ponerse el mono, las botas, el gorro y las manoplas.

Mientras tanto, Ana le estaba hablando en una mezcla de español, sueco e inglés.

—Estaba disgustada. Muy triste. Muchos problemas.

A Sven le costaba entenderla y tuvo que pedirle varias veces que repitiera las frases.

Al final, pudo deducir que, una semana antes de su desaparición, Rebecca había hablado con alguien por teléfono y Ana Mendoza la había oído por casualidad. La había notado nerviosa y desesperada, como si hubiera ocurrido algo terrible. Ana no sabía exactamente de qué habían hablado, pero recordaba algunas palabras que Rebecca había repetido varias veces.

—Santa María sabía que estaba mintiendo. Santa María no había visto al chico.

Sven le preguntó si había oído algo más acerca de ese chico, pero Ana respondió que no.

—¡Ven, Hugo, vamos!

—¿Perdón? —dijo Ana.

—No, no se lo decía a usted, disculpe. Un minuto, por favor. Tengo que sentar a mi hijo en el coche.

Mientras le abrochaba el cinturón de seguridad, siguió escuchando a Ana, que le dio más detalles acerca del estado de ánimo alterado de Rebecca durante la conversación telefónica.

Tras despedirse, Sven se sentó al volante y garabateó en su bloc de notas algunas palabras de la llamada de Rebecca.

Al principio había descartado «Santa María» porque había pensado que Ana utilizaba esa expresión para reforzar o matizar lo que estaba diciendo, el equivalente a *insha'Allah* o «Dios mediante». Pero de repente se le ocurrió que Rebecca podía haberse referido a la iglesia de Santa María, cerca de Södervärn, conocida por su labor social. En varias ocasiones, había acogido a personas sin papeles a pesar de que tanto el Ayuntamiento como los servicios de emergencia la habían amenazado con una multa de medio millón de coronas. Era bastante probable que tuviera alguna relación con los nombres de la lista.

—Papá, ¿por qué estamos aquí quietos? —se quejó Hugo, interrumpiendo sus pensamientos.

—Ya vamos, pero antes papá tiene que hacer una llamada rápida.

Ida Bodilsson, diácona de la iglesia, respondió a la primera. Se conocían porque Sven ya había hablado con ella otras veces por asuntos de trabajo.

—Sí, claro. Venga cuando quiera —contestó al cabo de unos minutos de charla—. Estamos muy ocupados ahora que falta poco para la Navidad, pero la tarde está siendo bastante tranquila.

Sven echó un vistazo al asiento infantil a su lado. Hugo se había quedado dormido.

—Dentro de cinco minutos estaré allí.

Llovía a cántaros sobre el asfalto mojado de Nobelvägen. Pasaron por delante de los nuevos edificios que habían sustituido al viejo asentamiento gitano y dejaron atrás la pizzería Rex y el Family Pub. Para sorpresa de muchos, la antigua zona industrial del norte de la ciudad, en Sorgenfri, se había convertido en los últimos años en el distrito de moda de Malmö. Al pasar por Nobeltorget, Sven divisó a lo lejos la iglesia de ladrillo rojo, que, pese a sus grandes dimensiones, parecía pequeña en comparación con la torre de agua

cilíndrica con tejado revestido de placas de cobre que se erguía imponente por encima de las casas bajas. En el habla popular, se la conocía como «la polla más grande de Malmö», y todo el que viera el gigantesco símbolo fálico, sobre todo desde el norte, con las campanas de Santa María colgando debajo, entendería enseguida el porqué del mote.

Sven aparcó en la oscura callejuela lateral donde estaba la entrada a la sala parroquial. Por un momento pensó en dejar a Hugo durmiendo en el coche, ya que no tardaría mucho en regresar, pero se dio cuenta de que el pequeño se moriría de miedo si se despertaba solo en el vehículo y decidió llevarlo en brazos.

Nada más entrar, vio a Ida Bodilsson caminando entre las mesas rodeadas de indigentes y personas con problemas psiquiátricos o de adicción que acudían a la iglesia para tomar un poco de sopa caliente.

Ida le estaba sirviendo otro plato a un hombre de aspecto frágil que se movía con andador. Él se lo agradeció tirándole un beso con la mano. Mirando el plato humeante, Sven sintió que le rugía el estómago, ajeno al hecho de que aquel comedor atendía a otra clase de personas necesitadas y no a periodistas que se hubieran saltado el almuerzo.

—Venga conmigo. Aquí estaremos un poco más tranquilos —le dijo Ida, indicándole con un gesto que pasara a la nave de la iglesia.

Con mucho cuidado, Sven dejó a Hugo acostado en la primera fila de bancos, cerca del altar.

—¿Es el fotógrafo? —bromeó Ida mientras se sentaba junto a ellos —. Parece agotado.

—Sí, el día ha sido un poco largo. Pero no me extenderé. Se trata de Rebecca Rönn.

—¡Qué casualidad! Estábamos hablando de ella hace un momento. Vino hace unas semanas y nos hizo muchas preguntas.

—¿Rebecca Rönn?

—Sí. Estaba buscando a unas personas y quería saber si conocíamos su paradero.

Sven le enseñó la lista de nombres.

—¿Los conoce?

Ida leyó la lista y se la devolvió.

—Lo siento. Mi memoria es muy buena para las caras, pero muy mala para los nombres. Mucha gente viene solo un par de veces y después se va o consigue otro tipo de ayuda. Si espera un minuto, veré si ha venido Ebba. Ella fue la que habló con Rebecca.

A Sven le sonó una notificación en el teléfono. Lo miró y vio la fotografía de una jarra de cerveza helada con un mensaje de Torkel.

> Treinta y tres grados a la sombra y el día se desliza lentamente del desayuno de bufé al almuerzo a la carta. ¿No es maravilloso e injusto este mundo en el que vivimos?

Sven sonrió y estaba a punto de contestar cuando Ida regresó acompañada de una mujer más joven. Enseguida se guardó el móvil.

—¿Puede repetirlo todo desde el principio? —le pidió Ida tras hacer las presentaciones—. Tengo que ayudar a levantar la mesa en la otra sala. Estaré aquí al lado por si me necesitan.

Ebba se sentó en el banco y Sven volvió a explicar el motivo de su visita.

—Ida ha dicho que quizá usted se acordaría.

—Sí, lo recuerdo bien. Rebecca Rönn vino a vernos. Quería saber si conocíamos el paradero de varias personas sin hogar a las que quería ayudar de alguna manera, pero no las podía encontrar.

Sven sacó el teléfono y le enseñó la lista.

La mujer cogió el móvil y amplió la imagen para verla mejor.

—Sí, exacto. Es la misma que tenía Rebecca —comentó. Enseguida giró la pantalla hacia Sven y señaló un nombre—. A este hombre lo conocíamos. Vino varias veces en los últimos años. Era amable y no tenía problemas de adicciones ni nada de eso. Solo le preocupaba que lo enviaran de vuelta a Afganistán. —Siguió repasando la lista y se fijó en otro nombre—. Este lo ha pasado bastante mal. Entró y salió varias veces del psiquiátrico con episodios graves de depresión, y tuvo varios intentos de suicidio. Esta mujer tenía permiso de residencia, creo. Pero no estaba bien de salud y no sabía si podría conservar su piso. También venía mucho por aquí para comer, descansar y charlar un poco. Hace mucho que no veo a ninguno de ellos. Pero así son las cosas.

Sven pensó en lo que le habían dicho los jóvenes afganos en casa de Marie Enocksson, la activista en favor del derecho al asilo. Cuando Rebecca había ido a su escuela clandestina, se había interesado sobre todo por unos chicos.

Le preguntó a Ebba si sabía algo al respecto y ella asintió.

—Recuerdo que mencionó a un grupo de menores que vivían en la calle. Habló de sus hijos adolescentes y tuve la impresión de que los chicos a los que buscaba debían de tener la misma edad que ellos.

—¿Dijo por qué quería encontrarlos?

—No. Creo que solo intentaba ayudarlos. Me pareció un poco raro. Sabía que ella se dedicaba a este tipo de cosas, pero de una manera más institucional y no tan personal.

Sven pensó en la conversación telefónica que Ana, la señora de la limpieza, había oído por casualidad. No podía quitársela de la cabeza.

—He hablado con una persona según la cual Rebecca dijo: «Santa María sabía que estaba mintiendo». O algo así.

—Ahora sí que no entiendo nada. ¿Se supone que hemos acusado a alguien de mentir?

—No lo sé.

Ebba guardó silencio por un momento. Parecía estar reflexionando.

—Bueno, recuerdo que se alteró mucho cuando le dije que el invierno pasado habíamos tenido que rechazar a personas que necesitaban un lugar donde dormir. Antes podíamos abrir la iglesia a los inmigrantes sin papeles rechazados en otros sitios. No sé si sabrá que, al no estar empadronados en el municipio, solo tienen derecho a pasar una noche en los albergues municipales. Pero, con todas las amenazas de multa por desafiar al Ayuntamiento, ya no nos atrevemos. Es decir, la dirección de la iglesia no se atreve. Recuerdo que Rebecca insistió, diciendo que sabía con certeza que nosotros habíamos acogido a un grupo el invierno pasado. Pero en eso no pude ayudarla porque no era cierto.

—¿Mencionó quién le había dado esa información? ¿Quién le había dicho que ustedes habían hospedado a esos inmigrantes sin papeles?

Sven pensó en Nico. ¿Habría sido él quien había mentido acerca de las personas de la lista acogidas en la iglesia de Santa María? Después de todo, Hope Properties había ofrecido un local a los sintecho cuando el Ayuntamiento no les daba ninguna solución. Probablemente Rebecca habría convencido a Nico para que lo hiciera. ¿Habría alguna relación entre la lista y esa iniciativa?

Por primera vez, Sven sintió que el puzle comenzaba a cobrar forma, pero no acababa de verlo con claridad.

—¿Mencionó Rebecca a Nico Adams o su empresa, Hope Properties? ¿Vendría de ahí la información de que ustedes habían abierto la iglesia a personas necesitadas el invierno pasado?

—No creo que lo nombrara. Si lo hubiera hecho, lo recordaría.

—¿Sabe dónde solían pasar el rato esos jóvenes cuando no estaban aquí?

—Probablemente, en los mismos sitios que la mayoría de los indigentes: baños públicos, escaleras, cuartos de la basura, garajes y sitios así.

—¿Cree que su contacto en los servicios sociales estaría dispuesto a hablar conmigo? Sería de manera anónima. Me gustaría saber si tiene más información sobre este asunto.

—No sé. Hay problemas de confidencialidad, pero se lo puedo preguntar. ¿Me da un número al que pueda llamarle?

—¿No podría preguntárselo ahora? No querría presionarla, pero es importante.

Ebba miró el reloj. Ya estaban fuera del horario de oficina.

—Intentaré llamar a su teléfono privado.

Cogió el móvil mientras Hugo se incorporaba aturdido y miraba a su alrededor con los ojos muy abiertos, prestando especial atención al hombre clavado a una cruz sobre el altar. Enseguida le echó los brazos al cuello a su papá.

—Ya nos vamos a casa, cariño. ¿Tienes hambre?

Hugo asintió. Ebba puso fin a la llamada.

—Le he leído la lista. No sabe nada de estas personas. Ha visto varios de estos nombres en algunas circulares, pero hace mucho tiempo. Desde enero del año pasado, no ha vuelto a tener noticias de ninguno de ellos.

31

A la mañana siguiente, los lectores seguían escribiendo comentarios acerca del reportaje de William en la página de Facebook del *Dagbladet*. El tono era mayoritariamente agresivo y de odio, como solía ocurrir cuando la gente que no estaba suscrita —y, por lo tanto, no podía leer todo el artículo— comentaba de todos modos.

> No me deja leer el reportaje, pero no me hace falta. Esto ya no se sostiene por ningún sitio. ¡Despierta, Suecia!

Sven leyó, soltó un suspiro y le envió un mensaje a Patrik para decirle que quizá alguien debería ocuparse de borrar el contenido más ofensivo. Le mandó también capturas de pantalla de algunos de los comentarios más atroces, que pintaban a Rebecca Rönn como una bruja satánica amante de los refugiados que por fin había recibido su merecido.

Las revelaciones de William habían sido recogidas por la agencia de noticias sueca y algunas extranjeras. El informativo nocturno de la televisión pública había emitido desde «la calle más infame de Malmö», expresión que el periodista había decidido mantener pese a los consejos de Sven. William también había conservado las referencias al terrorismo, aunque había eliminado los detalles sobre la yihad y el 24 de diciembre. En el informativo aparecían expertos y políticos expresando su consternación por el crecimiento de ciertas bandas clandestinas. El programa también había solicitado la visión

objetiva de William sobre los bajos fondos de Malmö en calidad de periodista de investigación.

Ahora el muchacho había llegado tarde a la reunión matinal.

—Vengo de la radio —se disculpó con una sonrisa mientras dejaba sobre el respaldo del sofá su chaqueta polar Helly Hansen.

—Gran impacto —dijo Patrik—. Tenemos 1.172 nuevos suscriptores digitales y casi doscientas mil visitas desde que desbloqueé el artículo. ¡Buen trabajo!

Kerstin enseñó la pantalla de su móvil para que todos vieran el absurdo titular del diario más sensacionalista de Dinamarca en letras rojas sobre fondo amarillo:

> Atracadores en busca y captura por el asesinato de la Madre Teresa de Malmö.

—Y eso no es todo… —Cambió de pestaña en el navegador y soltó una risita mientras volvía a levantar el teléfono—. *The Sun* también se hace eco de la noticia. «Misterioso asesinato vinculado con banda de inmigrantes en Suecia». Escuchad lo que dice:

> Conocida como «la Chicago de Suecia», la ciudad de Malmö se ha visto sacudida por la revelación de un periódico local, según el cual una banda de inmigrantes ilegales presuntamente atracó y asesinó a una mujer de la alta sociedad que había dedicado su vida a ayudar a los solicitantes de asilo. ¿Será este el fin de la ingenua política del país escandinavo respecto a los refugiados?

Junto a la ventana, Sven contemplaba la ciudad, envuelta en una densa niebla matinal que acentuaba aún más la sensación de que se encontraba en una utopía futurista.

Patrik recordó a los presentes el principio de la neutralidad de las consecuencias, según el cual el periodista nunca era responsable de las reacciones que pudieran producirse por haber expuesto los hechos de manera veraz y rigurosa.

—Han llamado de la BBC. Quieren hacer un reportaje. Te los paso a ti, William. Y se ha puesto en contacto conmigo el jefe de prensa del ministro de Justicia, que nos quiere adelantar las nuevas medidas que piensan tomar, mucho más duras con las bandas, los comercios tapadera, los contratos en negro y todo eso. También hemos sabido que el Gobierno está considerando seguir el ejemplo de Dinamarca y alquilar plazas de cárcel en el extranjero. William está demasiado ocupado. ¿Podrías cubrirlo tú, Manfred?

El aludido puso los ojos en blanco y contestó:

—Sí, fue una idea genial. Los daneses alquilaron celdas en Kosovo sin pensar que las condiciones tenían que ser las mismas que en Dinamarca, así que han tenido que reconstruir las cárceles kosovares. Además, los familiares residentes en Europa tienen derecho a visita, lo que supone un gasto enorme en viajes y hoteles cada pocos meses. Pero así es como funciona la política de señalización de los extranjeros. De todos modos, no tengo tiempo. Reunión sindical otra vez.

Patrik miró a Sven, que levantó la vista del móvil y se dio cuenta de que era su turno. Debería haber dicho algo sobre su creciente certeza de que la policía estaba completamente equivocada, pero era consciente de que cualquier comentario en ese sentido podía interpretarse como envidia hacia William, que acababa de publicar el reportaje de su vida. En lugar de eso, dijo:

—Tengo que ir a hablar con una policía municipal de Rosengård. Me ha pedido una entrevista porque quiere matizar la mala imagen del barrio que están dando los medios. Creo que sería bueno ir a verla.

Omitió aclarar que la cita con la oficial era más adelante en la semana. Necesitaba ganar algo de tiempo para poder investigar más a fondo la relación entre la búsqueda de personas sin papeles, por

un lado, y Hope Properties, Nico y su antigua red de contactos en Rosengård, por otro.

Para gran alivio suyo, Patrik se limitó a asentir.

—Sí, ve y escucha lo que tenga que decir. Después veremos. ¿Quién se queda con Dinamarca y las cárceles?

A disgusto, Kerstin levantó la mano.

—Supongo que me toca a mí.

—Intenta acorralar al ministro. Es un cabrón escurridizo —observó Manfred.

Luego Patrik se volvió otra vez hacia William, que parecía encantado de ser el centro de la atención.

—Ahora es importante que no soltemos este asunto para que no se nos adelanten los periódicos de la tarde. ¿Qué seguimiento estamos haciendo? ¿Alguien ha mirado las estadísticas de robos con violencia? Debemos de tener algún gráfico antiguo que podríamos actualizar. En Kungsgatan solía haber muchos atracos hace unos años. Pero los robos con resultado de muerte no son muy frecuentes. Tal vez algún criminólogo pueda iluminarnos al respecto.

—He averiguado algunas cosas más sobre el cabecilla de la banda —dijo William—. Según mis fuentes, las autoridades lo buscaban desde hace tiempo. De ahí puede salir otro artículo.

Sven ya no pudo quedarse callado.

—Estás haciendo un trabajo fantástico, William, pero creo que la policía tiene una visión sesgada de este caso. Debemos ser críticos incluso con nuestras fuentes policiales.

Se hizo el silencio en torno a la mesa y todos miraron a Sven con expresión inquisitiva.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Patrik.

—La policía metió la pata cuando encontró el cadáver y, ahora que el asesinato se ha convertido en noticia mundial, quiere resolverlo

cuanto antes. Muchos indicios apuntan a que el tal Abbas no es el cabecilla de ninguna banda, sino un mecánico cualquiera que solo se ha enfrentado con las autoridades suecas porque quiere quedarse en el país y pagar impuestos.

—Pero no tenemos conocimiento de todo lo que saben —objetó Patrik—. Puede que tengan pruebas concluyentes. Se sabe que tenía contacto con los chicos que supuestamente atracaron y mataron a la víctima.

—Sí, pero ¿qué tipo de contacto? No creo que exista esa banda de ladrones y, si es real, dudo mucho que la dirija ese hombre. Además, estoy convencido de que Nico Adams sabe mucho más de lo que deja traslucir.

Patrik le sostuvo la mirada de una manera que hizo que Sven se sintiera como un conspiranoico empeñado en defender lo indefendible. Por supuesto, el jefe tenía razón cuando argumentaba que no correspondía al periódico hacer el trabajo de la policía. El problema era que nadie lo estaba haciendo. Sven volvió a hundirse en su silla.

—Puedo equivocarme y, como ya he dicho, no te estoy criticando a ti, William. Has hecho un buen trabajo. Solo creo que deberíamos ser más críticos con la información que se filtra desde la investigación.

—Por supuesto —intervino Patrik—. Siempre debemos serlo, incluso con nuestras mejores fuentes. ¿Tienes algo más, William?

No pareció que los comentarios de Sven hubieran preocupado particularmente al joven periodista.

—Bueno, ayer la centralita me pasó la llamada de un chico que hablaba sueco con bastante acento y que dijo ser una de las personas que aparecen en las imágenes difundidas por la policía. Afirmó que todo había sido un malentendido y que quería verme.

Pero soy bastante escéptico porque conozco bastante a fondo la investigación y sé que las pruebas son muy sólidas. Veré si tengo tiempo de hablar con él después de atender a la BBC y todo eso.

Kerstin lo interrumpió.

—Pero, William, si uno de los chicos que mencionas en tu artículo te llama y resulta que es uno de los sospechosos del asesinato más mediático del momento, quizá deberías darle prioridad, ¿no crees?

Patrik le dio la razón.

—Prioridad máxima para ese joven —dijo—. Pero no quiero que vayas solo, William. Hassan, ¿puedes acompañarlo? Si tenemos suerte, tal vez podamos conseguir algunas fotos sin que se le vea la cara.

Hassan se acarició la perilla gris con el pulgar y el índice. Tenía la costumbre de sacar de quicio a los jefes llamándolos precisamente eso. «Lo que tú digas, jefe. Tú decides, jefe». Algo así como un sarcástico recordatorio de que no le pagaban para tomar decisiones y, por lo tanto, se limitaba a cumplir órdenes por absurdas que fueran. Odiaba las fotos anónimas casi tanto como las jerarquías, pero, como últimamente casi todos los entrevistados se negaban a revelar su identidad, se había convertido en un experto en ese género. Su archivo rebosaba de siluetas a contraluz, figuras en la sombra y primeros planos de ojos, manos o dientes.

—Por supuesto, jefe —dijo, mirando a Sven con el rabillo del ojo, como rogándole una excusa para zafarse.

Después de la reunión y tras servirse otro café de la máquina, Sven se dirigió al rincón de los fotógrafos y encontró a Hassan encorvado sobre la pantalla de su ordenador, revisando una carpeta de fotos.

—Me parece bien que vayas con William —le dijo Sven—, así tendrá a alguien que le pueda traducir en caso de que el chico no

hable mucho sueco.

—Ah, no, William se ha ido nada más terminar. Ha dicho que primero quería reunirse a solas con el chaval.

Sven se quedó tan pasmado que no pudo decir nada, pero se lo comentó a Patrik cuando se lo encontró por el pasillo.

—No sé cómo ves eso de que William haya ido solo a hablar con ese chico que se ha puesto en contacto con él. A mí no me acaba de convencer. Es verdad que a veces conviene quedar a solas con las fuentes, cuando la situación es delicada. Pero estamos hablando de una persona buscada por robo y asesinato.

—No, al final no ha ido a verlo —explicó Patrik—. Lo ha llamado y, por lo visto, el chico se ha echado atrás.

—Ah, ¿sí? Sin embargo, acabo de hablar con Hassan y me ha comentado que se ha ido para encontrarse con él a solas.

Patrik pareció desconcertado.

—¿Eso te ha dicho? Tiene que haber un malentendido. De hecho, yo nunca permitiría que William fuera solo a ver a un presunto delincuente.

De regreso en su escritorio, Sven se volvió hacia la mesa de William y observó que su chaqueta no estaba colgada del respaldo de la silla, como solía. Su primer impulso fue llamarlo por teléfono y preguntarle qué se traía entre manos, pero se abstuvo. El comportamiento del muchacho no era problema suyo. Además, se avergonzaba de su repentina necesidad de controlar la conducta de un colega más joven.

32

Sven le abrió la puerta con el delantal puesto y Frozen le saltó encima.

—Pasa, pasa.

Anne notó que tenía la respiración acelerada y la cara enrojecida. Parecía nervioso. O quizá llevaba mucho rato en los fogones.

—Ven, dame el abrigo. Hay bastante desorden en la casa. Cuando se tienen niños, ya sabes.

Apartó unos zapatos del pasillo y Anne lo siguió hasta la cocina con Frozen pisándole los talones. Lisa estaba muy ocupada sacando cosas de la nevera, pero, en cuanto la vio aparecer por la puerta, se apresuró a ir a su encuentro. Primero le tendió la mano, pero enseguida cambió de idea.

—Creo que corresponde darte un abrazo —dijo—. Aunque nunca hayamos coincidido, siento como si te conociera desde hace tiempo.

Anne le entregó la botella de vino que había llevado.

—No tenías que haberte molestado, pero te lo agradezco.

Lisa sonreía con una alegría auténtica y sin reservas. Llevaba la densa melena pelirroja recogida en un moño descuidado y vestía una holgada blusa blanca de algodón que evocaba imágenes de sábanas recién lavadas y prados veraniegos. A su pesar, Anne sintió que le caía bien.

—¿Qué te apetece? ¿Vino o una cerveza bien fría? Sven compró un cajón de cerveza artesanal en un festival de Lokstallarna. ¿Has estado allí alguna vez?

Anne estuvo a punto de decir que había pasado por allí con Sven, pero no lo hizo al notar que él se ponía nervioso.

—Sí, creo que he estado alguna vez en uno de mis paseos.

—Me encanta esa zona, aunque da un poco de miedo caminar sola por allí. Es como el decorado de una serie de televisión sobre asesinatos: todo cubierto de maleza, con las antiguas vías y unas naves enormes que parecen hangares. Pero está muy bien para pasear con el perro. Hay poca gente y Frozen puede ir suelto. Bueno, ¿qué prefieres? ¿Vino, cerveza o algo más fuerte antes de cenar?

—Quizá una copa de vino.

Anne se frotó las manos, que aún tenía frías de la calle, y Lisa miró a Sven.

—¿Lo sirves tú?

Sven salió de la cocina y regresó al poco tiempo con tres copas y un niño a cuestas.

—Este quiere su leche con cacao.

—Enseguida se la preparo.

Lisa le dio el vaso al pequeño Hugo y lo despeinó un poco con la mano.

—Dile hola a Anne.

Hugo la miró con expresión enfurruñada por debajo del flequillo.

—Está enfadado porque quería seguir jugando.

El niño negó bruscamente con la cabeza y se marchó. Después se oyeron pasos en el piso de arriba.

«Una familia de verdad», pensó Anne. Su vida con Pontus y Sally se le antojó de repente aburrida y demasiado ordenada. ¿Por qué no habían creado algo más vivo, quizá con más niños? Con más desorden, armarios abiertos en la cocina y montañas de zapatos en el recibidor. Puede que de esa forma hubiera durado. Y ahora no

tendría que estar en una cocina ajena, observando la realidad en calidad de invitada.

Sven interrumpió sus pensamientos. Le tendió una copa de vino tinto y le sirvió otra a Lisa.

—¡Salud!

Algo en su forma de moverse, en la manera en que daba un sorbo rápido a la copa mientras se pasaba la mano por el pelo y se inclinaba otra vez sobre los fogones, hizo que de pronto Anne volviera a verlo frente a ella con un cigarrillo entre los labios, escuchando un tema de Tom Waits, con la camisa de cuadros arrugada y levantada por detrás porque ella acababa de encontrarle un rincón de piel que todavía no le había besado.

—¡Salud!

Brindó con Lisa, que parecía sinceramente contenta de que ella, la antigua novia de su marido, se hubiera mudado a su barrio de Kirseberg.

Sven tenía mucha suerte.

—¿Puedo ayudar? ¿Cortar algo? ¿Poner la mesa?

—No, tú solo siéntate, si es que encuentras un sitio libre en medio del desorden.

Anne obedeció. Frozen dio un salto y se echó junto a ella.

—Puedes empujarlo para que se baje si te molesta. Suele ser bastante tímido con la gente que acaba de conocer, pero parece que le has caído bien.

Lisa apartó un montón de ropa de niño y se inclinó sobre la mesa para cambiar una vela gastada por otra nueva.

—¿Puedes encenderla? Y estas también, por favor —añadió mientras le pasaba a Anne otras más pequeñas—. Me ha dicho Sven que has adquirido una casa al lado de la plaza. Creo que sé cuál es.

Es preciosa. Llevo tiempo mirándola. Me habría encantado comprarla si hubiese tenido…

—… el valor de hacerlo.

—Algo así —convino Lisa con una carcajada—. ¿Va bien la reforma?

—En realidad, no —respondió Anne con una sonrisa.

Después miró a Sven con el rabillo del ojo. Se dijo que tendrían que haber hablado antes de lo que Lisa sabía o ignoraba. ¿Sabría ya que Sven había estado en su casa?

—Al final todo saldrá bien —prosiguió Anne—. Pero conseguir operarios ha sido más difícil de lo que pensaba. Me refiero a gente seria y fiable. La primera empresa que contraté, que al principio parecía muy buena, tenía problemas con Hacienda y una causa abierta en el juzgado de distrito. Y en la segunda me mintieron cuando me aseguraron que no contrataban trabajadores en negro.

—Ya veo que eres periodista, como Sven. Lo compruebas todo, como él. —Lisa miró a su marido con expresión burlona—. Eso está muy bien. Yo a veces confío demasiado en la gente. Doy por sentado que todo el mundo es bueno y que nadie quiere engañarme.

Puede que fueran imaginaciones suyas, pero Anne creyó ver un chispazo de advertencia en los ojos de Lisa.

Fue muy fugaz y desapareció enseguida.

—¿Cuánto hace que vivís aquí? —preguntó.

—A ver… Nos mudamos en verano, cuando estaba embarazada de Ellen y Nils, así que pronto hará quince años.

—El verano más caluroso de la historia —comentó Sven desde los fogones—. Pero fue estupendo. Lo pasé pintando la casa y escuchando la radio. Recuerdo que solo querías polos de limón para el desayuno, la comida y la cena. Eras capaz de despertarme en

medio de la noche para que fuera en bici a buscar una tienda abierta donde los vendieran.

—¿Qué pensará Anne de mí? Dirá que soy una bruja —dijo Lisa riendo—. Por cierto, ¿tú tuviste antojos durante el embarazo? Tienes una hija, ¿no?

—Sí, ahora tiene veinte años. ¡Veinte! Me cuesta creerlo. Va a la Universidad de Lund. Estudios de género —respondió Anne. Reflexionó un momento y añadió—: Pero antojos… No, no creo. Pasé todo el tiempo yendo y viniendo de Kabul. Ahora que lo digo, parece una locura, pero entonces no lo veía así. Acababa de cumplir treinta años y llevaba casi diez de corresponsal en el extranjero, así que aquello era lo normal en mi vida.

—Pero volviste para dar a luz, ¿no?

—Por los pelos. De hecho, Sally nació en el hospital de Lund. Estaba en el avión a punto de hacer escala en Copenhague cuando rompí aguas. Pontus tuvo que venir de Estocolmo. Y mi abuela, que entonces aún vivía, vino a buscarme en coche a Copenhague y me trajo hasta aquí. Recuerdo que se burló de mí cuando cruzamos el puente porque yo había estado en contra de que lo construyeran.

—¿Por qué?

—Porque siempre estoy en contra de todo lo que suponga algún cambio.

Lisa la miró sorprendida.

—Eso no me lo esperaba de ti. Pasas la vida viajando por todo el mundo, lo dejas todo para mudarte a Malmö y, aun así, ¿estás en contra de los cambios?

—Sí y no. No estoy en contra de los que me afectan a mí siempre que todo lo demás permanezca igual.

—Interesante.

Anne sonrió.

—¿Eres psicóloga?

—Ja, ja, no. Soy arqueóloga. Pero ya casi está la cena. Podemos poner la mesa.

Lisa sacó una pila de platos de un armario y los dejó delante de Anne. Era una vieja vajilla Gustavsberg de todos los colores y dibujos posibles. Después salió al pasillo y gritó al pie de la escalera:

—¡Niños! ¡A la mesa!

—¿Qué hay de comer?

—¡Comida!

—Pero ¿de qué tipo?

Por el tono displicente de la voz, no parecía que el chico que respondía desde el piso de arriba tuviera ganas de moverse.

—Ya me haré un sándwich más tarde.

—No, no te harás ningún sándwich. Baja ya, Nils. Tenemos invitados.

Se oyó que alguien arrastraba los pies en la planta de arriba y enseguida apareció un chico que bajaba la escalera.

—Hola. Me llamo Anne.

Nils era un Sven adolescente, mucho más joven que cuando ella lo había conocido, pero con el mismo pelo y los mismos ojos. Ellen no se parecía a ninguno de sus dos padres y Hugo había heredado los cabellos rojos de Lisa. Era un poco como una copia en miniatura de Pippi Calzaslargas si hubiera sido niño.

—Anne acaba de mudarse desde Estocolmo —explicó Lisa—. Pero en realidad naciste aquí, ¿no? —preguntó, volviéndose hacia ella.

—Sí, de pequeña vivía en Lövestad.

—¿Y Sven y tú os conocisteis cuando estudiabais en Skurup, en 1993?

—Sí, así es.

Anne concentró la vista en el cucharón con el que Lisa le estaba sirviendo las lentejas.

—Debió de ser entre 1993 y 1995 —añadió.

—¿Erais muy amigos?

Anne consiguió dejar el plato rebosante sobre la mesa sin manchar el mantel. ¿Qué le habría contado Sven a Lisa? Sintió que se le encendían las mejillas.

Había aceptado la invitación por Sven porque, al parecer, no quería mentirle a su mujer.

No le apetecía nada cenar con su maravillosa esposa y sus fantásticos hijos, pero había hecho un esfuerzo y había acudido a su casa de todos modos porque él se lo había pedido. ¿Y si ahora resultaba que todo se sostenía sobre un montón de mentiras? ¿Y si la había presentado como una simple compañera de clase con la que se había encontrado por casualidad por las calles de Malmö? ¿Y si Sven no le había contado a Lisa toda la verdad? ¿Qué sentido tendría todo entonces?

—¿Que si éramos muy amigos? —repitió Anne, y se aclaró la garganta.

Después levantó la vista hacia Sven antes de ser sincera con su mujer. No podía hacer otra cosa. No pensaba quedarse ahí mintiendo a toda su familia. Lisa era su pareja desde hacía años. No tenía por qué sentarle mal.

Ni siquiera era necesario que le dijera toda la verdad. No hacía falta contarle que Sven siempre sería su gran amor y el mayor dolor de su vida. Que había sido joven, estúpida e ingenua por creer que la vida era larga, que ya vendrían nuevos amores igual de intensos y que otros hombres le dirían que ella era la persona de sus sueños y ella respondería lo mismo.

Podía restarle importancia a todo: al amor y al dolor de la ruptura. Sin embargo, no podía mentir diciendo que ella era solo una conocida de la época en que Sven estudiaba periodismo.

Lo miró antes de volver la vista hacia los demás, dispuesta a decir algo auténtico aunque no fuera toda la verdad. Pero en los ojos de Sven vio lo mismo que aquella vez, la noche de la ruptura. Un pánico silencioso como el miedo a la muerte, como el que siente el pasajero de un barco que se hunde y busca desesperado la salida de emergencia.

—¿Me pasas el pan, Sven?

Lisa no pareció notar que algo había cambiado. Se volvió hacia Anne.

—¿Erais muchos en la clase?

—No teníamos el mismo grupo de amigos, pero era bastante pequeña.

Miró ansiosa a Sven, como si quisiera disculparse, aunque no había nada que perdonar. Él sí que habría tenido que pedirle perdón por haberla invitado a esa estúpida cena.

—Es cierto. A esa edad solo te relacionas con tu pandilla —observó Lisa—. Además, Sven tenía una novia por aquella época. Supongo que pasaría mucho tiempo con ella.

—Perdón, tengo que… —Anne se levantó y salió al pasillo.

—¿Sabes dónde está el aseo? Al fondo, a la izquierda. Debajo de la escalera.

—Gracias, ya lo veo.

Anne cerró la puerta con un pasador antiguo y se dejó caer sobre el inodoro. Había hecho un esfuerzo enorme para aceptar la invitación. Se había convencido de que era preciso desdramatizar las cosas para que todo fuera más fácil. Pero ahora estaba envuelta en

una mentira grande y desagradable delante de los tres hijos de Sven. Se levantó y se miró al espejo.

Se había convertido en una antigua compañera de estudios de Sven que se había topado con él por el barrio, una colega periodista que casualmente estaba investigando el mismo asesinato. Por haberlos engañado, ya no podría ser nada más. La vergüenza de mentir delante de Lisa y los niños volvía imposible una relación cercana y normal con Sven y su familia.

Tiró de la cadena y dejó que corriera el agua del grifo.

Volvió a la mesa y descubrió que las lentejas estaban muy buenas. Al menos no tendría que mentir en eso.

—Tienes que probar el pan —le dijo Lisa mientras le indicaba a Sven con un gesto que le pasara la hogaza, envuelta en un paño de cocina a cuadros y aún caliente—. Esta es una de las ventajas de tener un marido que ya no está totalmente consumido y agotado por el estrés del trabajo. Sven, prométeme que nunca volverás a matarte trabajando como antes. Ningún empleo en el mundo lo merece. Seguro que tú piensas lo mismo, Anne, ahora que has decidido bajar el ritmo.

Lisa parecía apelar a la comprensión y el apoyo entre dos mujeres.

—Brindo por eso —dijo Anne—. Y por estar aquí, reunidos en torno a esta mesa. —Levantó la copa hacia Sven y esta vez lo miró directamente a los ojos, sin desviar la vista.

Se quedó hasta después del café, preguntándose si no debería aprovechar la ocasión para poner límites, como le había aconsejado su psicóloga. Tenía que aprender a decir que no tanto en su trabajo como en su vida privada y aceptar que en ciertos momentos era mejor levantarse e irse aunque pudiera molestar a los demás.

Sin embargo, eran las diez y media y ahí seguía.

—Voy a tener que irme. Mañana a primera hora vendrá un carpintero a ver la cocina.

Para su sorpresa, se avergonzó de decir esa mentira inocente después de haberse pasado toda la noche engañándolos.

—Te acompaño un trecho. De todos modos, tengo que sacar a Frozen —dijo Sven, poniéndose rápidamente de pie.

—No.

La negativa sonó seca como un disparo.

—Lo que quiero decir es que no hace falta —se apresuró a añadir —. Hace frío.

—Igualmente tengo que salir con Frozen.

Lisa se despidió de ella en la puerta con un abrazo.

—Me da pena dejarte con todos esos platos por fregar —le dijo Anne.

—No te preocupes. Tenemos lavavajillas y mano de obra infantil —respondió Lisa con una sonrisa—. Vuelve pronto.

Sven y Anne se alejaron en silencio por la calle oscura hasta que estuvieron a una distancia suficiente para que nadie los oyera.

Tras dejar atrás unas cuantas casas más, Anne se volvió hacia Sven y tuvo la sensación de estar gritando, aunque en realidad no hizo más que susurrar.

—No me llames nunca más.

—¡Anne! Escúchame.

—¡No!

Se alejó apretando el paso. Durante el día se había congelado la lluvia y la calle se había convertido en una larga pista de hielo. Anne no hacía más que resbalar con ese condenado tiempo invernal. En su interior rezaba para que él no la siguiera mientras aguzaba el oído para escuchar si venía detrás. Solo se volvió cuando prácticamente había llegado a casa.

La calle estaba desierta y silenciosa.

33

La cena con Anne no había obrado el efecto desdramatizador que Sven esperaba, sobre todo para él. Para no sufrir un ataque de nervios, había bebido mucho más vino de lo recomendable, y, por alguna razón que no llegaba a comprender, Anne se había enfadado muchísimo.

Cuando se despertó por la mañana, estaba con resaca y de mal humor, y el recuerdo de que tenía una cita en Rosengård a las diez en punto con una policía municipal no mejoró el panorama.

Lisa ya se había levantado y podía oírla en la cocina.

—¡No! ¿Por qué lo estás haciendo? Dijimos que lo dejaríamos para después —exclamó Sven al ver que su mujer estaba limpiando el desorden de la cena.

—Ya es «después». Pero tranquilo. No podía seguir durmiendo, así que me he levantado. El vino me ha dado un poco de resaca. Pero estuvo muy bien, ¿verdad?

Sven asintió y se acercó para darle un beso en el cuello.

—¿Has traído el periódico? —preguntó.

—Está en la mesa. También hay café.

Sven la miró con gratitud. Para su alivio, no parecía haber notado la tensión en el ambiente durante la cena. Fue al baño a buscar paracetamol y, ya que estaba, cogió también ibuprofeno.

Unas horas más tarde, iba pedaleando furiosamente en su bicicleta de carga entre la veintena de casas de Johanneslust, donde ya empezaban a verse luces de Navidad en las ventanas. Se puso a pedalear todavía con más fuerza para no tener que pensar en la inminencia de las fiestas.

Veronika Nilzén lo estaba esperando en Örtagården, en Rosengård, con su uniforme azul oscuro y su gorra con el escudo de la policía.

—Aquí, al sur de Amiralsgatan, llevamos el arma de servicio, pero sin el chaleco antibalas ni el cinturón adicional con la porra telescópica y la linterna. La gente tiene que acostumbrarse a ver agentes de uniforme sin asustarse.

Veronika era una de esas policías que no necesitaban levantar la voz para imponer respeto. No era imposible bromear con ella, aunque tampoco era de las que se reían por cualquier cosa.

—La gente de por aquí está muy harta de las historias que publican los periódicos —comentó.

Sven se secó el sudor de la frente y se acomodó bajo el brazo el casco de ciclista mientras bajaban juntos por Bennets Väg, pasando por delante de fruterías, carnicerías y peluquerías con los rótulos en árabe o somalí. Varios de los comerciantes reconocieron y saludaron a Veronika. Algunos niños se cuadraron ante ella y rieron a carcajadas cuando ella les respondió con el saludo militar.

—¿Por qué nunca publicáis las noticias positivas? —dijo ella—. Una docena de idiotas entre miles de ciudadanos decentes acaparan toda vuestra atención. No me extraña que los lectores se asusten, se preocupen y quieran endurecer las penas y frenar la inmigración cuando la única imagen que reciben de nuestros barrios es la que vosotros les ofrecéis.

Sven no tenía ganas de entrar en polémicas, aunque pocas cosas lo irritaban más que las generalizaciones sin suficiente fundamento contra los medios de comunicación. Al menos Veronika no caía en el tópico habitual de que los periodistas exageraban y manipulaban para vender más ejemplares. Ojalá la gente supiera cuánto esfuerzo dedicaban sus colegas a verificar los hechos en sus artículos y reportajes. Ni siquiera podían afirmar que hacía un día soleado sin corroborarlo antes con los datos de dos institutos independientes de meteorología.

—Entiendo lo que dice —replicó Sven—, pero la naturaleza del periodismo es escribir sobre lo que está pasando, y aquí han ocurrido muchas cosas en los últimos años, ¿no cree?

Veronika sonrió.

—No me refiero específicamente al *Dagbladet*. Comprendo que es más atractivo escribir sobre explosiones y tiroteos que decir que cada vez son más los jóvenes del barrio que obtienen el título de bachillerato o consiguen un empleo que les permite independizarse. También entiendo que es más emocionante hacer un reportaje cuando aumentan los delitos en la ciudad que cuando disminuyen. Pero a veces tengo la sensación de que solo habláis de Malmö por lo negativo y nunca como un ejemplo positivo. Cuando comencé a trabajar aquí hace unos quince o dieciséis años, había zonas a las que no entrábamos sin refuerzos. Ahora mantenemos buenas relaciones con las mezquitas y las asociaciones, y procuramos que nos vean por aquí todos los días. Algunos proyectos piloto, como «Basta de armas», centrado en los delitos más violentos y basado en varias experiencias de Estados Unidos, o la operación Rimfrost, que lanzamos poco después de la muerte a balazos de aquel chico de quince años, han sido tremendamente importantes para revertir la espiral de violencia.

Sven habría querido señalar que la pandemia también debía de haber obrado algún efecto sobre las estadísticas y que varios de los peores cabecillas de las bandas estaban muertos, presos o habían emigrado a la Costa del Sol. Pero prefirió dejarlo estar. Él hacía su trabajo y Veronika Nilzén, el suyo. Y, por supuesto, también había gran parte de verdad en lo que ella decía.

A la altura de Ramels Väg, Veronika cambió de tema, como si de repente hubiera decidido enterrar el hacha de guerra.

—Bueno, ya está bien de quejarse de la prensa. ¿En qué puedo ayudarle?

Sven recordó la larga explicación de Torkel sobre los contactos que Nico mantenía con algunos criminales que había conocido en su juventud. Su colega había hablado de un gran potencial de violencia, y eso significaba que Nico también lo tenía, aunque fuera indirectamente. Era posible que hubiera recurrido a la ayuda de sus amigos para poner fin a la oleada de amenazas y presiones que habían caído sobre Hope Properties cuando la empresa había adquirido los bloques de Herrgården y empezado a rescindir contratos de alquiler para expulsar a las bandas. El conflicto había alcanzado su punto álgido cuando había estallado una bomba en las oficinas de la sociedad inmobiliaria.

—Tengo algunas dudas acerca de aquel atentado en la sede de Hope Properties —dijo Sven.

—Eso fue hace muchos años —observó Veronika.

—Sí, ya lo sé. Pero hay algo que no acabo de entender. Los hermanos que iban a ser desahuciados y que presuntamente estaban detrás del ataque…

—¿Se refiere a los Hazun?

—Sí, exacto. Estaban bastante… ¿Cómo decirlo? ¿Implicados en el barrio?

—Bueno, es una forma de expresarlo —convino Veronika, sonriendo con ironía—. Desde luego, no creo que nadie fuera a nombrarlos «vecinos del año»… ¿Por qué lo dice?

—Porque de repente, de manera imprevista, dejaron su apartamento por voluntad propia. Supongo que se sentirían presionados, pero he oído que no fue por temor a la policía por lo que se marcharon.

—¿Qué ha oído?

—Que Nico Adams les pidió a unos antiguos amigos suyos, unos tipos todavía más peligrosos que los hermanos Hazun, que fueran a hablar con ellos. ¿Qué opina? ¿Habrá algo de cierto en eso?

—Entre nosotros, creo que fue una combinación de factores lo que acabó por convencerlos de que no les merecía la pena quedarse. Como usted ha dicho, los presionamos bastante desde la policía con registros y controles. Y estuvieron detenidos, aunque no por mucho tiempo.

—¿Hubo algún indicio de que los antiguos amigos de Nico los obligaran a marcharse? No mencionaré su nombre.

—¿Se refiere a que Nico podría haberles pedido ayuda? Nadie le cuenta ese tipo de cosas a la policía. Y tampoco recuerdo que tuviéramos información al respecto. Por otra parte, la empresa de seguridad contratada por Hope Properties resultó ser bastante… agresiva.

—¿Agresiva?

—Private Security. Exmilitares, guardaespaldas y antiguos agentes de la policía nacional. Por lo visto, el director general había formado parte del grupo de operaciones especiales. Me lo contó mi jefe.

—¿En qué sentido eran agresivos?

—No sé si quiero entrar en detalles. Solo sé que son rumores que oí por los pasillos.

—¿Quiere decir que en algún momento se pasaron de la raya?

Veronika bajó la vista hacia sus botas negras mientras sopesaba la respuesta.

—No quiero que aparezca mi nombre en relación con esto.

—No aparecerá.

—¿Puedo confiar en usted?

—Por supuesto.

—Como le he dicho, no eran más que rumores. Si hubiésemos tenido indicios firmes de que Private Security infringía la ley, estoy segura de que mis superiores habrían tomado las medidas correspondientes.

—Deduzco que usted les planteó la duda…

—Sí, en el sentido de que informé a mi jefe de lo que había oído. Pero él me dijo que probablemente no eran más que rumores alentados por la admiración que muchos de mis colegas más jóvenes sentían hacia esos tipos de la seguridad privada. En la comisaría teníamos reuniones periódicas con ellos en las que tratábamos diferentes métodos y medidas de protección. Y no eran precisamente modestos cuando describían sus anteriores encargos. Contaban que habían formado parte del cuerpo de guardaespaldas de Bill Gates, que habían eliminado células terroristas en Mali y que habían rescatado rehenes en Oriente Medio. Nuestros novatos e incluso algunos compañeros mayores, por desgracia, estaban encandilados con ellos. Y corría el rumor de que habían aterrorizado a los Hazun, los sospechosos de haber causado la explosión, de darle una paliza al conserje y de amenazar de muerte al personal de Hope Properties. Desde el principio se vio que los hermanos no se iban a echar atrás fácilmente, pero no teníamos suficientes pruebas contra ellos para encerrarlos. Por eso nos limitamos a quedarnos a la espera de que la cosa fuera a más. Pero, como usted dice, de

repente todo volvió a la calma. Uno de los hermanos se mudó al norte y el otro apareció mucho más tarde por la Costa del Sol. Abandonaron sus casas, su territorio y su fuente de ingresos. Aunque no parecía muy propio de ellos, lo hicieron.

—¿Sabe qué método utilizaron los de Private Security para ahuyentarlos?

—Se dice que fueron de madrugada a su casa a hacerles una visita. Y, cuando digo «visita», me refiero a una entrada con violencia a sus respectivos domicilios. Al menos así lo describió un colega, que además aseguró que los de Private Security habían atado con bridas a los hermanos y les habían puesto capuchas en la cabeza. A partir de ahí, tampoco debió de ser necesario hacer mucho más. Los tipos que se mueven en esos ambientes suelen vivir con el temor de que los asesinen porque saben que en cualquier momento les puede tocar a ellos. Supongo que les bastaría con hacerlos sudar un poco.

Sven no necesitó hacer más preguntas porque Veronika continuó hablando movida por la indignación. Era evidente que no le gustaban los métodos de Private Security y que se avergonzaba de la admiración que despertaba en sus colegas.

—Por supuesto, no puedo saber hasta dónde es cierto lo que se decía o hasta qué punto eran bravatas de machos. Pero, incluso si la historia es muy exagerada, creo que es terriblemente inapropiado que unos oficiales de policía hablen de ese tipo de acciones como si fueran actos heroicos. Me saca de quicio.

Si Sven podía demostrar que una empresa privada de seguridad utilizaba métodos ilegales para proteger a sus clientes, tendría una noticia de primer orden. Sin embargo, antes quería averiguar cuál era la relación entre ese hecho y la muerte de Rebecca o su búsqueda desesperada de unos inmigrantes indocumentados.

—¿Sabe de alguien más con quien pueda hablar sobre este asunto?

—Si empieza a hacer preguntas, todos sabrán de dónde ha sacado la información. Yo fui la única que los criticó. Además, no conseguirá nada de mis colegas, ni siquiera de los que están de acuerdo conmigo. La cultura del silencio dentro del cuerpo de policía es casi tan fuerte como en las bandas a las que perseguimos.

Sven asintió.

—Tomo nota. Pero, obviamente, hay excepciones. Gracias por la confianza, Veronika.

La oficial le tendió la mano.

—He hablado demasiado y ahora tengo que trabajar, pero ha sido agradable conversar con usted. Vaya y escriba algo positivo sobre Rosengård —concluyó con una sonrisa irónica.

Mientras regresaba por el mismo camino para recuperar la bicicleta, Sven hizo una búsqueda sobre Private Security en el teléfono. La página web de la empresa estaba ilustrada con la imagen de un hombre fornido con pantalones chinos y camisa blanca remangada que sonreía a la cámara.

> Nuestro negocio es hacer de Suecia un lugar más seguro. Estamos presentes en centros comerciales, estadios, oficinas y otros sitios que requieren protección.

El fundador era un tal Henric Björnståhle, antiguo oficial del cuerpo de operaciones especiales de la policía sueca. Según afirmaba en la web, había aprendido una cosa por encima de todo:

> Todo trabajo de seguridad tiene que ver con nuestra forma de tratar a nuestros semejantes. Asumimos riesgos para que tú no tengas que hacerlo.

—Lo mismo podría haber dicho: «Aterrorizamos a la gente para que la policía no tenga que hacerlo» —murmuró Sven entre dientes.

Miró el reloj y después consultó la dirección de la empresa. Hullkajen, 24, Nyhamnen. Debía de estar al final de los muelles que formaban una especie de península artificial en el enorme complejo portuario de Malmö, justo al lado de uno de los restaurantes favoritos de Sven. Decidió combinar el trabajo con el placer, se montó en la bici y puso rumbo hacia el puerto con el viento a favor.

Pasó por delante de varias naves y almacenes destartalados antes de llegar a la cantina Saltimporten.

Aparcó la bicicleta y, para su decepción, vio que en el menú había rollos de col, un plato que le evocaba los suelos de linóleo, las bandejas de plástico y las malhumoradas monitoras del comedor escolar. Sin embargo, si había una cocina en Malmö capaz de conseguir que los platos más aburridos hicieran piruetas en el paladar, era esa. Decidió darles una oportunidad a los rollos de col, pero solo después de echar un vistazo a un edificio cercano.

Siguió adelante por el muelle, admirando las vistas. El sitio no estaba mal y mejoraría cuando se hicieran realidad los ambiciosos planes del Ayuntamiento, que quería unir esa parte del puerto con el centro de la ciudad mediante un puente para peatones y ciclistas. Toda la zona de Nyhamnen se animaría con la construcción de miles de viviendas, oficinas, escuelas y parques.

Apuntó en la libreta que debía averiguar quién era el propietario del edificio de seis plantas con vistas al mar por tres frentes. ¿La empresa Private Security? ¿O tal vez Nico?

Dio media vuelta y se dirigió hacia la sobria entrada, situada detrás de un aparcamiento protegido por vallas de seguridad y alambre de espino. La verja estaba abierta de par en par y Sven dedujo que debía de ser porque alguien acababa de entrar o salir. Todo el lugar parecía estar muy bien vigilado.

Mientras caminaba por el aparcamiento, hizo con discreción unas cuantas fotos con la cámara del teléfono. Se centró sobre todo en los vehículos privados, sin prestar atención a las furgonetas más grandes con el logotipo de la empresa en los laterales.

No tenía ningún plan. Solo pretendía hacerse una idea de la compañía y su sede. Con suerte, el director estaría en la oficina. A menudo daba resultado hacerse el despistado.

Empujó la puerta principal, pero estaba cerrada. En lugar de llamar al timbre, se acercó a la hilera de ventanas y apoyó las manos como anteojeras contra el cristal tintado de una de ellas. Al otro lado había un despacho normal con una mesa de escritorio y un portátil. Nada en las paredes. Fue a mirar por otra ventana y pudo ver una gran sala de reuniones con una pizarra blanca, un proyector y un montón de sillas plegables alineadas a lo largo de las paredes. De repente, dio un respingo. ¿Qué había en el suelo? Bolsas llenas de sangre, conectadas a través de unos tubos a cuerpos sin brazos ni piernas.

Le llevó unos segundos darse cuenta de lo que estaba viendo. Él mismo había practicado compresiones cardiacas con ese tipo de muñecos en el último cursillo de primeros auxilios.

—Esto es propiedad privada.

La voz bronca y agresiva le produjo escalofríos. Al volverse, vio que le cerraba el paso un hombre alto y corpulento con la cabeza rapada y tatuajes en el cuello. Su expresión era de desprecio. Sven sintió que se le desbocaba el corazón, pero se rehízo rápidamente y le tendió la mano.

—Soy Sven Nygren, periodista del *Dagbladet*.

—No se mueva —le ordenó el hombre.

Sven intentó retroceder, pero detrás tenía la pared.

—En realidad… he venido a ver… a Henric Björnståhle.

—Documentación.

El hombre hizo un gesto con la mano para que quedase claro que no estaba interesado en entablar ningún tipo de diálogo.

—La verja estaba abierta. Solo quiero hablar un momento con el director general, si por casualidad está en la oficina.

—Acaba de cometer un delito de allanamiento. Documentación, por favor.

Durante todos sus años de periodista, Sven no había tenido que enseñar más de diez o doce veces el carné, casi siempre en grandes eventos que requerían acreditación y quizá en una o dos ruedas de prensa. Pero le pareció inútil discutir. Sacó el tarjetero del bolsillo interior y le tendió al hombre el documento.

Mientras el tipo cogía el carné de prensa y lo fotografiaba con su móvil, Sven aprovechó para empezar a moverse hacia el aparcamiento, en dirección a la verja. Sin embargo, un amenazador ladrido le hizo congelar el movimiento. Concentrado en el primer hombre, no había notado que había salido otro más.

Era un poco más bajo que su colega y llevaba un perro al que intentaba controlar con todo el peso de su cuerpo.

Sven reconoció la raza porque años atrás había escrito un artículo sobre las desgracias que se podían producir cuando personas inexpertas adquirían perros que eran como armas. Ese en concreto era un pastor del Cáucaso, una de las razas más difíciles de controlar, criada en las estepas rusas para proteger el ganado sin retroceder jamás, ni siquiera ante lobos u osos. En Suecia estaba permitido utilizarlo para vigilar zonas valladas siempre que la protección fuera lo bastante segura para descartar cualquier entrada accidental.

—¿Para qué quiere ver a Björnståhle? —El hombre sostenía en la mano el carné de prensa de Sven mientras estudiaba su reacción.

—Preferiría hablarlo con él personalmente. ¿Está en la oficina? —volvió a preguntar Sven, aunque en realidad solo quería salir de allí lo antes posible.

—No. Y, aunque estuviera, hay que llamar y pedir cita. Esto es propiedad privada.

Sven sintió alivio cuando la verja se cerró tras él. Volvió a echar un vistazo al tablón de anuncios del restaurante, pero se lo pensó mejor y desbloqueó la bicicleta. Había perdido el apetito.

Acababa de llegar a casa cuando le sonó una notificación en el móvil. Tenía dos mensajes en Signal. Suspiró preparado para alguna tontería de Torkel. Sin embargo, para su sorpresa, procedían de un número desconocido.

> ¿Es usted el periodista que se ha interesado por Rebecca Rönn? Sé que ha estado preguntando por una lista de nombres. Creo que puedo ayudarle. ¿Podemos vernos?

34

Sven pasó toda la noche en vela, pensando. Después de dar mil vueltas en la cama, bajó al salón y se tumbó en el sofá para no despertar a Lisa.

Intentó cubrirse mejor con la manta y soltó una maldición porque a duras penas le llegaba al pecho. Oyó un ruido en la calle y de repente se dio cuenta de que no había sacado la basura la noche anterior aunque Lisa se lo había recordado.

Buscó las zapatillas y salió al sendero del garaje, pisando con cuidado. Se dijo a sí mismo que tenía que echar sal antes de que ocurriera alguna desgracia.

Acababa de devolver el cubo de la basura a su sitio cuando reparó en algo sobre uno de los postes de la verja. Al principio pensó que sería una piedra o un trozo de madera, pero enseguida vio que era una pieza de ajedrez. Una reina negra de madera teñida que se erguía pulcramente, como si alguien la hubiera colocado allí con el mayor cuidado para que la persona que la hubiera perdido pudiera recuperarla sin buscar mucho.

La dejó donde estaba y se apresuró a entrar.

Quizá porque se encontraba aún en esa extraña frontera entre el sueño y la vigilia, no podía parar de pensar en la pieza de ajedrez colocada sobre el poste de la verja. ¿Y si nadie la había perdido? ¿Y si era una especie de advertencia, como en una película de mafiosos que nunca había visto?

De repente, otras asociaciones le vinieron a la mente, como la dama negra de las fábulas nórdicas, un espectro que vagaba por los poblados como presagio de la muerte de un familiar. Lisa le había hablado al respecto cuando estudiaba etnología. ¿O quizá se trataba de un simbolismo más literal? Un sacrificio de dama. La jugada de ajedrez que consistía en entregar deliberadamente la pieza más valiosa del tablero para conseguir una ventaja decisiva en la partida. La reina debía morir para proteger al rey.

Miró la hora en el teléfono. Eran las 4:55.

No debía pensar en fantasmas, ni en ajedrez, ni en que pronto tendría que levantarse, ni en que, tras una noche en vela, podía venir otra más y luego otra. No debía atormentarse. Cerró los ojos. Vio ante sí a Rebecca Rönn, primero viva y después muerta, con ratas que roían su cadáver. ¿Habría visto ella algo que no debía ver? ¿Sería Nico el rey que se había visto obligado a sacrificar a su dama por estar implicado en los negocios turbios de sus amigos delincuentes? ¿Blanquearía su dinero a cambio de una violenta limpieza de los bloques de viviendas recién adquiridos con la ayuda de los mercenarios de Private Security?

Miró hacia el jardín, donde parpadeaban luces navideñas multicolores. ¿Cuánta electricidad consumiría una guirnalda como esa? Probablemente existiría una aplicación que podría decírselo.

Mierda. Las 5:36.

No debía pensar en el consumo de electricidad ni en Private Security. Al día siguiente se reuniría con la persona que lo había contactado a través de Signal y podría averiguar algo más acerca de Rebecca y también —con un poco de suerte— de la lista de nombres. Debía de tratarse de alguien vinculado con los activistas que había visitado o tal vez con el centro parroquial. De no ser así, ¿cómo iba a saber que había estado preguntando por los nombres?

En cualquier caso, parecía estar al corriente de todo, y eso ya era prometedor.

Debía dejar de preocuparse por la imposibilidad de dormir. Concentrarse en el murmullo del mar.

Entonces le vino a la mente Anne. Con la cara llena de pecas en pleno invierno. ¿Cómo habría sido su vida si hubiesen seguido juntos? Si ella no hubiera abortado. Seguramente lo habría dejado tarde o temprano. Habría conocido a alguien en uno de sus viajes al extranjero o simplemente habría estado tanto tiempo ausente que pronto se habrían distanciado. Pero Ellen, Nils y Hugo no estarían en su vida. Y Lisa habría encontrado otra pareja y tendría otros hijos.

La manta se le enredó en los pies. Se la quitó de encima, se dio la vuelta y cerró los ojos de nuevo.

Cayó en los brazos de Anne. Sintió que se le aceleraba el corazón.

Se despertó al oír pasos que bajaban por la escalera. Debía de haberse quedado dormido a pesar de todo.

Últimamente Hugo, su hijo pequeño, había cogido la manía de caminar haciendo tanto ruido como un tiranosaurio. Se le daba mejor cuando bajaba la escalera.

Lisa se asomó al cuarto de estar.

—¿Al final has dormido aquí abajo?

A veces Sven habría deseado que su mujer fuera un poco más intransigente, un poco más humana, no tan amable y comprensiva en todas las situaciones.

El hecho de que llevara varias noches seguidas durmiendo en el sofá era el reflejo de algo más, y ambos lo sabían.

Pero Lisa nunca cuestionaba nada de lo que hacía. Era su idea de la justicia: a cada cual según sus necesidades. Al principio a Sven le había parecido demasiado bueno para ser verdad. Después de Anne, había salido con varias mujeres y con todas había sido complicado.

Sin embargo, con Lisa todo era tan sencillo que hasta se le antojaba sospechoso. Se habían conocido en la fiesta de un espacio compartido de oficinas en Malmö. Ella era divertida e inteligente, y él le había enseñado a extraerle la última copa de vino a una caja de tres litros y a convertirla después en un cojín para la playa. Esa noche habían ido a bañarse a Västra Hamnen.

De eso hacía más de veinte años.

Cuando su relación se había vuelto más seria, Sven se había prometido no aprovecharse nunca de la amabilidad de Lisa y desde entonces no había roto nunca su promesa.

Hasta ahora.

La oyó trastear en la cocina y se dijo que tenía que hablarle de Anne y de todo lo que le rondaba la cabeza. Pero no sabía cómo.

—Hay café si quieres. —Lisa estaba en la puerta con el abrigo puesto y la mochila en la mano—. Voy a llevar a Hugo al colegio.

Sven se sentó en el sofá.

—¿Ahora?

—Sí, ahora. Son las ocho y cuarto.

—¡Ay, no! ¿Por qué no me has despertado?

—Me ha parecido que necesitabas dormir.

—Papá, levántate ya —lo conminó Hugo.

Sven saludó a su hijo con la mano. Faltaban unas cuatro horas para la cita con el informante. Sabía que no debía depositar demasiadas esperanzas en el encuentro. Por otra parte, tenía que ponerse en marcha, aunque solo fuera para demostrarle a Patrik que no había desaparecido por completo.

35

Solo cuando estuvo delante del taller de Abbas, Anne reparó en el cordón policial. Las grandes puertas del garaje estaban cerradas y cubiertas de avisos.

Buscó en el bolsillo las llaves que le había dado Marya antes de volver a Berlín.

—Si no es mucha molestia —le había dicho—, ¿podrías recoger la correspondencia y las facturas? También podrías ver cómo está tu coche y así matarías dos pájaros de un tiro, como dice mi padre.

Movida por la costumbre, cogió el teléfono e hizo unas cuantas fotos. Luego miró rápidamente a su alrededor.

El callejón estaba desierto. Había un tipo sacando brillo a su coche en el lavadero de la esquina, pero parecía concentrado en sus cosas. Anne levantó la cinta de la barrera policial, se agachó para pasar por debajo y después se puso de puntillas para mirar por el ventanuco junto a la puerta de entrada. El local estaba a oscuras y no era fácil distinguir nada.

De repente, se quedó paralizada. Algo se movía dentro del taller. Al principio pensó que sería un perro o algún otro animal que estaba hurgando entre los neumáticos. Pero entonces la figura se irguió sobre dos piernas, la miró directamente y enseguida salió corriendo hacia las ventanas de una de las paredes laterales.

Era un chico joven, aunque no el chiquillo al que Anne había visto en el taller de Abbas la última vez que había estado allí.

Sin pensárselo dos veces, fue tras él.

El muchacho debía de haber roto una ventana para acceder al local y por allí mismo había salido cojeando en dirección a una rampa que iba a parar a una nave industrial situada al otro lado de la calle.

Anne ni siquiera se planteó si podía estar armado y ser peligroso. Solo quería hablar con él y averiguar si era cierto lo que había publicado el *Dagbladet* acerca de la banda de niños ladrones que supuestamente dirigía Abbas. Dejó que el chico le sacara ventaja y se aseguró de mantener la distancia en todo momento.

De vez en cuando, el muchacho se giraba como para comprobar si alguien lo seguía. Cuanto más se alejaba del local, más seguro parecía sentirse. Al final redujo la velocidad y empezó a caminar. Llevaba unos vaqueros negros y unas zapatillas gastadas que parecían demasiado ligeras para la época del año. Cargaba a la espalda una mochila medio rota.

Al cabo de un rato se detuvo y Anne se vio obligada a meterse de un salto en un portal para que no la viera.

Habría querido llevar en el bolso un paquete de cigarrillos, como cuando trabajaba de corresponsal. No porque fuera fumadora, sino porque siempre había alguien que lo era. Y porque estar de pie con un pitillo en la mano siempre parecía más natural que quedarse parada en la calle sin más.

Cuando se atrevió a mirar de nuevo, el chico había desaparecido. Soltó una maldición. Debería haber corrido a preguntarle directamente qué estaba haciendo en el taller de Abbas. Ahora ni siquiera sabía qué cara tenía.

Pero entonces volvió a divisarlo. Había salido de entre los árboles del parque y se dirigía otra vez hacia los viejos almacenes ferroviarios. Cada vez era más difícil perseguirlo porque no estaban en una zona donde fuera normal salir a pasear sin rumbo fijo. Le

costaría mucho explicar qué estaba haciendo ahí si el chico se giraba hacia ella. Pero no lo hizo.

En lugar de eso, torció hacia un solar lleno de escombros y materiales de construcción abandonados. Anne se puso a cubierto tras un contenedor de chatarra y vio que el chico se colaba por debajo de una valla hacia las vías del ferrocarril. No eran como las de Kirseberg, que estaban repletas de maleza y en desuso. Por allí los trenes circulaban uno tras otro, probablemente cada media hora. Había señales de prohibido el paso y advertencias de peligro por alta tensión para mantener alejados a los curiosos.

Anne era consciente de que no debía seguir adelante. Aun así, volvió a sentir lo mismo que la noche en que el mal estado de la chimenea de su casa había estado a punto de causar una desgracia. Un subidón de adrenalina y la necesidad de continuar pasara lo que pasase.

Al acercarse a la valla, vio que era posible levantarla en un punto. Por allí debía de haberse metido el chico. Se apresuró a seguir el mismo camino y solo cuando estuvo al otro lado se dio cuenta de que se encontraba en medio de las vías. Buscó al chico, pero era como si se lo hubiera tragado la tierra.

Desconcertada, miró a su alrededor.

Al otro lado de las vías había un cercado alto de madera. Era imposible que hubiera pasado por allí. De su lado, solo estaba la valla y no se veían más aberturas, aparte del lugar por donde los dos acababan de entrar.

Aguzó el oído para escuchar los trenes. No sabía con qué frecuencia pasaban. Recorrió varias veces la valla de un lado a otro en busca de otras aberturas, pero no encontró ninguna.

En varias ocasiones estuvo a punto de tropezar con las traviesas ocultas bajo la nieve y caer. Preocupada, se dijo que no era el lugar

ni el momento para torcerse un tobillo.

De repente, vio que algo se movía un poco más allá, junto al cercado. Todo fue tan rápido que lo primero que pensó fue que se trataba de un animal.

¿Habría bajado el chico por allí?

Entonces recordó lo que Marya le había contado acerca de un joven que vivía bajo las vías y que tenía a Abbas muy preocupado.

Los bajos fondos de Malmö. ¿Podría ser todo tan literal?

Al acercarse, le pareció distinguir una zona más oscura, tal vez porque estaba más pisoteada. Había una especie de cimientos de hormigón, pero la entrada parecía estar por debajo del suelo.

De repente, un chico apareció frente a ella al otro lado de las vías, aunque no era el mismo al que había estado siguiendo.

Se miraron fijamente durante un segundo. Algo en su lenguaje corporal le hizo notar a Anne que el muchacho le tenía más miedo a ella que al contrario.

No parecía decidirse entre tratar de huir o volver a meterse en el agujero del suelo. Estaba sucio y flaco. Anne había visto muchas veces unos ojos como los suyos, con unas pupilas tan pequeñas que mirarlas era como asomarse al fondo de dos agujeros negros. Sus movimientos no acababan de fluir. Su aspecto era demacrado y parecía que hubiera perdido toda esperanza.

—No huyas —le dijo, tratando de inmovilizarlo con la mirada.

El chico no dijo nada, pero siguió sin quitarle la vista de encima.

—Periodista —se presentó ella.

El muchacho casi no reaccionó.

—Amiga, no enemiga —añadió Anne en darí, recurriendo al escaso vocabulario que había aprendido durante su estancia en Kabul. Se llevó una mano al pecho para expresar que venía con buenas intenciones—. ¿Hay otros más ahí abajo…? —Señaló el agujero.

El chico parecía confuso, pero, en cuanto se rehízo y se dio cuenta de que ella no representaba ninguna amenaza inminente, cambió su actitud. Solo quería que lo dejaran marcharse, como un escolar al que han llevado a rastras al despacho del director.

—Yo no sé nada, señora —dijo con voz cansada.

—¿Hay más chicos ahí abajo? —repitió Anne, tratando de no apartar la vista del muchacho al tiempo que aguzaba el oído por si venía un tren.

Observó también que había suficiente margen entre las vías y la valla para que tanto ella como el muchacho pudieran considerarse a salvo donde estaban.

Buscó en los bolsillos un bolígrafo y algo donde escribir, pero lo único que encontró fue un lápiz de Ikea y un tique de supermercado. Los utilizó para garabatear rápidamente unas líneas en inglés y le tendió la nota al chico.

—Diles a los demás que aquí hay una periodista que quiere hablar con ellos. Es lo único que pretendo. Hablar. Después os traeré comida, ¿de acuerdo? Comida —añadió en darí.

De repente, el chico pareció más interesado.

—Periodista —dijo Anne una vez más, señalándose a sí misma—. Solo quiero hablar. No le diré a nadie que estáis aquí.

El muchacho asintió.

—He venido porque quiero saber más de Abbas. No me creo lo que cuentan los periódicos de que es un asesino. ¿Puedes preguntarles a tus amigos de ahí abajo si hay alguien que quiera hablar conmigo?

Al cabo de un rato, otro chico se asomó fugazmente por el agujero del suelo y los miró. Anne sintió que se le aceleraba el pulso. Era el mismo que había visto en el taller de Abbas poco antes, pero el muchacho no pareció reconocerla.

—¿Cómo sé que puedo confiar en ti? —preguntó el chico con el que estaba hablando.

—No lo sabes. Simplemente tendrás que hacerlo —replicó Anne—. Si fuera policía o viniera de parte de las autoridades, no me habría presentado así. Creo que los dos lo sabemos.

—¿Por qué preguntas por Abbas?

—Porque no creo que sea un asesino. Quiero saber qué pensáis vosotros. Sé que también os están buscando.

Sopesó por un momento si debía reconocer que había seguido al otro chico hasta allí y que lo había visto antes en el taller, pero prefirió no hacerlo.

—Nosotros no asesinamos a esa mujer —dijo el chiquillo.

—Muy bien —contestó Anne—. ¿Qué más puedes decirme?

—Encontramos el bolso tirado en el suelo. El de la muerta. No sabíamos que iban a matarla o que la habían matado ya. Encontramos el bolso y lo cogimos. Después vimos los periódicos.

—¿De qué conocéis a Abbas?

—Lo conozco yo. Ali, no tanto.

—¿Ali es tu amigo?

El chico asintió avergonzado por haber revelado el nombre sin proponérselo.

—¿Y tú cómo te llamas? —preguntó Anne.

—Hamid. Pero no lo escribas en el periódico. Nada de nombres.

—Está bien. No publicaré ningún nombre. Dime, ¿cómo conociste a Abbas?

—Solía ayudarlo en el taller. Pero creo que él lo hacía para ayudarme a mí. Apenas me necesitaba, solo quería sacarme de la calle.

Anne volvió al principio.

—Entonces, ¿robasteis el bolso?

—Lo encontramos. No era de nadie. Estaba tirado. Después compramos algunas cosas con las tarjetas: comida y así. Ignorábamos que la mujer estaba muerta.

Anne asintió. Sabía por la prensa que solo habían hecho pequeños gastos con la tarjeta. Calderilla. Prefirió no decirle a Hamid que el bolso hallado más tarde por la policía en un contenedor de basura era un Birkin auténtico, el mismo modelo que se había subastado en Bukowski por 230.000 coronas unas semanas antes.

—Ali, tu amigo, ¿dónde está ahora?

—Abajo.

El chico se la quedó mirando como si le costara decidir hasta dónde podía decirle.

—No se encuentra muy bien —añadió al cabo de un segundo.

—¿Puedes ir a buscarlo?

—No, imposible. Está un poco enfermo.

Anne comprendía la situación y sabía lo que pasaría. Si quería hablar con Ali y Hamid, tenía que ser en ese momento.

Brevemente, se planteó llamar a Sven y preguntarle si podía reunirse allí con ella. Pero se había prometido no volver a hacerlo nunca.

—¿Puedo bajar a hablar con él? —sugirió.

El chiquillo la miró como si no acabara de creerse lo que le estaba pidiendo.

—Tú primero —dijo Anne, señalando el agujero sin pararse a pensar.

Vio entonces que el muchacho se tumbaba boca abajo y se dejaba caer por la entrada con los pies por delante. Ella lo imitó. Se sorprendió de lo rápido que sintió el suelo bajo los pies y se alegró de haberse puesto unas botas fuertes y resistentes.

El hueco no debía de tener más de un metro de altura. El chico se puso entonces a cuatro patas y empezó a avanzar por la oscuridad mientras Anne se quedaba atrás en cuclillas, esperando a que se le acostumbrara la vista.

Distinguió tres o cuatro figuras oscuras tumbadas o sentadas a lo largo de las paredes. El hedor era insoportable. En la penumbra brillaban pequeños trozos de aluminio que estaban esparcidos por el suelo. Anne intentó avanzar agachada, sin apoyar las manos, ya que hacerlo habría sido demasiado arriesgado. Había agujas por todas partes.

Uno de los chicos despejó lo mejor que pudo un lugar donde el techo era un poco más alto. Después se retiró y le indicó que se sentara.

—Soy periodista. Me llamo Anne —dijo, señalándose a sí misma.

Ellos se fueron presentando uno a uno y luego callaron a la espera de que dijera algo más.

—¿Vivís aquí?

Uno de los muchachos empezó a hablar. Le explicó que solían refugiarse allí cuando los otros sitios donde dormían se volvían demasiado peligrosos. En los aparcamientos, la estación de trenes, los cuartos de la basura de los edificios o los baños públicos no hacía tanto frío, pero el riesgo era mucho mayor. Allí por lo menos estaban tranquilos.

—En realidad, no soy así. Ninguno de nosotros lo somos.

Contó que un colega lo había enredado, que había acabado en la cárcel y que una cosa había llevado a la otra. Señaló el papel de aluminio.

—¿Heroína?

—Marihuana.

Anne fingió que se creía la mentira. Sabía que era una cuestión de confianza. Aún no la conocían lo suficiente.

—¿De dónde sacáis el dinero?

—Cogemos cosas en las tiendas. Nada importante. Pero nunca le robamos a nadie.

Hamid puso especial énfasis en la última frase.

Los otros también empezaron a hablar. Era como si hubiesen estado esperando a que alguien viniera a escucharlos. Cada nueva historia daba pie a otra, todas diferentes, pero en el fondo muy parecidas entre sí. Las familias, en Afganistán o Irán. Un viaje en camión a través de Europa. Un tiempo viviendo en la calle, en Italia. El sueño roto en Suecia.

Algunos solo hablaban inglés, mientras que otros se expresaban en sueco con asombrosa soltura.

—¡Hablas darí! —observó uno de los chicos—. Todo mi respeto.

—No, lo siento. Solo sé unas pocas frases. Viví un tiempo en Kabul. Sé un poco más de árabe, pero vosotros no lo habláis, ¿no?

Nadie le respondió.

—¿Cuál de vosotros es Ali?

Le señalaron con la cabeza el fondo de la cueva.

—Está enfermo.

Los muchachos se miraron entre sí nerviosos.

—Hay quien dice que Abbas pagaba a chicos como vosotros para que fuerais a robar a la gente —prosiguió Anne.

—No es cierto. —El más pequeño, que aparecía en la grabación de las cámaras de seguridad, parecía muy alterado—. Abbas nunca compra cosas robadas. No es de esos. Nosotros robamos en las tiendas para buscarnos la vida. Solomillo en los supermercados y cosas así. Se lo vendemos directamente a algún restaurante. Después vamos y cogemos más solomillo. Y se lo vendemos a otro

restaurante. Es nuestro día a día. No tenemos ningún plan. Y nunca le llevamos nada a Abbas. ¿Para qué va a querer carne? Él se dedica a reparar coches. No tiene ningún restaurante.

Anne asintió.

—¿Teléfonos móviles, tarjetas de crédito, relojes?

—No, no. Nosotros nunca robamos a las personas. Solo cogemos cosas de los comercios.

Anne se volvió hacia Hamid.

—Eso de ahí cuesta mucho dinero —observó, señalando otra vez los trozos de papel de aluminio.

Quería ponerlos a prueba para ver si mentían.

—Sí.

—Fumar heroína es malo. Es lo peor —insistió Anne.

—Es el infierno en la tierra —convino el chiquillo con la mirada encendida—. ¿Puedes ayudarnos?

—Si me preguntas si puedo hacer algo por Abbas, quizá sí. Vuestra versión de los hechos es importante.

—Puedes preguntárselo a cualquiera. Todos saben que Abbas no hace nada de eso. No sé con quién han estado hablando la policía y el tipo del periódico, pero todo es mentira. Se lo dije a ese reportero. Lo llamé como una persona anónima, porque sé que se puede hacer. Pero no me quiso escuchar. Le dije que estaba dispuesto a contárselo todo.

—¿Puedo volver otro día? Para tener tiempo de investigar un poco. Vendría con alguien más y haríamos una entrevista. No publicaremos ningún nombre, por supuesto.

—Sin cámaras.

—Nunca revelaríamos vuestro escondite.

—Sin cámaras.

—De acuerdo. Entendido. Pero necesito venir con un fotógrafo. Podemos hablarlo.

Nadie dijo nada y Anne lo interpretó como un «sí» a regañadientes.

—¿Hay alguien más con quien pueda hablar acerca de Abbas? ¿Alguien que pueda confirmar que él nunca se ha mezclado en ningún asunto de drogas ni en nada delictivo?

—Ahora no. En Grängesberg, imposible. La gente no quiere meterse en líos. Nadie querrá hablar. Tienen miedo de que les pase lo mismo que a Abbas, ¿entiendes?

—La policía dice que hay unos mensajes suyos que demuestran que os envió a robar. ¿Cuáles son?

—No lo sé. Pero Abbas siempre andaba encima de mí porque no quería que viviera en la calle. Me insistía y me regañaba. «Sé dónde vivís». «Te perseguiré hasta el final». Esas cosas. «Vas a morir si no vienes a dormir aquí esta noche». Mensajes así. Pero era solo porque se preocupaba por mí. Pensaba que me iba a morir de frío. O que empezaría a tomar drogas. Puede ser que la policía lo haya interpretado mal. He intentado decírselo.

—Entiendo. Tranquilo. Vamos a asegurarnos de que la próxima vez te escuchen.

Media hora más tarde, Anne estaba de vuelta con una bolsa de comida. *Shawarma* caliente en pan iraquí y varias botellas de agua. Descolgó la bolsa por el agujero hasta sentir que alguien la cogía.

El chico llamado Hamid la miró desde abajo.

—Volveré —le dijo ella.

36

Sven tenía una habitación reservada a la una de la tarde en el hotel Scandic Kramer, en Stortorget, y había comprobado que era posible ocuparla un poco antes. Era un buen hotel donde reunirse con los informantes. Era céntrico, estaba bastante cerca de la estación y, sobre todo, los ascensores se podían utilizar sin la llave de las habitaciones. Las fuentes podían subir directamente sin riesgo de que nadie las viera con un periodista.

Cuando se trataba de personas que aún no habían decidido si querían ser entrevistadas, lo mejor era reunirse con ellas cara a cara, sin fotógrafos, y tener así un encuentro que no las comprometiera. Sven llegó al hotel a las doce y media, y le envió un mensaje de Signal a su informante:

> Habitación 306, cerca de los ascensores. Suba directamente.
> No hace falta tarjeta.

No sabía qué podía esperar, pero era consciente de lo que deseaba. Lo mejor sería que la mujer le revelara algo acerca de los once nombres de la lista y de su relación con Rebecca Rönn y tal vez con Nico Adams. Debía de haber obtenido su nombre a través de alguna de las personas con las que había estado hablando, tal vez alguien de la iglesia de Santa María o de la escuela para inmigrantes sin papeles.

A la una en punto, llamaron a la puerta. Fueron unos golpes suaves y, al abrir, una chica joven vestida con un plumífero, vaqueros y botas de invierno apareció delante de Sven. Estaba visiblemente nerviosa y algo en su actitud lo impulsó a recorrer el pasillo con la vista, pero no había nadie más.

La hizo pasar y le señaló el sillón y la mesa baja, donde había colocado una botella de agua mineral y un vaso. Pensó que tal vez una Coca-Cola habría sido más acorde con la edad de la chica.

La recién llegada se sentó en el borde de la cama.

—Creo que en el sillón estarás más cómoda.

—*Sorry. Only speak English.*

Lo dijo en voz baja, en un susurro, pero, aun así, Sven notó el acento ruso o de algún otro país del este.

«Debió de utilizar Google Translate para escribirme», pensó Sven, que de inmediato le dijo en inglés que estarían mejor en los sillones.

—Prefiero sentarme aquí, si no le parece mal —dijo la chica. Recogió las piernas sobre la cama y miró preocupada por la ventana —. ¿Se pueden cerrar las cortinas?

Sven lo hizo, pero antes contempló la plaza y el aparcamiento, preguntándose por qué estaría tan preocupada su informante.

—No estará grabando, ¿no? —dijo la chica con voz débil.

—No —replicó Sven—. Esto no es una entrevista.

Sabía lo importante que era no hacer demasiadas preguntas en el primer encuentro. No presionar. Lograr que la fuente se sintiera segura y aceptara una segunda reunión si aún persistían las dudas.

Cualquier apariencia de entrevista podía suponer el fin de la reunión. La persona podía sentirse amenazada y atrapada con engaños en una situación que no había aceptado. Era fundamental actuar sin prisas y reconocer que ciertas decisiones resultaban difíciles cuando era mucho lo que estaba en juego: el miedo a

perder el trabajo, a no conseguir otro nunca más o a sentirse en peligro el resto de la vida.

Los informantes más retraídos solían ser los que realmente tenían algo que contar.

La chica levantó la colcha y se la puso sobre las piernas como si tuviera frío.

—Nadie más sabe que estamos hablando. Solo tú y yo —le aseguró Sven.

—Entiendo.

La joven asintió, pero Sven notó que le habría apetecido salir corriendo de la habitación.

—Me has escrito que tenías algo que decirme.

—Aún no he decidido si quiero hablar.

—Para eso estamos aquí —contestó Sven con su voz más serena —. Para que tú y yo podamos hablar. Y para que tú puedas hacerme las preguntas que desees.

La chica asintió una vez más. No dejaba de mirar hacia la puerta.

No parecía la persona segura de sí misma que le había escrito por Signal, la que tenía algo importante que decirle. La que quería ayudar. ¿Qué podía saber la jovencita sentada en el borde de la cama acerca de la lista?

¿Se habría acobardado?

Sven prosiguió.

—El anonimato no solo significa que nunca diremos quién eres, sino que jamás publicaremos ninguna pista que permita descubrir tu identidad. En ningún caso te pondremos en peligro.

—Tengo que pensarlo. No sé qué gano yo con esto.

Sven se preguntó qué habría detrás de ese comentario. ¿Le estaría pidiendo dinero?

—Al final, la decisión es tuya. Esto es así. Si escoges hablar, es tu elección. No podemos ofrecerte dinero.

La chica asintió.

—Usted no los conoce.

—¿A quiénes?

—Son personas con mucho poder.

—Tú también lo tienes. Si hay gente en peligro que depende de que hables o no, entonces es importante que colabores en mi búsqueda. No es preciso que me lo cuentes todo, pero ahora mismo me faltan muchas piezas del puzle. Te estaré muy agradecido si puedes ayudarme.

Sven le contó a grandes rasgos lo que sabía y lo que buscaba. Se abstuvo de revelar información comprometida y, en lo referente a la lista de Rebecca, no dijo de dónde la había sacado ni qué nombres contenía. Solo expuso que había encontrado un listado de personas que habían desaparecido en Malmö sin dejar rastro.

—¿Qué tipo de gente es?

Sven se la quedó mirando. La pregunta parecía sincera, y eso lo desconcertó. La chica se había puesto en contacto con él y le había dicho que sabía algo.

—¿Cómo te enteraste de que he estado preguntando por esos nombres?

—Prefiero no decirlo. Al menos por ahora.

—De acuerdo.

—¿Para qué los buscas? —inquirió ella—. ¿Para qué buscas a esas personas?

—Solo quiero saber quiénes son. Creo que es importante.

La chica asintió una vez más.

—Todavía tengo que pensármelo.

Cogió el teléfono como para mirar la hora.

—¿Puedo ir al baño? —pidió.

—Por supuesto.

Sven oyó correr el agua. Le pareció que había abierto la ducha, pero eso no tenía sentido. La sensación de malestar en el estómago aumentó. Por un instante pensó en llamar a la puerta, pero entonces salió la chica.

—Tengo que pensármelo. Me pondré en contacto con usted —dijo.

Sven se puso de pie en un impulso para detenerla y así poder hablar un poco más. Solo quería que le concediera unos minutos para explicarse.

—No quiero presionarte de ningún modo —probó sin mucho éxito —. Es tu decisión y te agradezco mucho que hayas venido. Ojalá tuvieras más tiempo.

Le resultaba incomprensible. La joven le había parecido directa y segura de sí misma cuando le había escrito por Signal, como si no le cupiera la menor duda de que quería ayudarlo a descubrir algo importante. Pero ahora su indecisión iba más allá de estar simplemente nerviosa o asustada. Era como si estuviera completamente en blanco y no tuviera nada que decir. Ni sobre la lista ni sobre Nico ni sobre el asesinato de Rebecca.

—Aun así, sigo teniendo la sensación de que hay algo importante que quieres contarme —insistió Sven.

Sin embargo, la joven se acercó a la cama y alargó el brazo para recoger el abrigo, como si tuviera miedo de acercarse demasiado a él. Sven se apartó y ella retrocedió hacia la puerta. Instintivamente, Sven sintió que algo iba mal. Cuando dio unos pasos hacia ella para tratar de tranquilizarla, la chica gritó. En ese instante la puerta se abrió de golpe y dos hombres irrumpieron en la habitación. Todo fue muy rápido. La conmoción hizo que Sven cayera hacia atrás trastabillando. Pensó en Lisa y en los niños, y se dijo que ya era

demasiado tarde para todo. ¿Por qué no había puesto sobre aviso al departamento de seguridad? ¿Cómo había cometido la estupidez de ir solo a reunirse con una jovencita muerta de miedo que tenía información acerca del asesino de Rebecca? Echó un vistazo a su teléfono sobre la mesa, sopesando sus posibilidades. La policía no llegaría a tiempo aunque consiguiera llamar. El piso era demasiado alto para saltar. La habitación estaba en la tercera planta. Si gritaba, quizá alguien lo oyera en el pasillo, pero era pleno día y había reservado ese hotel precisamente porque era un lugar frecuentado por viajeros de negocios que no solían estar allí en horario de trabajo.

Hizo un torpe intento de correr hacia la puerta. No había avanzado más de medio metro cuando sintió que los hombres lo agarraban por los brazos.

—Tú no vas a ninguna parte —le espetó uno de ellos.

Por su forma de hablar, debía de ser de Skåne, como él. No tenía acento extranjero.

Cuando uno de los hombres se llevó la mano al bolsillo, Sven seguía tan convencido de que estaban a punto de darle una paliza o de matarlo que no oyó lo que le decían. Solo cuando el tipo cerró de golpe la funda de cuero negro, cayó lentamente en la cuenta.

Los hombres que tenía delante no eran sicarios enviados para hacer desaparecer las huellas del asesinato de Rebecca Rönn. Tampoco podía llamar a la policía porque la tenía allí, delante de él.

—¿Entiendes lo que decimos? ¿Hablas sueco? Somos policías. Vas a venir con nosotros en la furgoneta, pero de momento vas a quedarte donde estás sin mover un puto músculo, ¿entendido?

Sven asintió. El alivio que había sentido al comprender que no iba a morir fue rápidamente sustituido por otro tipo de pánico.

—No voy a ir con vosotros —consiguió articular, tratando de que no le temblara la voz— a menos que me digáis qué cojones está pasando.

—¿No sabías que en Suecia está prohibido consumir prostitución?

—Tiene que haber un malentendido. Soy periodista. En mi cartera tengo la…

—Lo mejor será que te tranquilices si no quieres empeorar las cosas.

Como en medio de una neblina irreal, Sven vio que el otro policía abría la puerta del cuarto de baño y soltaba un silbido.

—Necesitaré una bolsa para recoger pruebas —gritó el hombre desde el interior.

Sven intentó asomarse para ver, pero en ese momento el otro agente lo sacó bruscamente al pasillo en dirección al ascensor.

Sintió pánico. No podía pensar. Intentó resistirse, aunque solo consiguió que el policía lo agarrara con más fuerza del brazo.

—No es lo que pensáis —suplicó—. Puedo explicarlo. Me han tendido una trampa. Yo nunca…

El hombre a su lado le respondió en tono cansado:

—Te aseguro que todo lo que digas ya lo hemos oído antes. No creas ni por un segundo que eres diferente de los demás.

Cuando salieron del ascensor, Sven oyó el ruido característico del disparador de una cámara. Instintivamente, se dio la vuelta para averiguar de dónde venía el ruido, pero solo encontró el destello de un flash.

37

Como estaba tiritando de frío, Ali se envolvió en otra manta. Justo cuando se estaba durmiendo, oyó voces fuera. ¿Habría avisado a la policía la periodista que los había visitado? Aparte del estruendo y el temblor de los trenes que pasaban sobre sus cabezas, su refugio era tranquilo. Nunca se acercaba nadie. No había coches. Solo de vez en cuando salía alguna rata a buscar migajas mientras ellos dormían.

En tensión, Ali aguzó el oído. Al cabo de un rato empezó a preguntarse si no se lo habría imaginado. De repente, volvió a oír voces con más claridad que antes. Estaba a punto de darle un codazo a Hamid para despertarlo cuando vio llamas que hacían vibrar el aire en la boca de la cueva. Al principio pensó que sería la luz del amanecer, pero enseguida vio una columna de humo que se elevaba hacia la abertura.

¿Se le habría ocurrido a alguno de los chicos quemar carbón en medio de la noche para calentarse? Ya había pasado antes.

Justo cuando se disponía a sentarse y preguntar a gritos qué ocurría, lo envolvió una densa humareda, como una tormenta en el desierto o un mar embravecido que lo arrasara todo, llenando todas las cavidades. El humo le entró por los ojos y la garganta, y lo obligó a arrastrarse a cuatro patas hacia el interior de la cueva aunque sabía que no había otra salida.

—Hamid, despierta —logró articular entre accesos de tos—. Tenemos que salir de aquí.

Tiró de su amigo, intentando llevarlo consigo, pero el cuerpo del chico, sumido en un sueño profundo, era un peso muerto.

—¿Qué pasa?

Ali sacó un jersey de la mochila y se lo apretó a Hamid contra la cara, gritándole que respirara ahí dentro. Después lo empujó hacia delante, directamente hacia las llamas. El calor era insoportable, pero el ardor del humo en los ojos era casi peor. Sentía como si le hubieran echado ácido en las pupilas.

Hamid rugió y forcejeó.

—¿Qué haces, Ali, qué haces?

—¡Tienes que salir!

Le dio un fuerte empujón y, para su sorpresa, vio que alguien lo cogía por los brazos desde arriba y lo levantaba fuera de la cueva como si no pesara nada. Segundos después también Ali logró trepar y salir. Una vez fuera, sintió que el aire frío lo golpeaba y le quemaba los pulmones.

Mientras trataba de recuperar el aliento, oyó que Hamid gritaba desesperadamente a lo lejos. No podía mirar porque era como si el humo le hubiera vuelto del revés los ojos en las órbitas. Cuando por fin se puso de pie, no vio más que luces parpadeantes como barcos de pesca flotando en un mar negro. Tardó unos instantes en comprender que estaba tan mareado que el mundo entero se balanceaba a su alrededor. Atravesó corriendo las vías y continuó más rápido aún hacia el semáforo en rojo al otro lado de la valla. Le gritó a Hamid en el idioma de ambos, pero, en cuanto oyó el portazo del coche y el ruido del motor acelerando, se dio cuenta de que no había nada que hacer.

Antes de que pudiera pasar por el hueco de la valla, la furgoneta desapareció de su vista.

Hamid ya no estaba. Lo había perdido todo una vez más.

38

Anne llevaba dos días intentando localizar a Sven, pero, siempre que lo llamaba, le saltaba el buzón de voz.

¿Por qué no le cogía el teléfono? ¿Habría descubierto Lisa la verdad y habrían discutido? ¿Estarían en medio de una crisis matrimonial? No era propio de Sven evitar hablar con ella.

En el *Dagbladet* le dijeron que estaba enfermo y, al día siguiente, que se había tomado unos días libres. Estaba atenta por si lo veía pasar por la calle y, cada vez que oía ladrar a un perro, se asomaba a la ventana para ver si era el suyo. Pero nunca era Frozen.

Hasta que no encontrara a Sven, no podría volver a visitar a Ali y a Hamid. La dirección de su nuevo programa, *Días de jardín*, difícilmente tendría interés en entrevistar a dos inmigrantes sin papeles, sospechosos de asesinato y buscados por la policía. Y no le apetecía llamar a uno de sus antiguos colegas de la redacción de noticias, porque ¿cómo iba a explicarle que seguía más interesada en investigar casos de asesinato que en el cuidado de los parterres?

Además, quería hablar con Sven acerca del periodista del *Dagbladet* al que había contactado Hamid. Pero parecía como si se hubiera esfumado. Mientras tanto, Anne canalizaba la energía sobrante y el nerviosismo poniendo la casa en orden para cuando Sally la visitara con su novio.

Las paredes del salón por fin estaban pintadas de un cálido color rojo óxido que le recordaba a la tierra de Kenia y la pequeña casa en Karen, en las afueras de Nairobi, que había alquilado durante una

época feliz de su vida y donde había pasado las Navidades y el Año Nuevo con uno de sus fotógrafos entre misión y misión. Ya que estaba, había pintado también el techo en el mismo tono rojizo. Había sido un impulso, pero el resultado había superado todas las expectativas.

Se puso a abrir una caja de la mudanza tras otra, alegrándose como una niña cada vez que encontraba algún objeto de su vida anterior que olvidaba haber guardado.

El descolorido calcetín de Navidad bordado por su abuela. El carrillón de angelitos, una de las pocas cosas que había dejado su madre antes de marcharse. Los adornos navideños de Sally y sus marcapáginas con los colores verde y blanco del Hammarby IF. Los viejos cuencos de cristal que le había robado a su padre porque le recordaban a las tiendas de golosinas de su infancia y que en Navidad solía adornar con velas y musgo.

Sally siempre había sido la nostálgica de la familia, y Anne no veía la hora de enseñarle su nueva casa en todo su esplendor navideño, aunque estuvieran aún en la primera quincena de diciembre.

Su mayor preocupación era excederse, y lo mismo le pasaba con los regalos. No quería incomodar a su hija con demasiadas cosas ni con algo demasiado caro.

Al final, se había decidido por dos libros: *Crónica de un vendedor de sangre*, de Yu Hua, para Sally, y *La cueva del sol*, de Elias Khoury, para Samir. Ya los tenía pulcramente envueltos en papel de regalo en la cocina.

Había encargado un árbol de Navidad por internet y, justo cuando se disponía a mirar el correo para comprobar la fecha de entrega, sonó el teléfono.

La llamaban de la policía.

—Venga a recoger su coche cuando pueda. De lo contrario, podría acabar en el desguace.

Anne se puso a buscar algo con que escribir.

—Espere un segundo, no cuelgue. Necesito encontrar papel y bolígrafo.

Miró el reloj. Eran las once y unos minutos. Sally y Samir no llegarían hasta las cinco, de modo que aún disponía de varias horas. Si iba a recoger el coche, haría todos los recados con más rapidez en el camino de vuelta. Compraría *baklavas* en la panadería de Naznaz, los mismos a los que la había invitado Abbas. Y también quesos y patés vegetales.

—Muy bien, ya tengo papel y lápiz.

Una hora más tarde, estaba ya en el punto de recogida de coches robados o incautados del puerto industrial. El viento helado que soplaba desde el estrecho le recordó a Anne por qué se había marchado de esa parte de Suecia. En el aro del llavero que llevaba en la mano había una pequeña etiqueta de papel con el número de la matrícula anotado con rotulador negro. Se preguntó si lo habría escrito Abbas.

—Un poco más allá, en la tercera fila —le indicó el hombre que tenía delante, que se subió aún más el cuello del abrigo mientras daba pisotones en el suelo para entrar en calor.

El vehículo estaba asqueroso y alguien había trazado una polla enorme con el dedo en la suciedad del capó, pero para ella fue como volver a ver a un antiguo amigo. Al entrar y sentarse al volante, la envolvió el maravilloso olor a coche viejo. Sobre el salpicadero encontró una tuerca de seguridad para ruedas y un recibo escrito a mano que alguien, probablemente Abbas, le había dejado. «Sparco

Assetto Gara negro mate», rezaba la nota, escrita con bonita caligrafía.

Firmó la recogida del vehículo, giró en dirección a la verja de entrada y salió por Nobelvägen hacia Seved y Sofielund. Sabía que tendría que pasar por el lavadero de coches, pero antes hizo un desvío para comprar *baklavas* y aprovechó para hacerse con un poco de azúcar bosnio más abajo, en la misma calle, en una tienda donde también encontró dátiles y unos higos fantásticos que le envolvieron en papel brillante con motivos navideños.

Cuando finalmente salió del aparcamiento, llevaba en el maletero dos bolsas repletas de delicias que no había podido resistirse a comprar.

Según pudo ver en el móvil, había un autolavado en Emilstorp, de modo que, al llegar a Lönngatan, giró a la izquierda en lugar de hacerlo a la derecha. Enseguida recordó que diciembre no era el mejor momento para lavar el coche al aire libre. Estaba completamente sola allí.

Comprendía que no era del todo sano emocionarse hasta tal punto por el hecho de lavar con champú un objeto inanimado, pero sintió una profunda satisfacción interior al dirigir el chorro de alta presión hacia el naranja de la pintura.

Al salir del autolavado, cayó en la cuenta de que estaba cerca del lugar donde había hablado con los chicos afganos y se dijo que llevaba en el maletero mucha más comida de la que Sally, Samir y ella podrían consumir jamás.

Estacionó el coche en la calle, pasó algunas cosas de una bolsa a otra y se metió con esta última a través de la abertura de la valla, detrás del descampado lleno de materiales de construcción abandonados.

Cuando solo había recorrido unos cuantos metros, se percató de que algo no iba bien. Al otro lado de las vías, justo donde estaba la entrada de la cueva, había un montón de cosas quemadas. No había nadie a la vista. Observó que algunas partes de la pared estaban chamuscadas y que la nieve se había fundido en una extensión bastante amplia.

—¿Hola?

El silencio era total.

—¿Hay alguien?

Nadie le respondió. A lo lejos se oía el ruido de la ciudad. Pero allí, junto a las vías, reinaba un silencio que en otras zonas solo era propio de la noche: la sensación de que era posible oír a alguien toser o dar un portazo incluso a mil metros de distancia.

Se acercó y hurgó en el montón de restos carbonizados. Era difícil ver qué habían sido antes. Sacos de dormir probablemente. Trozos de tela y plástico derretido.

Encendió la linterna del móvil y la dirigió hacia el interior del refugio.

—¿Hola? —probó una vez más.

Estaba a punto de darse por vencida y marcharse cuando le pareció oír un débil eco dentro de la cueva.

Apuntó de nuevo la luz de la linterna hacia el interior con la sensación de que el ruido no procedía de muy lejos.

—¿Hay alguien ahí?

Entonces lo volvió a oír. ¿Sería un animal? ¿Una persona? No podía saltar por la abertura sin antes averiguarlo. Se agachó y preguntó otra vez:

—¡Hola! ¿Hay alguien ahí?

En ese momento tuvo una idea. Se tumbó boca abajo, aliviada al sentir que el suelo estaba firme y frío. Si el fuego había ardido en

ese punto, al menos no había sido en las últimas horas.

Activó el modo de vídeo de la cámara del móvil. Estiró el brazo por debajo de la abertura al tiempo que intentaba dirigir el teléfono hacia las penumbras subterráneas.

Después levantó el brazo y miró lo que acababa de grabar.

Aunque era casi imposible distinguir nada, comprendió de dónde venía el ruido. El corazón le latía con tanta fuerza que lo sentía en los oídos.

Había alguien allí dentro, un chico. Soltando una maldición, se preguntó qué iba a hacer ahora. Lo más aconsejable habría sido llamar a una ambulancia y a la policía, pero les había prometido a los muchachos no revelar su paradero. Aun así, si había una vida en peligro…

Echó una mirada rápida a su alrededor y tomó una decisión. Bajó las piernas por el agujero, tal como había aprendido la última vez, y se agachó junto al chico.

Era el mayor, el que se llamaba Ali. Tenía la piel gris ceniza y los ojos pálidos y lechosos como un pez abandonado demasiado tiempo al sol. Le salía espuma por la boca, y en la barbilla y el cuello tenía algo que parecía moho.

—Ali, soy yo, Anne. Estuve aquí el otro día. Tengo que llamar a un médico para que te ayude.

—No médico —dijo el muchacho.

—No puedes quedarte aquí. Te morirás.

—Hamid —susurró el chico.

—¿Dónde está?

—Se lo han llevado.

—¿Quién? ¿Quién se lo ha llevado?

—Esos tipos. Los que le prendieron fuego a todo.

Anne intentó reflexionar. ¿Qué clase de hombres se habrían presentado como alimañas en medio de la noche para llevarse a Hamid? ¿Quiénes serían? ¿Habría riesgo de que volvieran?

—Ali, tiene que verte un médico.

—Busca a Hamid.

Anne se acercó a la boca de la cueva, salió al exterior y dejó que el aire frío le llenara los pulmones. Intentó llamar a Sven, pero no respondió. ¿Qué estaría haciendo? ¿La habría bloqueado? Colgó y buscó entre sus contactos el que ponía «Papá».

—Contesta, contesta, contesta… —murmuró mientras oía sonar el teléfono fijo de la granja de su padre.

Por fin la tranquilizó escuchar su voz al otro lado de la línea.

—¿Sí?

—Papá, soy yo, Anne. Necesito que vengas.

Desde que tenía memoria, el hombre siempre le había dado seguridad. Se había visto obligado a ser un padre y una madre para ella, y, aunque su abuela también había estado presente, había sido la más severa y estricta de los dos, poco propensa a los mimos.

Era su padre quien acudía con leche y galletas cuando ella, de adolescente, se encerraba en su habitación tras una discusión. Era él quien la entretenía con juegos en el jardín cuando se quejaba de que se aburría y quien la ayudaba con los deberes de matemáticas. Nadie más que él. Era lo normal para ella. Nunca se había parado a pensar en cómo serían los padres que podían permitirse ser solo padres.

Se sentó a esperarlo en el coche y lo saludó aliviada cuando hora y media más tarde vio aparecer el viejo Toyota en el polígono industrial. Al verlo apearse, se sorprendió de lo mucho que había envejecido.

A sus setenta y ocho años, ya no tenía edad para atender ese tipo de llamadas. El anciano abrió el maletero y sacó una gran manta para caballos.

—He pensado que quizá podríamos envolver al pobre chico en esto para que sea más fácil cargarlo. —Señaló las correas de cuero de la manta—. Por cierto, he llamado a Gusten. No sé si nos podrá ayudar, pero estará en casa cuando lleguemos.

—Gracias. No sabía a quién recurrir.

—Sí, yo ya estoy viejo para estas cosas. Y Gusten también.

El anciano siguió refunfuñando un poco, pero Anne notó que no estaba enfadado. Se dirigieron juntos hacia las vías, con ella por delante, indicando el camino. Aunque su padre nunca había participado en política, cuando un partido xenófobo había ganado las elecciones municipales en la pequeña localidad de Sjöbo, había llamado a todos sus vecinos y conocidos, y los había reunido en la cocina de su casa para tomar café y organizarse.

Después de aquello, algunos habían dejado de saludarlo, pero de la reunión habían surgido nuevas amistades. Gusten era uno de los que desde entonces se habían convertido en amigos íntimos de la familia. Debía de tener más de ochenta años. Era médico y llevaba mucho tiempo jubilado.

Con la ayuda de la manta, consiguieron sacar a Ali de la cueva y arrastrarlo hasta el coche. No pesaba mucho, pero el hedor era insoportable. Lo levantaron y lograron depositarlo en el asiento trasero del Toyota del padre de Anne.

—Sígueme con tu coche. Nos vemos en casa.

—¿Seguro? ¿No quieres que vaya contigo?

—Seguro.

Tomaron el camino que pasaba por Staffanstorp y Dalby, casi una hora de carretera. Los pensamientos se arremolinaban en la mente

de Anne, que avanzaba sin perder de vista las luces traseras del Toyota.

¿Dónde estaría Hamid? ¿Podía ser que Ali se lo hubiera imaginado todo, confundido por el mono de la heroína? Pero enseguida recordó el montón de restos carbonizados y la pared manchada de hollín.

El paisaje iba cambiando a su alrededor. En ocasiones la carretera parecía conducir directamente hacia el cielo por encima de los campos y otras volvía a extenderse como una llanura frente a ella. ¿Cuántas veces había recorrido ese mismo camino de regreso a casa?

Oyó que su teléfono sonaba furiosamente dentro del bolso que había dejado en el suelo, en el lado del acompañante. Pero no podía agacharse para recogerlo y se tranquilizó pensando que su padre ni siquiera tenía móvil, por lo que no podía ser él.

Si era Sven, tendría que esperar.

Una señal le indicó que faltaban nueve kilómetros para Lövestad. Ya casi habían llegado.

Había comenzado a anochecer y de repente fue como si la realidad cayera sobre ella junto con la oscuridad. ¿Cómo había podido tener semejante idea? ¿Dejar a su padre con un heroinómano buscado por asesinato?

Por otro lado, la granja era el lugar más seguro donde esconderlo. Nunca lo buscarían allí, a setenta kilómetros de Malmö. Anne no tenía ningún vínculo con Ali ni con Hamid. Y la granja estaba en un sitio aislado. Nadie que no conociera a su padre pasaba por allí.

Gusten ya los estaba esperando delante de la casa cuando entraron por el sendero.

—Está ahí, en el asiento trasero. —El padre de Anne señaló al chico con un movimiento de la cabeza.

Si Gusten se sorprendió por lo que vio, no lo demostró. Levantó con cuidado la manta y palpó el cuerpo del muchacho.

—Debe de llevar así bastante tiempo. Diría que unos tres o cuatro días. No será fácil, aunque seguramente lo peor ya ha pasado. Si tenéis un colchón del que podáis prescindir, estará bien. Intentaremos rehidratarlo y nutrirlo un poco. Anne, ¿puedes ver si hay algo de ropa limpia para prestarle? Después solo habrá que dejarlo descansar y darle tiempo. Normalmente suelen recuperarse al cabo de una semana. Pero, como ya he dicho, creo que lo peor ya lo ha superado él solo. Debe de haber sido un infierno. Pasar el síndrome de abstinencia sin ningún tipo de ayuda es algo que no le desearía ni a mi peor enemigo.

Entre todos consiguieron llevar a Ali al interior de la casa, subir la escalera y dejarlo en la antigua habitación de servicio.

—Cuando hayas encontrado esa ropa, ¿podrías ir a preparar un poco de café? —le preguntó Gusten a Anne.

Ella lo miró escéptica.

—¿Café? ¿De verdad es buena idea?

—Es para nosotros —replicó el viejo médico—. Creo que vamos a necesitarlo.

Anne obedeció, pero, antes de encender la cafetera, se dio cuenta de que quizá debería mirar el móvil, que había dejado en el coche.

Se puso las viejas zapatillas de su abuela y salió a buscarlo. En cuanto lo encontró, se dispuso a regresar a la casa.

Siete llamadas perdidas. Miró la pantalla, desconcertada. Todas eran de Sally.

La sensación de ansiedad fue tan intensa que la obligó a pararse en seco en mitad del sendero. Echó un vistazo al reloj mientras su cerebro intentaba asimilar la realidad. Era tardísimo. Había vuelto a defraudar a su hija.

Se quedó en cuclillas en el jardín delantero, incapaz de moverse. Se imaginó a Sally y a Samir en los peldaños de su casa en Kirseberg, delante de la puerta. ¿Cuánto tiempo habrían esperado antes de darse por vencidos, antes de comprender que ella no estaba en casa?

Después de todo lo que había dicho acerca de lo mucho que significaba para ella la visita de su hija. Después de insistir en que todo sería diferente.

Siete llamadas perdidas.

Pulsó el nombre de Sally en la pantalla del móvil, pero no obtuvo respuesta.

¿Cómo se lo habría explicado su hija a Samir? «Mi madre es una narcisista adicta al trabajo que nunca ha sabido mantener una promesa».

Había sido su última oportunidad.

La angustia de haber defraudado a Sally era tan profunda que hubiese querido desaparecer del mundo. Su hija nunca lo entendería. No era que se le hubiera pasado la hora, sino que había llegado veinte años tarde.

—¿Anne?

Su padre había salido a la puerta y la miraba desde lo alto de los peldaños.

—Estoy bien.

—¿Puedes ir al establo y coger el botiquín grande?

—Ahora voy.

Lo miró con una sonrisa tranquila y confiada. Sabía que era experta en aparentar control sobre la situación aunque el mundo entero se estuviera desmoronando a su alrededor.

En el establo, probó otra vez a llamar a Sally, pero le saltó el buzón de voz. Entonces le escribió un mensaje:

Mi querida, queridísima Sally,
¿puedes llamarme, por favor?
Puedo explicártelo.

Le habría gustado retroceder en el tiempo. No haber ido a lavar el coche. No haber encontrado a Ali. O simplemente haber llamado a una ambulancia y haberse desentendido de lo que pasara después.

Llamó a Sven, pero también le saltó el buzón de voz. Buscó el botiquín de primeros auxilios en el establo, lo encontró y salió otra vez al patio azotado por el viento despiadado de Skåne.

39

Patrik parecía cansado y Sven se preguntaba si sería él el culpable de la falta de sueño de su jefe. El ordenador estaba encendido sobre el escritorio, de modo que podía verse en la pantalla el titular de uno de los periódicos de la tarde: «Periodista estrella detenido por consumo de prostitución».

—Siéntate.

Sven giró un poco el ordenador para ver mejor la pantalla.

—«Periodista estrella» es un poco exagerado, aunque hay que reconocer que el reportaje sobre el cuchillo de mantequilla fue un bombazo.

—Sven, por favor…

—Lo siento, no sé qué decir. Todo esto es demasiado jodido. Mi vida se está viniendo abajo, pero todavía no lo he asimilado del todo y un poco de humor siempre ayuda.

—Hay más —dijo Patrik secamente.

—Ya veo.

El periódico sensacionalista había publicado una serie de artículos y de fotos en las que se veía a un hombre vestido con una parka verde, vaqueros y deportivas, con el rostro pixelado, entre dos policías de paisano que lo empujaban con brusquedad. La insistencia de Lisa en que se pusiera de vez en cuando algo diferente y no llevara siempre la misma ropa y las mismas zapatillas le pareció de pronto terriblemente acertada.

Evitó bajar la vista a su calzado.

—Voy a tener que interrumpir todo contacto contigo mientras te estén investigando —continuó Patrik.

—Joder, Patrik, ¿no te habrás creído que…?

—Yo no me he creído nada, Sven. Soy demasiado viejo y cínico para eso.

Sven echó un vistazo al texto del periódico destacado en negrita.

> La redada policial sorprendió in fraganti a un cliente de la prostitución. Se trata de un periodista del sur de Suecia, autor de varios reportajes de gran repercusión sobre la explotación de personas vulnerables.

También había una entrevista a uno de los policías de paisano:

> Los clientes pertenecen a todas las clases sociales. Algunos incluso son padres de niños pequeños que llevan sillas de bebé en el asiento delantero del coche.

Sven se obligó a seguir leyendo. Un poco más abajo aparecían las declaraciones de la chica. No se le veía la cara, pero lo poco que se apreciaba era suficiente para notar que era muy joven.

> «¿Puedes describir cómo son esos encuentros?».
>
> «Hay de todo. Algunos quieren follarte sin condón. Otros te dicen que tienes la edad de su hija. Otros te quieren estrangular mientras lo hacen. Y cosas así».

Sven volvió a girar el ordenador hacia Patrik, que parecía estar sufriendo un golpe de calor en pleno invierno.

—No sé qué decir —repitió—, aparte de lo que ya he dicho. La chica me escribió por Signal. Parecía estar al tanto de todo. Sabía, por ejemplo, que yo había estado preguntando por la lista de nombres de Rebecca. Como había hablado con mucha gente, supuse que mi trabajo comenzaba a dar sus frutos. Pero, al notarla asustada, quise actuar con prudencia y le propuse encontrarnos en el Scandic Kramer. Yo no compro sexo ni lo he hecho nunca.

—¿Y las pruebas que mencionan? ¿Las que hallaron en la habitación?

—Debió de plantarlas ella. Usó el baño justo antes de irse. No supe que habían encontrado esas cosas hasta que me interrogaron.

—¿Tienes los mensajes que te escribió la chica? Estaría bien poder demostrar que fue ella la que te contactó y no a la inversa.

—No, porque se han borrado.

Patrik dejó escapar un suspiro.

—Lo que faltaba. ¿Qué sabes de la joven?

—Nada.

De haber sido otro tipo de jefe, Patrik se habría puesto a gritarle y a recriminarle que fuera por ahí reservando habitaciones para fuentes anónimas sin pedirle permiso. Pero no era de los que hacían leña del árbol caído. Juntó las manos sobre el escritorio y se inclinó hacia Sven.

—Debes de haberte topado con algo muy gordo si alguien se ha tomado la molestia de amañar algo así. ¿A quién has incomodado? ¿Quién podría estar detrás? ¿Por qué quieren quitarte de en medio?

—No lo sé. ¿Nico Adams quizá? Él sabe que estoy al tanto de su aventura con Rebecca y que lo vi pasar en coche por la esquina de su casa la noche de su muerte. Por otro lado, respondió con sorprendente franqueza a todas mis preguntas y me dio explicaciones que bien podrían ser ciertas, o al menos yo no he sido capaz de desmentirlas. Así que, en realidad, no debería sentirse amenazado. Sin embargo, todo el tiempo he tenido la sensación de que está ocultando algo, aunque no sé qué es.

—De acuerdo —dijo Patrik—, pero también podría ser que el personal del hotel actuara por propia iniciativa al ver que esa chica subía a tu habitación. Si se dedica a la prostitución, es posible que la reconocieran.

—Hay algo más que quizá deberías saber —añadió Sven—. Cuando volví a casa la otra noche, encontré una pieza de ajedrez

sobre uno de los postes del portón de la entrada. Una reina negra. Al principio no le di importancia, pero después he pensado que pudo ser algún tipo de amenaza. Esa misma noche recibí el mensaje de la chica, en el que me decía que quería hablar conmigo.

—¿Por qué no lo comunicaste? Sabes perfectamente que debemos informar al departamento de seguridad de cualquier amenaza. Son ellos los que deciden si hay que avisar a la policía, no tú. Ahora mismo llamo al responsable.

Sven asintió y se levantó de la silla.

—¿Adónde vas? —preguntó Patrik.

—A comprarme otros zapatos.

Evitando las miradas de sus compañeros, Sven caminó hacia los ascensores. Nadie le dirigió la palabra en todo el camino, y eso era lo peor que podía pasar. Ni siquiera se atrevían a hacerle una broma.

Torkel habría sabido qué decir. Le habría soltado algo terriblemente grosero e inapropiado. De repente, Sven lamentó su ausencia más que nunca.

Le envió un mensaje a Lisa:

Haré lo posible para estar en casa cuando los niños vuelvan del colegio.

No soportaba la idea de regresar todavía. Vagó sin rumbo por las tiendas de la calle peatonal y se compró un par de botas y un abrigo nuevo, un poco caro. Se dijo que lo había elegido por ser grande y cálido, no porque tuviera una capucha enorme que podría dejar caer sobre la cara y así desaparecer.

—¿Te habían encerrado en una jaula del zoo, papá? —preguntó Hugo aquella noche cuando Lisa y él reunieron a los niños en el sofá para explicarles lo ocurrido.

Lisa lo corrigió.

—No, chiquitín. En el zoo no. En la comisaría. Pero papá no ha hecho nada malo.

Nadie se rio del malentendido. Ellen ni siquiera había querido salir de su habitación y Nils se quedó en silencio, mirándose las manos, hasta que por fin dijo:

—Te creo. ¿Puedo irme ya?

Sven y Lisa permanecieron sentados en medio de un silencio que les pareció ensordecedor precisamente porque nunca había tanta quietud cuando estaban todos en casa.

40

Anne cogió el coche de su padre para ir al pueblo, en parte porque el viejo Toyota tenía más espacio; en parte porque los vecinos ya hablaban lo suficiente sobre la hija de Arne que se había marchado a Estocolmo y se había hecho demasiado famosa como para presentarse en el pueblo al volante de un deportivo.

Aparcó en la calle delante de Hanssons, la pequeña tienda de alimentación que solía frecuentar su abuela. Temía llegar un día al pueblo y descubrir que había desaparecido, barrida por la competencia de las grandes superficies de Sjöbo. Pero seguía resistiendo en el mismo sitio que ocupaba desde los años cincuenta, en el edificio donde antes había habido un hotel.

Debajo de un gran rótulo que rezaba LO MEJOR, A UN PASO DE CASA y de un cartel con la oferta de la semana (tabletas de chocolate a dieciocho coronas), Anne reparó en las portadas de los periódicos a la venta.

En todas aparecía la foto de un hombre que levantaba una mano hacia el fotógrafo mientras caminaba por lo que parecía un largo pasillo de hotel. Al principio no consiguió entender lo que estaba viendo. Parecía una broma de despedida de soltero o de fin de carrera.

Daba igual que la cara estuviera pixelada o que la imagen del pasillo fuera borrosa y oscura. Anne lo reconoció enseguida por los zapatos, la ropa, la postura, las manos… Por improbable que pudiera parecer, ese hombre era Sven.

De repente, todo cobró sentido. Por eso no le devolvía las llamadas desde hacía varios días. Por eso le habían dicho en el periódico que se había tomado unos días libres y no le habían dado ninguna información de cuándo volvería.

Cogió el móvil y lo buscó entre sus contactos con manos temblorosas. Le saltó directamente el buzón de voz, igual que antes. Entonces le escribió un mensaje de texto:

Sven, llámame.

Pulsó el botón de «Enviar».

Lo leyó y enseguida mandó otro más:

Un abrazo.

Después se puso nerviosa. ¿Y si era verdad lo que decían los periódicos? ¿Y si no había sido un malentendido? Se quedó paralizada en la acera, incapaz de recordar para qué había ido al pueblo. Sven. Un putero.

Intentó imaginar que era cierto, que él, un padre de familia aburrido, deseoso de algo más emocionante que un proyecto de reforma del baño y harto de conflictos con sus hijos adolescentes, había ido a un hotel en busca de sexo.

Recordó un reportaje que su colega Pavel había hecho varios años antes y lo impactante que había sido para ella leer los mensajes que intercambiaban los clientes con las mujeres precisamente por tratarse de padres de familia como tantos otros.

Pavel lo llamaba «psicología de la novia». Contaba que los suecos enviaban a las prostitutas el mismo tipo de mensajes que a sus novias, quizá para legitimar la relación y normalizarla ante sí mismos. «¿Qué tal estás? Qué horror de tiempo hemos tenido todo

el fin de semana. ¿Te viene bien una mamada rápida a las cinco en mi despacho del centro cívico?».

Recordó las imágenes captadas durante las redadas policiales. Volvos con sillitas de bebé en el asiento delantero. Hombres de traje, o con pinta de hípsteres, o con ropa de trabajo como si acabaran de salir de una obra.

¿Por qué no podía ser Sven uno de ellos? ¿No tenían también todos esos hombres esposas, amigas y exnovias que se negaban a creer que fuera verdad hasta que la realidad las forzaba a creérselo?

Esperó a que Sven le devolviera la llamada, pero después de una eternidad, que en realidad debieron de ser unos minutos, se obligó a entrar en la tienda. Aunque llevaba una lista de la compra, se puso a vagar sin rumbo entre las estanterías, incapaz de decidirse por nada.

—¿Anne…?

Levantó la vista y vio delante de ella a una mujer mayor con una cesta y una sonrisa vacilante. Era la copia exacta de la madre de Diana, una antigua compañera suya de clase. Se sintió como si hubiera retrocedido en el tiempo.

—¿Diana?

—¡Ya decía yo que tenías que ser tú! Se lo estaba diciendo a mi marido: ¡es Anne! —La mujer llamó a un hombre que se había quedado un poco más lejos—. ¡Lasse, ven a saludar a Anne!

—¿Todavía vives aquí? —le preguntó ella por decir algo.

—No, por Dios, vivimos en Alvestad desde hace siglos. Pero mi madre ha fallecido y hemos venido al pueblo a arreglar el tema de la herencia y todo eso.

—Lo siento mucho. La recuerdo bien.

—No ha sido un drama, en realidad. Llevaba mucho tiempo enferma. Vivía desde hace años en una residencia de Sjöbo.

Anne recordó la casa de Diana y su familia. Había entrado una sola vez, cuando estaba vendiendo números de lotería y la madre de Diana la hizo pasar mientras buscaba cambio. Le vino a la memoria su adolescencia. Las tardes de verano, cuando pasaba en bicicleta por delante de esa casa y le llegaban risas y música desde el interior. Y cómo se lo imaginaba todo.

La habitación de Diana. El sótano, con una barra como de bar, del que hablaban a veces los otros chicos de la clase después del fin de semana.

—¡Ven, Lasse! ¿Dónde te has metido? Aquí está Anne, la misma de la que te he hablado tantas veces. ¡Qué bien lo pasábamos! ¡Cómo nos divertíamos! ¿Has venido al pueblo por Navidad?

—Sí…, bueno, no. Ya veremos. Ahora estoy de visita en casa de mi padre. No sé cuánto tiempo me quedaré.

Para tratar de zafarse, Anne hizo como que miraba las estanterías.

—Estaba buscando sopas. De esas que vienen en lata. ¿Sabes cuáles digo?

—No sé, por allá, me parece.

—Bueno, creo que debería… Porque, si no, mi padre empezará a preocuparse.

—Sí, claro. No te molesto más.

Anne se apresuró a buscar el resto de los artículos de la lista. Al acercarse a la caja, vio que Diana estaba esperando para pagar.

—Lo conoces, ¿verdad? —le dijo la mujer, señalando las portadas de los periódicos.

Anne se quedó paralizada. Por una fracción de segundo, pensó que se refería a que Sven era su ex y por eso debía conocerlo. Pero

enseguida comprendió que lo decía porque se trataba de un reportero famoso, un «periodista estrella».

—No, realmente no —mintió.

—Ya no se puede confiar en nadie. Parece mentira: ¡un hombre con tres hijos! ¿Y has visto a la chica? No debe de tener más de trece años. ¡Qué asco da todo!

«Diecisiete», estuvo a punto de replicar Anne, pero no dijo nada.

Volvió a sentir un intenso malestar en el pecho mientras esperaba a que Diana pagara y saliera de la tienda. Después cogió un ejemplar de cada uno de los periódicos y los dejó sobre la cinta de la caja.

Ya en el coche, hojeó a toda prisa los artículos. Habría querido volver a Malmö y preguntárselo directamente a Sven. Pero su padre estaba solo con Ali, que aún se estaba recuperando del brutal síndrome de abstinencia, por lo que estaba obligada a quedarse en Lövestad por lo menos unos días más.

Gusten había pasado por la casa el día anterior a ver al muchacho y les había advertido que siempre existía un riesgo de recaída tras dejar la droga de manera brusca y radical, como había hecho Ali.

—No hay que confiarse una vez superado lo peor. Sería una pena que todo haya sido en vano después de pasar por un infierno. En ese sentido, Lövestad es un buen lugar. Aquí no es fácil conseguir heroína.

Habían trasladado a Ali a la antigua habitación de Anne, en la planta alta, y ella se había instalado en el que había sido el dormitorio de su abuela, al lado del cuarto de su padre, en el piso de abajo. Pero le era imposible dormir. Por la noche se quedaba escuchando el sonoro tictac del reloj de pared y contemplando el cuadro que tanto

le gustaba cuando era niña: el camino que serpenteaba a través de un paisaje exótico de verdes colinas delante de un tormentoso mar azul que se divisaba a lo lejos.

Tumbada en la cama, atenta a los ruidos de fuera y del piso de arriba, solo podía esperar a que fuera la hora de llamar a Bea para preguntarle cómo avanzaba la investigación policial acerca de Ali y Hamid.

¿Y si algún vecino avisaba a la policía? ¿Y si su padre acababa en la cárcel por ayudar a Ali a esconderse? También se preguntaba dónde estaría Hamid. ¿Quién se lo habría llevado y por qué? Necesitaba tener una larga conversación con Ali en cuanto el muchacho estuviera en condiciones de hablar.

Le parecía ver delante de sí la cara de Hamid durante su primera visita al escondite debajo de las vías. Recordaba sus ojos llenos de esperanza, como si por fin hubiera encontrado a otra persona igual de sobria que él, capaz de echarle una mano para sacar adelante a todos los que ya no podían ayudarse a sí mismos.

A las cinco, oyó con alivio que su padre salía a atender a los animales, y a las siete intentó contactar con Bea, que le devolvió la llamada media hora más tarde.

Se oyó un zumbido al otro lado de la línea y la puerta de un coche que se cerraba de golpe.

—¿Puedes hablar?

—Sí, pero solo un minuto. Tengo que salir y estaré fuera todo el día.

—¿Alguna novedad en la búsqueda de esos chicos sospechosos de asesinato?

—Un momento, voy a alejarme un poco.

Anne oyó ruido de pasos y después Bea volvió a hablarle.

—No hay mucho que decir. Han enviado sus fotos a todas las patrullas. Y también a los albergues, comedores y centros de ocio. El control fronterizo de Lernacken ya ha sido alertado. Desde hace unos días, también se han mandado los datos a todos los países del espacio Schengen.

—Vaya despliegue. ¿Y no hay rastros?

—Al principio los localizaron dentro de la zona de Norra Grängesberg, pero desde entonces es como si se los hubiera tragado la tierra. No es fácil conseguir que la gente hable. Aun así, un informante anónimo ha dicho que están armados. Las patrullas están al tanto. Les han ordenado que extremen las precauciones en caso de detención.

—Que disparen primero y pregunten después, ¿no? —repuso Anne.

—Que prioricen los métodos más seguros por encima de los más arriesgados —la corrigió secamente Bea.

Anne guardó silencio.

—¿Por qué tengo la sensación de que sabes más que yo? —dijo la oficial de policía al cabo de unos segundos, dejando la pregunta en el aire.

—No lo sé —respondió Anne justo cuando oyó que alguien empezaba a moverse en el piso de arriba—. Tengo que colgar. Pero te agradezco que me hayas llamado una vez más.

—De nada.

En ese momento su padre asomó la cabeza por la puerta.

—¿Vienes a desayunar? Estoy haciendo café.

—Ahora voy. ¿Cómo está Ali?

—Ha pasado la noche tranquilo. Acabo de ir a verlo.

—Hago una llamada más y voy a desayunar.

Anne buscó los datos de contacto de William Olsson en la web del *Dagbladet*. Lo llamó, oyó un par de tonos y enseguida le contestó lo que parecía una grabación.

—Buenos días. Se ha puesto usted en contacto con William Olsson.

Anne esperó unos segundos a que sonara el pitido para dejar su mensaje.

—¿Sí?

—¡Ah, hola, perdón! Pensé que era… Creía que había saltado el buzón de voz. Me llamo Anne Suyin y soy una antigua colega de Sven Nygren. He seguido con gran interés tu cobertura del asesinato de Rebecca Rönn y…

William la interrumpió.

—¡Ah, qué guay! Ya sé quién eres, por supuesto. Si es por algo de la tele, cuenta conmigo. Estoy a tu entera disposición.

Anne echó un vistazo a la firma y la foto de William en la web del periódico y sintió un intenso cansancio. Intentó controlar la voz para que no se le notara.

—Te lo agradezco muchísimo, pero de momento solo quiero hablar un poco. He oído que te llamaron esos chicos buscados por asesinato. Que se pusieron en contacto contigo, al menos uno de ellos.

Se hizo un silencio.

—Parece muy emocionante, ¿no? —comentó Anne.

El silencio se prolongó.

—William, ¿sigues ahí?

—Sí, aquí estoy. Es solo que… ¿Te lo ha contado Sven?

—Tengo una información que podría interesarte —replicó Anne sin responder a la pregunta—. Me han llegado rumores de que alguien ha puesto precio a la cabeza de esos muchachos. Pero no la policía.

Por eso me interesan esos contactos tuyos. Me gustaría saber qué te han dicho, si los has visto o has hablado con ellos. Obviamente, no tienes que contarme nada que no te parezca oportuno decirme. Pero me resultaría muy útil saber qué piensas, ya que nadie se ha empapado tanto como tú en esta historia —añadió para halagar su ego.

—No entiendo muy bien qué me estás pidiendo.

—¿Has hablado con ellos?

—Es cierto que hubo un contacto.

—¿Hubo un contacto?

Anne dejó escapar un suspiro de exasperación ante la falta de respuesta de William.

—No te estoy pidiendo que reveles ninguna de tus fuentes, William. Pero, si has hablado con ese tipo, podría ser importante lo que te estoy diciendo. Tengo razones para creer que su vida corre peligro.

—Surgieron otras cosas y…

—¿No llegaste a reunirte con él?

—Correcto.

—¿Al menos has hablado con él por teléfono?

—Ya te he dicho que surgieron otras cosas.

Anne recordó lo que había dicho Hamid: que se había puesto en contacto con William para señalarle que sus artículos se basaban en una serie de malentendidos. Siendo así, el joven periodista no debía de tener mucha prisa por escucharlo. Y el riesgo de que alguien más prestara oídos a un inmigrante sin papeles buscado por la policía era mínimo.

Endureció el tono.

—Ese chico contactó contigo para decirte que había detalles de tu historia que no se correspondían con la realidad. ¿No sentiste

curiosidad? ¿No te pareció importante averiguar cuáles eran?

—¿Sentí curiosidad al recibir la llamada de un sospechoso de asesinato que quería proclamar su inocencia? Claro que sí. Me habría encantado reunirme con él. Pero antes habría tenido que consultar con el departamento de seguridad. Y, como ya te he dicho, estuve muy ocupado esa semana: la BBC y unas cuantas cosas más. Tampoco hay nada que indique que el periódico se haya equivocado en su enfoque de la noticia. Si tienes alguna crítica concreta, dímelo. Si no, creo que no tenemos nada más que hablar.

—No pretendo destrozarte la historia, William, ni tampoco contradecir nada que haya publicado el *Dagbladet*. Espero que eso te quede claro. Pero me ha llegado información muy preocupante que me hace pensar que este asunto es mucho más complicado de lo que parece y que hay vidas en peligro. Eso es todo.

—Entonces te deseo un buen día. —El joven intentó decirlo en tono educado, pero estuvo a punto de quebrársele la voz en un falsete por el nerviosismo.

—William, solo quiero hablar contigo.

Pero William Olsson ya había colgado.

Anne fue a reunirse con su padre en la cocina.

—No malinterpretes lo que voy a decirte —le dijo el anciano—. Me encanta tenerte en casa, pero estás todo el tiempo yendo y viniendo como una vaquilla a punto de parir. Me pones nervioso. ¿No sería mejor que te fueras unos días a tu casa y te ocuparas de lo que tienes que hacer? Gusten y yo nos bastamos para atender al muchacho.

Anne se dejó caer en una silla y por fin se lo contó todo a su padre. Sobre el divorcio, sobre Sally y su error garrafal, y sobre Sven.

Después levantó la vista y lo miró a los ojos con expresión desolada.

—No te preocupes —trató de consolarla él—. En cuanto a Sally, ya verás que volverá. ¿Recuerdas cuando te fuiste a Senegal y estuviste seis meses sin dar señales de vida?

—No. ¿Tan malo fue?

—Bastante. Tu abuela estuvo varios meses casi sin poder dormir.

—Pero esto es diferente.

—No seas tan severa contigo. Sally es joven y tú eres su madre. Eso no cambiará. Es una de las ventajas de ser padre o madre. Siempre tienes más oportunidades.

—Creo que yo ya he agotado las mías.

—Las cosas no funcionan así.

Anne bebió un sorbo de café e hizo una mueca.

—Está frío.

—Sí, lleva un rato esperándote.

—Lo siento —replicó, y apoyó la cabeza sobre la mesa.

—Vete a casa —le dijo su padre—. Busca a Sven y haz lo que tengas que hacer. Pero no pierdas el norte. Prepararé más café mientras haces la maleta.

41

La última vez que había visitado la parte de Kirseberg donde vivía Sven, estaba oscuro. A la luz del día, era fácil apreciar el idílico atractivo de las casitas rodeadas de árboles frutales. Las calles le recordaban a algunas áreas de Estocolmo a las que solían mudarse músicos y periodistas cuando tenían hijos.

Eso si podían permitírselo, claro. La zona era una especie de reserva para los que arrugaban la nariz ante la ropa de marca y otros signos externos de estatus, aunque allí las marcas simplemente eran otras: ropa Polarn O. Pyret y zapatos Kavat para los niños, témperas al huevo para pintar y bricolaje para los padres. Los jardines parecían naturales, aunque lo eran tanto como una cuidada barba de tres días o una cabellera rociada con agua salada. Un estudiado descuido.

Anne aparcó en la calle. En el sendero de entrada había una vieja bicicleta de niño, pero no parecía haber nadie en casa. Todo se veía apagado y vacío.

Oyó un coche por detrás y se subió a la estrecha acera para dejarlo pasar. Solo cuando estuvo a su lado, se dio cuenta de que dentro venía Sven, que enseguida levantó la mano para saludarla antes de girar hacia la entrada de su casa. Anne habría querido salir huyendo. Sin embargo, se quedó quieta y esperó.

Después de lo que se le antojó una eternidad, finalmente Sven salió del coche con una bolsa en una mano y un manojo de llaves en la otra.

Parecía estresado o quizá sometido a cierta presión, como si se hubiera encontrado con un vecino al que quería evitar y se viera obligado a inventarse una excusa para deshacerse de él cuanto antes.

—¡Anne!

—Sven. —Anne se sintió estúpida e insegura, como si la hubiera pillado en falta—. He intentado llamarte varias veces. También te he mandado varios mensajes.

—Perdona.

Sven dejó la bolsa sobre el techo del coche y fue a abrir la puerta trasera para dejar salir a Frozen, que bajó alegremente y fue a saludar a Anne.

—¿Has visto mis mensajes?

—Llevo unos días con el móvil apagado.

—He visto lo que ha pasado. En el periódico. En los periódicos, mejor dicho.

Se arrepintió de haber hecho esa aclaración. Se dio cuenta de que no hacía más que empeorar las cosas.

—Solo quería ver qué tal estás. Ya sé que dije que no quería saber nada más de ti, pero he pensado…

Sven recogió la bolsa del techo del coche.

—No es lo que crees. Es… —Dejó la frase sin terminar, suspendida en el aire entre los dos.

—Me gustaría hablar contigo —dijo Anne.

Sven miró hacia la casa. No parecía haberla escuchado, sumido en sus pensamientos.

—Si esperas aquí un momento, guardo esto en la nevera y vuelvo —repuso de repente.

Anne leyó el nombre impreso en la bolsa: CARNICERÍA BULLTOFTA.

Sven la levantó para que la viera.

—Está al lado de tu casa —dijo—. La mejor carne de la ciudad. Te la recomiendo. —Después se alejó en dirección a la vivienda con Frozen detrás.

Anne se quedó de pie en el sendero, dando pisotones en el suelo para quitarse el frío y esperando a Sven, pero pasó tanto tiempo que llegó a preguntarse si no debería marcharse. Entonces oyó un portazo, se abrió la puerta y apareció Sven con una mochila colgada del hombro.

—Sube al coche. Vamos a dar una vuelta. Tenemos que hablar.

Anne rodeó el vehículo mientras Sven se apresuraba a despejar el asiento del acompañante.

—Perdón por el desorden. No puedo evitarlo —se excusó mientras arrojaba una botella de agua vacía a la parte de atrás.

Anne se sentó a su lado sin preguntar adónde iban.

—He pensado en llamarte. Más de una vez —dijo Sven mientras tomaba la avenida principal para bajar hacia el puerto—. Pero no habría sabido ni por dónde empezar. —Cruzó el puente sobre las vías del tren y siguió hacia la zona portuaria.

Grandes silos y enormes naves sustituyeron a las casas bajas y los espacios abiertos donde el asfalto dejaba paso a la naturaleza. Anne tenía la sensación de que Sven se había perdido, porque en varias ocasiones dio la vuelta y maldijo entre dientes. Pasaron por delante de una explanada con hileras interminables de vehículos recién salidos de fábrica, todos ellos blancos, y continuaron bajando hacia la costa.

Ya en los muelles, Sven se detuvo y apagó el motor.

—Siempre me ha gustado este sitio, pero hacía mucho que no venía —comentó, contemplando el mar—. ¿Recuerdas lo que decías cuando nos sentábamos juntos en un bar en el mismo lado de la mesa?

—No. ¿Qué decía?

—Que íbamos como en un autobús.

Anne le sonrió.

—Eso lo decía mi abuela. Y mi padre aseguraba que así se sentaban los franceses en las terrazas de París.

—Sí, es verdad. En cualquier caso, es más fácil hablar de ciertas cosas cuando no tienes que mirar a la otra persona a la cara.

Media hora después, Sven había logrado explicar la mayor parte de lo sucedido en el hotel, en parte con la ayuda de Anne.

—Te perdono por no haberme llamado —le dijo ella cuando hubo terminado—. ¡Qué semana de mierda!

Sven se desabrochó el cinturón de seguridad y echó hacia atrás el respaldo del asiento.

—¿Te parece bien que nos quedemos un rato aquí sentados?

Anne no dijo nada, pero se soltó también el cinturón.

—Hay un montón de cosas de las que necesito hablar contigo —comentó ella al cabo de un rato.

—Sí, a mí me pasa lo mismo. Pero ahora me gustaría quedarme un momento en silencio, si no te parece mal.

—Claro.

Estuvieron un rato mirando el mar. Todo estaba gris, nublado y lluvioso como una foto en blanco y negro. Sin embargo, Anne sentía como si todo fuera en colores.

—Ahora es tu turno —la animó Sven.

Anne llevaba mucho tiempo deseando contarle todo lo ocurrido, pero de repente no sabía por dónde empezar.

—Han pasado muchas cosas desde la última vez que nos vimos. Localicé a los chicos buscados por asesinato e intenté ponerme en

contacto contigo. Me dijeron que encontraron el bolso tirado en un descampado de Ribersborg. Cogieron lo que había dentro y compraron todo lo que pudieron con las tarjetas hasta que las bloquearon. Pero nada más. En principio, no son los testigos más fiables del mundo. El mayor es un indocumentado que fuma heroína; el pequeño, Hamid, es menor de edad y tiene una clara relación de dependencia con el otro, que se llama Ali. Han estado viviendo en la calle o, peor aún, en una cueva bajo las vías del tren en Emilstorp con otros chicos sin papeles como ellos.

—¿Tú les crees?

—Sí.

Sven se rascó la barbilla.

—De momento estoy suspendido de empleo en el periódico, pero me encantaría hablar con ellos si aceptan reunirse conmigo.

—Ese es el problema. Después de tratar de localizarte sin éxito, volví el otro día al lugar donde vivían. Fue espantoso. Me encontré con que alguien había intentado incendiar la cueva por la noche. El suelo alrededor de la entrada estaba chamuscado. Hamid, el pequeño, había desaparecido, y Ali seguía dentro, pero estaba más muerto que vivo. Era como si se hubiera dado por vencido. No supe muy bien qué hacer. No podía avisar a la policía ni llevarlo a un hospital.

—Tendrías que haberme llamado a mí.

Anne lo miró con ojos cansados y Sven lo comprendió enseguida.

—Perdona. Por supuesto que habría cogido el teléfono de haberlo sabido.

Los dos se sumieron en sus pensamientos.

—¿Y Abbas? ¿Cómo acabaron en su tienda los objetos robados?

—No lo sé. No niego que es muy raro.

—¿Dónde está Ali ahora?

—Llamé a mi padre y lo llevamos a su casa. No sé si ha sido una buena idea. En realidad, parece que todo va bien, pero no tuve tiempo de pensármelo mucho.

Sven permaneció un rato en silencio, mirando el mar.

—¿Por qué te has metido en esto, Anne? Me refiero a la razón verdadera, más allá de que te aburras o no tengas nada mejor que hacer.

Ella resopló.

—Hablo en serio, Satchi —añadió Sven.

—No hagas eso.

—¿El qué?

—Utilizar el pasado cuando te conviene.

—No lo hago.

Anne lo miró y él le devolvió la mirada con expresión preocupada.

—¿Tiene algo que ver con lo sucedido con aquellos niños que…? Lo leí en los periódicos, por supuesto, como todo el mundo cuando ocurrió. ¿Es esa la razón por la que ahora te dedicas a los bulbos de begonia y no al periodismo político y social?

—¿Existen los bulbos de begonia? ¿De verdad?

—No les hagas esa pregunta a tus actuales colegas. Es un consejo que te doy. Sería un poco como llegar a la redacción de Política Exterior y consultar si Erdogan es un nombre auténtico. Y estás evitando mi pregunta.

—¿Cuál?

—Si el asesinato de Rebecca es una excusa para trabajar en lo que sabes que es lo tuyo en lugar de seguir castigándote.

—No me estoy castigando. Solo me reconforta pensar que un tubérculo de dalia es un tubérculo de dalia —respondió Anne—. Me di cuenta de que ya no podía seguir trabajando con personas. Hay demasiadas cosas que pueden salir mal.

Volvió a recordar los titulares. Las imágenes de los niños de tres y cinco años, sus ojos confiados mirando a la cámara en la fotografía de la clase de preescolar. Las luces azules junto a las vías del tren y el cordón policial alrededor del lugar de los hechos. Ni siquiera habría sido posible distinguir que eran los restos de un coche.

—Pensé en llamarte cuando ocurrió —dijo Sven—. Pero hacía muchos años que no nos veíamos y no sabía cómo ibas a reaccionar. —Se aclaró la garganta y añadió—: Si en algún momento te apetece hablar de todo eso, podemos sentarnos como en el autobús. Prometo no decir nada.

—Quizá —respondió Anne brevemente—. Algún día.

Sintió náuseas. Si no hubiera entrevistado a aquel hombre, si no hubiera cogido la llamada, si no le hubieran publicado el reportaje, seguramente esos niños seguirían vivos.

Sven pareció leerle la mente.

—No fue culpa tuya. Lo entiendes, ¿verdad? Tu valoración fue la correcta. La actuación de los servicios sociales había sido nefasta y nadie podía prever que justamente ese padre…

Anne miró a través del cristal empapado por la lluvia.

Le habían encargado un reportaje iniciado por otro periodista que se había ido de baja por paternidad. Se trataba de una revisión de los servicios sociales del país centrada en tres casos. Anne había encontrado grandes fallos en el sistema: pruebas inventadas y testimonios de maestros de escuela infantil que ni siquiera trabajaban en los centros a los que asistían los niños. En un caso, una trabajadora social había tenido relaciones extramatrimoniales con uno de los padres que reclamaban la custodia de su hijo y no lo había declarado. Tras la publicación del reportaje y la investigación correspondiente, algunos de los pequeños habían vuelto con sus familias biológicas, abandonando a las de acogida, y algunos padres

habían recuperado el derecho de visita. El regreso a casa de los niños había sido ampliamente cubierto por toda la prensa. Uno de esos padres, un hombre de Uddevalla, había llevado a sus dos hijos al parque de atracciones de Liseberg al final de las vacaciones de verano. Les había comprado algodón de azúcar y palomitas, había jugado con ellos a la rueda de la fortuna de chocolate y habían montado juntos en la montaña rusa acuática. Después los había llevado a la localidad de Kode y había aparcado el coche en las vías del tren con él y los niños dentro. Había esperado a que bajaran las barreras del paso a nivel, había retirado las llaves, había cerrado las puertas y había puesto el freno de mano.

Anne se aclaró la garganta sin dejar de contemplar la bocana del puerto. No quería mirar a Sven. Sabía que no podría contener las lágrimas si lo hacía.

—Toda mi vida me había consolado pensando que mi miedo a equivocarme, a confundir unas cifras con otras, no era nada en comparación con el pánico de mi abuela, que era enfermera y a veces se despertaba por la noche con sudores fríos preguntándose si no se habría equivocado con los decimales de una dosis, aterrorizada por la posibilidad de haber matado a alguien. Pero entonces lo hice yo. Murieron dos niños. No puedo venirme abajo y renunciar a todo porque no sé cómo se hace. No estoy hecha para eso.

Anne seguía contemplando la lluvia.

—Tú no confundiste ninguna dosis. Hiciste tu trabajo. Un médico no deja de trabajar porque uno de sus pacientes haya muerto —replicó Sven.

—No, aunque debería abandonar su puesto si el miedo a matar a alguien le impide hacer un buen trabajo.

—Es cierto. Pero aún no has respondido a mi pregunta: ¿por qué te interesa tanto el asesinato de Rebecca Rönn?

—La respuesta corta es que no me creo la teoría de la policía —contestó Anne—. Hay algo que no encaja. La respuesta un poco más larga es que quizá tengas razón y esto sea lo único que sé hacer: escarbar en la vida de los demás en lugar de hacerlo en la mía.

Sven miró por la ventana con la expresión grave que solía poner cuando algo le preocupaba.

—Fui yo quien le pidió a Rebecca que consiguiera algo más concreto, alguna prueba que despertara mi interés. Y ahora tengo que vivir con eso.

Arrancó el coche.

—¿Tenemos que volver ya? —preguntó Anne.

—Empieza a hacer frío. Pero conozco un sitio donde podemos tomar un café.

Estuvieron dando vueltas por la zona del puerto hasta que Sven consiguió localizar el garito que recordaba de otros tiempos. Llamarlo «cafetería» habría sido demasiado generoso, pero al menos tenía calefacción.

—Ese chico, Hamid, ¿sabes dónde puede estar? —preguntó cuando regresó a la mesa con dos tazas de café solo y dos bollos envueltos en plástico.

—Ni idea. Solo sé que ha desaparecido. Y que es joven. Muy joven. —Anne lo miró con cara de angustia—. ¿Y si lo matan porque no he llamado a la policía? Quizá aún pueda salvarse. Si muere, será culpa mía. Pero les prometí a los chicos que no los delataría y los agentes los están buscando. —Le echó un vistazo de reojo—. Di algo.

—Ya sabes cómo son esos muchachos. Son supervivientes. Lo aprenden todo en la calle. Puede que esté escondido por miedo

después de lo sucedido con el bolso.

—Yo estuve ahí, Sven. Vi la cueva quemada. Creo a Ali cuando dice que ellos no le robaron a Rebecca Rönn y también cuando afirma que Abbas no es ningún delincuente. Su hija dice lo mismo y me parece digna de confianza. Si no fueron ellos los que mataron a Rebecca Rönn, ¿quién fue? ¿Qué clase de personas se presentan en medio de la noche y prenden fuego al escondite de unos chicos sin papeles para llevarse a uno de ellos?

Sven se pasó las manos por el pelo y dejó escapar un suspiro.

—No lo sé, todavía no le encuentro ningún sentido.

—¿Qué sabemos, Sven? Piénsalo, ayúdame.

—No sé. Me siento como si tuviera delante un montón de piezas de diferentes rompecabezas y no lograra encajar ninguna. ¿Entiendes lo que quiero decir? Es como si alguien hubiera cogido un puzle de la torre Eiffel y otro de una puesta de sol con un velero y los hubiera mezclado. Tengo la lista de personas desaparecidas y también la reunión de Rebecca en el Kronprinsen. ¿Con quién se encontró? La policía ni siquiera ha comprobado ese dato porque se ha empecinado en que se trata de un atraco acabado en muerte. He intentado que Martin, mi contacto en el cuerpo, me pase el registro telefónico de Rebecca el día del asesinato, pero no parece fácil.

Anne sacó una libreta del bolso.

—Mira.

Se puso a dibujar y escribir lo que sabían, e inclinó el cuaderno hacia Sven para que pudiera ver.

—¿Quién tiene interés en hacer desaparecer a Hamid y a Ali en lugar de revelar su paradero a la policía? Al principio pensé que el incendio había sido provocado por algún energúmeno contrario a la presencia de menores sin papeles junto a las vías del tren. Sin embargo, todo parece indicar que la persona en cuestión actuaba

específicamente contra Ali y Hamid. Alguien debe de pensar que han visto algo o que saben algo que podría servir para identificar al asesino de Rebecca. Por otro lado, es evidente que alguien quiere quitarte de en medio a ti metiéndote en un lío con la justicia y le pagó a esa chica para tenderte una trampa.

Mientras lo decía, Anne escribió «TRAMPA» con letras mayúsculas.

—Quizá con minúsculas habría bastado —comentó Sven.

—Veamos —continuó Anne—. ¿Qué sabemos de las últimas horas de vida de Rebecca?

—Que le envió un mensaje a su marido en torno a las cinco para decirle que llegaría tarde. Después fue con Nico a tomar una copa al restaurante Lyran y luego, según la versión del propio Nico, se despidió de él poco antes de las ocho delante del edificio Kronprinsen, lo que parece indicar que tenía una cita con alguien sobre esa hora en un lugar cercano. Pero aún no sabemos con quién. A partir de las ocho hay un hueco durante el cual no tenemos ni idea de qué pasó hasta que Ali y Hamid empezaron a pagar sus compras con las tarjetas de Rebecca.

—Y eso fue poco después de las once de la noche. ¿Podemos suponer que para entonces ya estaba muerta?

—Probablemente. Todo hace pensar que sí.

—Me encantaría saber con quién se reunió. ¿No es un poco extraño que esa persona no se haya puesto en contacto con la policía?

—A menos que Nico haya mentido, claro —observó Sven—. Pero su coche fue visto cerca de la casa de Rebecca dos veces esa noche, la última a las 23:30. No acabo de entender…

—¿Crees que Pål Hammar aceptaría hablar conmigo? —lo interrumpió Anne.

—¿Por qué?

—Necesito comprobar una cosa. Quizá él pueda darnos una pista sobre quién se reunió con Rebecca en el Kronprinsen. Tengo la sensación de que estamos pasando por alto algún detalle. Rebecca había conseguido pruebas para ti, ¿verdad? ¿No llevaría en el bolso algo que el asesino piensa que aún puede estar en poder de Ali y Hamid? Es lo que tenemos que averiguar. Yo me ocuparé de un puzle y tú del otro. Nos necesitamos mutuamente. Debemos coordinarnos, comparar lo que tenemos y ver si así logramos aclarar el panorama.

—Puede que tengas razón —convino Sven—. Yo solo sé que necesito descubrir quién me tendió la trampa y por qué. ¿Quiénes son esas personas y por qué me envió Rebecca esa lista? Pero no sé si tú y yo podríamos… Aún es complicado. Al menos para mí.

La miró como suplicando su comprensión. Y ella se sintió a la vez triste y aliviada de que las cosas siguieran siendo irremediablemente difíciles entre los dos.

42

A lo largo de ambas aceras de Beritta Gurrisgatan, había grandes y hermosos árboles que parecían montar guardia y, por un momento, Anne tuvo la sensación de haberse metido en una película estadounidense de los años cincuenta.

Nunca había estado en Fridhem, y, aunque sabía que allí se encontraban las propiedades más caras de la ciudad, había imaginado otra cosa cuando había oído hablar del «barrio de los grandes empresarios». Había en el lugar una imponencia y un aroma a viejas fortunas que la dejaron boquiabierta y, a su pesar, fascinada. Entre las impresionantes fincas, vio una mansión de piedra que tenía un antiguo rótulo esmaltado en azul con el número siete al lado de una puertecita con otro letrero que rezaba: PERSONAL DE COCINA.

Siguió andando calle abajo hasta dar con una casa que coincidía con la descripción que le había hecho Sven.

Estaba retirada de la calle y tenía un largo sendero de entrada.

Pål Hammar debía de estar mirando por la ventana, esperándola, porque enseguida abrió la puerta y levantó una mano para saludarla.

—Cuidado con los peldaños, siguen resbaladizos por el hielo. No he tenido tiempo de echar arena.

Le abrió la puerta y la primera impresión de Anne fue que era muy distinto de como lo había imaginado.

Su versión más informal, con un suéter holgado y unos vaqueros, lo convertía en un hombre diferente del severo funcionario que había

visualizado cuando habían hablado por teléfono. Su mirada era cálida y acogedora, aunque parecía un poco ausente.

—Venga conmigo a la cocina. Nos sentaremos allí. No tiene prisa, ¿verdad?

Le pidió que lo siguiera por una larga galería acristalada que creaba la sensación de estar otra vez en el exterior aunque se encontraran dentro.

Anne recordó el Museo Louisiana de Arte Moderno, en Dinamarca, que siempre le causaba una impresión similar por el mismo motivo. Una entrada sencilla que escondía algo completamente distinto dentro.

La casa se abría y desplegaba hacia el jardín, ramificándose en distintos niveles y espacios a medida que uno los iba descubriendo. Parecía hecha expresamente para grandes fiestas y acontecimientos donde fuera posible reunir a muchas personas y a la vez retirarse a diferentes rincones para tener conversaciones privadas.

—Es enorme esta casa —comentó ella al llegar a la cocina.

—La entrada corresponde al edificio original que había en esta parcela. Todo lo demás es de nueva construcción. ¿Le puedo ofrecer café, agua, vino…? Lo siento, pero no tengo nada más.

—Café, gracias.

—¿Lo toma con leche? ¿Con azúcar?

—Solo.

—Los niños están en casa, pero ya han cenado, así que podemos charlar tranquilamente.

Anne pensó que Pål tenía el tipo de movimientos mecánicos que a veces presentan las personas afectadas por una pérdida reciente. Y de pronto fue como si se viera a sí misma durante el último año en ese hombre que parecía perdido en su propia casa.

Se sentó en una de las butacas de la enorme isla de la cocina y contempló el jardín, dispuesto en diferentes niveles.

—Ya sé lo que estará pensando —dijo Pål con una sonrisa.

—¿El qué? —repuso Anne.

—Que es una casa de nuevos ricos. Le diré que yo estaba totalmente en contra en un primer momento. Los amigos de mi mujer la llamaban en broma el Palacio de Rebeckingham —rememoró, riendo entre dientes—. Era un proyecto loco y grandioso, como todo lo que ella hacía. Para llevarlo a cabo, hubo que levantar la estructura con madera de árboles de crecimiento lento. Cada pieza era única, y a Becca no le fue fácil encontrar carpinteros que quisieran encargarse de la obra, ya que se requería un cuidadoso trabajo manual para que todo encajara. Al final dio con un abuelo de Hälsingland, que vivió durante tres semanas en nuestra habitación de invitados y se sentó todos los días a nuestra mesa. —Se echó a reír como si por un momento hubiese olvidado la razón por la que se habían reunido.

De repente, le cambió la expresión y su rostro reflejó tanto dolor y desconsuelo que Anne tuvo que contenerse para no acercarse y darle un abrazo.

Se aclaró la garganta.

—En realidad, no era lo que estaba pensando —dijo—. Que sea de nuevos ricos. Pero es verdad que no concuerda mucho con la imagen pública de Rebecca.

—Lo entendería mejor si hubiera conocido a mi mujer. Becca era una buena persona. Todo lo contrario de ostentosa. Pero le encantaba la buena vida y le gustaban las cosas bonitas y caras. Era la amiga y la anfitriona perfecta. Nunca olvidaba un nombre ni una cara. Lograba que cada invitado se sintiera el más especial de la

fiesta. Recordaba los cumpleaños y los gustos de cada uno. Era única. Siempre elegante, aunque con los pies en la tierra.

—¿Y como esposa…?

Pål miró a Anne sin verla del todo. Trató de decir algo, pero no lo consiguió y tuvo que intentarlo de nuevo.

—¿Usted está casada? —preguntó.

—Sí. En realidad, estoy divorciada. Pero lo estuve veinte años.

—Entonces puede que me entienda. Mi mujer… Aunque llevábamos muchos años casados, nunca me cansaba de decirlo: «mi mujer». ¿Comprende? No puedo explicarlo mejor. Estaba muy orgulloso de ella. Pero eso no significa que para mí fuera perfecta. Convivía con ella y tenía que soportar sus imperfecciones. Supongo que en eso consiste el matrimonio. —Respiró hondo como para recuperar fuerzas—. La admiraba —continuó—. La respetaba. A veces me irritaban sus cosas. Pero siempre me sentí feliz de que fuera mi mujer. —Le sirvió café a Anne—. Ha dicho por teléfono que quería hablar del bolso.

—Sí, así es. Las pertenencias de Rebecca fueron halladas en un taller de Norra Grängesberg. Y quería preguntarle si sabe en qué consisten. La policía aún no lo ha revelado, pero tenemos razones para creer que podría ser importante.

—¿Puedo saber por qué lo piensan?

Desde el principio Anne se había esforzado por contenerse y suavizar sus palabras para no herir ni preocupar a Pål, pero se dio cuenta de que no hablar con claridad estaba teniendo el efecto contrario. Intentó adoptar otro enfoque.

—Nos interesa el contenido del bolso porque sospechamos que Anne tenía en su poder algo que el asesino quería conseguir. Puede que esa fuera la causa de su muerte.

El rostro del hombre se ensombreció. Permaneció en silencio, mirando por la ventana.

—¿Creen que la policía se equivoca? —dijo finalmente.

—Sí, por desgracia, tenemos razones para sospechar que va tras una pista errónea. Y, si estamos en lo cierto, el asesino de Rebecca sigue en libertad.

Pål guardó silencio de nuevo. Anne pensó que era todo lo contrario de ella: alguien que meditaba antes de hablar, alguien a quien la gente escuchaba porque no derrochaba las palabras y, por lo tanto, todo lo que decía se volvía más interesante.

—Siento haber… —empezó.

—No, no, está bien —la interrumpió él—. Agradezco su franqueza y me gustaría ayudar si puedo. Todo lo que se halló sigue en manos de la policía, pero tengo un documento con una lista de lo que encontraron. Un minuto, por favor.

Pål se marchó y al cabo de un instante volvió con una pila de folios que empezó a revisar.

—Normalmente soy muy organizado, pero estos días no he hecho más que amontonar los papeles. No he sido capaz de hacer nada más. —Se pasó el dorso de la mano por la frente—. Veamos… «Relación de los objetos incautados por la policía en el taller». Debe de ser esto.

Empezó a leer en voz alta. El tono era contenido, como si necesitara toda su fuerza de voluntad para que las cosas de la lista fueran solo simples objetos.

—Un iPhone 15 Pro. Una correa de plástico gris verdoso para reloj, probablemente correspondiente a un Apple Watch. Una barra de labios Rosebud de Dior. Cinco llaves en un llavero de piel marrón. Una pluma estilográfica negra y oro de la marca Montblanc. Un par de guantes negros de piel de la marca Burberry.

Anne no sabía qué esperaba oír, pero confiaba en que algo destacara por encima del resto: un documento, un lápiz de memoria o cualquier otra cosa que pudiera darle una pista de lo que Rebecca tenía intención de entregarle a Sven.

—También tenía una cartera —continuó Pål—. Una Mulberry pequeña de piel que compró hace unos años cuando fuimos a Nueva York. Pero ha desaparecido. Y el bolso, por lo visto, fue hallado en Ribersborg, junto al puente. —Guardó silencio, mirando la mesa—. No sé si podrá sacar algo en limpio de estas cosas —dijo al cabo de unos segundos—. Lo he repasado todo varias veces y no dejo de preguntarme si no habrá algo que haya pasado por alto.

Levantó la vista y, cuando la miró, había algo en él tan frágil y vulnerable que la sorprendió.

—No sé cómo expresar esto que voy a decirle, así que lo haré de la manera más llana posible —intervino Anne—. He oído rumores de que su esposa tenía una aventura con Nico Adams, el magnate inmobiliario. No sé si la policía lo ha hablado con usted.

Pål Hammar se quedó completamente inmóvil ante ella, pero fue como si todo su ser se hubiera desplomado, como si le hubieran extraído todo el aire de los pulmones.

—¿Dónde ha oído eso? —preguntó al cabo de un largo silencio.

—Me temo que nos ha llegado de varias fuentes.

—¿Desde cuándo? —inquirió él casi sin aliento.

—No lo sé —respondió Anne.

—Pero lo supone.

—Más de un año, por lo que parece.

—Un año.

Lo dijo como una simple afirmación, como si no tuviera importancia, como si alguien acabara de comentarle que hacía un año que no iban al teatro juntos o a cenar.

—Un año… —repitió para sí mismo.

—Siento que haya tenido que enterarse de esta manera. Le dejaré a solas. Podemos seguir hablando más adelante.

Pål la miró como si no acabara de entender, como si no comprendiera del todo qué estaba haciendo ella en su cocina.

—No, no. Por supuesto que me lo tenía que decir. De hecho, se lo agradezco.

No añadió nada más y Anne tampoco. No parecía que fuera necesario.

—Quizá más tarde se me ocurra algo más —dijo él después, ya en la puerta, cuando salió a despedirla—. Ha sido agradable hablar con una persona adulta. A veces siento que me estoy volviendo loco. Le agradezco la brutal franqueza. Creo que habría preferido no saberlo, pero, si iba a salir a la luz de todos modos, me alegro de estar al corriente.

Anne asintió. Estaba a punto de marcharse cuando se dio cuenta de que había olvidado preguntar por la cita de Rebecca en el Kronprinsen.

—¿Sabe con quién pudo haberse reunido?

Pål Hammar se quedó pensativo.

—¿En el Kronprinsen? No. Debió de ser algo relacionado con el trabajo. Rebecca no tenía ningún amigo que viviera en ese edificio. Al menos que yo sepa —añadió.

Y de repente pareció mucho más solo.

43

Sven llevaba toda la tarde en casa, sentado a la mesa de la cocina, intentando sacar algo en limpio de todos los contactos que tenía en la policía. Necesitaba saber más sobre la investigación del asesinato. Pero, después del incidente en el hotel, se había convertido en un paria. Debía de haberse corrido la voz y nadie quería ser la persona que filtraba información a un sospechoso de consumo de prostitución.

Solo Martin, su fuente habitual, le cogió el teléfono, y también él le pareció más reservado que de costumbre.

—No sé, Sven. Ahora esto es un poco delicado. Después de todo, tienes una causa abierta.

—No es lo que piensas. Me han tendido una trampa. Prácticamente ya está aclarado.

Se hizo un silencio en la línea.

Sven se dio cuenta de que iba a parecer todavía más culpable si intentaba explicarse, y por eso prefirió cambiar de tema.

—¿Podemos hablar solamente un segundo del asesinato de Rebecca? Tengo indicios firmes de que los chicos a los que estáis buscando no tienen nada que ver. No puedo decirte mucho más de momento, pero estoy convencido de que la investigación está yendo por un camino equivocado. ¿Sigues ahí?

Martin se aclaró la garganta, pero no dijo nada.

—¿Qué se dice por allí? ¿Están todos de acuerdo en que ese mecánico sin antecedentes policiales está detrás del asesinato?

—Siempre hay rumores. La cuestión es saber si te los puedes tomar en serio. Hay un tipo que está siguiendo esa línea que tú dices. No te prometo nada, pero puedo ver si está dispuesto a hablar contigo.

Después de colgar, Sven se puso a repasar la agenda, donde figuraba todo lo que había hecho en las últimas semanas. Con quién había hablado. Con quién se había reunido. Dónde había estado.

¿Quién o qué había podido sentirse tan amenazado como para decidir tenderle una trampa?

Casi todo lo que había hecho y todos los contactos que había establecido habían girado de una manera u otra en torno a Nico y Rebecca, la sociedad Hope Properties y la lista de nombres. Pero, solo cuando se puso a investigar la empresa Private Security, las cosas empezaron a ponerse feas, primero con la desproporcionada agresividad de sus guardias en la sede del puerto, después con el mensaje de la falsa informante y más tarde, esa misma noche, con la pieza de ajedrez sobre el poste de la verja de su casa.

Las personas que querían silenciarlo, fueran quienes fueran, habían actuado con implacable eficacia. Lo habían neutralizado en circunstancias humillantes y su investigación había quedado en suspenso de forma indefinida. Su única posibilidad de hacer valer su inocencia era demostrar que le habían tendido una trampa, pero para eso tenía que encontrar a la chica del hotel, lograr que reconociera que la habían contratado y, a ser posible, que testificara al respecto.

De repente, sintió que le faltaba el aire.

¿Cómo iba a hacer para localizarla? Su nombre era confidencial por tratarse de una menor. Y, si contra todo pronóstico conseguía encontrarla, podía salirle el tiro por la culata. La propia chica o quien la hubiera contratado podía hacer creer fácilmente que Sven

intentaba presionar a la víctima para que declarara en su favor. Lo acusarían de extorsión.

Private Security se había expandido muy deprisa en los últimos años hasta llegar a facturar en torno a mil novecientos millones de coronas. Tenía alrededor de ochocientos empleados, incluyendo el personal de toda Escandinavia. Entre sus clientes había varios organismos públicos y diversos centros con restricción de acceso, como el complejo de la justicia en Malmö. Incluso el periódico *Dagbladet* los había contratado unos años atrás. Quizá por eso había una fotografía tomada hacía cierto tiempo donde aparecían Patrik y el director, Viktor Victorin, al lado del director general de la empresa durante un encuentro en la sede administrativa de la región de Skåne. No era extraño que ejecutivos de ese nivel se conocieran y coincidieran en diferentes actos, pero Sven no pudo evitar sentir una punzada de inquietud. ¿Debía preocuparse por que alguien del periódico tuviera vínculos estrechos con Nico o con Björnståhle? Descartó la idea. Su jefe era de fiar. Ni siquiera se planteaba que fuera contra él.

La única controversia pública en la que Private Security se había visto envuelta, hasta donde él sabía, era el rescate de un empresario sueco que había sido secuestrado y se encontraba en una prisión del noroeste de Argelia. La fuga se había producido a través de la frontera con Marruecos y desde allí había continuado en barco hasta el enclave español de Melilla. La operación se había llevado a cabo con precisión militar, según un artículo de *Dagens Industri* elaborado a partir de fuentes anónimas. Probablemente Henric Björnståhle y el resto de los directivos de Private Security habrían quedado encantados con el reportaje. Era difícil imaginar mejor publicidad para una empresa de seguridad en expansión, aunque la operación hubiera estado a punto de provocar una crisis diplomática. El

ministro argelino del Interior había llamado al embajador sueco para que les explicara a sus compatriotas que el empresario no había sido secuestrado, sino que estaba detenido por su presunta implicación en un escándalo de corrupción.

Sven recordó lo que le había dicho Veronika, la agente de la policía municipal, acerca de los antiguos mercenarios de Björnståhle, que, según se rumoreaba, habrían irrumpido en casa de aquellos hermanos para luego atarlos, ponerles sendas capuchas y hacerles creer que iban a ser ejecutados, actuando como una especie de cuerpo paramilitar al margen de la ley.

Si lo que se contaba era cierto, la trampa que le habían tendido en el hotel había sido un juego de niños.

Sven se desperezó estirando los brazos. Una de las ventajas de trabajar desde su casa era que el café no sabía a meado de gato. Estaba a punto de poner otra cafetera cuando la puerta principal se abrió de golpe y el frío invernal invadió la casa.

—¿Qué ocurre? ¡Ellen, cariño!

Su hija ni siquiera lo miró. Se quitó los zapatos, subió corriendo la escalera y dio un portazo. En ese momento Lisa se asomó a la cocina con expresión desolada.

—¿Qué ha pasado? —exclamó Sven.

—¿Me lo preguntas a mí? ¿De verdad, Sven? Todo se ha ido al infierno. Me han llamado del instituto para que fuera a recogerla. Estás en boca de todos. Los chicos escriben cosas espantosas en Snapchat. Te llaman «pedófilo» y «violador de menores». Por lo visto, en internet está todo: tu nombre, los de nuestros hijos, nuestra dirección… ¿Entiendes lo que te estoy diciendo? No puedo aguantarlo más —prosiguió Lisa—. Tenemos que alejarnos por un tiempo.

—¿Quieres que vayamos otra vez a las Canarias? —intentó Sven—. Un hotel con todo incluido para que los niños se puedan atiborrar de helado, nadar, tomar el sol…

Lisa lo interrumpió.

—Los que necesitamos una tregua somos los niños y yo. Ya he hablado con mis padres. Les parece bien que nos instalemos en la casita de Sälen.

—Lisa, ¿qué está pasando?

—¿No lo entiendes? ¿Sabes lo que le preguntó a nuestra hija la enfermera del instituto? Te lo imaginas, ¿verdad? Quería saber cómo se sentía en casa, si su padre la trataba bien y si a veces la tocaba de una manera que la hiciera sentirse incómoda. ¡Es tan humillante!

Sven sintió que le faltaba el aliento.

—Por favor, Lisa. No hagas esto. Ahora no, por favor.

Su mujer se enjugó las lágrimas, pero el tono de su voz no se suavizó y Sven comprendió que no había nada que pudiera hacerla cambiar de opinión.

—Ahora ya no se trata de ti, sino de nuestros hijos —dijo—. Por favor, no me lo pongas más difícil.

Sven hizo ademán de darle un abrazo. Ella se echó atrás, lo esquivó y subió la escalera con pasos vacilantes. En la habitación de Ellen se oían sollozos y Sven fue a llamar a su puerta con golpes cautelosos.

—Ellen —le dijo—. Siento que esto te haya afectado. Espero que sepas… que puedes confiar en… Yo jamás haría lo que están diciendo.

Abrió la puerta con cuidado, se acercó a la cama y le apoyó una mano en el hombro a su hija.

—Cariño, todo se arreglará. Te lo prometo —le aseguró, intentando que no le temblara la voz—. Si quieres hablar o

preguntarme algo, aquí estoy. Siempre lo estaré.

Pero Ellen sacudió el hombro para quitárselo de encima y hundió la cabeza en la almohada.

—¡Fuera! ¡Vete de mi cuarto! No me toques con esas manos asquerosas. No quiero verte nunca más.

Sven sintió que se le vaciaba la mente. Se quedó mirando el pasillo. Ya no le quedaba rabia por haber sido falsamente acusado ni energía para demostrar su inocencia. Solo un negro agujero de tristeza sin fondo.

44

Sonó el teléfono en la cocina de Anne.

—¿Papá? ¿Eres tú?

—Sí, solo quería saber cuándo tienes pensado volver a visitarnos.

—¿Ha pasado algo? ¿Algún problema?

—No, nada de eso. Todo está bien. Ali mejora día a día. Pero ha empezado a hablar y creo que será mejor que vengas.

—Solo necesito despertarme del todo —repuso Anne, mirándose los pantalones del pijama.

—Es la una del mediodía —dijo su padre.

—Sí, pero es fin de semana.

—Es jueves.

—Por supuesto. Estaré allí enseguida. Solo tengo que vestirme.

—Sí, será lo mejor.

A través de la ventana de la cocina, Anne vio la lluvia que caía sobre Södra Bulltoftavägen. No había nieve ni hielo. Podría circular con neumáticos de verano, aunque solo fuera un rato.

El padre de Anne había preparado café y la cocina olía a bollos recién sacados del horno.

—¿Has hecho bollos?

—Yo no. Me los ha traído Eva, la vecina.

—Sabes que está enamorada de ti, ¿verdad?

—¿Eva? ¡Qué va, no sabes lo que dices! ¡Está casada con Torben!

El padre de Anne pareció incómodo y ella le dirigió una mirada cansada pero cargada de intención.

—¿Dónde está Ali?

—Debe de estar con las vacas. Tiene buena mano con los animales y parece que le hace bien trabajar en el establo. —El anciano señaló el patio—. ¿Has visto el comedero de pájaros que me ha construido?

—No, acabo de llegar. —Anne se volvió para mirar por la ventana —. Muy bonito.

—¿Verdad que sí?

—Tengo que buscar otra solución para él. Intentaré hablar con algunos contactos que tengo en Estocolmo —dijo ella.

—Pero ¿qué problema hay? A mí me gusta tener compañía aquí, en la granja. Y el chico habla poco y es tranquilo. No le haría daño ni a una mosca.

Anne sintió de repente el aguijón de los celos, un viejo y tonto sentimiento infantil. Estaba convencida de que su padre habría preferido tener un hijo en lugar de una hija, alguien que se interesara por las vacas, los pájaros y el huerto.

Alguien más parecido a él.

Se avergonzó de su mezquindad.

—En todo caso, cuando creas que lleva demasiado tiempo aquí, dímelo.

—Eso no pasará. Te he llamado porque ha empezado a contarme cosas que creo que necesitas saber, algo sobre el chico más joven que ha desaparecido. Pero es mejor que hables tú misma con él, porque yo no sabría explicártelo. Ve y dile que tenemos café y bollos en la cocina.

Anne se echó por encima el pesado jersey rojo de su padre y se calzó los viejos zuecos de madera de su abuela, que encontró en el

recibidor. Cruzó el patio bajo el azote del viento de Skåne pese al reparo que ofrecían las construcciones.

Era una hermosa finca. La hilera de álamos a lo largo del camino de grava acababa en una pequeña colina. El granero y los establos que flanqueaban la casa principal eran como dos brazos abiertos que daban la bienvenida al visitante al entrar en el patio.

Pero solo de mayor había empezado a fijarse en esas cosas. De pequeña, todo le parecía pueblerino y fangoso, y envidiaba a los niños que vivían en la urbanización de casas de ladrillo con césped y garajes.

Empujó la puerta del establo, que se abrió de golpe por efecto del viento.

Enseguida vio a Ali, que, sorprendido por la repentina ráfaga, dio un respingo e hizo que se volcara con un ruido sordo la carretilla que en ese momento estaba moviendo.

—¡Perdón! No era mi intención darte un susto —le gritó Anne.

Se acercó y lo ayudó a levantar la carretilla y a recoger los sacos de pienso que habían caído al suelo.

Al chico aún se le veía cansado y débil, como si le costara mantenerse en pie. Sin embargo, los ojos que antes eran dos pozos oscuros ahora la miraban con cierta timidez y curiosidad. También parecía más joven, pero eso podía deberse a que había tomado prestada una camisa de franela de su padre, demasiado grande para él, y unos pantalones sujetos con tirantes.

Anne señaló el camino.

—¿Vamos?

El chico cogió la carretilla y pasó delante de ella, que lo siguió, observando cómo abría los grandes sacos y repartía el pienso entre los animales como si lo hubiera hecho toda la vida.

—Reconozco que llegué a temer que no salieras adelante. Estabas muy mal.

—Tranquila. Aquí estoy bien.

Ella asintió.

—Mi padre ha dicho que tienes buena mano con los animales.

—Antes cuidaba ovejas. Es diferente, pero en el fondo es lo mismo.

—Aquí nunca hemos tenido ovejas. Se lo propuse una vez a mi padre. Parece más sencillo, ¿no? Se cuidan solas y son mucho más pequeñas.

Ali sonrió.

—Sí, pero las vacas también están bien.

—Eso dice mi padre. Y es lo que siempre ha tenido. ¿Te gusta la leche?

—Me recuerda a la de oveja. Muy grasa.

Anne le acarició la frente a la vaca que tenía más cerca. De niña les ponía nombre. Durante un tiempo, todas tuvieron nombres de caballo como consuelo para ella por no tener uno de verdad. Las llamaba Viento, Estrella, Aurora o Centella. Ya en la adolescencia, las bautizaba como las protagonistas de sus películas favoritas: Karen, Antoinetta, Su, Tereza…

Cuando se fue de casa, su padre empezó a referirse a todas como Rosa. Él mismo le había comentado que, según un estudio, las vacas producían más leche si tenían un nombre en lugar de ser solo un número. Pero le faltaba imaginación para pensar en varios diferentes. Así que todas se llamaban igual.

—Esta es Fariba, que significa «bonita» —le dijo Ali, señalando con la cabeza a la que estaba acariciando Anne.

—¿Les has puesto nombre a todas?

—Esa es Arezo, aquella es Azra —respondió él, indicándolas—. Y aquellas de allá son Afra, Laleh, Nahid, Parvin…

—¿De verdad las distingues? ¿A las dieciséis?

—Por supuesto. Es fácil.

Anne asintió.

—Mi padre está calentando unos bollos en el horno. ¿Quieres que entremos y charlemos un rato? Me ha dicho que le has contado algunas cosas que parecían importantes.

Ali no respondió, pero la siguió cuando se dirigió hacia la casa y abrió la puerta principal. Se sentó en una de las sillas de la mesa redonda de la cocina, junto a la ventana, mientras Anne preparaba el té y servía los bollos.

—No estará tan bueno como el de Abbas en el taller, pero tendremos que conformarnos —dijo ella con una sonrisa.

Se sentó en el banco de la cocina frente a él, bajo la labor de punto de cruz enmarcada, con la leyenda «Ahora es tu momento».

—¿Te parece bien que hablemos un rato? ¿Te ves capaz?

—Sí, estoy bien.

—¿Cuánto recuerdas de la noche en que Hamid desapareció?

—No mucho.

—¿Habíais notado algo antes? ¿Algún movimiento en la zona?

—Unos tipos habían estado preguntando por nosotros. Lo sabíamos. Pero eran policías. O periodistas, como tú. En Norra Grängesberg, la gente no habla. Cada uno se ocupa de lo suyo.

—¿Quién sabía que dormíais allí?

—Abbas. Pero no el lugar exacto. Solo que estaba cerca de las vías. De todos modos, él nunca nos habría delatado. Y nadie más conocía nuestro escondite.

De repente, Ali la miró con suspicacia.

—¿Cómo hiciste tú para encontrarnos?

—Te seguí desde el taller de Abbas —respondió Anne, esforzándose para que su tono sonara amable—. Por cierto, ¿qué hacías ahí?

—Fui a echar un vistazo —dijo Ali, observándose las manos para no tener que mirar a Anne.

—¿Un vistazo?

—Sí, me enteré de que habían detenido a Abbas. Solo quería ver qué encontraba.

Anne dejó la respuesta en el aire porque prefería que él le dijera la verdad por voluntad propia, sin tener que presionarlo. Probó de otra manera.

—Mi padre me ha dicho que le has pedido ayuda para encontrar a Hamid.

—Es lo único que me importa.

Parecía lleno de determinación.

—Pero no quiero que Hamid sepa lo que hice —añadió al cabo de un momento.

Anne le sirvió más té y le acercó los bollos. Después apoyó los codos sobre la mesa y la barbilla sobre los dedos entrelazados.

—¿Qué es lo que no quieres que sepa?

—No se lo digas, por favor. No debe enterarse nunca.

—Depende de lo que sea, Ali. Eres tú el que necesita mi ayuda.

El muchacho pareció reflexionar al respecto.

—Si hubiese sabido que iban a matar a esa mujer, no se me habría ocurrido esconder esas cosas ahí.

—¿Qué cosas? ¿Dónde?

Ali parpadeó y, de repente, Anne cayó en la cuenta.

¡Claro! Era completamente lógico.

—Escondiste los objetos personales de Rebecca en el taller de Abbas sin decírselo a Hamid, y después la policía los encontró y

relacionó el hallazgo con el asesinato. ¿Es eso?

La expresión de desesperación en el rostro de Ali le confirmó que había acertado. No le extrañaba que el muchacho quisiera ocultárselo a Hamid.

—¿Sabía Abbas que los habías escondido allí?

—No, nunca se metía en líos. Ya lo he dicho. Se enfadaba si le llevabas al taller objetos robados. Él no era de esos. Lo juro.

—Muy bien. Entonces tú escondiste esas cosas en el taller de Abbas, pero él no sabía nada. ¿Qué eran esos objetos, Ali?

—Cosas que no podíamos vender enseguida, aunque parecían caras: un iPhone, unos guantes, una cartera, una pluma… Pensé que podría venderlo todo más adelante, si esperaba un poco.

—¿Y dónde están ahora?

—Nos quedamos con la cartera porque allí estaban las tarjetas. El resto lo tiene la policía.

—Claro. Perdona. Qué tonta he sido al preguntarlo.

Por primera vez, Ali esbozó una sonrisa.

Anne reflexionó unos instantes. El documento policial que obraba en poder de Pål mencionaba seis objetos intervenidos en el taller, además de la cartera. Sin embargo, ninguno de ellos parecía ser particularmente interesante.

—Cuando encontrasteis el bolso, ¿dejasteis dentro alguna cosa que no os interesara? ¿Un lápiz de memoria? ¿Una libreta? ¿Papeles? ¿Algo que por alguna razón la policía no ha encontrado?

Ali pensó un momento.

—No, te he dicho todo lo que había. Eso fue lo que encontramos.

—¿Y no os topasteis con nadie por allí, en Ribersborg? ¿Pensará el asesino que lo visteis cuando la mató? ¿Creerá que fuisteis testigos del asesinato?

—Nosotros no vimos nada. Estaba oscuro y hacía mucho viento, así que tampoco oímos nada.

—¿Puede ser que alguien os viera a vosotros?

—No creo, pero, si lo hizo, tuvo que ser de lejos. No nos cruzamos con nadie.

Anne bebió un sorbo de su té, que ya se había enfriado.

—¿Dónde están ahora los otros chicos? Los que conocí en la cueva.

—Ni idea.

—¿Cómo sabes que Hamid no está con ellos?

—Nos despertaron unas voces y, de repente, la cueva se llenó de humo. Lo empujé para que saliera delante de mí sin darme cuenta de que lo estaban esperando fuera. En cuanto salió, lo atraparon. Habían ido a buscarlo. Los otros no les importaban.

—¿Adónde se lo llevaron?

—No lo sé. Lo sacaron a rastras y se fueron hacia un coche que los esperaba al otro lado de la valla. Le oí gritar pidiendo ayuda en darí.

—¿Viste el vehículo?

—No. Solo las luces de los faros cuando se alejaba. Creo que era blanco. —Dejó escapar un suspiro—. Aunque puede que fuera negro. No estoy seguro. Pero me parece que era de los que se usan para hacer repartos. No era un coche normal.

—¿Quieres decir que era una furgoneta?

—Sí, eso mismo. Una furgoneta.

Anne se inclinó hacia delante.

—Comprendo que te cuesta recordar y me basta verte para darme cuenta de que no te resulta fácil hablar al respecto. Pero necesito hacerte una pregunta.

Ali asintió y ella continuó.

—¿Hay algo, cualquier cosa, que te llamara la atención de esos hombres? Por ejemplo, sus voces o su forma de moverse. También me gustaría saber cuántos eran.

—Eran dos, o al menos eso creo. Puede que hubiera alguno más en el coche. Al principio pensé que eran policías, pero enseguida comprendí que no. Ellos no actúan de esa manera.

—¿Cómo iban vestidos?

—No lo recuerdo. Todo fue muy rápido. No pude fijarme.

Anne reflexionó un momento sobre la forma de expresar lo que quería decir para no asustar al muchacho.

—He hablado con un colega. No te preocupes, no abrirá la boca. Pero no sabemos ni por dónde empezar a buscar a Hamid. Y estoy pensando ahora mismo, mientras estamos aquí sentados, que solo la policía tiene recursos suficientes para encontrarlo si corre peligro. Si te soy sincera, no me gusta la idea. Pero ¿no es más importante asegurarnos de que Hamid viva incluso si eso significa que lo encierren durante un tiempo?

Los ojos de Ali centellearon.

—¡Me lo habías prometido!

—Ali, no haré nada que tú no quieras. Confía en mí. Pero estoy preocupada. Si es como tú dices, es posible que esos hombres ya hayan matado, incluso a alguien como Rebecca Rönn. No les temblará el pulso si tienen que volver a asesinar. Tu hermano puede estar en grave peligro.

Sobresaltado, Ali se inclinó sobre la mesa hacia Anne.

—¿Mi hermano? ¿Sabes algo de mi hermano pequeño? —Parecía un náufrago que acabara de divisar un barco a lo lejos.

Anne estaba desconcertada.

—¿Por qué lo dices? ¿Hamid no es tu hermano?

—Se llama Juma. Desapareció el año pasado.

El chico reservado y de pocas palabras que tenía delante se transmutó de repente. Empezó a hablar tanto y con tanta rapidez que a Anne le costaba seguirlo. Al cabo de unos segundos, tuvo que interrumpirlo y pedirle que lo explicara todo desde el principio.

Entonces Ali le contó que el camino hasta Suecia había sido muy largo. Junto con otros chicos, habían intentado varias veces saltar el muro de dos metros de altura que se extendía en la frontera con Irán hasta que finalmente lo habían conseguido.

Anne había estado allí y sabía que los guardias fronterizos iraníes a veces disparaban y abatían a los que intentaban saltar el muro en la provincia de Nimroz. Y conocía también el calvario que les esperaba a los que lo lograban.

Ali rememoró un trayecto por mar en el que todos estaban convencidos de que nunca llegarían a tierra. Como no les permitían llevar equipaje, se habían vestido en la playa con todo lo que habían podido, capa sobre capa, y después se habían apiñado como sardinas dentro del barco, cargados de ropa y de efectos personales que serían su condena si caían al agua. Muy pocos sabían nadar. Y se habrían hundido de todos modos como pesados fardos de tela.

Cuando por fin hubieron llegado a tierra, estaban ateridos y empapados. No se habían atrevido a encender fuego porque la policía habría podido descubrirlos y los habría empujado de vuelta al mar. Por la mañana, varios de los que habían llegado yacían inmóviles en la arena. Ali le había dicho a Juma que estaban durmiendo y el chico había fingido que se lo creía.

Aparentar se convirtió en costumbre. Si fingían el uno para el otro, era más fácil engañarse a sí mismos, seguir adelante y no pensar en los que se habían quedado por el camino, como aquella mujer con un niño pequeño que había compartido con ellos su escasa comida durante el trayecto en barco. Tras la gélida noche, madre e hijo

habían amanecido entrelazados, acurrucados en un abrazo eterno a la luz del alba.

—Mi obligación era cuidar a Juma —prosiguió Ali—. Era lo único que tenía que hacer: proteger a mi hermanito. No sabíamos casi nada de Suecia, pero alguien nos dijo que se dirigía hacia aquí. Le habían contado que la gente era amable y no había violencia.

Anne notó que Ali se saltaba algunas partes de la historia. Había una laguna entre el primer encuentro con las autoridades suecas y el día de la desaparición de Juma, probablemente porque era la parte más difícil del relato: la época en que no había cumplido con sus obligaciones de hermano mayor. No había cuidado lo suficiente a Juma. No lo había protegido como debía.

—¿Tu hermano consumía drogas?

Ali la miró con expresión desolada.

—No, nunca. —Lo dijo de manera tajante—. Hubo una temporada… —añadió enseguida—. Cuando yo empecé a… Estaba solo. Juma estaba con una familia de acogida. Como era pequeño, le encontraron una. Yo le aconsejaba que se quedara con ellos, pero se escapaba todo el tiempo. No lo trataban bien, o al menos eso decía, quizá porque no quería dejarme solo. No sé. Yo le creía y esa fue la peor época. Hacía frío todo el rato. Cada vez más. Una noche desapareció. Me desperté y ya no estaba. Pregunté por todas partes. Incluso cogí el autobús para ir al centro de internamiento de extranjeros, aunque todos me decían que allí no encerraban a los niños. Pero nadie sabía nada. Nadie había visto ni oído nada. Para entonces, hacía mucho que vivíamos en la calle. Juma, por temporadas, y yo, todo el tiempo. Por eso sabía que la gente no desaparece sin más. Los que se van a vivir a otros países mantienen el contacto, se dan consejos, se dicen adónde ir y adónde no.

Algo en el modo en que Ali hablaba de la desaparición de Juma le hizo sentir a Anne que todo estaba conectado: el asesinato, la lista de nombres, el hermano pequeño de Ali y el secuestro de Hamid. Aunque, por supuesto, podía ser una coincidencia.

Una vez en el coche, de camino a Malmö, llamó a Sven.

—¿Podrías mandarme la lista? ¿La que te envió Rebecca?

—Ahora mismo.

Anne se detuvo en el arcén y miró el móvil.

Observó los nombres que brillaban en la pantalla. Enseguida lo vio. Era el cuarto de la lista.

Juma Anwar.

45

Cuando abrió la puerta y empezó a quitarse las botas, su padre la miró sorprendido.

—¿Se te ha olvidado algo?

No recibió respuesta porque Anne ya estaba subiendo la escalera.

Ali se sobresaltó al verla en su habitación, y ella comprendió de repente que no había tenido tiempo de pensar cómo iba a decírselo. ¿Cómo podía explicarle que su hermano figuraba en la lista de nombres sobre la cual Rebecca Rönn había querido dar la voz de alarma, la misma que Sven y ella llevaban semanas investigando?

—Ali, tenemos que hablar un momento.

Sentía el corazón desbocado en el pecho. ¿Qué podía decirle? ¿Que su hermano pequeño figuraba en una lista con otras diez personas que habían desaparecido sin dejar rastro?

Ali lo comprendió al verla.

—Tiene que ver con Juma, ¿verdad? Puedes decirlo. No me vendré abajo.

Algo en su expresión determinada le decía a Anne que el muchacho se había estado preparando para ese instante cada segundo de cada minuto desde la desaparición de su hermano pequeño.

—No sé cómo, Ali.

Intentó serenarse, encontrar las palabras adecuadas.

—Rebecca Rönn, la mujer asesinada, le había enviado a mi colega una lista con once nombres. Probablemente pensaría que esas

personas corrían peligro y por eso se puso en contacto con un periodista. Cuando has mencionado a Juma hace un momento, se me ha ocurrido comprobarlo y resulta que allí está.

Ali guardó silencio.

—¿Qué significa que esté en esa lista? —preguntó al cabo de un rato.

Su voz era como un susurro, como si tuviera miedo de plantear la pregunta porque en el fondo no quería oír la respuesta.

—No creo que sea bueno, Ali. Llevamos varias semanas buscando a esas personas. Por supuesto, puede que estén escondidas por voluntad propia. Aunque no es muy probable, sobre todo teniendo en cuenta lo que me has contado de Juma. Once personas desaparecidas desde hace tiempo sin dejar rastro. No sé lo que eso significa ni dónde pueden estar. Pero creo que Rebecca murió porque había descubierto algo relacionado con ellas.

—Ya lo sabía. Que no está vivo. Lo supe desde el principio, cuando empecé a buscarlo. Lo sentía en las entrañas. Juma no se habría ido sin decirme dónde estaba.

Anne habría querido consolarlo, pero no encontró las palabras. En muchos sentidos, lo que acababa de decirle era peor que la noticia inequívoca de una muerte. Era el presagio de lo peor, sin ninguna certidumbre.

—¿Y Hamid? —preguntó Ali.

—No lo sé. Pero creo que de alguna manera todo está relacionado, también su desaparición. ¿Estás seguro de que no se enteró de que habías escondido las cosas de Rebecca en el taller de Abbas?

—No lo sabía. Y espero que no lo averigüe nunca.

—Pero mi padre me ha contado que tú no sabes leer. Si es así, tuvo que ser Hamid quien leyó la noticia de la detención de Abbas y

quien se fijó en el nombre del periodista y se puso en contacto con él, ¿no? Y has dicho que el chico es muy listo…

—Lo es. Es muy inteligente. Más que nadie que yo conozca.

—Creo que Hamid dedujo que tú habías ocultado las pertenencias de Rebecca en casa de Abbas. No podría haberlo hecho nadie más. Solo vosotros dos conocíais el contenido del bolso. Entonces se puso en contacto de forma anónima con el periodista del *Dagbladet*, y quizá con otros más, para defender la inocencia de Abbas. Alguien debió de pensar que había algo más en el bolso de Rebecca que os guardasteis para vosotros. Algo que no figuraba entre las cosas intervenidas por la policía en el taller.

Buscó el móvil para repasar las notas de la visita a Pål Hammar. Después se quitó el reloj, extrajo del bolso la cartera, una barra de labios, su juego de llaves y un bolígrafo, y por último sacó los guantes del bolsillo del abrigo.

Lo dejó todo sobre el escritorio.

Ali parecía desconcertado.

—Este era el contenido del bolso de Rebecca, según consta en un documento de la policía. Trata de recordar si falta algo.

La abuela de Anne solía jugar a un juego con ella durante las vacaciones de verano, cuando era pequeña, para tenerla entretenida mientras ella trabajaba en la granja. Colocaba un montón de objetos distintos sobre la tapa de un desagüe y le pedía que los observara atentamente. Después retiraba uno o varios y entonces la niña tenía que señalar los que faltaban.

Anne miró expectante a Ali y luego el escritorio.

—¿Qué falta? —repitió.

Ali se encogió de hombros.

—Esto es lo que había. Nos llevamos las tarjetas de crédito y los móviles. No había nada más. Solo unos recibos.

—¿Los móviles?

—Sí.

—¿Había más de un teléfono? ¿Los vendisteis?

—Bueno, lo intentamos. Tratamos de vender el iPhone, pero nos quisieron timar, así que lo escondí en el taller de Abbas. El otro era viejo, no valía nada. Lo usamos para llamar a Irán. Los dos tenemos familia allí.

Anne sintió la familiar sensación de exaltación. El corazón palpitante. La repentina certeza, como un instante de calma en medio de la tormenta.

—¿Dónde está ahora ese teléfono?

—Todavía lo tengo.

Ali se levantó y abrió un cajón del escritorio junto a la ventana. Cogió el móvil y se lo dio a Anne.

Ella se lo quedó mirando. Era tal como Ali se lo había descrito. Viejo y barato. No parecía hecho para resistir más de un par de llamadas. Y justamente era un teléfono para personas que querían comunicarse sin riesgo a ser identificadas. Compraban una tarjeta de prepago, hacían unas pocas llamadas y después se deshacían del móvil y compraban otro nuevo.

Anne soltó una carcajada.

—¿Por qué no lo habías dicho antes?

—No creí que fuera importante.

Ali alargó la mano como para recuperar el teléfono. Pero Anne ya estaba saliendo por la puerta.

46

Sven casi no oía nada de lo que le estaba diciendo Anne, que hablaba precipitadamente y de forma desordenada. Además, el ruido del viento sofocaba sus palabras, como si estuviera circulando en pleno invierno con las ventanas del coche bajadas.

—Anne, no te oigo. ¿Qué has dicho? ¿Puedes hablar más alto? ¿Dices que tienes el móvil de Rebecca Rönn?

—Es un teléfono de usar y tirar. ¡Ali lo ha tenido todo el tiempo! Pero está bloqueado. Tenemos que desbloquearlo como sea. ¿Conoces a alguien que sepa hacerlo?

—¿Qué dices? ¿Que tienes el teléfono de Rebecca Rönn? ¿Dónde estás?

La mente de Sven empezó a funcionar a mil por hora. ¿Sería un delito no entregar de inmediato a la policía una prueba importante para una investigación de asesinato? Aunque no lo fuera, su vida se convertiría en un infierno si llegaba a descubrirse. Podía imaginar los titulares: «Periodista del *Dagbladet* obstaculiza la acción policial en un caso de homicidio». ¿Sería motivo de despido ocultarle algo así al editor? Pero lo más seguro era que Viktor Victorin delegase la decisión en los asesores jurídicos, que a su vez le aconsejarían renunciar a la primicia porque los riesgos eran demasiado elevados y la reputación del periódico podía verse negativamente afectada.

—Sven, ¿no te das cuenta de lo que tenemos entre manos? Sea lo que sea lo que hay en ese teléfono, alguien quiere que no salga a la luz.

—Lo sé, lo sé. Estoy pensando, o al menos lo intento. Creo que podríamos seguir adelante si asegurásemos que un informante anónimo nos entregó el teléfono. Ni siquiera una investigación de asesinato es motivo suficiente para saltarse la protección de las fuentes.

—Sven, me cuesta mucho oír lo que dices. Hace un viento espantoso, pero ya estoy llegando a Malmö. Voy a tomar la salida. ¿Puedes reunirte conmigo o no?

—Hay varias tiendas poco escrupulosas que compran y venden teléfonos robados. Allí deberían saber cómo desbloquearlo. —Sven consultó el reloj—. Anne, ¿sigues ahí?

—Sí, estoy aquí —gritó ella.

Todavía parecía como si se la estuviera llevando el viento.

—Muy bien. Nos vemos en Värnhem dentro de media hora. Conozco un sitio.

El hombre de detrás del mostrador seguía la persuasiva explicación de Anne con expresión escéptica.

—Es el teléfono antiguo de mi madre. La pobre tiene demencia y no recuerda dónde escondió la nota con el pin. Dice que hay algunas fotos dentro que le gustaría recuperar. Está muy triste porque son de sus nietos y de mi padre, que murió el otoño pasado —mintió.

El hombre estaba a punto de contestar cuando se abrió la puerta del local y entró un individuo de mejillas hundidas y mirada turbia. Sin notar que no estaba solo, el recién llegado se acercó al mostrador y depositó encima un iPhone de carcasa rosa.

—¿Qué me dais por esto?

El tipo de la tienda soltó una risita nerviosa.

—No, no, amigo. Aquí no hacemos nada de eso. No queremos problemas.

—La última vez me disteis novecientas coronas y este es más bonito. Venga, Nihad, no me hagas perder el tiempo.

—Mira, será mejor que te vayas. Estoy ocupado con otros clientes.

El individuo con visión de túnel giró la cabeza y vio primero a Sven y después a Anne.

—Ah. Ya entiendo. Volveré más tarde.

La puerta se cerró tras él.

—Eh, que nosotros no somos policías, si es lo que estaba pensando. Necesitamos desbloquear este teléfono. ¿Sabe hacerlo?

—Si les soy sincero, muchas veces vienen clientes diciendo que han olvidado el pin para ver si los puedo ayudar. Y, de hecho, puedo restablecerles el uso del móvil con una clave nueva. Pero entonces perderán todo lo que tenían en la memoria, a menos que esté almacenado en la nube.

—¿No existe ningún programa que se salte el bloqueo y extraiga los datos? —intentó Sven.

—Claro. Pregunten al Mossad o a la CIA…

—Entiendo. Bueno, no le molestamos más.

Cuando salieron, Nihad les gritó por encima del viento que soplaba en Sallerupsvägen:

—Me habría encantado ayudar a su madre anciana. Espero que no se ponga muy triste.

Anne se rodeó a sí misma con los brazos para mantener el calor.

—Puede que no sea tan fácil como pensaba.

—Hay más tiendas como esta en Möllan. ¿Lo intentamos de nuevo?

—Sí, hagámoslo. Tengo el coche a la vuelta de la esquina. Me alegro de que lleves gorro, porque la capota se ha soltado un poco

en una esquina y entra el viento.

Tras repetir la misma historia triste en tres tiendas de reparación de móviles diferentes, el ánimo de Anne empezó a decaer. Al cruzar Claesgatan, vieron un pálido y deslucido tigre de peluche atado a una tubería junto a la puerta de una oficina de cambio de moneda.

Anne sonrió.

—Esto solo ocurre en Malmö, como dicen en esa serie de televisión. Por cierto, te pareces un poco al protagonista, el policía. Barba, ojos amables, cuerpo de padre de familia…

Sven metió para dentro la tripa mientras pasaban por delante de una conocida cafetería.

—¿Ves la serie?

—Por supuesto, todo el mundo la ve. Solo me fastidia un poco que pongan a actores de Estocolmo a imitar nuestro acento. Resulta un poco poscolonial.

—A mí me pasa lo mismo —respondió Anne, imitando de la manera más burda el acento de Skåne.

Sven le dio una palmada en el hombro.

—¡Ay, mis oídos!

—No seas tan sensible.

Anne le lanzó un puñetazo de broma, pero él la inmovilizó a tiempo con un abrazo.

Notó que la cabeza de ella seguía encajando perfectamente bajo su barbilla y percibió el familiar perfume de su piel después del paseo al aire libre.

Enseguida la soltó.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Anne.

—Tengo una idea, aunque es mejor que lo haga yo solo. ¿Me llevas en coche a Triangeln y luego te llamo?

Anne se encogió de hombros algo contrariada, pero no protestó.

El departamento informático del *Dagbladet* no destacaba precisamente por su afán de ayudar a los periodistas estresados que se presentaban jadeantes con sus teclados empapados de café o sus discos duros aplastados. Al contrario, los técnicos eran expertos en hacerlos sentir imbéciles con el mínimo esfuerzo. Una mirada cargada de intención al colega más próximo o la pregunta «¿has probado a reiniciar?» eran suficientes para lograr su objetivo. Y lo más irritante era que, en efecto, de ese modo se resolvían la mayor parte de los problemas.

El único que no hacía comentarios sarcásticos era Marko. De hecho, nunca hablaba y evitaba en lo posible el contacto visual con su entorno. Sven tenía la impresión de que el trabajo de repartir cargadores de iPhone y actualizar *drivers* de impresora estaba muy por debajo de sus capacidades. Ya había recibido ayuda del técnico en otra ocasión, cuando el director del departamento de informática se había negado a meterse en la *dark web* para comprobar las presuntas inclinaciones pedófilas de un conocido político. Marko había oído la conversación y, a la mañana siguiente, cuando se lo encontró en el ascensor, le había indicado la manera de ponerse en contacto con una red de piratas informáticos. Aun así, el nombre de usuario que le interesaba a Sven no había dejado rastro en el patio trasero de internet.

Como siempre, el técnico informático estaba absorto en su pantalla cuando Sven se sentó a su lado.

—¿Tienes un minuto, Marko?

—Mm.

—Es algo que tiene que quedar entre tú yo.

Marko giró la silla hacia Sven, que no sabía muy bien si contarle toda la historia o ir directamente al grano. Se decidió por lo segundo.

—Necesito acceder al contenido de este teléfono. No tengo el pin ni el puk. ¿Es posible?

Marko miró el móvil, un Samsung de hacía varios años. Sacó un cargador de la mochila, lo conectó al ordenador y empezó a teclear.

—¿Sabes cómo se hace? ¿Podrás conseguirlo?

El técnico sacudió un envase de Pringles para sacar los últimos trocitos y se los comió regados con un trago de Red Bull sin dejar de mirar la pantalla.

—Ya te diré algo.

Horas más tarde, esa misma noche, sonó un tono de notificación en el móvil de Sven. Era un mensaje de Marko.

> Ya está. Te he dejado un lápiz de memoria debajo de mi teclado. Lo siento, pero una de las carpetas está encriptada. Puede que funcione la fuerza bruta. Se lo preguntaré a un colega que sabe del tema.
> Te diré lo que sea.

Sven estaba suspendido de empleo, pero Patrik no había llegado tan lejos como para retirarle la tarjeta de acceso a la oficina. En teoría, Sven se estaba tomando los días libres que le correspondían como compensación por las horas extras trabajadas. Todos sabían que no era verdad, aunque Marko no era el tipo de persona que hacía preguntas.

La redacción estaba tan desierta como el mostrador de guardia. Sven subió directamente en ascensor hasta la quinta planta, donde

el técnico informático tenía su escritorio. Encendió la luz de una de las salas, bautizada con el nombre de PREPARADOS PARA EL CAMBIO, y abrió el ordenador.

Cuando le conectó la memoria USB, sintió que se le aceleraba el corazón por la infracción que estaba cometiendo. La vulneración de datos personales era un delito que, en el peor de los casos, podía acarrear hasta dos años de prisión, según la búsqueda que había hecho en Google.

Marko había organizado el material en carpetas: «Mensajes», «Notas», «Fotos» y «Vídeos».

Sven empezó a ojear las fotos. Hombres de frente sudorosa y mirada turbia alrededor de mesas llenas de botellas vacías, vasos medio llenos, tarjetas del Hilton o el Four Seasons y billetes de cien dólares enrollados junto a rayas de polvo blanco.

En varias de las imágenes, los hombres aparecían acompañados por mujeres ligeras de ropa o completamente desnudas que se exponían ante la cámara. Siguió pasando las fotos a toda prisa. Clubes nocturnos, habitaciones de hotel, polígonos de tiro, todoterrenos y animales muertos: búfalos de agua, cebras, leones…

En todas aparecían los mismos hombres, uno de ellos sonriendo a la cámara mientras posaba con un pie sobre un leopardo muerto. En un vídeo se veía una avioneta en la pista de un aeródromo con un campo de tierra roja y polvorienta al fondo. Otro de los vídeos estaba grabado desde un todoterreno y a lo lejos se veía a un hombre inclinado sobre un rinoceronte ensangrentado. La mayoría eran breves y se habían grabado durante exclusivos viajes de caza al extranjero, excepto uno, de tan solo veintiún segundos de duración, en el que aparecían unos hombres con pasamontañas que corrían por un prado y acribillaban a unos renos con lo que parecían ser

armas militares. La nieve se teñía de rojo en torno a los cuerpos abatidos.

Sven le había pedido pruebas a Rebecca, algo más concreto, y ella le había asegurado que disponía de una cosa que quería enseñarle. Debía de ser ese teléfono. Tenía que ser eso lo que quería denunciar.

Sintió que la ansiedad le producía un nudo en el estómago.

—¿Serán esos vídeos la razón por la que Rebecca está muerta y Hamid, desaparecido? —murmuró.

De camino a los lavabos, se encontró con Marko.

—Ha funcionado, ¿no?

—Sí, muy bien. Gracias.

Nada en el lenguaje corporal del técnico le indicó que hubiera visto el contenido de los archivos.

Sven entró en los aseos, se salpicó la cara con agua fría y permaneció un buen rato delante del espejo.

—¿Qué clase de gente es esa? —se dijo en voz alta.

Mientras salía e iba en busca de la bicicleta, llamó a Anne.

—Creo que ya sé por qué mataron a Rebecca.

47

La cocina de Anne olía a suelo recién fregado.

—Sírvete tú mismo —dijo, señalando el cazo de vino caliente con especias sin levantar la vista de la pantalla.

Sven se sirvió un poco de *glögg* y se sentó a la mesa de la cocina junto a Anne, que estaba transfiriendo a su ordenador el contenido de la memoria USB.

Alzó la taza decorada con motivos navideños y miró a su amiga.

—¿Cómo es que tienes tazas de *glögg* si ni siquiera hay vasos normales para beber agua?

—La caja de artículos navideños era la única que estaba bien etiquetada cuando hice la mudanza. ¡Cuidado! —exclamó, apartando a Sven—. No quiero que mi ordenador acabe oliendo a vino con canela. —Después volvió a inclinarse sobre la pantalla—. La mayoría de los vídeos parecen haberse grabado en el extranjero.

Sven también se acercó al ordenador.

—Pero mira esto. Hay excepciones. Juraría que este de aquí fue tomado desde la terraza superior del Turning Torso.

—Y este.

Sven amplió uno de los fotogramas.

—Esto parece la planta noble del rascacielos. Me invitaron a la inauguración de todo el edificio en 2005. Calatrava, el arquitecto español, estaba presente para recibir a la prensa y nos acompañó en una visita guiada a la planta 54 y el ático, con interiores que él mismo había diseñado. Recuerdo que nos hablaron de cosas como

«paneles de madera de peral que se funden en una paleta de colores monocromática». Pero las vistas eran espectaculares, no puedo negarlo. Con tiempo despejado, se ve hasta Ystad.

—¿Y quién tiene acceso a esa planta noble?

—No lo sé. Durante un tiempo hubo una empresa que se publicitaba con el eslogan «Reuniones de altura: para los que ven más lejos». —Sven se interrumpió para señalarle una cosa a Anne, que seguía mirando las imágenes—. Espera. ¿Puedes retroceder un poco?

—¿Hasta dónde? ¿Hasta esta?

Sven se inclinó hacia delante y aguzó la vista. Estaba seguro, pero tenía que comprobarlo por si acaso. Sí, lo había visto bien la primera vez. Allí estaba Henric Björnståhle, director general de Private Security, la compañía que se encargaba de la seguridad de Hope Properties. Aunque en la web de la empresa parecía mucho más joven, no había ninguna duda de que era él.

De repente, Sven se quedó paralizado. Sentada en un sofá junto a Henric, había una joven con un vestido corto plateado. Estaba inclinada sobre la mesa, pero miraba de soslayo hacia arriba, en dirección a la cámara.

Daba igual que la chica que había conocido en aquella habitación de hotel vistiera vaqueros y plumífero, o que entonces tuviera el pelo peinado de otra manera. Estaba totalmente seguro. Era ella.

Se quedó mirando la foto. Sentía que la sangre le palpitaba en las sienes. ¿Qué estaba pasando? Todo resultaba siniestro y enfermizo.

—Es ella, la chica que se reunió conmigo en el hotel. —Señaló la imagen—. Es la que está esnifando cocaína con el dueño de Private Security. —Se recostó en el respaldo de la silla y se pasó ambas manos por el pelo como si fuera una peluca de la que quisiera deshacerse.

—¿Qué? ¿Estás seguro?

—Del todo. Completamente seguro. Es ella.

Trató de ordenar las ideas.

La chica se había puesto en contacto con él justo después de que estuviera curioseando a las puertas de la empresa de seguridad y haciendo preguntas. No podía ser una coincidencia. Cada vez estaba más claro que Björnståhle le había tendido la trampa. ¿O habría sido Nico?

Anne volvió a mirar la fotografía.

—Dios mío. Es increíble, Sven. ¿Te das cuenta de lo que esto significa?

Él no le contestó, absorto en sus pensamientos, y ella se levantó de la mesa para ir a preparar más café.

—¿De quién es el teléfono? —dijo al cabo de unos segundos—. No puede ser de Rebecca, ¿no?

—Apostaría mucho dinero a que es de Nico —contestó Sven—. Sería lo más lógico. Primero Rebecca me escribe porque quiere hacer público algo que sabe. Después se encuentra con Nico, probablemente decidida a encontrar más pruebas para despertar mi interés.

Cada vez que pensaba al respecto, por muchas veces que fuera, sentía la misma angustia, un enorme sentimiento de culpa.

Anne completó el razonamiento:

—Nico descubre que se ha llevado su teléfono y sabe perfectamente lo que contiene: todas esas fotos y vídeos donde aparecen él y sus amigos comportándose como cerdos en diferentes países del tercer mundo, drogándose, alternando con prostitutas y sobornando a funcionarios para cazar animales de especies protegidas… —Miró a Sven con unos ojos fogosos que él reconoció de años atrás—. Lo estás viendo, ¿verdad? Por eso te tendieron la

trampa. Porque estabas investigando el asesinato. Y utilizaron a esa chica, la que aparece esnifando cocaína al lado del jefe de la empresa encargada de la seguridad de Hope Properties.

Sven se quedó inmóvil, tratando de asimilarlo. Se sentía aliviado y a la vez invadido por un cansancio infinito.

—¿Cómo puedes estar tan tranquilo? —preguntó Anne—. Es horrible. Y esa chica…

—Puede que no lo hiciera por voluntad propia. Por lo que sabemos, es posible que la obligaran o coaccionaran. Parecía muerta de miedo cuando la vi.

—O puede que sepa fingir muy bien. —Anne apretó los dientes y enseguida se levantó de la silla—. Un momento, ahora vengo.

Desapareció por el pasillo y Sven oyó que estaba rebuscando en una de las cajas de la mudanza. Al cabo de un instante, regresó con una libreta.

Se sentó otra vez delante del ordenador y se puso a tomar notas al tiempo que pausaba el vídeo, lo hacía retroceder y empezaba de nuevo desde el principio. Después volvió a marcharse de la cocina.

Por el ruido, parecía que estaba moviendo muebles en el salón.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó Sven.

—¿Puedes venir un momento?

Anne estaba cubriendo el suelo con grandes hojas de papel marrón de embalar. Cuando se acercó, Sven vio que estaba lleno de manchas rojas y presentaba una serie de garabatos azules que resultaron ser notas de Anne.

—Mira esto. Ven, ayúdame.

Sven se agachó y leyó.

En el centro había un gran círculo con el nombre de Rebecca Rönn. A la derecha aparecía su marido, Pål Hammar, y, al otro lado, Anne había dibujado un anillo con el nombre de Nico Adams en el

centro. Las manchas rojas tenían un aspecto muy desagradable sobre el papel, como si un asesino meticuloso hubiera colocado una capa protectora en el suelo antes de actuar.

Anne notó el disgusto en la mirada de Sven.

—Ya lo sé. Aquí este color rojo resulta un poco desagradable. Pero en las paredes ha quedado muy bien, ¿no crees?

—¿Qué es esto?

—Tu investigación. Y la mía. La otra noche necesitaba verlo todo con cierta perspectiva.

Sven se inclinó sobre el papel y leyó.

Un círculo rodeaba el nombre de Abbas, unido con sendas flechas a los de Ali y Hamid.

Sven se puso a cuatro patas junto a Anne y escribió «Private Security» en una esquina.

—Corren rumores sobre esta empresa, según una fuente que tengo en la policía. Se dice que son antiguos mercenarios y soldados de élite que utilizan métodos poco convencionales para cumplir sus encargos.

—Por lo que he podido ver, en los vídeos aparecen cuatro o cinco individuos, además del que sujeta la cámara —observó Anne—. No se aprecia muy bien, pero uno de ellos es Nico.

—Entonces tenemos a Nico y al director general de la empresa de seguridad de Hope Properties, Henric Björnståhle.

Anne dibujó cinco círculos y escribió «Nico» en uno de ellos, «Henric Björnståhle, Private Security» en otro y un signo de interrogación en cada uno de los otros tres.

Mordisqueó un momento el bolígrafo y después escribió «TT» en otro círculo.

—¿TT?

—Turning Torso.

—Ah, claro.

—¿Estás seguro de que fue allí la fiesta?

—Por las vistas, diría que sí. Y por el aspecto característico de las vigas. Por otro lado, parece más bien un apartamento privado. No puedo asegurarlo.

De repente, a Anne se le iluminó el rostro como si acabara de tener una gran idea.

—¡Los metadatos! ¿Los has mirado? Ahí podríamos ver la localización y averiguar dónde se tomaron las fotos y los vídeos, ¿no? Tanto los de la fiesta como los otros.

—Solo se ve la fecha. No hay información de la ubicación.

—¡Qué pena!

—Ya. Pero también estoy pensando en los viajes para ir de caza y en los refugios de montaña. No parecen actividades compatibles con las viejas amistades de Nico, sino más bien con nuevas relaciones. Y eso estaría en consonancia con lo que Rebecca escribió en su mensaje respecto a una implicación que afectaría a lo más alto de la comunidad empresarial de Malmö.

—Supongo que eso incluye a Nico —comentó Anne—. ¿Qué hacemos ahora? ¿Te parece que lo tanteemos un poco y veamos cómo reacciona ante esta nueva información?

Observó a Sven con aquella mirada que siempre lograba desarmarlo y le hacía sentir que todo era posible y fácil.

—Estoy suspendido de empleo y no puedo hacer esto en secreto, Anne. No puedo reunirme con Nico sin informar a Patrik. Y estoy bastante convencido de que no le hará ninguna gracia que programemos una entrevista por nuestra cuenta con un presunto asesino.

—Entonces dile que avise al departamento de seguridad —replicó Anne—. ¡Llámalo!

Sven miró el reloj. Eran las nueve y media.
—¿Ahora?
—¿Cuándo si no?

48

Buscaron el número de la puerta a la luz tenue de las farolas. Sven se dio cuenta de que era la primera vez que iba a la casa de Patrik y se sorprendió de que fuera tan corriente: un adosado de dos plantas con paredes blancas, puerta azul brillante, tejas rojizas, garaje y entrada para coches, una copia exacta de la vivienda contigua. Sven siempre había imaginado a Patrik en una casa antigua de Gamla Väster, donde solían residir las personalidades de la cultura, al menos aquellas que disponían de riqueza material además de intelectual.

—Adelante. Nos sentaremos en la cocina. Lisbeth ya se ha ido a la cama —dijo Patrik al abrir la puerta—. ¿Os apetece un café?

Sven y Anne se miraron.

—Sí, por favor. Sin leche ni azúcar.

—Yo igual —terció Anne.

Patrik se puso a prepararlo mientras Anne y Sven esperaban en silencio a que terminara.

Cuando por fin se sentó, Sven le acercó a través de la mesa el teléfono que Marko había conseguido desbloquear.

—Lo llevaba Rebecca Rönn en el bolso la noche en que fue asesinada. Creemos que por eso la mataron. O, más bien, no lo creemos. Estamos seguros.

Patrik lo cogió y le dio unas cuantas vueltas, como si fuera un cubo de Rubik, antes de dejarlo sobre la mesa. Después miró a Sven.

—Bueno, será mejor que me lo expliquéis todo desde el principio, como si no supiera nada. —Enseguida añadió—: De hecho, no sé nada.

Sven le echó una ojeada a Anne y empezó:

—Hemos encontrado un teléfono que contiene una serie de archivos donde aparecen varios personajes del mundo empresarial de Malmö…

—Fotos y vídeos que, por decirlo suavemente, destruirían la vida y la reputación de estas personas si salieran a la luz —intervino Anne —. Prostitución, cocaína, caza ilegal y tal vez incluso homicidio o asesinato.

Eran ingredientes que habrían acelerado el pulso de cualquier jefe de redacción, pero Patrik seguía tan tranquilo como un mueble archivador.

—Entonces, ¿estamos hablando de pruebas que podrían ser importantes para una investigación de asesinato en curso? ¿Es eso lo que tenemos aquí?

—Sí —repuso Sven, rascándose la barba con nerviosismo, plenamente consciente de que se habían adentrado en terreno peligroso.

Patrik, en cambio, pareció más animado.

—Muy bien. Ningún problema. Hemos recibido el material de un informador anónimo. No sabemos cómo llegó a él ni hablaremos al respecto. Aunque haya habido vulneración de datos personales y acceso indebido, siempre protegemos a nuestras fuentes. —Se levantó y se apoyó de espaldas en la encimera—. ¿Podéis decirme cómo conseguisteis el teléfono?

—Lo hallaron los dos chicos que ahora están acusados de asesinato. Estaba dentro de un bolso que encontraron tirado en

Limhamnsfältet, según su versión. Lo cogieron y después escondieron los objetos que contenía en el taller de Abbas.

—¿Los chicos? ¿Os referís a la banda que ha descrito William en sus artículos?

—Así es.

—¿Y esos intercambios de mensajes que supuestamente vinculan a ese tal Abbas y a los muchachos con el crimen?

—Su contenido tiene explicación. Creo que esos chavales están diciendo la verdad.

Patrik dejó pasar unos segundos para asimilar la información. Si la policía se había equivocado, entonces el periódico también había errado en su cobertura.

Sin embargo, no parecía excesivamente preocupado.

—¿Cuándo pensáis llevar lo que tenéis a la policía y la fiscalía?

—Nos gustaría aplazar ese momento tanto como fuera posible.

Patrik se sentó y, cuando habló, fue más como si estuviera pensando en voz alta que conversando con las otras dos personas en torno a la mesa de la cocina.

—Por supuesto, podríamos considerar la posibilidad de llegar a un acuerdo con la policía.

—¿Cómo? Después de todo, estamos contradiciendo su investigación defectuosa y sus conclusiones precipitadas —replicó Anne.

—Sí, pero podríamos decirles que les proporcionaremos toda la información con un día de antelación para que tengan tiempo de hacer su trabajo antes de que publiquemos. Sería un posible trato. Por supuesto, existe el riesgo de que haya filtraciones a la competencia.

—O de que consigan encubrir su nefasta manera de trabajar. Lo que han hecho parece de broma —opinó Anne.

—Pero ¿qué pasa si publicamos y esos hombres huyen del país? —intervino Patrik—. ¿No acusarán al periódico de obstaculizar a la justicia, teniendo en cuenta que hay una investigación en curso?

—¿Qué investigación? —replicó Anne—. Abbas está detenido y un chaval sin papeles está en busca y captura por asesinato.

—No digo que debamos trabajar con la policía, pero no descartemos la posibilidad de darles un aviso. Por supuesto, bajo ninguna circunstancia compartiremos con ellos lo que tenemos. No es eso lo que estoy diciendo. —Se volvió hacia Sven—. ¿Quién sabe que tenéis ese material en vuestro poder?

—Nosotros, el chico que nos dio el teléfono y Marko, del departamento de informática.

—Como es una prueba, la fiscalía querrá tenerlo, y es posible que solicite al juez un registro de la redacción. Así que a partir de ahora debemos estar preparados para que la policía irrumpa en nuestras oficinas en cualquier momento. Tendréis que guardar todo vuestro material en un lugar seguro desde esta misma noche. No solo el móvil, sino también los ordenadores y las notas. ¿Quiénes son esos hombres que aparecen en los vídeos?

—Solo hemos podido identificar a dos de ellos: Nico Adams y Henric Björnståhle, el director general de Private Security.

—Me suena el nombre. ¿No fue esa la empresa a la que contratamos después de lo de *Charlie Hebdo* y las caricaturas de Mahoma? Unos tipos de aspecto militar, según puedo recordar. Creo que incluso me reuní alguna vez con ese Björnståhle.

—En la memoria del teléfono hay fotos de ese tipo esnifando cocaína con una chica joven, probablemente una prostituta, que casualmente es la misma que intentó inculpar a Sven como cliente suyo —dijo Anne.

Patrik pareció bastante aliviado.

—Me alegro de oírlo. No es que dudara de ti, Sven —añadió—. Pero tendrías que habérmelo dicho antes.

—No había visto esas fotos hasta esta noche.

—No me refería solo a las fotos —repuso Patrik secamente.

Anne estuvo a punto de decir algo, pero Sven la miró de una manera que la hizo cambiar de idea y callar.

—Hay algo más que debes saber —siguió diciendo Sven—. Parece que uno de los chicos que encontraron el bolso ha sido secuestrado. Creemos que Nico Adams o Björnståhle podrían estar detrás de su desaparición.

Aunque no era fácil sorprender a Patrik, en ese momento el jefe de redacción arqueó las cejas con inequívoco asombro.

—Bueno, es algo que deberemos tener en cuenta. Pero no podemos denunciar el caso a la policía por la protección de las fuentes, que sigue siendo fundamental incluso en una situación como esta. —Se levantó de la silla—. ¿Más café?

—Para mí no, gracias —respondió Anne.

Sven le tendió la taza. No le importaba que el café lo desvelara. Tenía la sensación de que la noche iba a ser larga.

—Entonces el chico más joven ha desaparecido, ¿no es así? Supongo que mantenemos el contacto con el otro.

—Está en un lugar seguro —replicó Anne.

—Asegúrate de que todo tu material también lo esté. Esa es nuestra prioridad. Todo este trabajo es prácticamente paralelo a la investigación de un caso de asesinato, por lo que no faltan los dilemas éticos para la prensa, como entenderéis. Los dos dispondréis de alarmas personales y os abstendréis de reuniros a solas con ninguno de ellos. Esos tipos parecen tener más de un cadáver en el armario, literalmente. Os daré tres días hábiles para que sigáis investigando y después hablaremos.

—Es muy poco —observó Anne.

—Ahora mismo no puedo prescindir de ningún periodista, por lo que tendréis que repartiros la tarea entre los dos. ¿Estás trabajando por cuenta propia, Anne? En ese caso, deberemos firmar un contrato.

Ella pareció incómoda.

—En realidad, sigo contratada por la televisión. Es un poco difícil de explicar. Lo mejor será que no formalicemos la relación laboral. Diremos que colaboro con vosotros en mi tiempo libre en lugar de dedicarme a la jardinería, que es lo que debería estar haciendo.

—¿A la jardinería?

—Es complicado. Pero de momento no puedo trabajar para nadie más, al menos oficialmente.

Patrik se volvió hacia Sven.

—Tenemos que indagar un poco más en la vida de esos tipos. En apariencia son ciudadanos decentes y honorables que ni siquiera parecen relacionarse entre sí en el ámbito privado, salvo por esas imágenes que habéis conseguido. Pero necesitamos más. ¿Habéis revisado los datos de las redadas realizadas recientemente en fiestas donde ha habido drogas y prostitución?

—Sí —respondió Anne—. Los nombres de estos señores no aparecen por ninguna parte.

—¿Habéis buscado sus antecedentes penales? ¿Tenemos algún contacto en la policía que pueda comprobar si hay algún atestado que los mencione?

—Yo tengo uno —dijo Anne.

Patrik continuó:

—Muy bien. A ver si hay algo. Después intentaremos hablar con Nico Adams, pero me gustaría tener más información antes de llamarlo. Lo entrevistarás tú, Sven, como es lógico.

—¿Y si quiere acogerse a la protección de las fuentes? —preguntó el periodista.

—Es una entrevista de exigencia de responsabilidades que debe llevarse a cabo de manera rigurosa y precisa. Debemos actuar con cuidado para no quedar acorralados en una situación de impotencia por haber prometido protección. De hecho, ya nos ha pasado. Y más de una vez.

Patrik se echó a reír, recordando viejos errores, y Sven se preguntó si alguna vez llegaría a ese punto en la vida en el que sentiría, al igual que él, que el viento en contra era mejor que un mar en calma.

—Habéis hecho un buen trabajo. Pero ahora, si me disculpáis, voy a ver el último informativo de la noche.

Con esas palabras, Patrik los acompañó hasta el recibidor. Cuando Sven se disponía a abrir la puerta, el jefe lo miró con expresión severa.

—Si publicamos que uno de nuestros periodistas ha sido falsamente acusado de consumo de prostitución porque le han tendido una trampa, tendremos un gran reportaje. Entiendo que también sería muy bueno para ti y tu familia que te exculpásemos públicamente. Sin embargo, si lo hiciéramos, les estaríamos enseñando todas nuestras cartas a esos tipos. ¿Serás capaz de resistir el oprobio un tiempo más?

Sven sopesó en silencio las dos opciones.

Si difundían que alguien había intentado inculpar a un periodista del *Dagbladet* para que dejara de investigar una historia, se verían obligados a revelar a los lectores en qué consistían sus pesquisas.

Además, Anne y él necesitaban tiempo. Era importante poder trabajar unos días más en paz y sin interferencias.

—Podré aguantarlo —replicó mientras abría la puerta.

—Entonces lo publicaremos junto con el resto de la investigación. Será un bombazo —exclamó Patrik, subrayando sus palabras con un puñetazo en el marco, como solía hacer cuando estaba entusiasmado.

Ya en los peldaños, Sven se volvió.

—Si se lo puedes explicar a Lisa, te lo agradecería —le pidió—. Necesita oírlo de alguien que no sea yo.

—La llamaré mañana —dijo Patrik en tono paternal.

—Todo ha ido muy bien —comentó Sven ya en el coche, ostensiblemente aliviado por no tener que seguir escondiéndose de su jefe.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Anne mientras giraba la llave de contacto y ponía al máximo la calefacción.

—Tenemos que ir al periódico a recoger el material. De momento se lo puedo dejar a un vecino. Le diré que es un regalo de Navidad para Lisa y que no puedo tenerlo en casa.

49

Durante el desayuno, Anne buscó en el archivo jurídico Acta Pública, pero no encontró ninguna sentencia condenatoria contra Nico Adams o Henric Björnståhle. Entonces llamó a Bea para pedirle otro favor.

—No te lo vas a creer —afirmó cuando salió a abrirle la puerta a Sven, que se presentó en su casa a la hora de comer—. He hecho lo que me dijo Patrik. He investigado todas las sentencias de los tribunales de Malmö de los últimos tres años en casos de drogas y prostitución por si aparecían los nombres de Nico o Björnståhle. Nada. Después he vuelto a pensar en aquellas fotos de las fiestas en el Turning Torso y he conseguido los atestados de todos los incidentes registrados en ese edificio en los últimos cinco años a través de un contacto que tengo en la policía. ¿Y sabes qué? ¡Premio! A las 4:15 de la madrugada del 11 de julio de 2022, un vecino de Västra Hamnen llama al teléfono de emergencias para informar de que en la calle hay una mujer sangrando profusamente. El inspector de policía J. Andersson y el oficial S. Amari acuden al lugar de los hechos y, a la altura de Lilla Varvsgatan, encuentran a una que coincide con la descripción proporcionada. En el aparcamiento hay también tres hombres que se marchan al ver que se acerca la patrulla. Mientras J. Andersson atiende a la mujer, S. Amari va detrás de ellos para interrogarlos. —Anne hizo una pequeña pausa y preguntó—: ¿Quieres café?

Entró a la cocina antes que Sven y, sin esperar respuesta, sirvió dos tazas de la cafetera, una para él y otra para ella.

—¿A qué huele? —preguntó Anne.

—No sé. Yo no huelo nada.

—¿A cacahuetes?

Sven se olió las manos.

—¡Se me había olvidado que tienes un olfato increíble! Sí, es cierto. He comido unos de camino hacia aquí porque me he saltado el desayuno.

—Ya lo sé, es una locura. Podría trabajar de perro detector de drogas en la aduana. De hecho, me salvó la vida una vez. Estaba sentada dentro de un coche con un colaborador local en Kabul cuando de repente todo el cubículo empezó a apestar a cáscaras de gambas. Por lo visto, cuando tenemos un miedo espantoso, en lugar de sudar, secretamos unas proteínas que huelen peor que la basura, a pescado podrido o a restos de gambas olvidados en un plato. Resultó que al colaborador le habían pagado para que nos llevara con unos tipos que nos tomarían como rehenes para extorsionar a la cadena de televisión por dinero.

—¿Cómo sabes esas cosas? ¿Te enseñan literalmente a oler el peligro en las clases para corresponsales?

—No. Una vez tuve un novio que estaba muerto de miedo los días previos a nuestra ruptura. Olía todo el tiempo a cáscaras de camarón y yo no supe por qué hasta que lo busqué.

—Ese novio era yo, ¿no?

Anne no respondió y Sven hizo una mueca.

—Entonces puede decirse que yo te salvé la vida en Kabul —dijo con una sonrisa cansada.

—Me has salvado muchas veces —replicó Anne—. Deberías saberlo. —Sonrió y continuó—: Pero mira esto. El atestado dice que

la mujer estuvo en una fiesta, que atendió a varios clientes y que uno de ellos se puso violento.

—No lo entiendo.

—¡Es una señorita de compañía! No quiere denunciar al agresor ni indica el lugar exacto de la fiesta, y le expresa claramente al inspector Andersson que no se prestará a colaborar en ninguna investigación.

Sven escuchaba con atención.

—Los policías le dan una manta y le piden que espere en el coche —prosiguió Anne.

—¿Quiénes son los tres hombres? ¿Figura ese dato en el atestado?

—Sí, sí, tranquilo. S. Amari indica que se niegan a identificarse y no justifican su presencia en el lugar. Dicen no conocer a la mujer y aseguran que ignoran la causa de sus heridas. Uno de ellos presenta signos de haber consumido estupefacientes: pupilas dilatadas, labios resecos, etcétera. Tras consultarlo con el inspector Andersson, el oficial Amari decide registrarlo. Los tres hombres protestan. Uno de ellos dice ser abogado y alega… Bueno, ya te lo imaginas. Cita la Constitución y el código procesal, amenaza con denunciarlos por abuso de autoridad y bla, bla, bla.

—No resumas. ¡Léelo todo!

Sven bebió un sorbo de café y empezó a dar vueltas por la casa mientras Anne leía.

—Muy bien. «El hombre, cuya identidad se estableció posteriormente como…». —Hizo una pausa de efecto—. Presta atención: «Henric Björnståhle».

Sven se la quedó mirando boquiabierto.

—¿En serio?

—En serio. Y ahora viene lo mejor: «Cuando el oficial le pregunta, el señor Björnståhle asegura haber estado en una cena de caballeros».

—¿En el Turning Torso? —preguntó Sven.

—Así es. Y eso significa que alguno de los «caballeros» vive o vivía en el edificio. En cualquier caso, el incidente no derivó en ningún tipo de sanción ni de investigación. De alguna manera, se las arreglaron para quedar impunes.

—Deberíamos buscar a esos policías por si recuerdan a los otros dos hombres presentes en el aparcamiento. Tenemos que averiguar quiénes son todos los individuos que aparecen en las fotos y los vídeos, qué tipo de gente son y qué tienen en común.

En ese momento vibró el teléfono que Sven tenía en el bolsillo. Lo sacó, miró la pantalla y enseguida se le encendieron las mejillas.

—¡Lo siento, tengo que salir corriendo! Me ha contactado uno de los policías que investigan el asesinato. Ha accedido a reunirse conmigo. Después te llamo.

50

En cuanto Sven salió por la puerta, Anne empezó a buscar los datos de contacto de los dos policías que habían participado en el incidente a las puertas del Turning Torso. El más joven tenía los datos protegidos, mientras que el mayor —un tal Jerry Andersson, residente en Lomma— estaba jubilado. Por lo general era más fácil conseguir que la gente hablara cuando había dejado su empleo, y Anne no tardó en encontrar el teléfono fijo correspondiente a la dirección de Andersson.

—Jerry ha ido al parque con los nietos. ¿Quién lo llama?

—Soy Anne Suyin. Periodista. Solo quería hacer una comprobación rápida. ¿No tendrá por casualidad su número de móvil?

—Jerry no tiene móvil, pero le daré su recado cuando vuelva a casa. ¿Cómo ha dicho que se llama?

La mujer al otro lado de la línea tocó alguna tecla del teléfono y, sin querer, desvió la llamada, por lo que Anne tuvo que volver a contactar con ella para dejar su nombre y su número.

Una hora después, sonó el teléfono. Jerry hablaba con un acento de Skåne muy peculiar.

—Lo recuerdo muy bien porque uno de los tipos había sido juez en los tribunales de Malmö. Una auténtica víbora escurridiza. Estaba en el aparcamiento con su amigo, que iba colocado hasta las cejas,

y se puso a darnos lecciones de derecho y a recitar parrafadas de no sé qué código.

—¿Ha dicho que fue juez?

—Sí, yo declaré como testigo en varios de sus casos. Carl algo… Todo un personaje. Adelswärd, creo que se llamaba.

Anne tomó nota, tratando de disimular el entusiasmo por haber conseguido otro nombre del círculo de Nico Adams.

—¿Podría hacerle una visita rápida hoy mismo? Siempre es más fácil hablar viéndose las caras.

—Sí, pero les hemos prometido a los nietos que iremos a merendar a Emporia. Si viene, tendrá que ser enseguida.

Media hora después, Anne estaba sentada a la mesa de la cocina del matrimonio Andersson, escuchando las historias de la larga carrera de Jerry y de sus cinco años en la policía de Malmö.

Tranquilo y relajado, el antiguo inspector iba enlazando una anécdota con otra mientras Anne intentaba dirigir amablemente la conversación hacia aquella noche delante del Turning Torso.

—Antes ha mencionado a un exjuez, un tal Adelswärd.

—Así es. Se retiró para abrir un bufete de abogados.

—Había otros dos hombres en el lugar. ¿Recuerda quiénes eran?

—No, no me acuerdo de cómo se llamaban. Pero es como usted dice. Había dos más. Uno un poco más alto, de la misma edad y el mismo estilo que el juez.

—¿A qué se refiere?

—Ropa elegante, traje caro y zapatos buenos, con una imagen quizá un poco juvenil para su edad. Y después otro tipo con aspecto de sueco corriente, por así decirlo. Pero ese casi no dijo nada. Tampoco protestó como los otros dos.

—¿Y la mujer? ¿Recuerda su nombre?

—No; dejó claro que no quería colaborar en ninguna investigación.

—¿Parecía conocer a los hombres?

—Sí, seguro que sí. Bueno, en realidad no lo dijo, pero no me cabe ninguna duda. Estuve un rato con ella en el coche patrulla e intenté calmarla para que me contara lo que había pasado. Cuando vio que mi colega interrogaba a esos tipos, noté que se ponía tensa. Se asustó mucho.

—¿Qué lesiones tenía?

—No sabría decírselo. No quiso que la examinaran, pero le costaba caminar y tenía sangre en la cara. Creo que tenía una herida abierta en el labio o algo así. Intentamos llevarla a la comisaría, pero se negó en redondo.

—¿Cómo es que no detuvieron a esos hombres? Ustedes estaban en contacto con el centro de mando, ¿no?

—Créame que yo lo hubiera hecho, pero el centro de mando… Bueno, no sé. —Jerry se aclaró la garganta y volvió a empezar—. Ya sabe cómo es esa gente. No sé cómo explicarlo… Van por ahí con esa actitud de superioridad, como si nosotros trabajáramos para ellos. Saben decir las cosas y tienen abogados que pueden sacarlos de cualquier fregado en un abrir y cerrar de ojos. Si algo he aprendido en mis cuarenta años de servicio es que hay diferencias entre la gente. Hay personas y personas. Es una mierda, pero es así.

Jerry siguió hablando de manera serena y reflexiva, aunque desviándose cada vez más del tema central de la conversación.

—En mi juventud, estuve en el Regimiento de Cazadores de Laponia, ¿sabe? Fue hace muchos años, pero el ambiente era muy especial. Es fácil que en ese tipo de círculos se forme una cultura de ser «los elegidos» o «los más duros entre los duros». No sé si seguirán haciendo la misma formación. Seguramente habrán cambiado, pero, en aquella época, cuando alguien terminaba…

Anne empezó a buscar la manera de poner fin al encuentro. No le interesaba oír una larga perorata sobre los años mozos y la carrera militar de Jerry Andersson.

—¿Los Cazadores de Laponia? Debió de ser emocionante para alguien del sur. Bueno, no quiero molestarle más. Ha sido un placer hablar con usted.

—La entiendo. No tiene tiempo para oír las historias de un viejo policía jubilado. Tampoco sé si será muy importante el dato.

—Sí, claro que lo es. Me sorprende que recordara ese nombre después de tantos años.

—No, me refiero a los Cazadores de Laponia.

Anne sofocó un suspiro.

—Es una pena, pero tengo un compromiso y no me puedo quedar más tiempo. Muchas gracias por recibirme.

—Claro, claro. Lo decía por lo de los gemelos…

En ese momento lo interrumpió un acceso de tos, el tipo de tos ronca y profunda que le hace preguntarse a uno si el afectado vivirá para terminar la frase.

—En cuanto los vi, los reconocí de mi época en Kiruna por la cabeza de lobo coronada. Esos gemelos solo los tienen los que han servido en el Regimiento de Cazadores.

De repente, Anne volvió a centrar toda su atención en Jerry Andersson.

—Cuando afirma que los reconoció, ¿quiere decir que uno de los hombres que estaban delante del Turning Torso llevaba unos gemelos de los Cazadores de Laponia?

—Así es. Es lo que intento explicarle. Puede que no tenga ninguna importancia, pero he pensado que debía mencionarlo. Noté allí mismo que esos tipos llevaban esos gemelos.

Anne se quedó mirando al viejo policía. Si no hubiera temido que Jerry Andersson se viniera abajo, le habría dado una tremenda palmada en el hombro de pura emoción.

—¡Jerry Andersson, es usted un profesional como la copa de un pino!

51

El integrante del equipo de investigación que se había puesto en contacto con Sven había sugerido como lugar de encuentro el desolado aparcamiento de Byggmästaregatan, detrás de las vías, junto a la anónima sede de la Dirección de Tráfico. El hombre, que por su aspecto parecía originario de Oriente Medio, estaba apoyado en su coche cuando Sven entró en el aparcamiento. Al verlo llegar, le hizo un gesto con la cabeza y apagó el cigarrillo que estaba fumando.

No lo saludó. No estaban allí para hacer nuevos amigos, sino por lo que ambos tenían en común. Los dos pensaban que había sido un error por parte de las autoridades anunciar de manera tan precipitada que el caso de Rebecca estaba resuelto.

—Martin tiene buena opinión de ti. Por eso he venido. Espero que tenga razón.

—A mí también me ha hablado bien de ti —repuso Sven—. Me ha dicho que eres buen policía.

—Como sabes, mi jefe está convencido de que ya tenemos al culpable.

—¿Te refieres a Abbas? ¿El iraquí detenido en Norra Grängesberg?

—Sí. Y a esos dos chavales que están en busca y captura. Por supuesto, hay que detenerlos e interrogarlos. Tienen mucho que explicar, pero no sé… Hay algo que no cuadra. Yo he sido el encargado de investigar a Abbas. He hablado con sus vecinos, con su hija y con familiares suyos en su país de origen. Yo también soy

iraquí. Conozco el idioma y la cultura. Y he podido comprobar que, cuando la gente habla de él, lo hace con respeto. Nadie tiene nada malo que decir.

—Tengo la misma impresión —convino Sven.

—No hay ni rastro de su ADN en el material hallado en su taller. Hay huellas dactilares y se han podido recuperar muestras de ADN, pero no son suyas.

—¿Qué piensas tú al respecto?

—Que, en lugar de investigar el crimen sin ideas preconcebidas, nos hemos sentado a esperar a que aparezcan esos chavales. Hay un montón de pistas que no se han seguido como es debido. Ni siquiera hemos dedicado mucho tiempo a reconstruir las últimas horas de la víctima.

—¿Podrías conseguir el registro de las llamadas del teléfono de Rebecca Rönn?

El hombre encendió otro cigarrillo y cerró los ojos mientras daba una calada.

—No puedo darte ningún documento.

—Ya lo sé. Pero ¿lo puedes conseguir?

—Veré lo que puedo hacer. Mañana te diré algo, aunque no puedo prometer nada.

52

Anne intentó llamar a Sven en el mismo instante en que Jerry cerraba tras ella la puerta de su casa, pero no obtuvo respuesta. Debía de estar ocupado con la fuente policial que lo había contactado.

Volvía a sentir la vieja emoción de la noticia, que le aceleraba el pulso mientras corría hacia el coche. ¿Sería esa la clave de la sociedad del Turning Torso y sus integrantes? ¿Sería así como se habían conocido?

Arrojó el bolso al interior del vehículo y llamó a la oficina de prensa del Ministerio de Defensa, donde la redirigieron a la persona que la podía atender.

—No sé si puedo ayudarla. El Batallón de Laponia pertenece a la Región Militar del Norte, pero el Regimiento de Cazadores se disolvió hace tiempo. No sé realmente con quién podría hablar. ¿Por qué asunto sería?

—Busco la lista de las personas que sirvieron en él entre 1987 y 1989 más o menos.

—No sé si la tenemos. Pero me suena que hay una asociación de veteranos de los Cazadores de Laponia. ¿Por qué no intenta hablar con ellos?

Anne sacó el ordenador del bolso y echó hacia atrás el asiento para tener más espacio detrás del volante.

Buscó la web mientras ponía fin a la conversación, y se inclinó sobre la pantalla. De inmediato vio el emblema que había

mencionado Jerry.

Una cabeza de lobo coronada.

Pensó que se parecía bastante a Scooby-Doo, pero se dijo que haría bien en guardarse esa opinión cuando hablara con los veteranos del antiguo regimiento.

No era fácil localizarlos. En la web solo había una dirección de correo electrónico que, además, parecía mal escrita porque tenía varios diacríticos.

Aun así, les envió un mensaje sin mucha esperanza de obtener una respuesta rápida. Después buscó el teléfono de la Biblioteca Real. Su archivo de «impresos cotidianos» era uno de los lugares favoritos de Anne en todo el mundo. Allí en principio se conservaba todo el material impreso en Suecia: menús de comedores escolares, folletos semanales de supermercados locales, tablas de horarios, programas de teatro, catálogos de venta por correspondencia y anuarios escolares. Si los Cazadores de Laponia tenían algún tipo de boletín, tenía que estar allí.

Sin embargo, la sala de lectura del archivo estaba cerrada y lo estaría todo el fin de semana. Anne no disponía de tanto tiempo.

Intentó recordar si conocía a alguien en la zona de Kiruna.

Entre los contactos del móvil, encontró el número del jefe de un equipo de rescate al que había entrevistado años atrás en conexión con un accidente de helicóptero en el Kebnekaise. También tenía el teléfono de un criador de perros con el que había hablado en un momento de debilidad, cuando había faltado a uno de los cumpleaños de Sally y prácticamente le había prometido a su hija un husky siberiano. Al final no había habido trato. El criador la había convencido de que una película de Disney no era razón suficiente para llevar a casa un perro, y menos aún si el animal pertenecía a una raza con un fuerte instinto de manada, había sido criado para

tirar de un trineo y necesitaba correr libremente al menos dos horas al día.

Decidió llamar al jefe del equipo de rescate, pero resultó que se había mudado y llevaba trece años viviendo en Småland, en la otra punta del país.

—Si no recuerdo mal, había un vecino muy motivado que fundó un museo allá en el norte y lo estuvo dirigiendo durante un tiempo. Pero no se haga ilusiones. Era más bien una afición suya. No creo que haya seguido adelante con el proyecto.

Anne buscó museos en la zona y encontró uno de la etnia sami, otro de viajes espaciales y un tercero dedicado a las tazas de té. Nada más.

Volvió a la web de la asociación de veteranos y se fijó en una leyenda casi ilegible al pie de una de las fotografías en blanco y negro. «Foto: Ola Strömbäck».

Aunque no había ningún Ola Strömbäck en Kiruna, encontró a otras tres personas con el mismo apellido y probó con la primera, un tal Birger Strömbäck, de ochenta y dos años. El anciano pareció alegrarse de recibir la llamada de una desconocida que no pretendía venderle nada.

Sabía muy bien quién era Ola Strömbäck, aunque no era pariente suyo, como Anne había supuesto.

—¿Ola? No. Ha fallecido. ¿Le puedo preguntar por qué lo busca?

—Estoy tratando de localizar una sociedad de veteranos del ejército en Kiruna. Del Regimiento de Cazadores de Laponia. ¿Sabe algo al respecto?

—No, lo siento. Pero Ola Strömbäck estaba al tanto de todo lo que pasaba por aquí. Le interesaba todo, lo grande y lo pequeño, especialmente las cosas más cotidianas. Tenía una editorial, publicaba libros y de vez en cuando organizaba exposiciones. Su hija

lo sabrá mejor que yo. Marit Strömbäck se llama. Pruebe a hablar con ella.

Anne colgó y buscó el número. Marit se rio cuando se presentó y le explicó por qué la llamaba.

—No sé si es consciente de la cantidad de trastos y papeles que acumuló mi padre. La mayor parte está sin clasificar, pero puede venir cuando quiera y verlo usted misma. Tendrá que abrigarse bien porque hace mucho frío en el trastero.

Esa misma tarde había un vuelo de Sturup a Kiruna.

La nieve se arremolinaba de tal manera cuando Anne bajó del avión horas más tarde que apenas podía verse las manos.

Se subió la capucha del plumífero y corrió por la pista con el resto de los pasajeros hacia el aeropuerto.

No había ningún taxi en la parada, pero, cuando estaba a punto de volver a la terminal, una mujer la saludó.

—¡Ha venido la televisión! ¿Ha pasado algo emocionante?

—A decir verdad, todavía no lo sé. No tendrá coche, ¿no?

La mujer la miró sin acabar de entender la pregunta.

Entonces Anne volvió a intentarlo.

—Es por si me puede llevar. Se lo pagaría, lógicamente. Tengo un poco de prisa y no parece que haya ningún taxi a la vista.

—¿Adónde va?

Anne consultó el teléfono.

—Al número 2 de Konduktörsgatan.

La mujer sonrió.

—¡Ahí es donde vive mi hermano! ¿Va a hacerle una entrevista? Sabe mucho de transporte de minerales.

—No, voy a hablar con una señora.

—Ah, bueno. Pero puedo llevarla de todos modos.

Anne había imaginado a Marit como una señora mayor con teléfono fijo, achaques y pastas para el café en la despensa. Sin embargo, cuando abrió la puerta, descubrió que debía de tener su misma edad.

Marit señaló con la cabeza su pierna derecha y la muleta que sostenía en una mano.

—Me lesioné la rodilla el mes pasado esquiando, así que no puedo subir ni bajar escaleras. Pero usted sí puede, ¿no?

Enseguida le dio a Anne una llave y una linterna.

—La luz se apaga sola después de un rato allá arriba, así que he pensado que le vendrá bien la linterna para no tener que correr a encenderla cada poco tiempo. Hay mucho desorden, pero puede revolver todo lo que quiera. Solo asegúrese de dejarlo todo más o menos como estaba. —Hizo una pausa y añadió—: Tampoco es que yo vaya a darme cuenta.

El depósito de Marit y su padre se encontraba al final de un pasillo flanqueado por otros trasteros, todos ellos con rejas metálicas y candados en las puertas. El del suyo era innecesario porque un solo vistazo al caos habría bastado para desanimar a cualquier ladrón.

Anne se quedó mirando el muro de trastos. Había lámparas de pie y de techo apiladas sobre cajas de cartón, alfombras enrolladas, botes de pintura, aves disecadas y bolsas de supermercado llenas de alargadores y otros chismes. Sacó una silla plegable de la montaña de objetos diversos, se sentó y trató de encontrar un sentido al desorden. Pronto resultó evidente que el caos era más de Marit que de su padre. Las cajas del hombre fallecido estaban meticulosamente etiquetadas con fechas y anotaciones. Empezó a revisarlas de manera metódica, colocando a la izquierda las que ya

había visto y dejando a su derecha las que todavía quedaban por registrar.

Para su decepción, el contenido consistía en su mayor parte en fotos sobreexpuestas de gente practicando el esquí nórdico e imágenes de mineros, personas que pescaban y rebaños de renos en las laderas de las montañas.

Cuando consultó el reloj, pensó en un primer momento que se le había estropeado. No podía ser la una y media de la madrugada. ¿Tanto tiempo llevaba allí? Tenía que irse al hotel, dormir y regresar al día siguiente para seguir buscando.

—Solo una más —murmuró para sus adentros mientras abría una caja con la etiqueta «KBS 1962».

Encima había un montón de fotos en blanco y negro de diferentes medidas. Entre ellas, Anne reconoció una de las imágenes de la web de veteranos. Una larga fila de hombres avanzaba en medio de una tormenta de nieve. El grano de la fotografía era muy visible y los hombres se perfilaban como siluetas oscuras sobre la nieve blanca.

En el fondo de la caja había unos libros que parecían anuarios con los años escritos en el lomo. Anne apartó el correspondiente a 1961-1964 y también los de 1975-1978 y 1981-1984 antes de encontrar el que buscaba: el del año en que Henric Björnståhle y Carl Adelswärd debían de haber hecho el servicio militar.

Se dejó caer en la silla plegable con el libro apoyado sobre el regazo y la linterna iluminando las imágenes. En una foto de grupo, se veía a varios jóvenes en uniforme de faena de pie, con la mirada perdida en las montañas. Pero no fue la imagen lo que le aceleró el pulso, sino el texto que había debajo.

53

Eran poco más de las seis de la mañana cuando Sven entró en el aparcamiento. Su contacto había estacionado el coche en el mismo lugar que la víspera, tal como le había indicado la noche anterior en un mensaje de Signal.

Al verlo, el hombre levantó la mano a modo de saludo, pero en ese mismo instante a Sven le sonó el teléfono.

En la pantalla apareció el nombre de Anne y Sven colgó, diciéndose que ya la llamaría cuando pusiera fin al encuentro con el policía.

Aun así, mientras salía del coche, escribió:

Ahora mismo te llamo.

—¿Llevas mucho tiempo esperando?

—No, acabo de llegar.

—Me alegro de que hayas podido quedar tan temprano un sábado.

—De hecho, entro a trabajar dentro de poco. —El hombre cogió un sobre marrón que había dejado sobre el capó del coche—. Es el registro de todas las llamadas entrantes y salientes del móvil de Rebecca Rönn el día de su desaparición —explicó al tiempo que extraía unos folios.

Sven sacó el teléfono del bolsillo.

—¿Te importa que grabe?

—Adelante.

Sven activó la grabación de voz.

Si el policía le entregaba los documentos, estaría cometiendo un delito. Pero, si leía en voz alta su contenido, no infringiría la ley. En ese caso, quedaba amparado por la libertad de comunicación, un derecho constitucional que prevalecía sobre la Ley de Secretos Oficiales.

—8:17. Llamada saliente 0726 108 104… 8:36. Llamada saliente 0708 97 43 12… 9:14. Llamada entrante 0735 98 16 03… ¿Necesitas el registro completo del día?

—Si fuera posible, sí.

Mientras el hombre leía, Sven iba haciendo anotaciones y, a medida que se acercaban a las ocho de la noche, la hora en que Nico decía haberse despedido de Rebecca, su interés iba en aumento.

—¿Puedes repetir la última?

El policía levantó la vista.

—20:03. Llamada saliente 040 612 45 00.

—¿Aparece la duración?

—Sí, déjame ver. Dos minutos y trece segundos.

—Mucho tiempo para un mensaje de contestador, pero poco para una conversación —dijo Sven más para sí mismo que para el hombre que tenía delante.

Si Rebecca había quedado con alguien a las ocho en punto, no era descabellado suponer que hubiera llamado a esa persona, tal vez para decirle que llegaría un poco más tarde. O quizá para que le indicara el código de la puerta.

Sven observó que el número parecía corresponder a una centralita, lo que resultaba un poco extraño por lo avanzado de la hora.

—Esa fue la última llamada que hizo ella —dijo el policía—. Pero recibió dos más esa noche del 0703 77 02 07, la primera a las 22:45 y la segunda a las 23:54.

—Es el teléfono de su marido —repuso Sven.

El hombre asintió.

—Lo sé. También le envió un mensaje de texto: «Me voy a la cama. Parece que esta noche va a helar. No olvides encender el calefactor del motor. Besos».

El policía volvió a guardar los folios impresos en el sobre.

—¿Era esto lo que querías?

—Sí. Muchas gracias.

Sven detuvo la grabación.

En cuanto regresó al coche, arrojó la libreta sobre el salpicadero y marcó el número de la última llamada que había hecho Rebecca en su vida.

54

Cuando Anne embarcó en el primer vuelo de la mañana a Malmö, había tenido tiempo de llamar a Sven y de enviarle tres mensajes apremiantes que habían quedado sin respuesta. Miró el reloj. Eran las 6:35.

Probablemente estaría durmiendo.

El avión estaba a punto de dirigirse a la pista de despegue cuando le empezó a sonar el teléfono, que había metido en el bolsillo del asiento delantero. Se inclinó para cogerlo bajo la mirada airada del pasajero de al lado.

—Sven, estoy en Kiruna. Te llamaré en cuanto aterrice. Ahora tengo que colgar.

Su compañero de asiento hizo un amplio gesto con las manos con evidente irritación, y de repente Anne sintió el impulso de preguntarle si de verdad pensaba que era posible interferir en un avanzado sistema de transpondedores con un teléfono que se podía comprar en cualquier tienda de electrónica. Pero se contuvo.

—¿Qué estás haciendo en Kiruna? —oyó que exclamaba Sven.

Gritaba como si intentara salvar la distancia de mil ochocientos kilómetros.

—Ahora no puedo hablar. Te lo explicaré más tarde —susurró, inclinándose hacia delante para indicarle a su vecino de asiento que estaba a punto de poner fin a la llamada.

—¡Escucha! Acabo de hablar con la persona que se reunió con Rebecca en el Kronprinsen —dijo Sven.

Anne vio que se acercaba una auxiliar de vuelo.

—Voy a tener que pedirle que apague el teléfono —la instó la azafata.

En cuanto el avión tomó tierra, Anne encendió el móvil. Habían pasado tres largas horas y tenía tres llamadas perdidas.

Sven debía de estar pendiente, porque contestó antes de que sonara la primera señal.

—¿Qué estabas haciendo en Kiruna?

—He intentado… Da igual. Te lo explicaré más tarde. Ahora cuéntame con quién se reunió Rebecca.

—No te emociones demasiado. Al parecer, tenía una cita con un agente inmobiliario. De eso trataba la reunión en el Kronprinsen. Rebecca lo había llamado el día anterior y le había dicho que quería ver propiedades en el litoral de Limhamn, pero deseaba hacerlo con discreción.

—¿Pensaba dejar a su marido?

—Eso parece.

—¿Y el agente? ¿Quién es? —preguntó Anne.

—Un tipo bastante arrogante. Lo llamé y le dije sin rodeos que sabía que se había reunido con ella la noche del asesinato. No me contradijo. Respondió que era habitual que personas con el tipo de necesidad que tenía Rebecca se pusieran en contacto con su agencia.

Anne trataba de ponerse los zapatos mientras seguía hablando con Sven.

—¿Dónde estás ahora? —quiso saber él—. Se oye mucho ruido de fondo.

—Espera un momento… Sigo en el avión. Acabamos de aterrizar.

—¿Puedes hablar?

—Sí, sí. Claro que puedo. —Le sonrió al hombre del asiento contiguo y continuó—: Dime, ¿por qué el agente inmobiliario no acudió a la policía?

—Se lo pregunté, ya que pudo haber sido la última persona que vio a Rebecca con vida. Pero mencionó el código de buenas prácticas de las agencias inmobiliarias y dijo que habría sido un error divulgar información sensible sobre una clienta como ella, que en principio solo estaba desaparecida. Días más tarde, cuando se enteró por los periódicos de que la habían matado cuando intentaban atracarla, pensó que todo el asunto era espantoso, pero no vio ninguna razón para ponerse en contacto con la policía. Después de todo, la habían asesinado unos ladrones. Tampoco la policía ha hecho ningún esfuerzo por hablar con él.

Anne se desabrochó el cinturón de seguridad y trató de ponerse el abrigo. Al hacerlo, chocó con su vecino.

—Lo siento. ¡Perdón!

—¿Qué?

—No, no te lo digo a ti. ¿A qué hora se despidieron el agente inmobiliario y ella? ¿Le dio alguna pista de lo que iba a hacer en Ribersborg después de la reunión?

—Se vieron en un café cerca del Kronprinsen. Rebecca había elegido ese lugar porque quería estar en un sitio donde no conociera a nadie, según dijo. El encuentro no duró mucho, quizá una media hora. Al despedirse, ella comentó que pensaba volver a casa caminando. A él le pareció extraño porque era una noche ventosa y hacía un frío de mil demonios.

—Más que de costumbre —lo corrigió Anne, que acababa de salir del avión y estaba sufriendo los embates del viento de Skåne—. Aquí siempre hace muchísimo viento. Es horrible. —Dejó escapar un

suspiro irritado—. En resumen, no sabemos más de lo que ya sabíamos. —Se cerró mejor el abrigo.

—Al menos ya podemos descartar que se reuniera con el asesino cerca del Kronprinsen —apuntó entonces Sven.

—¿Y Pål Hammar? —preguntó Anne, rememorando su conversación con él—. ¿Estaría al tanto de su infidelidad? De ser así, tenía un motivo.

Recordó que se había quedado callado e inmóvil cuando ella se lo había contado. Había sido como un reflejo de su propio caos interior el día en que Pontus la había dejado. La misma conmoción. La misma sensación de que nada era real.

—No sé si Pål Hammar estaba enterado de la aventura de Rebecca con Nico, pero tiene una coartada perfecta para esa noche. Oye, estoy saliendo de Segevång. ¿Dónde estás ahora?

—Te lo he dicho. En el aeropuerto. Ven a buscarme. He traído algo de Kiruna que tienes que ver.

Anne salió al aparcamiento del aeropuerto buscando a Sven con la mirada, pero no lo vio.

Entonces oyó el claxon enfurecido de uno de los vehículos que tenía más cerca.

—Lo siento. Nunca consigo reconocer tu coche. ¿Por qué no te compras un modelo más original? —dijo ella mientras echaba hacia atrás el asiento para hacer sitio a la mochila delante de las piernas.

—Ya es suficiente con que uno de nosotros se pasee por la ciudad en un misil de color naranja —replicó él, sonriendo.

Anne se inclinó hacia delante y se puso a revolver en la mochila. Enseguida extrajo un libro y lo dejó sobre el salpicadero con expresión triunfal.

Sven lo cogió y la miró a la espera de una explicación.

—¿Los Cazadores de Laponia?

Anne cayó en la cuenta de que no había tenido tiempo de contarle su encuentro con Jerry.

Decidió pasar directamente a la parte más importante y buscó en el anuario la foto que quería enseñarle.

—El policía que acudió al Turning Torso aquella noche recordaba otro nombre. Además de Henric Björnståhle, allí estaba también un abogado llamado Carl Adelswärd.

Estudió la expresión de Sven esperando a que hiciera el descubrimiento por sí mismo.

Fila de arriba, de izquierda a derecha: Kenneth Larsson, Martin Vidén, Lars Jakobsson, Henric Björnståhle.

Fila de abajo, de izquierda a derecha: Jon Carlzén, Carl Adelswärd, Nils Ramberg, Jesper Strandelius.

Quería que Sven viera los dos nombres: Henric Björnståhle y Carl Adelswärd.

Allí se habían encontrado. Allí se habían conocido.

Sin embargo, para su sorpresa, Sven leyó en voz alta un nombre completamente distinto.

—¡Jon Carlzén! —Al decirlo, la miró incrédulo, como si le costara creérselo—. Es el agente inmobiliario con el que he hablado esta mañana.

55

Sven orientó hacia Anne la pantalla del móvil para enseñarle la web de la agencia High End Living. Eran imágenes llenas de luz, mar azul y verdes extensiones de hierba, como un reflejo desde el mundo inmobiliario de la web de los Testigos de Jehová. Se describían a sí mismos como la agencia más selecta de Malmö, pensada «para ti, que quieres confiar en tus vecinos».

Anne intentó comprender lo que pretendía decirle Sven.

—Entonces este hombre de la foto, Jon Carlzén, ¿es el mismo que se encontró con Rebecca cerca del Kronprinsen la noche en que fue asesinada?

—El mismo.

—No puede ser una coincidencia. —Anne volvió a mirar el anuario como si todavía le costara creerlo—. ¿Qué hacemos ahora?

Sven puso en marcha el vehículo.

—Vamos al puerto deportivo de Dockan para hacerle una visita.

Poco después estaban aparcando delante de la sede de High End Living.

—Haré un primer acercamiento para evaluar la situación —anunció Sven mientras se apeaba del coche—. No podemos irrumpir de repente como dos policías de paisano.

Anne asintió.

Una chica con el pelo recogido en una coleta fue rápidamente al encuentro de Sven en el instante en que este franqueó el umbral de la oficina.

Sven se sintió como la vez que había entrado en una tienda de Chanel mientras hacía un reportaje sobre los comercios de lujo en Copenhague. Había sido como si el personal hubiese sido capaz de concluir de un solo vistazo que él no pertenecía a ese ambiente y se hubiese sentido en la obligación de hacérselo comprender lo antes posible.

—¿Puedo ayudarle en algo? —La chica ladeó la cabeza.

—Quería hablar con Jon Carlzén, si está en la oficina.

—En este momento está almorzando con un cliente. ¿Tenía una cita?

—No. He venido a ver si por casualidad lo encontraba. Pero puedo volver más tarde.

—Sí, será lo mejor.

Sven se dirigió a la salida, aunque enseguida congeló el movimiento.

El hombre que vio a través del escaparate de la agencia y que venía rápidamente hacia ellos vestía de otra forma, con abrigo oscuro, pantalones claros y calzado de invierno, pero Sven lo reconoció enseguida. Lo había visto en un vídeo guardado en la memoria de un teléfono barato. Aparecía subiendo a una avioneta con unos pantalones cortos de color caqui y una camisa blanca holgada en un país donde la tierra era roja y el sol lucía en lo más alto del cielo.

—¡Mire! Justamente aquí viene Jon —oyó que decía la joven a su espalda—. Ha tenido suerte.

Jon Carlzén se sacudió la mayor parte de la nieve delante de la puerta, mirándolos con una sonrisa blanca y deslumbrante. Era fácil

imaginarlo vendiendo sueños a tanto el metro cuadrado.

—¡Qué horror de tiempo! ¡Nora! Recuérdame que no vuelva a quedarme nunca más en Suecia en noviembre y diciembre.

Se echó el pelo hacia atrás y observó a Sven con aire expectante.

Este le tendió la mano.

—Soy Sven Nygren. Hablamos por teléfono hace un rato.

La expresión del agente inmobiliario se endureció.

—Creo que no tengo mucho más que decir sobre ese trágico suceso.

Sven dirigió la mirada al puerto. La tormenta arreciaba y agitaba el mar en olas enormes, como si algo bajo la superficie estuviera luchando en un combate a muerte.

—Pasaba por aquí y de repente me he dado cuenta de que olvidé hacerle la pregunta más importante cuando hablamos esta mañana. ¿Qué hizo usted aquella noche después de reunirse con Rebecca?

Jon Carlzén pasó junto a él y se dirigió a su escritorio. Allí recogió varios papeles y los guardó en un portafolios que se puso bajo el brazo. Cuando regresó, había recuperado la sonrisa.

—Lo siento, tengo un poco de prisa. Pero le diré que justamente aquella noche habíamos organizado un gran evento para nuestros clientes. Varios colaboradores y yo hicimos una presentación de High End Living para cuarenta y tres invitados especiales. Después tuvimos una pequeña fiesta que se prolongó hasta tarde. Si tiene más preguntas o cree que puedo ayudarle en alguna otra cosa, no dude en concertar una cita. Dígaselo a Nora y ella se ocupará de todo.

Le dio a Sven una palmada en el hombro y se marchó.

Anne se inclinó sobre el asiento del conductor y abrió el coche desde dentro cuando vio que Sven se acercaba.

—¿Cómo ha ido? —dijo antes de que él tuviera tiempo de montarse en el vehículo y sentarse.

—Tiene una coartada muy buena para aquella noche. La secretaria me ha dado un montón de nombres que pueden confirmar la presencia de Jon Carlzén en una presentación y en la fiesta posterior la noche del asesinato. Después varias personas fueron al bar Aster, en el puerto, a tomar una copa de vino. Y, pasada la medianoche, Jon Carlzén volvió en taxi a su casa de Ljunghusen.

Se miraron.

—¿Crees que…?

—Piénsalo —dijo Anne—. Rebecca debió de reunir todas las piezas del puzle. Descubrió cómo encajaba todo, cómo se habían conocido esos hombres y lo que estaban haciendo. Y sabía que Nico tenía cadáveres en el armario. Mientras estuvo enamorada y sintió que su amor era correspondido, no le dio muchas vueltas, pero entonces pasó algo que lo cambió todo. No sé si fueron celos o la constatación de que no la quería tanto como ella a él… Pero se puso en contacto contigo y tú le pediste más pruebas… —Anne se interrumpió a mitad de la frase—. Perdona.

—No pasa nada. Así fue. Le pedí que me diera algo más concreto y ella cogió ese teléfono de Nico. Debió de mirar el contenido de la memoria y vería las fotos. Así fue como descubrió que Jon Carlzén estaba involucrado. Pero ¿por qué quedó con él? ¿Por qué se arriesgó?

—No lo sé —replicó Anne—. Quizá creía que podía enredarlo y conseguir que confesara. Pero estaba firmando su propia sentencia de muerte. Alguien habrá pensado que se estaba metiendo

demasiado donde no debía. No sabemos si fue Carlzén, Nico o alguno de los otros.

Sven arrancó el coche, aunque enseguida volvió a apagar el motor.

—Tenemos que descubrir qué relación hay entre estos hombres y el Turning Torso. ¿Vive alguno de ellos allí? ¿Han alquilado el ático en algún momento? ¿Te parece que hablemos con alguien de la HSB? Es la sociedad propietaria del edificio.

Anne ya tenía el móvil en la mano.

—Tú conduce, que yo llamo.

Sven oyó que hablaba con la voz que utilizaba para la televisión, un poco más grave, con una autoridad que le abría muchas puertas.

—Entonces, ¿ya no se alquila el ático para eventos privados? No sabía que se hubiera vendido.

Anne observaba las expresiones faciales de Sven para asegurarse de que él también estaba siguiendo la conversación. Su amigo le hizo una señal para que activara el altavoz.

Al otro lado de la línea, se oyó una voz masculina.

—Es cierto que al principio no estaba en venta. Pero todo tiene un precio.

Aunque Sven no veía al interlocutor de Anne, era evidente que se trataba de alguien importante dentro de la HSB que hablaba sin miedo.

—¿Y cuál sería? —inquirió Anne con el tono ligeramente desinteresado que solía emplear en sus entrevistas, como si solo preguntara de pasada.

—No me está permitido revelarlo. Pero puedo decir que se trata de una propiedad muy selecta y que el precio se fijó de acuerdo con esa exclusividad.

—¿Qué dimensiones tiene el ático?

—Cuatrocientos metros cuadrados. Con ascensor privado.

—¿Y quién es el feliz propietario?

—No lo puedo desvelar. Pero la agencia que negoció el acuerdo fue High End Living.

56

La mesa de la cocina de Anne estaba totalmente ocupada por carpetas, archivadores y los ordenadores de ambos.

Sven dejó escapar un silbido cuando empezó a hojear los documentos que Anne acababa de imprimir.

—Sesenta millones. Vaya por Dios. ¿Quién era el comprador?

—Una organización sin fines de lucro, según la escritura. La «Sociedad del Torso».

Sven la miró con incredulidad.

—¿En serio?

—Completamente. Y no es una coincidencia que se trate de una sociedad sin ánimo de lucro porque, al serlo, no está obligada a declarar la identidad de su presidente ni de sus miembros. —Anne leyó en voz alta un texto que había hallado en internet—: «La libertad de asociación es un derecho protegido por la Constitución sueca y por el Pacto Internacional de Derechos Civiles y Políticos de las Naciones Unidas». Tienes derecho a ser miembro de una organización sin que nadie te obligue a declararlo abiertamente.

—Muy bien. ¿Para qué quiere esa sociedad un ático de cuatrocientos metros cuadrados de sesenta millones de coronas a ciento noventa metros de altura sobre el nivel del mar?

—No está nada claro.

—¿Quieres decir que esa banda ha podido montar sus fiestas con cocaína y prostitutas amparada por la Constitución?

—Suena un poco duro, pero se puede decir que sí —replicó Anne. Después le enseñó un extracto del registro de sociedades—. La asociación se fundó el 1 de mayo de 2012. Tiene su gracia que lo hicieran entonces entre todas las fechas posibles, pero, bueno, aquí lo puedes ver. La organización no está registrada como empleadora ni como recaudadora del IVA. No figura el nombre del presidente ni hay estados financieros. Lo único que consta es una dirección postal que corresponde a un bufete de abogados en la plaza de Gustav Adolf. El de Adelswärd.

Anne fue a coger el papel de embalar del salón y trazó las letras «ST» al lado del anillo donde antes había escrito «TT».

—¿ST?

—Sociedad del Torso.

—Por supuesto.

Después escribió los nombres de Jon Carlzén y Carl Adelswärd al lado de los otros.

—¿Qué sabemos de estos señores?

—Todos ellos destacan en sus respectivos ámbitos. Tienen mucho dinero y llevan vidas decentes y ordenadas, al menos en apariencia.

—«Esto afecta a lo más alto de la comunidad empresarial» —citó Anne—. ¿No es lo que dijo Rebecca?

—Pero ¿qué tiene que ver esto con su lista?

Sven enderezó la espalda. Se sentía como si hubiera vuelto a la Escuela de Periodismo en Skurup. Otra vez Anne y él. Siempre habían tratado de coincidir en el mismo grupo, incluso antes de ser amigos. Antes de ser algo más.

Veinticinco años después, seguían inclinados sobre sus ordenadores, cada uno en su extremo de la mesa, con las mejillas tan encendidas como entonces.

A Anne se le iluminaron los ojos.

—¡Me encanta esto que estamos haciendo!

—Anne…

De repente, el rostro de ella se entristeció.

—Ya lo sé. Tienes que irte a casa.

—No, iba a preguntarte si tienes algo de comer.

Anne se levantó de la silla.

—Tengo toda una cena de Navidad si quieres. Jamón, cazuela de patatas, arenque marinado… y aguardiente de Skåne. —Abrió la nevera de par en par y sacó unas cuantas provisiones—. ¿O tienes prisa?

—No, en realidad no. Lisa y los niños todavía están en Sälen.

—¿Sigue sin saber que tú y yo… estuvimos juntos? —Anne se apresuró a volverle la espalda.

—No era el momento de sacar el tema. Todo ha sido muy complicado.

Sven observaba a Anne mientras ella metía la cazuela de patatas en el horno y colocaba el resto de la comida sobre la mesa vieja y desgastada de la cocina.

—¡Menudo banquete!

—Es todo comprado, así que no puedo atribuirme el mérito.

Puso dos hueveras sobre la mesa y las llenó de aguardiente hasta el borde, de tal manera que solo la tensión superficial impedía que rebosaran.

—Todavía no he encontrado los vasos. Pero ¡salud!

—¡Salud!

No era intención de Sven que ella lo notara, pero por un breve instante la miró como si hubiera olvidado que habían pasado casi veinticinco años y que esa noche no se irían juntos a la cama.

El febril pulso de la investigación periodística que los había devuelto fugazmente a otra época había sido sustituido por una

atmósfera tensa en la cocina.

—¿Podemos hablar de todo esto? —dijo ella al cabo de unos segundos.

Sven sintió que se le encendían las mejillas.

—Me refiero a lo que ya sabemos y lo que necesitamos averiguar —añadió Anne—. Sobre la Sociedad.

—Sí, claro.

—Puedo hacer de abogado del diablo —prosiguió ella—. ¿Te parece que hagamos un repaso general? ¿Qué tenemos hasta ahora?

Sven aflojó la tensión de los hombros, aliviado por tener algo en lo que concentrarse.

—Veamos. Sabemos que la noche del asesinato Rebecca llevaba encima un teléfono en cuya memoria había material comprometido para una serie de hombres poderosos. Los llamaremos la Sociedad del Torso, ya que han creado una organización con ese nombre y han celebrado fiestas en ese edificio.

—¿Qué conocemos sobre ellas?

—A juzgar por las imágenes, eran bastante depravadas: drogas y…

—¿Cómo sabes que había drogas?

—Bueno, lo que sabemos con certeza es que en varias de las fotos se ve un polvo blanco alineado en rayas que los asistentes se meten por la nariz. Ignoramos si es cocaína o polvo de hornear, pero lo primero es más probable que lo segundo.

—Continúa. ¿Qué otra cosa te sugiere que las fiestas eran depravadas?

—Hay varias imágenes donde aparecen chicas de compañía, que no siempre reciben un buen trato. Tenemos el atestado policial como prueba y la declaración del agente jubilado como confirmación. Y yo he conocido personalmente a una de esas jóvenes.

—¡Eso, la chica del hotel! —exclamó Anne—. ¿Cómo presentamos ese hecho en el reportaje?

—Es un ejemplo de lo lejos que están dispuestos a llegar esos tipos con tal de protegerse. Espero que Patrik esté de acuerdo con ese enfoque.

—¿Qué más tenemos?

—Esa sociedad parece poner a prueba los límites en busca de emociones cada vez más intensas.

—¿A qué te refieres?

—Las expediciones de caza, el hecho de matar animales en peligro de extinción…

—¿Son actividades ilegales?

—No; increíblemente, no lo son. Por lo que he investigado, si quieres conseguir trofeos de caza de especies protegidas, necesitas un montón de permisos y certificados. En Suecia, hay que pedirlos al Ministerio de Agricultura.

—¿Los ha solicitado la sociedad?

—Sí, todos sus miembros, menos Nico. El cazador más entusiasta del grupo parece ser ese juez reconvertido en abogado, Carl Adelswärd. —Sven buscó los documentos en el ordenador y resumió su contenido para Anne—. El año pasado lo autorizaron a llevarse a casa la cabeza, las patas y los colmillos de un elefante que cazó en Tanzania. El año anterior había solicitado la importación de la piel y la cabeza de un leopardo de Namibia. Cualquiera que pueda soltar unos cientos de miles de coronas puede hacer pequeños viajes de fin de semana y reunir una colección de trofeos que haría parecer a Hemingway un activista por los derechos de los animales. Y todo dentro de la ley.

—Entonces, ¿es posible matar animales en peligro de extinción en Namibia y Tanzania, pero no está permitido cazar renos en Suecia?

—Aquí los renos se consideran ganado. Si cruzan la frontera con Noruega, pasan a ser salvajes y entonces se pueden cazar bajo ciertas condiciones.

—¿Y cómo sabemos que el vídeo donde aparecen los miembros de la sociedad matando renos no fue grabado en Noruega?

—Lo sabemos. El vídeo es del 17 de febrero de 2017. Tres días después, aparece en el *Norrbottens-Kuriren* el primer artículo sobre «la matanza de Svappavaara», ilustrado con fotografías tomadas desde un dron en las que se ven trece renos masacrados. Las imágenes son muy similares a nuestro vídeo. Fue la historia periodística más importante de la primavera en el norte aquel año. La gente del Parlamento sami estaba indignada. La policía sospechaba que un pastor de renos sami, aquejado de ludopatía, había sido sobornado para organizar y permitir la matanza. De hecho, el sospechoso se compró una moto poco después. La investigación policial se acabó cerrando, pero, como tuvo más filtraciones que un colador, sabemos que los renos fueron acribillados con un total de entre siete y treinta y siete disparos cada uno y que la munición empleada fue… Espera, déjame que lo mire. Sí, aquí está. Cartuchos Brenneke y proyectiles de calibre 45 ACP y 5,56 NATO.

—Eso no me dice nada.

—Para mí también era chino. Al parecer, el cartucho Brenneke es un tipo de munición para fusil de fuego central sin reborde, con un único proyectil de gran tamaño. Se usa para cazar jabalíes, entre otras cosas. El calibre 45 es de pistola y el 5,56 corresponde al fusil militar de la OTAN.

—Por cierto, he investigado el vehículo que aparece en el vídeo de los renos. Estaba alquilado a nombre de Nico.

—Fantástico. ¿A cuáles de los hombres se puede reconocer en las fotos con total seguridad?

—A Adelswärd, Jon Carlzén y Björnståhle. Nico Adams debe de ser el que sujeta la cámara. Hay una quinta persona no identificada que aparece de espaldas. Un quinto miembro.

—Tenemos que descubrir quién es. Muy bien. Les costará mucho encontrar una explicación para todo esto. ¿Qué más tenemos?

De repente, a Sven se le ocurrió otra cosa.

—¿Habrá sido capaz Nico de matar a Rebecca solo por lo que había en el móvil? Fiestas con drogas y prostitutas, expediciones de caza que quizá eran ilegales… No son cosas agradables, por supuesto. Pero ¿su miedo a ser descubierto habrá llegado al punto de impulsarlo a cometer un asesinato? Me cuesta creerlo.

Anne se levantó y empezó a recoger los platos.

—A mí también, pero seguimos sin saber qué hay en la carpeta encriptada. ¿Ha dicho algo el chico del departamento informático?

—No. Al parecer, se trata de un tipo de encriptación difícil de quebrar. Marko no me ha dado muchas esperanzas. —Sven sintió que lo invadía el cansancio—. Tenemos muchos indicios y algunas pruebas materiales de conducta moralmente dudosa, pero nada para acusarlos de actos más graves. Todavía sabemos muy poco de las personas que figuran en la lista de Rebecca. Tengo la sensación de que nos estamos perdiendo la verdadera historia.

Era consciente de que siempre pasaba lo mismo. La confianza empezaba a flaquear cuando, al cabo de varias semanas de investigación, había que descartar las pistas sin confirmar, las hipótesis sin fundamento y todo lo que le había acelerado el pulso en las primeras fases del proceso.

Lo que quedaba para publicar solía ser una pálida sombra de la gran revelación prevista en un principio.

—Tenemos que presionar a Nico Adams —propuso Anne—, hablar con él para ver qué conseguimos.

Sven reflexionó un momento. Por lo general, la entrevista con la persona investigada se dejaba para el final para no darle la oportunidad de matar la historia antes de tiempo.

Aun así, era arriesgado esperar demasiado para ofrecerle la posibilidad de responder a las críticas. Por lo tanto, había razones tanto éticas como meramente egoístas para exponerle a Nico todo lo que sabían.

Si habían malinterpretado algo o habían pasado por alto alguna cosa, lo averiguarían. Y, si estaban en lo cierto, había cierta probabilidad de que Nico empezara a hablar. Con frecuencia, solo cuando una persona comprendía que tenía mucho que perder, se volvía más propensa a delatar a sus cómplices.

En ese sentido, el trabajo de los periodistas no difería de la labor policial. Si uno de los sospechosos comenzaba a cantar, todos los demás lo harían también, como fichas de dominó que caen una tras otra.

—¿Qué ha dicho Patrik? —preguntó Anne.

—Le parece bien que entrevistemos a Nico —respondió Sven, pasándose la mano por el pelo. Hizo una mueca—. Pero no sé… ¿Y si fue él quien mató a Rebecca? ¿Qué interés puede tener en aceptar? Y, si lo hace, parecerá que lo estamos sometiendo a un interrogatorio policial, acusándolo de graves delitos.

—Sí, no será agradable, pero incluso los sospechosos de asesinato son inocentes hasta que se demuestre lo contrario. Ahora mismo no sabemos si es culpable. El asesino pudo haber sido cualquier otro miembro de la sociedad. Y tenemos que ofrecerle a Nico la oportunidad de responder a nuestras conclusiones si finalmente se publica parte del material.

Anne se inclinó sobre la mesa y clavó en Sven aquella mirada ardiente que lo veía únicamente a él y hacía desaparecer al resto del mundo. Sven se fijó en sus ojos de color castaño claro con manchas verdes; en las pecas, que con los años se habían vuelto más definidas; en el hoyuelo de la barbilla, que era…

—¿Te ocupas tú de Nico? —preguntó ella, mirándolo con expresión interrogativa—. ¿Sven? —insistió.

—Sí, sí. Supongo que será lo mejor.

Anne continuó entusiasmada.

—Mientras vosotros habláis, intentaré recabar declaraciones del resto de los integrantes de la sociedad. Si no lo consigo, seguiré investigando sus antecedentes. ¿Crees que Nico aceptará ser entrevistado?

Sven guardó silencio. Mientras miraba a Anne, pensaba en la infinidad de cosas sin ninguna relación con Nico Adams que le habría gustado decirle en ese momento.

Se aclaró la garganta.

—En mi experiencia, he visto que los empresarios de éxito y los criminales tienen una cosa en común. Tanto unos como otros prefieren el contacto presencial, cara a cara, y no solo porque desconfían de los teléfonos pinchados, sino porque tienen una fe inquebrantable en su capacidad para descubrir las motivaciones ocultas de la otra persona, saber si va de farol y, en caso de necesidad, clavarle la mirada y hacerle comprender que publicar ciertas cosas puede tener consecuencias.

—¿Y tú crees que Nico es ese tipo de persona?

—Me parece que vale la pena averiguarlo.

57

Patrik había exigido que la entrevista con Nico tuviera lugar en la sede del periódico. También había dispuesto a un tipo del departamento de seguridad en la mesa de Torkel, fuera de la sala de reuniones, y le había dado instrucciones para que intentara pasar por un periodista absorto en su trabajo en medio de la oficina vacía. Sin embargo, nadie con un mínimo sentido de la realidad lo habría confundido con un reportero, y no solo por su torpe manera de teclear con un solo dedo, sino por su aspecto excesivamente atlético, su pulcritud y, en general, su aire de expolicía.

Sven hizo pasar a Nico Adams deprisa con la esperanza de que no estuviera viendo lo mismo que él.

—¿Un café?

—No, gracias.

Nico dobló su abrigo y lo colocó cuidadosamente sobre el respaldo de la silla en la sala de reuniones. Se desabrochó la chaqueta y, una vez sentado, pasó la mano sobre la superficie lisa de la mesa.

—Mármol Statuario —comentó—. ¡Y yo que pensaba que los periódicos estaban perdiendo dinero!

—¿Perdón?

—La mesa. Es de mármol Statuario.

—¡Ah! Yo no sé mucho de materiales. Puede que sea un vestigio de los viejos tiempos de gloria.

—Elegí este mismo mármol para los baños de mi casa.

Nico observaba con cierta inquietud a Sven mientras este abría el ordenador y lo encendía.

—Si es por algo de Rebecca Rönn, no tengo nada más que decir. No me parece justo para la familia.

—Se trata sobre todo de otras cosas. Por ejemplo, ¿cómo entró usted en la Sociedad del Torso?

Nico arqueó las cejas.

—¿La Sociedad del Torso? No sé de qué me está hablando.

Sven hizo un esfuerzo para disimular su convencimiento de que no estaba diciendo la verdad. Dejó que la mentira se quedara flotando un momento en el aire mientras consultaba un documento en el ordenador.

—En 2012, una pequeña organización sin ánimo de lucro compró la última planta del Turning Torso por sesenta millones de coronas.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

—Usted ha estado varias veces en ese ático.

—Sí, en alguna ocasión. Pero no participo en ninguna sociedad.

—¿De qué conoce a Adelswärd, Björnståhle y Carlzén?

—Conozco a Björnståhle porque he contratado a su empresa de seguridad y a Carlzén, porque es un buen agente inmobiliario que ha colaborado conmigo en varias ocasiones. Eso es todo.

—También han organizado ustedes unas cuantas fiestas en el piso 54. Y bastante salvajes, por lo que parece.

—¿Salvajes? ¿Qué pretende decir?

—La cocaína y las prostitutas parecen haber sido habituales. Y sabemos que usted ha participado en ellas.

—¿Cuál es la pregunta?

—Me gustaría saber cuál es su posición al respecto.

—¿Mi posición? Todo lo que me está diciendo es absurdo. —Nico parecía a la vez molesto y sinceramente desconcertado.

—En una ocasión una chica de compañía fue objeto de un episodio bastante grave de violencia. ¿Tiene algo que decir sobre ese incidente?

—¿Cuándo se supone que pasó?

—¿Maltratar a una prostituta es tan habitual en sus fiestas que ni siquiera lo recuerda?

Sven se arrepintió enseguida de haber formulado una pregunta tan claramente tendenciosa. Y Nico, a juzgar por su expresión, también lo notó.

—Que yo sepa, nunca me he relacionado con prostitutas y tampoco he sido testigo de ningún tipo de maltrato a una mujer. Si ha ocurrido algo así, yo no he tenido nada que ver y, naturalmente, lo condeno.

Sven arrojó sobre la mesa el informe policial.

—Aquí dice que Henric Björnståhle, Carl Adelswärd y usted fueron abordados por una patrulla aquella noche. ¿Lo recuerda?

—¿Sabe cuántas veces me ha parado la policía por la calle solo porque tengo aspecto de inmigrante y conduzco un coche caro? Puede que su realidad sea otra, Sven, pero esta es la mía y la de muchos otros.

—Entiendo. Pero esa noche les acompañaba una mujer que había sido maltratada y que, según los policías presentes en el lugar, parecía tenerles miedo. Hemos hablado con uno de los agentes, que, según nos ha dicho, reconoció a Adelswärd como un antiguo juez de los tribunales de Malmö. Veamos… —Sven buscó entre sus notas—. Sí, aquí está. Afirmó que Björnståhle estaba claramente drogado y que Adelswärd intentó aleccionarlo a él y a los otros policías recitando parrafadas de diferentes leyes. ¿Lo recuerda ahora?

—No, la verdad es que no. Tiene que haber un malentendido porque, como usted bien ha dicho, una cosa así no se olvida.

Sven pensó que su entrevistado tenía experiencia en ese tipo de intercambios. Cualquier otro habría estado tenso en una situación semejante, pero Nico no se inmutaba, mantenía un comportamiento correcto, elegía bien las palabras y no se enredaba en una maraña de mentiras y argumentos poco meditados, como habría hecho una persona menos habituada a los interrogatorios.

Además, tenía facilidad para identificar rápidamente los puntos débiles de su interlocutor. Si Sven le hacía dos preguntas, respondía siempre la más fácil. Si estaban sobrecargadas de insinuaciones o afirmaciones, primero se mostraba ofendido y después contestaba con otra pregunta.

En infinidad de ocasiones, Sven había llegado a casa satisfecho tras una entrevista importante solo para escuchar la grabación y darse cuenta de que ciertas declaraciones que le habían parecido material para grandes titulares no eran más que perogrulladas anodinas dichas con entusiasmo. Echó un vistazo a la batería de preguntas preparadas de antemano y sintió que la estrategia que había urdido con tanta confianza estaba a punto de venirse abajo. Había golpeado con demasiada fuerza demasiado pronto, y seguía sin recibir confirmación de nada que no supiera ya.

Necesitaba sorprender a Nico Adams.

Seleccionó varias fotos de la fiesta y giró la pantalla hacia él.

—Ha calificado de absurda la afirmación de que había prostitución en sus fiestas. Sin embargo, aquí podemos ver a una joven prostituta que se está drogando con su amigo y socio Henric Björnståhle.

Nico se inclinó hacia delante y estudió la imagen.

—¿Qué pruebas tiene de que esa muchacha es una prostituta? A mí me parece una chica normal y corriente. ¿Y cómo sabe que ese polvo es cocaína?

—¿Qué otra cosa podría ser?

—Ni idea. Pero no es mi problema. Yo no consumo drogas ni soy responsable de lo que hagan otros adultos con sus vidas.

—La chica tenía solo diecisiete años —replicó Sven mientras hacía desfilar por la pantalla otras fotos de las fiestas.

Si Nico sospechaba de dónde procedían, no lo dejó traslucir.

—Aquí tenemos a un hombre que esnifa polvo blanco del pecho de una mujer. Y aquí está otra vez la amiga de Björnståhle. Por una extraña coincidencia, he tenido ocasión de conocerla.

—Lo que haga usted con su tiempo libre no es asunto mío —replicó Nico, sonriendo con sorna.

Sven dejó pasar el comentario.

—Lo más curioso es que esa misma chica se ofreció para facilitarme información sobre Rebecca. Me envió mensajes escritos en un sueco perfecto. Sin embargo, cuando nos encontramos, resultó que no sabía ni una palabra del idioma y no tenía nada que decir sobre Rebecca. Cuando ya parecía que se marchaba, irrumpió la policía y me detuvo, acusándome de consumo de prostitución.

Había algo contradictorio en la expresión de Nico que Sven no fue capaz de descifrar.

—¿Quizá me había acercado demasiado a la verdad? —se arriesgó —. ¿Había que ponerle freno a mi investigación?

Nico no respondió. Se limitó a levantarse, abrocharse la americana y recoger el abrigo.

—Lo siento, pero no tengo nada más que decir.

—Un momento —dijo Sven—. También tenemos vídeos.

Buscó enseguida el de la matanza de renos, volvió otra vez la pantalla hacia Nico y subió el volumen al máximo. El ruido de los disparos y las risas resonó en la sala.

—Es suficiente —dijo Nico en voz baja, dejando otra vez el abrigo sobre el respaldo de la silla.

—¿Qué sentido tiene acribillar renos en un recinto cerrado? ¿Y encima con armas militares? ¿Me lo puede explicar? Al fondo se ve un coche alquilado a su nombre.

Nico se había acercado a la ventana, desde donde contemplaba en silencio los tejados y las grúas de las obras en construcción.

—Se ha metido en un terreno que puede acarrearle consecuencias muy graves —dijo finalmente—. Ni se lo imagina.

Sven decidió apostar fuerte y colocó sobre la mesa el teléfono de prepago.

—Sabemos que este móvil es suyo —afirmó aparentando seguridad, aunque en realidad no tenía ninguna certeza—. Sabemos que Rebecca lo llevaba encima cuando fue asesinada y que usted pasó cerca de su casa la noche en que desapareció. Y no hace falta ser un genio para comprender que ni usted ni sus colegas de la Sociedad del Torso querían que el contenido de la memoria de este teléfono saliera a la luz. No estoy asegurando que usted la haya asesinado, por supuesto. Solo digo que el asunto tiene mala pinta y que vamos a publicarlo todo con su colaboración o sin ella. Si hay algo que debamos conocer, es el momento de que nos lo diga.

—No saben con quiénes se están metiendo —dijo Nico, mirando de soslayo el teléfono.

—No, no tenemos ni idea. Pero usted me lo puede decir.

—Tendrá que interrumpir la grabación y ofrecerme la protección que otorga a sus fuentes.

A continuación, Nico fue a sentarse frente a Sven. Se echó hacia atrás y cruzó una pierna sobre la otra como si intentara recuperar la iniciativa. Pero había algo diferente en su tono de voz cuando

finalmente habló. Tenía la boca seca, señal inequívoca de que se estaba poniendo nervioso.

Sven meneó la cabeza.

—En este momento todo apunta hacia usted, Nico. Creo que le conviene ayudarnos a entender qué está pasando y a descubrir si hay otras personas involucradas. Esta entrevista es para exigirle responsabilidades y ofrecerle la oportunidad de aclarar las partes de la investigación que le conciernen. Por eso necesitamos obtener respuestas a nuestras preguntas. Después podremos hablar de la protección de las fuentes y de los detalles de sus declaraciones que prefiere mantener en secreto. Pero todo eso queda para más adelante.

Nico hinchó las mejillas mientras miraba por la ventana.

—Esto empieza a parecerse a un chantaje. Si me niego, publicarán un montón de mierda que me hará parecer un cerdo o incluso un asesino.

—Solo queremos hacer lo correcto.

Nico se inclinó hacia delante. Había algo diferente en su mirada.

Sven pensó que siempre había varias razones por las que la gente de repente cambiaba y empezaba hablar de cosas que no le eran necesariamente favorables: deseos de venganza, intereses personales, jefes postergados en sus carreras o exparejas con cuentas pendientes. El principal motivo de Nico parecía ser la limitación de daños.

Empujó la silla hacia atrás y se levantó. Por un instante Sven pensó que el encuentro había acabado, pero, en lugar de marcharse, Nico volvió a situarse junto a la ventana, de espaldas a él.

—Björnståhle fue quien se puso en contacto conmigo. ¿Cuánto tiempo hará? Seis años quizá. Al principio solo eran cenas, a menudo en su gran propiedad de Tygelsjö. Tiene una armería completa en su

finca. Quiere aparentar que su fortuna viene de varias generaciones, pero no termino de creérmelo. Se esfuerza demasiado. Recuerdo que tenía mucha maquinaria agrícola y todo un establo lleno de coches de época. Y se movía en un Land Rover que no parecía que nadie lavara nunca, ya sabe, como cuando alguien ensucia unas zapatillas blancas para que parezcan usadas. —Nico se volvió hacia Sven y sonrió.

Él le sonrió también. Sabía que podía arruinarlo todo si empezaba a hablar demasiado pronto. Nico parecía encantado de oírse a sí mismo y no pensaba interrumpirlo.

—A Carlzén y a Adelswärd los conocí después. Ellos eran amigos desde la juventud, pero nunca lo habían hecho público. Aunque busque por todas partes, no encontrará una sola foto oficial de los dos juntos. Se favorecían mutuamente de varias maneras y les interesaba que no hubiera nada que los relacionara.

Nico le contó a Sven que los otros se habían hecho amigos cuando servían en el Regimiento de Cazadores de Laponia, donde eran conocidos como «los sureños». El término, más despectivo que geográfico, había hecho nacer entre ellos un tipo de unión que Nico podía reconocer por su propia infancia y adolescencia.

—Eran muy diferentes. Los dos tenían mucho éxito, pero en distintas áreas. Y se profesaban una lealtad a muerte.

Al principio Nico se había sentido impresionado, y ellos no habían ocultado que también admiraban su trayectoria. Veían en él a alguien que se había abierto camino por sí solo, a un hombre que «se había hecho a sí mismo», como ellos decían.

Lo que siguió fue parecido a la forma en que los pederastas engañan a los menores para llevarlos a su terreno, o al menos eso pensaba Nico.

—En retrospectiva, me doy cuenta de que todo estaba dirigido a que yo me dejara arrastrar. Vinos caros, expediciones de caza, pruebas de coches deportivos que aún no habían salido al mercado, localidades vip para partidos de fútbol… Para un tipo como yo, con mis antecedentes, no era fácil resistirse.

—¿Y Carl Adelswärd? —dijo Sven sin precisar la pregunta.

—Lo llaman «el Conde». Es un tipo diferente de los demás. Reservado, mal bebedor, raro con las mujeres. Vivía en un piso de Gamla Väster con vistas al Kungsparken. Se hubiera dicho que eran sus padres los que residían allí, aunque hacía años que habían muerto: muebles antiguos, lámparas de araña, trofeos de caza en las paredes y una piel de leopardo de alfombra delante de la chimenea. Vivía solo, no tenía hijos y no sé si alguna vez habrá estado con una mujer sin pagar.

Sven echó un vistazo a la grabadora para asegurarse de que seguía funcionando.

Nico continuó:

—A Jesper Strandelius lo llaman Rino porque una vez cazó un rinoceronte en Tanzania, en un safari. Fue antes de que yo empezara a tratar con ellos, pero se ve que se armó un buen jaleo porque no tenía licencia de caza. No hace alarde de su dinero y es un poco más reservado que los demás, quizá porque se ha hecho de oro vendiendo radares para sistemas de armamento militar.

Sven tomó nota del nombre mentalmente. Strandelius debía de ser el quinto personaje que aparecía en las fotografías.

—¿Cómo encaja en el grupo Carlzén, el agente inmobiliario?

—Jonte Carlzén no es el típico agente que se anuncia en internet. Tiene una mansión enorme en Falsterbo. Fue él quien consiguió el contrato del Torso. Creo que pusieron diez o doce millones cada uno.

Sven lo interrumpió.

—Tendrá que disculparme, Nico, pero me cuesta creer que no forme parte del grupo, ya que ha estado presente en todos esos viajes y fiestas.

—Piense lo que quiera. Yo solo intento explicarle las cosas como son.

—Por cierto, no parece que esos viajes de caza se ajustaran a las normas, ni mucho menos.

Nico negó con la cabeza.

—El primero en el que participé fue aquí, en Suecia, en las montañas. A ver si me entiende. Un safari de caza mayor en Kenia para ir a dispararle a un león viejo criado en cautividad y mierdas por el estilo está al alcance de cualquiera que tenga dinero. Pero una excursión a las montañas de Laponia es lo más sueco que hay. Le parecerá una tontería, pero para mí fue como un ritual de iniciación. Antes de salir, me dieron un regalo: una caja de madera tallada que tenía dentro una Colt Nighthawk Custom 1911 President con el cañón bañado en oro de dieciocho quilates. El tipo de regalo que no se puede rechazar. Llevaba mi nombre grabado y todo. Aun así, no dejaba de ser un problema. Tener un arma sin licencia es un delito grave, penado con un mínimo de dos años de cárcel. Pero Henric Björnståhle me dijo que no me preocupara y que sus contactos en el club de tiro podían conseguirme el certificado de la policía. «De momento ya has dado en el blanco», me animó.

Sven hizo un esfuerzo para no parecer demasiado ansioso cuando hizo la pregunta obligada.

—¿La matanza de renos se produjo en ese viaje?

—Fue todo muy raro. Y supongo que también fue una especie de prueba para ver si yo aguantaba la presión y era capaz de mantener la boca cerrada. Björnståhle le dio un sobre bien gordo a un sami que a cambio aceptó reunir una manada de renos en un sitio

apartado, en medio de la nada. Aquello fue como disparar a unas vacas en un prado. No tenía el menor sentido. Pero los demás parecían muy emocionados. Les gustaban esas cosas. Cuanto más raras y transgresoras, mejor.

—En las imágenes parece que usaran armas militares…

—No, nada de eso. Son armas que cualquiera que practique el tiro dinámico puede tener en casa con licencia, como las AR-15 o las escopetas semiautomáticas. Tenían una bolsa de hockey llena. Visores nocturnos, munición… Una locura. —Recordando, Nico soltó una carcajada.

—Tendrá que aclararme algunas cosas —dijo entonces Sven—. ¿Tiro dinámico?

—Sí, consiste en correr por una pista y disparar a objetivos que a veces están ocultos detrás de diferentes objetos. Hay que recargar el arma sin dejar de correr para ir lo más rápido posible. La idea es imitar las condiciones de un combate real.

—¿Contra qué disparan?

—Contra dianas normalmente. Aunque hay centros de entrenamiento en otros países que ofrecen más variedad. Contratan figurantes y cosas así para que parezca real. Debería verlo. Montan aldeas enteras. Suelen usar balas de goma o cartuchos *beanbag*. Si te dan, duele un montón, pero no te matan.

Nico Adams rio entre dientes, como si estuviera contando una anécdota divertida en una reunión de colegas. Era evidente que intentaba restarles importancia a las grotescas actividades en las que participaban él y el resto de la Sociedad del Torso, normalizarlas.

—Lo siento, Nico, pero tengo que preguntárselo —repuso Sven—. ¿Pretende que me crea que esos hombres le enredaron para hacerle

participar en sus escapadas? Usted no es un chiquillo ingenuo recién salido del pueblo. Es uno de los hombres más poderosos de Malmö.

—No he dicho que fuera ingenuo. Me daba cuenta de que querían algo de mí, pero yo también quería algo de ellos. Tenían las redes de contactos que me interesaban. Con mi pasado, no es fácil llegar más allá de cierto punto. Al principio todos te quieren porque eres diferente o porque les sirves de excusa. Pero después todo se acaba. Así que pensé: «Muy bien, ellos desean mis contactos y yo necesito los suyos». Ansiaban las fiestas, las putas y las emociones que yo podía proporcionarles porque conocía a la gente que se dedicaba a eso. Ellos, por su parte, tenían nombres que podían abrirme las puertas de los grandes contratos y un aura de estabilidad y confianza. Me pareció la combinación perfecta.

—¿Y después?

—Me di cuenta de que nunca sería uno de ellos. Si algún día se venía abajo el castillo de naipes, sabía que me traicionarían sin pestañear. Nadie iba a creerme si se trataba de mi palabra contra la suya. —Hizo una pausa teatral—. Necesitaba un seguro de vida. Entonces empecé a grabar vídeos en secreto y a acumular pruebas. Lo guardaba todo en ese móvil.

Sven tuvo que controlarse para no dejar traslucir su entusiasmo ante la enormidad de la revelación. Nico Adams acababa de confirmar lo que sospechaba desde el principio.

Efectivamente, el teléfono era suyo.

—¿Los otros nunca sospecharon?

—No. No notaron nada, y yo tampoco pensaba utilizarlo contra ellos. Era solo un seguro de vida por si se volvían contra mí.

Sven ya había oído muchas veces ese razonamiento en entrevistas realizadas a delincuentes profesionales, que siempre estaban en guardia ante toda posible amenaza. Eran expertos en interpretar las

condiciones ambientales y hábiles manipuladores que no solo sabían zafarse de las situaciones más difíciles con argumentos, sino aprovechar al máximo sus capacidades en un mundo en el que era prioritario ganarse la confianza de amigos y socios como garantía en caso de que alguien intentara engañarlos o sacar una ventaja indebida del trato con ellos. Algunos desempeñaban su papel con una habilidad tan asombrosa que habrían podido ser excelentes agentes de los servicios de inteligencia. O también, por lo visto, hombres de negocios de gran éxito.

—¿Cómo se hizo Rebecca con el teléfono?

—No tengo ni idea. Yo lo guardaba en la caja fuerte de mi casa. Debió de verme introducir el código. Se lo habrá llevado cuando yo no estaba. No he sido consciente de que había desaparecido hasta ahora, cuando usted me lo ha enseñado.

—Entonces Rebecca se lleva un teléfono suyo que contiene material delicado y al poco tiempo aparece muerta. No pinta bien para usted, ¿no cree?

—No, desde luego, pero yo no la maté.

Sven decidió acelerar el ritmo de las preguntas. No quería arriesgarse a que Nico se levantara y se marchara sin tener la oportunidad de responder a todo lo que iba a salir publicado.

—¿Sabía que iba a reunirse con Jon Carlzén en el Kronprinsen?

—Sin comentarios.

Sven señaló una de las fotos. Sentados en un sofá en una cabaña de las montañas, aparecían Björnståhle, Carlzén, Adelswärd y el tipo que, por lo visto, se apellidaba Strandelius. También había un hombre de pie, de espaldas a la cámara, vestido con un jersey de punto y vaqueros.

—¿Quién es este?

Nico ni siquiera miró la fotografía. Se limitó a fijar la vista en Sven.

—Sin comentarios.

—¿Quién contrató a la chica que aparece esnifando coca con Henric Björnståhle?

—Tendrá que preguntárselo a él.

—¿Murió Rebecca por culpa de este teléfono?

Se hizo un silencio en la sala que pareció eterno.

Cuando Nico volvió a hablar, su voz era diferente. Había adquirido un matiz de tristeza. O quizá simplemente era muy buen actor.

—Conozco a esos tipos. No están bien de la cabeza, pero no son asesinos. Creo que lo de Rebecca fue realmente un robo que acabó en asesinato, como ha publicado la prensa.

—¿Ha intentado localizar a los atracadores?

—¿Qué atracadores? ¿Esos chicos? ¿Por qué iba a hacerlo?

—Porque están en busca y captura por el asesinato de su amante. Porque encontraron su teléfono…

Nico negó con la cabeza.

—Tiene mucha imaginación, Sven. Como ya le he indicado, no sabía que Rebecca lo tuviera hasta que usted me lo ha dicho.

Sven intentó interpretar su lenguaje corporal por si descubría alguna señal de que estuviera mintiendo.

—No me creo nada —dijo por fin—. En todo lo que ha dicho, se atribuye usted un papel insignificante. Necesitamos más información sobre la Sociedad del Torso.

—Entonces tendrá que hablar con ellos. Yo ya le he dado todo lo que podía ofrecerle.

Sven oyó una notificación en su teléfono y enseguida dio por sentado que sería un mensaje de Anne, por lo que le costó entender lo que vio en la pantalla.

Era de Marko, del departamento informático.

Mi amigo lo ha desencriptado. Lo tengo todo en una memoria USB. Pásate cuando puedas. Tengo guardia este fin de semana, así que estaré en la oficina hasta tarde.

Sven se levantó de la silla.

—Creo que podemos terminar aquí. Ya le llamaré.

Recogió sus cosas y se dispuso a marcharse. Sin embargo, algo había cambiado en la sala. De repente, los papeles se habían invertido. Nico también se había puesto en pie, pero parecía inseguro.

—Muy bien —dijo Sven—. Le sigo.

El periodista se encaminó rápidamente hacia los ascensores con renovada energía. Nico lo miraba como si estuviera rumiando algo o lo estuviera evaluando.

Sven no dijo nada. Se limitó a sonreír mientras contemplaba los números que iban apareciendo encima de los ascensores.

El tiempo se le hizo eterno.

Cuando por fin se abrieron las puertas, Sven le tendió la mano a Nico para estrechársela.

—Gracias por su tiempo.

Él no dijo nada ni respondió al gesto. Solo levantó la mano a modo de despedida.

58

Sven marcó el número de Anne nada más salir del despacho de Marko con la memoria USB guardada en el bolsillo delantero de la chaqueta.

Veinte minutos después, casi sin aliento, estaba delante de su puerta y se disponía a llamar cuando ella la abrió con tanta fuerza que casi lo tiró al suelo.

—¡Cuánto has tardado! ¿Dónde estabas? ¡Pensaba que te había ocurrido algo!

—¿Qué podía pasarme?

—No lo sé. Me llamas para decirme que Marko ha conseguido romper el cifrado de la carpeta y luego desapareces.

—No he desaparecido. He venido en bici desde Triangeln sin responder a tus… —Se interrumpió y echó un vistazo al móvil—. A tus cinco perdidas. ¿Cómo has tenido tiempo de llamar tantas veces?

Sven se quitó los zapatos y siguió a Anne. Una vez en la cocina, le enseñó triunfante la memoria USB.

—¿Preparada?

Lo único que contenía la carpeta cifrada era un breve vídeo de dos minutos y cuarenta segundos con imágenes en diferentes tonos de verde. Parecía grabado con algún tipo de cámara de visión nocturna y daba la impresión de que las personas que aparecían en él se encontraban en una especie de búnker.

—Ese de ahí es Björnståhle. Lo reconozco por el reloj que lleva en la muñeca —dijo Anne, señalando la pantalla.

Sven se inclinó sobre la mesa e intentó aumentar el brillo de las imágenes, pero seguía siendo difícil ver algo. Las caras quedaban ocultas por las gafas de visión nocturna que llevaban puestas los hombres.

En las manos empuñaban escopetas con grandes cargadores y vestían esmoquin y pajarita. Parecía una despedida de soltero con partida de *paintball* en la que los invitados corrían de aquí para allá como toros saturados de testosterona. La cámara se movía constantemente, pero era fácil distinguir el objeto de sus disparos. Las dianas eran personas que se tambaleaban a ciegas en la oscuridad, con los brazos extendidos y el paso vacilante como zombis.

—¿Qué es esto? —preguntó Anne.

—Ni idea.

De pronto, Sven recordó lo que había dicho Nico acerca del centro de entrenamiento en el extranjero, donde era posible practicar el tiro dinámico con dianas vivas. Lo hacían con armas de verdad, pero cargadas con balas de goma o cartuchos *beanbag*, considerados «no letales» porque los perdigones estaban encapsulados en un envoltorio de kevlar. De ese modo, los proyectiles no penetraban en la piel y solo dejaban momentáneamente fuera de combate a quien recibía el disparo. Las fuerzas policiales de todo el mundo los utilizaban para incapacitar sin matar.

Aun así, podían ser mortales si alcanzaban partes del cuerpo particularmente sensibles, como el cuello o la cabeza.

—No parece que sea un juego —comentó Anne—. La gente huye aterrorizada. Algunos se arrastran por el suelo o intentan esconderse. Se oyen gritos. ¿Qué mierda es esto?

La cámara hizo un barrido y se detuvo en una habitación con la puerta abierta, donde se veía a un hombre con los pantalones medio

bajados. Sven congeló la imagen y trató de hacer zoom, pero solo consiguió aumentar el tamaño de los píxeles. Se adivinaba que había alguien boca abajo en un catre delante del hombre, que estaba de rodillas, aunque habría sido imposible asegurarlo. El tipo tenía una mano enredada en los largos cabellos que caían a los lados del catre, que eran como algas bajo la extraña luz verdosa.

Reprodujeron de nuevo el vídeo. A partir de cierto punto, Sven lo detuvo y fue pasando fotograma a fotograma. Hizo zoom en una de las imágenes y su malestar se volvió más intenso. Su cuerpo estaba reaccionando ante algo que su mente aún no había conseguido asimilar.

—Ahí, ¿lo ves?

Al fondo, oculto entre varias personas de espaldas, se vislumbraba en el suelo algo que solo se veía durante menos de medio segundo de grabación. Era un cuerpo en una postura tan retorcida y antinatural que solo podía estar…

Sven se acercó a la pantalla y después se volvió hacia Anne.

—¿Ves lo mismo que yo?

—Está muerto —dijo Anne sin quitar la vista del ordenador—. Estoy segura. Es alguien que ha fallecido.

Vieron otra vez el vídeo desde el principio, intentando averiguar si la persona que yacía en el suelo aparecía antes en las imágenes. Pero todo resultaba demasiado confuso. La perspectiva cambiaba constantemente: a veces solo se veían pies y piernas, y en otras ocasiones la cámara solo enfocaba el techo. En ningún momento se apreciaba que los hombres con las gafas de visión nocturna realmente dispararan contra alguien. Aun así, cada vez resultaba más evidente que no estaban disputando ninguna partida de *paintball* y que aquello tampoco era un centro de entrenamiento como los que había descrito Nico. Era algo completamente distinto.

—Entonces no solo cazan animales —masculló Anne más para sí misma que para Sven. Enseguida añadió—: Los he contado. Son seis, incluido el que maneja la cámara. Y solo sabemos con certeza los nombres de cuatro: Björnståhle, Carlzén, Adelswärd y Nico Adams.

—Y Strandelius —dijo Sven—. Me lo ha mencionado Nico. Al parecer, ha hecho una fortuna vendiendo radares a la industria armamentística.

—Strandelius —repitió Anne mientras empezaba a buscar en una pila de papeles—. Lo sabía —dijo enseguida—. También aparece en el anuario del Regimiento de Cazadores. Pero ¿quién es el sexto? ¿Hay otro miembro en la Sociedad del Torso?

Mientras ella contemplaba absorta la foto del grupo de jóvenes de apariencia marcial, Sven estaba perdido en otros pensamientos.

—¡La lista de Rebecca! ¿No será lo que estamos viendo? ¿Los desaparecidos podrían ser las personas que huyen en este vídeo? Rebecca los había estado buscando por todas partes. En la iglesia de Santa María conocían a algunos, pero hacía un año que no los veían. Este vídeo se grabó el pasado Año Nuevo, hace casi exactamente un año. Las fechas coinciden.

Se fue al salón, aunque volvió enseguida. Estuvo yendo y viniendo entre las habitaciones y por fin regresó con el papel que antes habían llenado de garabatos y anotaciones.

—Esto tiene que desaparecer —anunció—. Hay que escanear todo lo que tengamos en papel para almacenarlo en discos cifrados. No podemos guardar esto en tu casa.

—Pero nos llevará una eternidad…

—Si lo hacemos en la oficina, será rápido. Es domingo, así que en la redacción solo estaremos nosotros, aparte del personal de guardia.

—¿No tienes que volver a casa?

—No, ahora mismo no. Patrik ya ha hablado con Lisa y todo está mucho más tranquilo por ese lado. Pero todavía están en Sälen.

Anne asintió. Recogieron todas las carpetas y papeles en una bolsa grande de Ikea y los guardaron en el maletero de su coche.

Unas tres horas después, habían escaneado todos los documentos en la redacción del *Dagbladet*.

Sven miró con furia la máquina trituradora de papel.

—Este aparato mastica con más lentitud que un hámster moribundo.

—Te conozco. Sé lo que estás pensando —comentó Anne con una sonrisa.

—A ver, ¿qué estoy pensando?

—Estás buscando una excusa para encender una hoguera en el jardín de mi casa. He visto cómo te brillan los ojos cuando miras los papeles.

Sven pareció alegrarse y a la vez avergonzarse de que lo hubiera pillado.

Al poco tiempo estaban de vuelta en casa de Anne. Sven empezó a construir una hoguera con muebles viejos, carpetas, documentos y ramas al fondo de la parcela.

—El líquido de encendido es para aficionados —afirmó con expresión radiante mientras desenroscaba la tapa de un bidón de gasolina.

Después empezó a recorrer el jardín con alegría infantil y regresó varias veces con cosas nuevas que arrojar al fuego.

Anne, por su parte, se quedó quieta, disfrutando del calor.

—¿En qué estás pensando? —le preguntó él mientras añadía a la hoguera un envase viejo de insecticida en aerosol y una mesa de jardín sin una pata.

Hubo una explosión y Anne lo miró asustada.

—Sí, ya lo sé. Lo del aerosol ha sido una tontería. No se debe hacer.

—No, no es por eso. Es que de repente me he acordado de Juma. Tenemos que enseñarle el vídeo a Ali. Mañana a primera hora saldré para Lövestad.

59

Sven estaba tumbado, mirando el techo. Sabía que tenía que cerrar los ojos y tratar de dormir en lugar de centrarse en Anne y el trabajo.

Pero los pensamientos no dejaban de darle vueltas en la cabeza.

No le servía de nada saber después de tantos años que siempre le pasaba lo mismo antes de la publicación de un reportaje importante. Aunque lo hubiera comprobado todo dos veces, siempre le quedaba algún detalle escondido en el subconsciente que invariablemente salía a la luz justo antes de que el artículo fuera a la imprenta. Esta vez no podía quitarse de la cabeza la idea de que había algo en el vídeo que le resultaba familiar, pero no era capaz de identificarlo.

Se preguntaba si debía acompañar a Anne a Lövestad cuando fuera a enseñárselo a Ali.

¿Qué había exactamente en aquellas imágenes que le sonaba tanto?

Sintió que el sueño comenzaba a fundirse con la realidad. Pasillos interminables con celdas a los lados. Anne en la otra punta. ¿O sería Lisa? De repente, fue consciente de que ya había visto antes esos corredores y esas celdas.

Se despertó del todo.

Bajó la escalera y encendió la luz del salón. El libro con fotografías de una exposición sobre la antigua prisión de Kirseberg que habían visitado Lisa y él años atrás estaba escondido entre un tomo sobre jardinería y otro sobre rutas de excursionismo en Sarek.

Lo abrió y encontró enseguida el ambiente estéril de la cárcel: superficies de hormigón con gruesas rayas pintadas en el suelo para que formaran una fila personas que no estaban acostumbradas a ningún tipo de orden y muros cubiertos de grafitis donde podía leerse TODOS SOMOS COBAYAS o LA JAULA DEL OSO.

La cárcel de Kirseberg había sido uno de los pocos «centros disciplinarios» del país y una de las instituciones penitenciarias más duras de Suecia. Se decía que la llamada «jaula del oso» había sido una celda de aislamiento subterránea donde los internos más conflictivos eran encerrados y apaleados.

Hojeando el libro de la exposición, Sven vio las robustas puertas de las celdas, en una hilera que parecía fruto de un juego de espejos porque eran tantas que se perdían en la distancia. Algunas tenían gruesas puertas blancas o azules de madera maciza que parecían medievales por su aspecto pesado y tosco, mientras que otras eran de acero.

Sintiendo que el corazón le latía con fuerza en el pecho, salió al recibidor para sacar el ordenador de la mochila.

¿Cómo era posible que hubieran pasado por alto lo más evidente?

Abrió la carpeta con la investigación de Anne, donde aparecían ordenadas por año de adquisición todas las fincas que Hope Properties tenía en alquiler en Rosengård, Lindängen y Kroksbäck. También había una lista de naves industriales que, con toda seguridad, habían sido adquiridas para ser reconvertidas en viviendas con vistas al mar. La antigua comisaría de Davidshall, un hermoso edificio de los años treinta con paredes cubiertas de hiedra, ya había sido transformada años atrás en un bloque de 122 apartamentos, y una iglesia de Limhamn se había convertido en spa.

Entonces lo vio.

La última adquisición de la lista era la antigua prisión de Kirseberg. Según los registros, Nico había comprado el complejo por 50,5 millones de coronas a la agencia inmobiliaria estatal Specialfastigheter dos años atrás. Y no era difícil imaginar el motivo: se trataba de una superficie de más de veinte mil metros cuadrados donde quizá fuera posible construir viviendas una vez conseguidos los permisos pertinentes.

Tras una rápida investigación en internet, Sven averiguó que, en un principio, la Dirección de Migración había planeado transformar la antigua cárcel en un centro de internamiento para extranjeros. Durante un tiempo se había barajado la posibilidad de convertirla en viviendas para estudiantes y, tras innumerables trámites y demoras, habían entrado en escena Hope Properties y Nico Adams. Desde entonces, las grandiosas visiones de ciento cincuenta apartamentos nuevos habían quedado estancadas en la fase preliminar del informe sobre el patrimonio cultural. ¿Se podía derribar el muro? ¿Había que mantener la estructura radial del patio? ¿Era posible demoler la vivienda del director?

El obstáculo más reciente parecía haber sido una disputa en torno a un «plan de gestión de lluvias torrenciales» que, por lo visto, era obligatorio.

Entonces la mirada de Sven se posó en una de las últimas frases del documento.

Todo el complejo lleva varios años cerrado a la espera de una reforma.

Volvió a abrir el libro de fotografías y observó la imagen de una hermosa reja de hierro forjado que recordaba haber visto en la exposición. Probablemente habría funcionado como esclusa para garantizar que no se pudiera abrir una puerta hasta que la del fondo hubiera quedado cerrada.

De repente, lo supo con certeza.

Había visto ese mismo lugar ese mismo día, pero a través de un visor nocturno en una película sumamente pixelada.

60

Anne acababa de meterse en la cama cuando recibió la llamada de Sven. Al cabo de un momento, lo estaba esperando en el cruce de Sperlingsgatan con Norra Bulltoftavägen sin dejar de moverse para entrar en calor.

—Nos vemos dentro de quince minutos. Te lo explicaré cuando nos encontremos —se había limitado a decirle.

Era tan poco propio de Sven actuar de ese modo que ella lo había obedecido sin hacer preguntas. Se había puesto los vaqueros y un jersey grueso, y había salido corriendo a la calle aunque eran más de las doce de la noche.

Ahora llevaba más de un cuarto de hora soportando el frío del exterior y se preguntaba qué habría pasado. Por su cabeza desfilaban todas las situaciones posibles. Que Lisa le hubiera impedido salir. Que alguien se hubiera presentado en su casa y hubiera amenazado a su familia. Que hubieran encontrado a Hamid, vivo o muerto. O que la joven prostituta hubiera vuelto a ponerse en contacto con él.

Cuando por fin lo vio llegar, intentó interpretar su expresión desde lejos.

—¿Ha ocurrido algo? —le gritó cuando estuvo cerca mientras golpeaba el suelo con los pies y se frotaba los brazos para combatir el frío.

—No sé cómo no lo vi desde el principio —respondió Sven. Se apresuró a alcanzarla y siguió andando a lo largo del muro que

rodeaba la antigua prisión—. ¿Recuerdas la lista de fincas de Nico que conseguiste? No entiendo cómo hemos podido pasarlo por alto. Estaba convencido de que todos los vídeos se habían tomado en el extranjero. Tú no eres de aquí, pero yo debería haberme dado cuenta enseguida.

Anne se detuvo e hizo que Sven se parara también, aunque él no dejó de hablar. El aliento le formaba nubes de vapor delante de la boca. Ella habría querido besarlo para que callara de una vez.

—¿Qué es lo que deberías haber visto? No te entiendo, Sven. ¿Qué hacemos aquí?

—He recordado una exposición de fotos que vi hace muchos años. ¡Es aquí! Estoy completamente seguro. El vídeo que hemos estado viendo y reproduciendo para delante y para atrás todos estos días… Debería haberlo notado desde el principio.

—¿De qué me estás hablando? Sigo sin comprender nada.

—La caza humana no tuvo lugar en ningún centro del extranjero. Yo he visto esos pasillos con celdas a los lados y la reja en la escalera. Estoy seguro, Anne. ¡Era aquí donde corrían y disparaban! Tú misma lo has descubierto en tu investigación. Nico compró todo el complejo carcelario de Kirseberg hace dos años.

Anne lo miró con cierto escepticismo, intentando asimilar lo que su amigo le estaba contando.

—¿Quieres decir que lo grabaron aquí, dentro de la cárcel?

—Piénsalo. Una prisión clausurada que lleva muchos años vacía. Era propiedad de la empresa de Nico y la vigilancia corría a cargo de Private Security.

Anne levantó la vista hasta lo alto de los muros. Sven tenía razón. Era el refugio perfecto para quien quisiera jugar sin interferencias. El complejo estaba abandonado. No había ni la menor señal de vida, ni luz, ni movimiento dentro del recinto. ¡Si tan solo pudieran entrar y

encontrar alguna prueba de que el vídeo se había grabado allí! Salpicaduras de sangre, casquillos, balas, cualquier otra cosa.

Continuaron bordeando el muro gigantesco, pasaron por delante de la casa del director y se encaminaron otra vez hacia Norra Bulltoftavägen.

Entonces Anne le señaló a Sven:

—Aquí la pared parece más baja.

—Sigue siendo demasiado alta. Y hay alambre de espino por todas partes. Es imposible.

Anne se estremeció. Se arrepentía de no haberse puesto el gorro y la bufanda.

—Quizá deberíamos darnos por vencidos, al menos por hoy. Por esta noche.

—Demos otra vuelta antes de regresar a casa. Solo quiero echar un vistazo.

De repente, oyeron un ruido tras ellos. Todo ocurrió muy rápido. Los grandes portones, como una enorme barrera de hierro, se abrieron de pronto. Y, al cabo de un segundo, salió del interior un vehículo oscuro que giró lentamente con los faros apuntando hacia ellos. Anne se volvió hacia Sven y susurró casi sin aliento.

—Es Nico —observó él.

—¿Qué?

—Es el coche de Nico, un BMW i7 nuevo… ¡Joder, es el puto coche de Nico! Nos va a ver.

Anne retrocedió mientras giraba el rostro hacia él y comenzaba a besarlo tiernamente pero con pasión, como había hecho miles de veces tiempo atrás, en otra vida. Sven respondió mordiéndole con suavidad el labio inferior y ella sintió en la nuca la calidez de su mano.

Solo duró unos segundos, pero fue suficiente. El coche había pasado y ya se alejaba en dirección a Lundavägen.

—Lo siento —se disculpó Anne mientras dirigía sus pasos hacia la entrada abierta.

Sin esperar a Sven, se coló entre los dos grandes portones, que ya empezaban a cerrarse.

—¡Anne!

Ella lo oyó desde el otro lado del muro.

—¿Qué haces?

—¡Date prisa! —lo animó ella, pero al mismo tiempo se dio cuenta de que era tarde.

Las puertas estaban a punto de cerrarse con todo su peso y Sven podía quedar atrapado entre ellas si intentaba pasar en ese instante.

Sin embargo, Anne vio que su amigo tomaba impulso y echaba a correr.

61

Sven oyó el ruido de los portones al cerrarse a su espalda. Las pesadas hojas metálicas chirriaron y provocaron un estruendo ensordecedor. Solo entonces cayó en la cuenta.

Se encontraban en el interior de una institución penitenciaria de clase dos, considerada «de máxima seguridad». La única función de ese edificio era mantener encerrados a los reclusos y garantizar que no pudieran salir nunca al exterior.

Sven había crecido en las Colinas, era un chico del barrio. La prisión de Kirseberg, una enorme fortaleza blanca que se encontraba tras unos altos muros protegidos con alambre de espino, había dominado el paisaje de su infancia como un recordatorio de lo que podía sucederle si las cosas se torcían en su vida. Eran cuatro plantas que, en los tiempos de mayor actividad, habían llegado a albergar a más de trescientos presos.

Era un lugar terrorífico tanto para los niños como para los adultos.

De pequeño, Sven creía que las treinta y dos altas chimeneas que se elevaban como periscopios sobre los tejados de la prisión eran en realidad una especie de ojos que lo veían todo y espiaban a los habitantes de Kirseberg para asegurarse de que no hicieran nada malo.

Ahora estaba dentro. Contempló las altas paredes y las cámaras de vigilancia, que apuntaban al patio de la prisión. ¿Los estaría viendo alguien en ese momento? ¿Sabría Björnståhle o algún

empleado de Private Security que se habían colado unos intrusos en el recinto?

Durante un breve instante, pensó en enviarle un mensaje a Lisa para avisarla de que estaba allí con el único propósito de que alguien lo supiera. Pero no habría sabido ni por dónde empezar.

¿Cómo iba a decirle que había ido con Anne a curiosear en medio de la noche a la cárcel clausurada de Kirseberg solo porque algo le había llamado la atención en un viejo libro de fotografías?

Se apresuró a reunirse con su amiga en medio del patio.

—Esto es una locura. Lo sabes, ¿verdad? Es allanamiento de propiedad o como se diga. ¿Cómo demonios vamos a explicar que estamos aquí?

—Estaba abierto —replicó Anne, poniendo cara de inocente—. Solo queríamos echar un vistazo…

—Hay carteles de prohibido el paso por todas partes —la contradijo él—. ¿Y cómo piensas salir?

—Llamaremos a alguien. Pero antes vamos a bajar a ver si tenías razón y realmente era aquí donde corrían y disparaban esos tipos.

Se dirigió a la entrada principal del edificio y empujó la puerta. Sven sintió una oleada de alivio cuando vio que estaba cerrada con llave.

—Ven, vámonos. Salgamos de aquí antes de que sea demasiado tarde. ¡Anne!

Pero ella siguió recorriendo el patio en busca de más puertas. Y Sven notó su mirada triunfante cuando una de ellas finalmente cedió.

—¡Anne!

Sin prestarle atención, ella sacó el teléfono.

—Solo quiero grabar un vídeo. Después nos iremos, te lo prometo.

Sostuvo la puerta para que él pasara y Sven comprendió que no tenía opción. Dentro había un rellano completamente a oscuras, por lo que tuvo que encender la linterna del móvil.

Bajaron un tramo de escalera. Hacía frío y el aire olía a rancio. El menor ruido resonaba en la oscuridad. Sven se estremeció.

—Bajaremos solo un poco más y después nos iremos —dijo—. Prométemelo. Aquí ni siquiera hay cobertura.

—Te lo prometo —contestó ella.

Siguieron descendiendo en silencio y Sven vio una puerta entornada. Anne le señaló un cartel y le pidió que lo iluminara. SECCIÓN 18.

La periodista dirigió la cámara hacia el letrero antes de empujar con cuidado la puerta para abrirla del todo.

Al otro lado, en el pasillo, había una cabina con paredes de vidrio y, detrás, un pasillo tan interminable que la linterna del móvil solo podía iluminarlo parcialmente. Al oír que a Anne se le aceleraba la respiración, Sven comprendió que su amiga acababa de ver lo mismo que había visto él en las fotos de la exposición.

—Ilumina aquella pared —dijo—. No, un poco más adelante. ¿Lo ves? Es exactamente igual a lo que vimos en el vídeo de la carpeta cifrada. Debe de ser allí donde yacía en el suelo aquel cuerpo retorcido.

Era sin duda el lugar donde los miembros de la Sociedad del Torso habían estado corriendo y divirtiéndose. Era como si la tenue luz de la linterna los hubiera transportado al interior del vídeo.

¿Qué había pasado en ese sitio?

Sven se detuvo como paralizado mientras Anne seguía adentrándose en la oscuridad.

—¿Notas el olor?

Pero la periodista no aguardó la respuesta de su amigo y continuó alejándose por el pasillo hasta que él dejó de verla.

—Anne, espérame. No vayas sola.

Más adelante Sven lo recordaría como un momento de absoluto silencio, como si el mundo se hubiera detenido y todo se hubiera iluminado a su alrededor con una luz cegadora.

Estaban uno al lado del otro y él siguió apuntando al horror con la linterna mientras Anne lo grababa en vídeo. Después comprobaron que toda la grabación, desde que habían entrado a esa sección hasta que salieron, duraba solo dos minutos y dieciséis segundos. Pero a ellos les pareció una eternidad.

Delante de ellos yacían once cadáveres. Los dos lo sabían sin necesidad de contarlos. Eran las personas que figuraban en la lista de Rebecca.

62

Alguien debía de haber arrastrado los cadáveres para trasladarlos mucho después de su muerte. Tenían la piel estirada sobre el esqueleto como cuero secado al sol. A Anne se le vinieron a la mente las películas de guerra en las que alguien bajaba a una fosa común y encontraba los restos de los que tiempo atrás fueron seres humanos.

Notó que Sven se estaba apuntando a la cara con la linterna para que ella dejara de mirar lo que tenían delante y se volviera hacia él. Sintió que buscaba su mano y hacía que bajara el teléfono. Vio que movía los labios, aunque era como si estuvieran en el fondo de una piscina y su voz solo se oyera a lo lejos a través del agua. Después fue como si alguien la arrastrara de un tirón hasta la superficie.

—¡Anne! ¡Tenemos que salir de aquí! ¡Anne!

Sentía que Sven tiraba de ella, pero lo hacía en la dirección equivocada: hacia los cadáveres, hacia la oscuridad. Entonces la invadió el pánico y se resistió. Intentó soltarse para huir hacia el otro lado.

—¡Anne, escúchame!

Ella notó la mirada fija y aterrorizada de Sven, y enseguida oyó un golpe lejano, procedente de la escalera por la que habían bajado, como si se hubiera cerrado una puerta o una reja. Comprendió que no estaban solos.

—¿Me oyes, Anne? ¡Tenemos que huir!

Ella asintió y de inmediato echó a correr a través del mar de cadáveres, sollozando y tratando de no pensar en lo que estaban haciendo ni en las personas cuyos cuerpos habían quedado allí abandonados, once seres humanos que no habían recibido una sepultura digna.

Veía delante la luz movediza de la linterna de Sven y esperaba todo el tiempo llegar al final del pasillo, pero era como si las celdas no acabaran nunca. Todas las puertas entreabiertas parecían fauces dispuestas a engullirlos para siempre. Nadie acudiría en su ayuda si se quedaban encerrados. Nadie sabía que Sven y ella estaban allí.

Se preguntó si habría otra puerta o una escalera al final del pasillo, o si estarían en un callejón sin salida.

«¡Por favor, Dios mío! ¡Haz que encontremos una puerta! —pensó mientras corría—. ¡Y que no esté cerrada con llave!».

Enseguida vio que Sven, que iba delante de ella, llegaba a una, la empujaba y la abría. En cuestión de segundos se encontraron en el rellano de una escalera mucho más amplia que la que habían utilizado para bajar.

Anne comprendió que era la principal.

Con manos temblorosas, sacó el teléfono. Seguía sin haber cobertura.

—Tenemos que subir.

Sven la cogió por los hombros y la situó delante de él. Subieron juntos un tramo de escalera y pasaron a través de una reja.

—«Planta dos» —leyó Sven, iluminando con el móvil un letrero sobre una puerta.

—Seguimos sin cobertura. Tenemos que subir un poco más. No sé si será por los muros…

Anne se agarró a la barandilla y lo siguió piso tras piso.

Pronto vio el reflejo de las luces de Kirseberg en la calle. Cuarta planta.

Se detuvo.

—Intentémoslo ahora.

Marcó el 112. Empezó a sonar el tono de llamada y a ella le pareció que pasaba una eternidad hasta que la atendieron, pero sintió un gran alivio al oír a la operadora.

Todo iba a salir bien. Todo se arreglaría.

—¿Pueden enviar un coche patrulla a la antigua cárcel de Kirseberg? —pidió en un susurro, aunque su voz resonó igualmente en el hueco de la escalera.

—¿Me dice su nombre, por favor?

—Anne Suyin. Un colega y yo hemos encontrado cadáveres en el interior del edificio. Pronto tendré que colgar, porque creo que hay alguien aquí.

—Noto que está nerviosa y necesito que se calme un poco. No podemos enviar ningún coche patrulla si no sabemos qué ha pasado. Pero estoy aquí para escucharla. No voy a colgar. ¿Puede explicármelo desde el principio?

Anne se dio cuenta de lo confuso que debía de sonar todo y decidió simplemente inventarse algo.

—Violencia en curso en la antigua cárcel de Kirseberg —dijo, esperando que fuera suficiente.

—Veo aquí su ubicación, pero sería mejor que pudiera indicarme una dirección con el número del portal.

—Estoy en el interior de la antigua cárcel —respondió ella—. Cerca de la entrada principal.

—Voy a ver qué coches tenemos en la zona. Espere sin colgar, por favor.

Se oyó un golpe en una de las plantas inferiores.

Anne miró a Sven. Los dos estaban inmóviles, pero él le señaló hacia arriba y apagó la linterna del teléfono.

Sin dejar de prestar atención al móvil, Anne se apoyó en el pasamanos y echó a correr escaleras arriba.

En la penumbra, no llegó a entender del todo lo que estaba pasando. Solo oyó el grito de Sven y, cuando se volvió, vio que un hombre enmascarado había agarrado a su amigo por la capucha de la chaqueta y lo arrastraba hacia la reja de la planta inferior.

Anne corrió tras él y, en el mismo instante, vio que Sven empujaba al tipo por las escaleras al mismo tiempo que cerraba la reja para quedar en el mismo lado que el desconocido y aislarla a ella.

Desesperada, Anne empujó el enrejado que los separaba.

—¿Qué estás haciendo? ¡Sven!

—¡Huye! —gritó él.

Anne lo miró.

—No puedo.

—¡Huye!

Detrás de Sven, el hombre enmascarado se había vuelto a incorporar y se le estaba acercando por detrás.

—¡Sven!

Sin embargo, ya era tarde. Anne lo vio todo sin poder intervenir. El hombre agarró a Sven y este se precipitó por la escalera. Durante unos segundos, pareció como si su caída no fuera a acabar nunca, pero, cuando finalmente golpeó el suelo de piedra, se quedó tumbado, inmóvil, inerte, sin vida.

Al otro lado del enrejado, el hombre se acercó y, por un instante, Anne y él se miraron fijamente en la penumbra. Entonces ella oyó el ruido de las llaves en la cerradura de la reja.

Retrocedió poco a poco, subiendo la escalera de espaldas. Un paso tras otro, sin aliento, hasta que se giró y echó a correr.

No tenía ningún plan, aparte de seguir subiendo hasta el final, donde encontró una puerta de acero. La abrió de un tirón y siguió corriendo en la oscuridad. Cuando encendió la linterna del móvil para iluminarse el camino, descubrió que estaba en una especie de ático enorme.

Ante ella se extendía un laberinto de conductos de ventilación y chimeneas que subían hacia el techo. Una de ellas, un poco más adelante, tenía adosada una escalerilla que parecía conducir a una trampilla metálica. Sin pensárselo dos veces, Anne corrió hacia allí.

Solo cuando empezó a trepar, se dio cuenta de la altura vertiginosa que alcanzaba. Decidió no mirar hacia abajo y seguir huyendo justo cuando comenzó a sonarle el móvil en el bolsillo. Pero la trampilla en el techo, por encima de su cabeza, era como un agujero en el hielo para alguien sumergido en un mar gélido y oscuro.

Aun así, sacó el teléfono y, con una mano, pulsó el botón de aceptar la llamada mientras se agarraba a la escalera con la otra.

—Le hablo del Servicio de Emergencias. Usted nos ha llamado y…

Entonces se sobresaltó al oír el ruido de una puerta que se abría más abajo y el móvil se le resbaló de la mano.

Se agarró a la escalera y siguió trepando tan rápido como le permitieron las piernas. Oyó el golpe del teléfono al chocar contra el suelo, pero ya estaba empujando la trampilla para salir y no tenía tiempo de bajar a recogerlo.

63

La radio del coche patrulla crepitó:

—Atención, 908213. Atención.

Jönsson acababa de colocar dos bandejas delante de Olsson en la mesa de un quiosco callejero.

—Doble ensalada de gambas, salchichas con puré de patatas y dos Puckos. Lo mejor de Sibylla.

Los Puckos eran bebidas de leche con chocolate.

Olsson miró a Jönsson con el rabillo del ojo para ver si tenía intención de ir a coger la llamada. A continuación, clavó el cuchillo de plástico en la salchicha como si se tratara de un ser vivo que fuera preciso matar.

—Estos tenedores son geniales. Tenedor y cuchillo, todo en uno. ¿Por qué no tenemos algo así en casa? Habría que fregar la mitad de cosas.

Jönsson se enjugó el sudor de la frente. El uniforme parecía a punto de estallarle sobre el pecho.

—Joder con la puta radio —comentó al oír que volvía a sonar dentro del coche.

Se levantó y fue a atender la llamada.

—Aquí 908213. Cambio.

Tenía la expresión de alguien a quien le hubieran tirado al suelo la última comida de su vida.

—Repito. Aquí 908213. Cambio.

—Tenemos un aviso de violencia en curso en Kirseberg. Gevaldigergatan. Lo más probable es que sea un loco de algún centro para borrachos, pero pasen por allí de todos modos y echen un vistazo.

—Entendido —respondió Jönsson con un suspiro.

Pidieron que les envolvieran la cena en papel de aluminio antes de meterse en el coche patrulla y salir a toda velocidad hacia Kirseberg con las luces azules encendidas más por miedo a que se les enfriara la comida que por auténtica urgencia.

Olsson se rascó la cabeza, confuso.

—¿Gevaldigergatan? Allí no vive nadie. Lo único que hay es la cárcel, que lleva muchos años cerrada. Mira otra vez el parte.

Jönsson leyó:

—«Violencia en curso. Gevaldigergatan».

Olsson se encogió de hombros.

—Debe de ser alguien que ha bebido más de la cuenta.

Minutos después giraron para entrar en la calle indicada. A la izquierda se encontraba la antigua prisión y, a la derecha, un campo de fútbol tan desierto como el pipicán de al lado.

Recorrieron la calle bordeando el muro del centro de detención y siguieron por Norra Bulltoftavägen y, a la derecha, por Domaregatan.

Los habitantes del barrio de Kirseberg parecían estar pasando un tercer domingo de Adviento en completa paz y tranquilidad.

—¡Joder, pero qué frío hace! —exclamó Jönsson—. ¿Qué te parece? ¿Cenamos aquí o buscamos algún sitio donde podamos sentarnos como es debido?

—No me importaría tener una mesa, un par de sillas y una bebida caliente —respondió Olsson, que ya se había acabado los dos Puckos para engañar al estómago.

Jönsson encendió la radio.
—Todo en orden por aquí. Nos vamos. Cambio y corto.

64

Anne sentía que la empujaba el viento mientras avanzaba por el tejado revestido de cobre. Trataba de alejarse tanto como fuera posible, aunque solo era cuestión de tiempo que el hombre enmascarado la alcanzara. Iba pisando las partes planas para no resbalar. Las chimeneas se erguían como un bosque a su alrededor y pensó que tal vez el desconocido tardaría más en encontrarla si lograba esconderse bien.

Solo necesitaba ganar tiempo porque enseguida vendría la policía.

Había dieciséis chimeneas en cada ala del edificio, lo que significaba que el hombre tendría treinta y dos sitios donde buscar.

A sus pies se extendía Kirseberg, e incluso podía distinguir su casa, el parque de Beijer y la casa de Sven. También la plaza. A lo lejos se veía Öresund y las farolas parpadeantes del puente. La luz matinal en el curvo horizonte presagiaba un día hermoso y despejado en Malmö. Un nuevo día.

Pensó en Sally. En su padre. En Sven. Todo lo demás le parecía insignificante: Pontus, su madre y todos los viejos conflictos.

Todavía le quedaba mucho por vivir.

Entonces vio las luces azules de la policía en Lundavägen. Habría querido gritar, pero se contuvo para no delatarse. Era consciente de que el ruido podía atraer al hombre enmascarado.

Aun así, decidió arriesgarse. Se llenó de aire los pulmones y gritó con todas sus fuerzas. Fue un aullido tan profundo que desgarró el

silencio de la noche, como si hubiera nacido del año que acababa de transcurrir y de toda su vida.

Durante un segundo, pareció como si los policías fueran a parar y a bajarse del coche. Pero la ilusión solo duró un instante. El vehículo siguió su marcha por Lundavägen.

Al mismo tiempo, Anne oyó un fuerte ruido en otra zona del tejado.

Vio que se abría la trampilla y supo que ya no tendría tiempo de esconderse.

Cerró los ojos y se quedó de pie en la cubierta del edificio como una veleta, pensando que así sería como terminaría todo.

La inundó una extraña serenidad, como si por fin pudiera rendirse y ya no tuviera nada que perder.

Era como un superpoder. Ya no tenía miedo. Estaba preparada para morir.

Entonces volvió a abrir los ojos.

Lo vio venir hacia ella por el tejado, tan real que casi le pareció imposible que fuera cierto.

Era Sven.

65

Envuelta en una manta, Anne esperaba sentada en el patio de la antigua prisión. Por todas partes había personal de los servicios de emergencias y todos parecían saber exactamente adónde ir y qué hacer.

Ella solo se sentía vacía.

Volvió la vista hacia Sven, que estaba hablando con la enfermera de una ambulancia. De vez en cuando, él la miraba como para asegurarse de que seguía ahí.

Habría querido levantarse y reunirse con él, pero no tenía fuerzas.

Se quedó quieta, contemplando las luces azules que bailaban sobre las paredes blancas de la vieja cárcel.

La policía estaba acordonando la zona. Un helicóptero sobrevoló brevemente el tejado antes de proseguir su inspección del resto de Kirseberg.

¿Estarían buscando al hombre enmascarado?

Sven también había llamado al 112. Cuando volvió en sí, el desconocido ya se había marchado. Nada más incorporarse, había encontrado el teléfono de Anne al pie del conducto de ventilación y se había imaginado lo peor. Enseguida había trepado al tejado por la escalerilla para ir en su busca.

¿Habría oído el hombre las sirenas y se habría asustado? ¿Habría conseguido huir en el último minuto después de dar a Sven por muerto?

Varios coches atravesaron el cordón policial y entraron en el patio de la cárcel. Anne reconoció al equipo especial que investigaba el caso y se dijo que debía acercarse e intentar hablar con alguno de sus miembros. Tenía que averiguar si Juma, el hermano menor de Ali, figuraba entre los fallecidos.

También era necesario que llamara a su padre y a Sally. Y que avisara a Ali.

De repente, oyó un griterío. Los enfermeros de las ambulancias que habían estado hablando con Sven se pusieron en pie de un salto y corrieron hacia una de las entradas del sótano cargados con grandes maletines.

—¿Qué ocurre?

Los agentes más cercanos cruzaron una mirada rápida, pero no dijeron nada.

Un poco más allá, se encendió la radio de un coche patrulla. Uno de los policías les hizo una señal a sus colegas. Parecía que eran cada vez más los que recibían la orden de bajar al sótano.

Anne se dirigió hacia Sven. Había gente por todas partes. Algo en el ambiente había cambiado. Era muy evidente, aunque ya nadie corría ni gritaba.

Miró a Sven.

—¿Tú sabes qué está pasando? ¿Será que han…?

—Parece que han encontrado a una persona con vida allá abajo —respondió él—. No sé nada más.

En ese mismo momento salió del sótano un grupo que portaba una camilla sobre la cual yacía un chico.

Durante un breve instante, Anne pensó que era Juma, y el corazón se le aceleró como si fuera a salírsele del pecho. Agarró a Sven por el brazo sin atreverse a mirarlo. No quería saber lo que pensaba ni revelarle hasta qué punto esperaba que lo imposible se

hiciera realidad. Que no fuera demasiado tarde. Que el chiquillo regresara de entre los muertos.

Anne intentó acercarse a la camilla, pero Sven la contuvo, sujetándola con fuerza. Sus uñas se le clavaron en la piel como breves mensajes en clave morse que le recordaron la presencia de su amigo.

Cuando el personal de la ambulancia estuvo más cerca, Anne se estremeció. El chaval de la camilla era Hamid.

—¿Está vivo? —le susurró a un enfermero.

—Tengo que pedirle que se aparte, señora —replicó él en tono severo, pero con mirada suplicante.

—Solo necesito saber si el chico está vivo —insistió ella—. Solo eso, por favor.

El hombre asintió con la cabeza.

—Ahora apártese, se lo ruego.

Anne vio cómo cargaban a Hamid en la ambulancia. Tenía a Sven tan cerca que sentía el calor de su cuerpo tras ella.

Se apretó contra él.

—Te acompaño a casa —le dijo Sven.

—No sé. ¿No crees que deberíamos quedarnos?

—Le he dado nuestros teléfonos al jefe del operativo. Aquí no hacemos nada, solo estorbamos.

Iban caminando en el silencio de la noche. Anne pensaba en los cadáveres. ¿Cuánto tiempo habrían estado allí? ¿Tanto como Juma llevaba desaparecido? ¿Casi un año? ¿Y cómo habían ido a parar ahí?

El edificio era propiedad de Nico Adams. ¿Habría encerrado él a las personas sin papeles para que sus amigos practicaran el tiro

dinámico? Once vidas humanas. Once víctimas propiciatorias. ¿Cómo se respetaba una vida cuando la sociedad ya le había negado todo su valor, cuando ya había decidido que era preferible gastar un montón de dinero en deshacerse de ciertas personas que en invertir en su futuro? ¿Cómo hacerlo cuando la sociedad ya las trataba como si fueran residuos peligrosos para el medio ambiente?

—Nico no se librará de esta por mucho que intente defenderse. Da igual cuál fuera su papel en la Sociedad del Torso. La antigua cárcel de Kirseberg es propiedad suya. Estaba en su poder controlar quién entraba y quién salía, por no mencionar que esta misma noche ha estado allí —comentó Sven.

—¿Crees que Rebecca lo sabía? —preguntó Anne.

—¿Esto? ¿Que las personas a las que buscaba yacían muertas en la antigua prisión? No, no lo creo.

Lo dijo como si intentara convencerse a sí mismo y no solo a ella.

—En ese caso, habría ido a la policía, y entonces habrían entrado en el edificio, ¿no crees? —comentó Anne.

—Sí, los estaba buscando igual que nosotros. Pero no pudo encontrarlos.

—Sin embargo… No sé. Debía de saber que Nico era dueño de la vieja prisión, ¿no te parece? Sabía que once inmigrantes sin papeles habían desaparecido y, cuando le cogió el teléfono, pudo ver todo ese horror. Personas indefensas abatidas delante de las cámaras. Imagina que estuviera al tanto de todo. ¿No sería eso lo que quería contarte? Es posible que tuviera motivos para no acudir a la policía.

—¿Qué intentas decir? ¿Que podría haberle salvado la vida si hubiera visto a tiempo su mensaje?

—¡No! —Anne se detuvo y le apoyó la mano en un brazo—. ¿Cómo puedes pensar algo así? Yo jamás… —Lo atrajo hacia ella—. Tú no podrías haber salvado a Rebecca. Y tienes razón. Yo tampoco

creo que ella estuviera al tanto de lo que pasaba en el edificio. Necesitamos dormir. Y tú necesitas volver a casa con tu familia y anunciarles que pasarán mucho tiempo sin verte, porque ahora tienes que llamar a Patrik y decirle que paren la impresión del periódico. Y escribir todo lo que ha ocurrido.

Sven se llevó las manos a la cara.

—También tenemos que ir a ver a Pål. No quiero que se entere de todo por sorpresa cuando abra el periódico.

—Yo me encargo de eso —dijo Anne.

—¿De verdad?

—Sí, no me importa hacerlo.

No dijo lo que pensaba. Que haría todo lo que Sven le pidiera.

66

Aunque había dormido más de doce horas, Anne sentía como si pudiera seguir haciéndolo varias horas más. Tenía delante a Pål Hammar y, entre ellos, un café.

—Creo que lo necesita.

—Gracias. ¿Es tan evidente? —Lo miró y se sintió todavía peor.

—Un poco. Tiene… —Con expresión incómoda, el hombre le señaló la blusa—. Creo que se la ha abrochado mal.

Ella bajó la vista y vio que el delantero de su blusa de algodón estaba torcido hacia un lado.

Consideró brevemente si correspondía corregir el error, pero enseguida bebió un buen trago de café y le sonrió a su interlocutor.

—Es la última moda.

El hombre arqueó las cejas y asintió como si la tomara en serio. Anne supuso que no estaría prestando mucha atención a lo que hacía.

A veces las personas que habían perdido a un ser querido se sentían obligadas a encajar en algún tipo de idea preconcebida del duelo, aunque en realidad se tratase de un proceso infinitamente más complejo. Pero Pål Hammar no parecía dispuesto a encarnar el estereotipo de viudo reciente ni el de padre afligido con dos hijos pequeños que se mantenía entero a pesar de todo.

Anne lo miró y se vio a sí misma. Reconoció la incapacidad de dejar que todo se derrumbara.

—Esta mañana oí algo acerca del operativo policial en la antigua cárcel de Kirseberg —dijo él—. Pero apagué la radio. No quiero que los niños se enteren de esas cosas.

—¿Hasta dónde quiere saber?

—Dígame todo lo que sepa —respondió, y pareció que lo decía en serio.

Anne se lo contó. Le dijo que las personas a las que su mujer había estado buscando habían aparecido muertas en el interior de la prisión clausurada. Que Rebecca había encontrado un teléfono en cuya memoria había fotos y vídeos donde se veía a un grupo de gente muy poderosa divirtiéndose con drogas, prostitutas y todo tipo de violencia. Que todo apuntaba a que ese era el verdadero motivo de que la hubieran asesinado.

Cuando terminó, Pål guardó silencio un buen rato.

—¿Nico estaba involucrado? —preguntó al fin—. ¿Fue él quien la metió en esto?

—Lo ignoramos.

—¿Saben quién mató a mi mujer?

—Puede que fuera uno de los miembros de la llamada Sociedad del Torso, pero no tiene sentido especular. De momento no tenemos ninguna prueba.

—¿Qué dice la policía?

—Ha abierto una nueva investigación. No sabemos nada más.

—¿Y qué saben ellos de esa Sociedad del Torso o como quiera que se llame?

—Sven y yo estamos citados para declarar. Pero solo diremos lo que la policía ya conoce. No es por egoísmo. No es porque queramos esperar a que se publique el reportaje, sino porque no podemos arriesgarnos a revelar nuestras fuentes.

—Me parece bastante sorprendente. Estamos hablando de un asesinato.

—Comprendo su punto de vista, pero hay bastantes ejemplos espeluznantes de lo que puede pasar cuando los periodistas hablan más de la cuenta.

Anne colocó el teléfono encima de la isla de la cocina, entre los dos.

—¿Le importa que grabe la conversación? En lugar de tomar notas…

—Sí, adelante. En principio, sí. Disculpe si estoy un poco… Es solo que… Me reconfortaba pensar que el caso estaba resuelto y que había algún tipo de explicación —dijo Pål—. Deme un poco de tiempo y entonces ya…

Anne sintió un repentino impulso de apoyarle una mano sobre el brazo, pero se contuvo.

—¿Cómo van las cosas? ¿Ha vuelto a trabajar?

—Voy al trabajo. Es bueno para mí. Aunque no me pasan ninguna llamada. Es como si solo me permitieran estar ahí, sentado en mi despacho. —Sonrió avergonzado—. A veces me siento como un apestado. Pero está bien así. No tengo fuerzas para hablar con nadie. Solo quiero mantener la rutina. Llevar a los niños al colegio, ir a la oficina, aparcar el coche… Ya sabe. Algo a lo que pueda agarrarme.

Bebió un sorbo de café antes de continuar.

—Les estoy muy agradecido, quiero que lo sepan. Por seguir investigando. Yo mismo debería ser capaz de hacerlo, pero no puedo. Solo quiero que todo se acabe de una vez. Lo que realmente me gustaría sería meterme en la cama, dormir cien años y no volver a despertar. —Miró a Anne con un repentino brillo de preocupación en los ojos y prosiguió—: Perdón. No vaya a creer que… Soy

plenamente consciente de que mis hijos solo me tienen a mí. Y no soy ese tipo de persona. Nunca lo he sido y no pienso serlo ahora. Saldremos adelante.

Se puso de pie y volvió a llenar la taza de Anne como para enfatizar lo que acababa de decir.

Después se quedó sentado en silencio mientras ella veía avanzar el contador de la grabadora.

—¿Hay algo que quiera decir antes de que publiquemos el reportaje?

—No —respondió él, y enseguida la miró preocupado—. ¿Debería? ¿Tengo que decir algo? ¿Parecerá extraño si no hago ningún comentario?

—Lo siento, pero no le puedo asesorar. Tiene que hacer lo que crea correcto.

—Por supuesto. No puedo cargarla con esa responsabilidad. En mi trabajo, suelo ser yo quien indica a los demás lo que pueden decir y lo que no en situaciones como esta. Ya sabe, personas en crisis. Pero es ahora cuando entiendo la importancia de esos consejos. —Enseguida añadió—: Voy a confesarle una cosa. Si he accedido a recibirla en casa ha sido por la historia de aquellos niños. Sé por lo que ha pasado. Recuerdo haber visto una entrevista suya en la que comentaba lo sucedido, y me pareció tan correcta y a la vez tan desolada… Me impactó mucho. Por eso, cuando Sven me llamó y me preguntó si podía darle mi contacto, pensé que sí, que me apetecía hablar con alguien…, no sé, capaz de entender lo más difícil sin necesidad de dar demasiadas explicaciones.

La primera reacción de Anne fue de vergüenza. De que él lo supiera. De haber estado sentada frente a él sintiéndose simplemente una periodista cualquiera en su cocina.

Su identidad profesional siempre había sido un escudo para ocultar su verdadero yo.

Había tenido éxito en su carrera y ganado tantos premios y reconocimientos que había perdido la cuenta. Era consciente de que vendrían otros tiempos, días mucho más oscuros, pero, cuando finalmente llegaron, no estaba preparada.

Pontus y Klara. Y después, el día en que la llamó su jefe y le preguntó si estaba sola.

«Lo importante es publicar». Podía revisarlo todo dos veces y volver a revisarlo dos veces más. Sin embargo, antes de sacar cada artículo, había un momento a partir del cual solo podía confiar en que todo saliera bien.

Muchos de sus viajes y reportajes podrían haberse torcido. Fuentes que corrían el riesgo de ser descubiertas, localizadas… y ejecutadas. Gente que, después de una investigación, sentía que lo había perdido todo y entonces la angustia y la vergüenza la impulsaban a esconderse y, cuando por fin reaparecían en su casa o en un hotel, ya era demasiado tarde. Momentos de duda por haber confiado en la persona equivocada, que quizá solo quería engañarla con información sesgada o incorrecta.

Los periodistas como ella aprendían a vivir con esa ansiedad porque no había otra manera de seguir trabajando en un oficio que adoraban. Rezaban en silencio y esperaban que todo saliera bien.

—No se trata de haber actuado bien o mal —dijo Anne— ni de lo que murmuraran los colegas a mis espaldas. Siento que, después de todos estos años, me empieza a agobiar el peso de la profesión. Lo he intentado, pero ya no puedo más. Todos me dicen que no fue culpa mía, pero antes siempre tenía trabajo y ahora no. Mi marido me ha dejado y mi hija no me habla. Ya no tengo nada.

Bebió un sorbo de café y se sorprendió de que se hubiera enfriado. También se asombró al ver que había anochecido. ¿Cuánto tiempo llevaban hablando?

—Le agradezco que comparta esto conmigo —dijo Pål.

Solo entonces Anne se dio cuenta de que lo había hecho.

67

Patrik era un manojo de nervios. Saltó de la silla cuando Sven entró en la redacción después de pasar más de una hora en la comisaría declarando.

—¿Cómo ha ido? ¿Todo bien?

—Sí, muy bien —respondió Sven—, pero les ha cambiado un poco la cara cuando han visto que me acompañaba un abogado famoso. Después de todo, solo me habían citado para declarar como testigo.

—El tipo nos cuesta seis mil coronas por hora, así que espero que su presencia haya tenido cierto efecto disuasorio —replicó Patrik con aire satisfecho.

—Puede que hayan tenido más cuidado de lo que pensaban antes de verlo —dijo Sven—. Sea como sea, he hecho lo que acordamos. He respondido solo a preguntas directas y he eludido las que podían poner en peligro la protección de las fuentes.

Patrik asintió satisfecho.

Su mayor temor, como el de todos los periodistas, era que lo acusaran de hacerle el juego al sistema judicial. Era una cuestión de honor y un derecho protegido por la Constitución garantizar que los ciudadanos pudieran acudir a la prensa con información seguros de que su anonimato se mantendría incluso en casos de asesinato.

En este en concreto, Patrik también quería asegurarse de que Sven y Anne no fueran acusados de allanamiento por haber entrado en la antigua cárcel de Kirseberg sin autorización del propietario. El riesgo de que un juez los condenara por eso era prácticamente nulo,

teniendo en cuenta que la propia infracción había sacado a la luz el asesinato, tal vez premeditado, de once personas. Pero existía la posibilidad de que el fiscal utilizara el delito como excusa para confiscar el material de investigación que obraba en poder del periódico. Probablemente por eso Patrik había contratado al abogado penalista más prestigioso del sur de Suecia para que estuviera presente durante el interrogatorio policial.

En cualquier caso, Sven había agradecido tener a su lado a alguien que entendía de asuntos jurídicos.

Con un movimiento de la cabeza, señaló la redacción.

—¿Cómo va la edición? ¿Todo listo?

—Ven conmigo —dijo Patrik.

Le dio un par de palmadas en el hombro a Sven y se dirigió a la sección de noticias, donde ya había varias entregas del reportaje listas e impresas en formato A3.

Al principio había parecido casi imposible redactar tres artículos largos en menos de una semana, pero su publicación no podía esperar hasta después de las fiestas navideñas. En medio de la vorágine, Sven había recibido una llamada de Lisa. Tras más de una hora de conversación, habían decidido que ella se quedara en Sälen hasta que todo hubiera pasado. De todos modos, Sven tendría muy poca disponibilidad y era preferible que los niños no asistieran a la escuela hasta que se supiera toda la verdad sobre los rumores que circulaban acerca de su padre.

Sven había trasladado todas sus cosas a una de las salas de reuniones. Solía quedarse a dormir en un sofá. Se despertaba cuando llegaban sus compañeros por la mañana, se alimentaba de comida preparada tanto a mediodía como por la noche y se encontraba en ese estado que solo una fecha de entrega inminente

podía causar. Al final de la semana, había conseguido escribir toda la serie de artículos que componían el reportaje.

En ellos contaba que la Sociedad del Torso no solo tenía motivos para eliminar a Rebecca Rönn, sino para tratar de silenciar al periódico *Dagbladet*, y que le había tendido una trampa a Sven con la ayuda de una de las chicas que aparecían en las fotos de las fiestas organizadas por el grupo. También explicaba cómo cuatro jóvenes de la región de Skåne se habían conocido en el Regimiento de Cazadores de Laponia a finales de los años ochenta, cómo se habían ayudado entre sí para alcanzar el éxito y cómo habían aprovechado sus posiciones de poder para perpetrar terribles abusos contra personas vulnerables por simple diversión. Con toda probabilidad, sus atroces juegos habían costado la vida a once personas, aunque aún quedaba pendiente demostrarlo ante los tribunales.

No había ni una sola imagen que los mostrara juntos en un contexto público, con la única excepción de la del anuario de Ola Strömbäck. En esa foto de grupo, los miembros de la Sociedad del Torso aparecían hombro con hombro en uniforme de combate. Y, si bien sus rostros habían sido difuminados para su publicación en el periódico, era posible percibir cómo todos contemplaban con confianza el futuro.

Nico Adams era el bicho raro del grupo. No había servido en el Regimiento de Cazadores, era mucho más joven que los demás y procedía de un entorno completamente diferente. Quizá hubiera algo de verdad en lo que había dicho en la entrevista: que lo habían invitado a participar para que les consiguiera cocaína y prostitutas. Y para que fuera el chivo expiatorio perfecto si algo salía mal. Por lo demás, tenía tanto éxito y era tan rico como los otros.

Sven había defendido que todos los miembros del grupo aparecieran con sus nombres y apellidos en el periódico. Todos tenían su parte de responsabilidad en lo sucedido. Además, Nico Adams y Björnståhle se habían embolsado grandes sumas de dinero a través de contratos con ayuntamientos y gobiernos regionales, mientras que Adelswärd, que ahora era abogado, había sido juez y, por lo tanto, representante del poder judicial. Todos esos hechos, en opinión de Sven, eran argumentos a favor de publicar las fotografías y los nombres de todos ellos. Sin embargo, el editor, Viktor Victorin, se había mostrado inflexible. Todavía no habían sido condenados por ningún delito y él no quería adelantarse a la decisión de los tribunales. Pero había hecho una excepción. Nico Adams aparecería con su nombre real, mientras que los demás saldrían en la foto del Regimiento de Cazadores con los rostros pixelados y serían mencionados con alias como «el agente inmobiliario», «el vendedor de armas», «el juez» y «el experto en seguridad». Sven no pudo evitar pensar que Victorin se atrevía a golpear con más fuerza al nuevo rico salido del barrio de Rosengård que a los retoños de algunas de las familias más poderosas del sur de Suecia. En cualquier caso, era inútil discutir con él. En caso de demanda por difamación, sería Victorin quien tendría que responder ante la ley. Además, tenía un argumento importante: Nico Adams era el propietario del edificio donde se habían hallado los cadáveres y, por lo tanto, no podía eludir su responsabilidad.

Sven estaba eufórico y abatido al mismo tiempo, una sensación que ya había experimentado en otras ocasiones antes de la publicación de otros reportajes importantes por los que había recibido elogios y reconocimiento, y que, sin embargo, versaban sobre las circunstancias vitales de las personas más vulnerables.

No obstante, esta vez era peor en todos los sentidos imaginables. Once seres humanos habían muerto y uno de ellos era Juma, el hermano pequeño de Ali. Este no había podido identificarlo con certeza, pero había reconocido los zapatos y la ropa que llevaba el chiquillo cuando lo hallaron entre los otros cuerpos en la antigua prisión de Kirseberg. Con la ayuda de la ficha dental y las radiografías realizadas durante el reconocimiento médico que se le había practicado a su llegada a Suecia, la policía había podido confirmar su identidad.

Todavía quedaban demasiadas preguntas sin responder. ¿Cómo habían acabado esas personas en una celda del sótano de una cárcel clausurada? ¿Las habrían engañado o secuestrado? Sven aún no había podido comprobar que los cadáveres hallados en el centro correspondieran efectivamente a las personas de la lista de Rebecca, aunque todo apuntaba en esa dirección.

El Instituto de Medicina Forense había tenido que pedir refuerzos a todo el país para realizar las autopsias con la mayor celeridad y establecer la causa de las muertes. Pero pasarían meses antes de que todos estuvieran identificados y varios más antes de que se formularan cargos y se levantara el secreto de sumario.

Probablemente sería uno de los juicios más importantes de la historia de Suecia.

Patrik le dio una palmada en el hombro a Sven.

—¿Todo bien?

—Sí, eso creo. Aunque todavía no hemos terminado. Aún tengo que averiguar quiénes eran las víctimas y hacer un perfil de cada una. Once perfiles que cuenten sus vidas. Y creo que voy a empezar por Juma.

—Perfecto, Sven. Pero tómate unos días libres. Esta noche vuelve tu familia, ¿no? Mañana publicaremos los primeros artículos. Será un

bombazo.

68

Ali no se decidía a salir del coche. Levantó la vista hacia la entrada del hospital y sintió que se le revolvían las entrañas. ¿Y si lo estaba esperando la policía? ¿Y si alguien lo reconocía? ¿Y si…?

—Vamos, entra —le dijo Anne.

Aunque le estaba sonriendo, su mirada era seria. Era como si intentara empujarlo fuera del coche, pero con una sonrisa para que no se sintiera completamente indefenso.

—Todo saldrá bien.

—¿No sería mejor que me acompañaras?

—He hablado con el personal de Pediatría y ya saben que vas a ir. Solo tienes que decir tu nombre en la recepción.

Abrió la puerta, se apeó del vehículo y de repente se sintió furioso con ella por haberlo obligado.

—¡Se te olvida el paquete de Abbas! ¡Y el periódico! —Inclinándose sobre el lado del acompañante, Anne le tendió una bolsa a través de la ventanilla—. ¿Ali?

—¿Sí?

—Estoy aquí fuera, delante de la puerta. Si necesitas algo, llámame y entraré corriendo. Pero creo que es mejor que hoy os veáis a solas.

Ali ni siquiera tuvo que decir su nombre cuando llegó a la planta. Una enfermera le dio la bienvenida con una sonrisa y lo acompañó a

la habitación que buscaba. Ya sabía quién era.

—Hamid se ha quedado dormido después de desayunar, pero, si esperas un momento en el sillón, seguro que se despierta enseguida. ¿Quieres que te traiga algo para leer o para beber?

Ali negó con la cabeza.

La enfermera abrió la puerta con cuidado y él volvió la vista hacia el delgado chiquillo que yacía en una cama dentro de una sala que lo hacía parecer todavía más pequeño.

La expresión de Ali debió de ser de preocupación, porque la enfermera le dijo:

—Puede que Hamid esté diferente de como lo conoces. Ha perdido peso, pero es más fuerte de lo que parece. Pronto lo tendremos en pie. Ahora os dejo solos.

Ali colocó la bolsa en el sillón y se quedó junto a la ventana mientras el amanecer iluminaba lentamente la ciudad. Malmö se veía muy distinto desde arriba, como si no hubiera diferencias entre las personas ni entre los barrios.

—Parece que la lluvia subiera en lugar de caer.

La voz lo sorprendió y se giró sobresaltado. Hamid seguía tumbado en la cama con los ojos cerrados.

—¿Hamid? —Ali se acercó.

El chico intentó abrir los ojos para mirarlo, pero enseguida los volvió a cerrar.

—Espera, voy a llamar a alguien.

Ali pulsó el botón y se quedó a los pies de la cama, incómodo, con los brazos caídos a los lados.

—Estaba soñando. Creo que con las vías.

La voz de Hamid era un susurro. Sonaba rara, como si tuviera que forzar la salida del aire y apenas fuera capaz de articular las palabras.

—Te buscamos, pero nos llevó bastante tiempo encontrarte. Lo siento.

—No estoy enfadado —contestó Hamid con una sonrisa que, sin embargo, pareció una mueca.

En ese momento se oyó el ruido de la puerta insonorizada, que se abrió tras ellos dando paso a la enfermera.

—¡Qué bien que estés despierto, Hamid!

Ali pensó que era como el sol en invierno. Tenía una manera de entrar en la habitación y de hablarles que le hacía sentirse como si todos fueran viejos conocidos, procedentes de un mismo pueblo donde fueran vecinos.

—¿Quieres un vaso de agua? ¿Un zumo de naranja?

Hamid cerró los ojos sin responder.

—Quizá un poco de zumo —respondió Ali, más que nada por decir algo.

La enfermera levantó la bolsa con el gotero y controló que la aguja del brazo de Hamid estuviera bien colocada. Después sacó unas gafas de sol del bolsillo de la bata y se las puso al chico. Eran demasiado pequeñas y tenían un dibujo de girasoles en las patillas.

—¡Guapísimo! —exclamó mientras le hacía un guiño a Ali, que sacó el pulgar aunque le parecieron espantosas. Luego se volvió otra vez hacia Hamid—. ¿Recuerdas que prometí que intentaría encontrarte unas gafas? Estas no son perfectas, pero son mejores que nada. Solo hasta que los ojos se te acostumbren a la luz. Mañana vendrá el fisioterapeuta para que empieces a ejercitar los músculos. Los recuperarás enseguida, ya verás. Cuando pasas mucho tiempo tumbado, se te debilitan.

Lo dijo como si no hubiera nada de particular en su situación, como si Hamid se hubiera roto una pierna y estuviera enyesado tras un accidente de esquí o de bicicleta.

Ali miró a su amigo, esperando que aún tuviera los ojos cerrados detrás de las gafas de sol para que no viera su expresión de horror ante las imágenes que de repente le habían vuelto a la mente.

La habitación oculta en las entrañas de la sección 18 de la antigua prisión de Kirseberg, que en su día se había utilizado como celda de aislamiento… Allí había hallado la policía a Hamid, y al principio había supuesto que estaba muerto, como los demás.

Aún vivía, pero por muy poco. Había estado encerrado en una oscuridad permanente, sin posibilidad de hacer sus necesidades en otro lugar que no fuera la celda cerrada a cal y canto. Olvidado durante días hasta que alguien volvía a despertarlo. Alimentado como un animal cuando un desconocido le arrojaba botellas de agua y paquetes de comida a través de una trampilla en la puerta de acero con tal irregularidad que la incertidumbre debía de haberse convertido en una tortura más.

Hamid aún no había podido contárselo a nadie. Ali solo sabía lo que le había dicho Anne, lo que la policía había descubierto en la celda.

La enfermera le echó una mirada rápida de soslayo y Ali comprendió enseguida que ella también lo sabía, que pertenecía al grupo de iniciados.

—Voy a buscar el zumo —dijo, asumiendo una vez más el papel de la que abría puertas en lugar de cerrarlas, la que traía consigo el sol y el aire fresco—. Dime si quieres un panecillo con queso. Nos han sobrado del desayuno. Estaré aquí fuera si necesitas algo. Me llamo Mia, por cierto.

Ali se sentó con cuidado al borde de la cama cuando Mia se marchó.

—¿Puedo ponerme aquí?

Hamid asintió. Se tocó las gafas de sol y quedó patente que no le gustaban, pero se las dejó puestas.

De repente, Ali sintió timidez. Había algo desusado en la situación.

Hamid en una cama de hospital y él de visita.

Casi echaba de menos la cueva con olor a orina.

—Siento mucho lo de tu hermano pequeño —dijo Hamid.

Su voz era ronca y grave, y no hacía nada para enjugarse las lágrimas que se le derramaban bajo las gafas de sol.

—Lo he sabido todo el tiempo —replicó Ali—, desde el día en que desapareció y no pude encontrarlo. Era consciente de que no volvería a verlo. Ahora al menos tengo la certeza.

Hamid pareció dudar, como si quisiera decir algo, pero no supiera cómo.

—No es culpa tuya que no lo encontraras.

—Sí que lo es. Le había prometido a mi madre que cuidaría de él.

Aunque un espasmo le oprimía el pecho, hizo un esfuerzo para que su voz sonara firme y tranquila. Quería estar bien para Hamid, mejor y más fuerte que nunca. Quería pedirle perdón por cómo había sido. Por la heroína, por la cueva y por todo lo que había tenido que padecer su amigo.

Pero no dijo nada de eso.

—Todavía me queda un hermano. Tú.

Al decirlo, se dio cuenta de que era cierto.

Fue hasta el sofá y cogió el paquete que había traído. Después se lo dejó a Hamid sobre el pecho.

—Aquí tienes. Puedes abrirlo. Es de Abbas.

—¿Está…?

—Lo han soltado. Habría querido verte, pero tenía que ir a recoger a su hija al aeropuerto. Tratará de venir mañana.

Hamid apartó el regalo.

—No lo quiero. No está bien.

—¿Por qué? ¿Qué tiene de malo?

—Fue culpa nuestra. Todo lo que pasó. Abbas no lo sabe.

Ali sacó el periódico de la bolsa.

—Claro que sí. Todos lo saben. Lo he contado todo, también a la policía. Y ya no fumo. ¿Qué te parece? Estoy cuidando vacas en una granja. Ya verás, Hamid. Cuando salgas de aquí, te lo enseñaré.

Le mostró el periódico a su amigo y fue pasando las páginas una tras otra.

—¿Lo ves? Aquí estás tú, Hamid. Sin ti, el caso nunca se habría resuelto. Hablé con ella, con la periodista, como tú me pediste. Además de a Juma, encontraron otros diez cadáveres en ese sitio, donde también te encontraron a ti.

Ali fue pasando las páginas hasta el artículo donde Sven lo entrevistaba. Aparecía en una foto a contraluz junto al mar, en Ribersborg. Para quien no supiera que era él, habría sido imposible reconocerlo.

—Este soy yo, ¿ves? Aquí estoy hablando de nosotros.

A pesar de las gafas de sol, Hamid no pudo disimular su sorpresa al ver a su amigo en una fotografía grande en un periódico importante.

—Podrás leerlo todo más adelante, cuando tengas mejor la vista. —Ali apartó el diario e insistió acerca del paquete—. ¿Quieres abrirlo ahora?

Hamid lo cogió todavía con cierta renuencia. Le quitó el cordel y el papel. Entonces Ali vio que una sonrisa sesgada se extendía por todo su rostro.

—¿Me lo enseñas?

Hamid le tendió la caja.

Ali estaba perplejo. No era más que un globo.

—¿Qué es esto?

—«Nadie puede estar triste cuando tiene un globo». Abbas solía decírmelo cuando iba a verlo. Creo que es de Winnie the Pooh.

—¿De quién?

—Del oso de un libro que leí una vez.

Ali miró a Hamid y este le devolvió la mirada. Fue como si los dos hubieran descubierto de repente que tendrían que volver a conocerse desde el principio.

69

Sven se despertó a las diez con una sensación en el cuerpo que no experimentaba desde hacía muchos años. Estaba bien descansado. Se puso el albornoz y las zapatillas de Lisa, demasiado pequeñas, y salió a toda prisa a ver si había algo en el buzón con Frozen pisándole los talones. La portada del *Dagbladet* tenía el mismo aspecto sombrío que recordaba de la noche anterior: completamente limpia, sin fecha, ni logo, ni indicación del precio, ni noticias breves. Solo once cruces blancas sobre fondo negro y un titular: «Los juegos mortales de la Sociedad del Torso».

Sven enrolló el periódico y se agachó para dárselo a Frozen, que lo cogió, subió corriendo la escalera y se puso a arañar la puerta.

Ellen salió a abrir y entonces Frozen dejó caer el diario húmedo a sus pies.

—¡Cómo me alegro de tenerte en casa, preciosa! —exclamó Sven.

—Pero, papá, ¿dónde iba a estar? ¡Es Navidad! —dijo ella con una sonrisa mientras levantaba el periódico del suelo.

—Por supuesto.

—He hecho *scones*. ¿Quieres?

—Claro —replicó él, anudándose el cinturón del albornoz.

Ellen ya estaba sumergida en el reportaje de ocho páginas cuando Sven se sirvió una taza de café y se sentó a su lado. El teléfono no paraba de recibir mensajes con pantallazos de la agencia de noticias, la radio y la televisión suecas, varios medios alemanes, la BBC…

Sven puso el móvil en modo avión y untó mantequilla en un *scone* recién horneado mientras observaba a Ellen, que le devolvió la mirada con una sonrisa radiante. Sabía que jamás lo diría abiertamente, pero él se lo notaba. Estaba orgullosa de su padre.

Cuando más tarde Sven llegó a la sede del periódico, Patrik estaba celebrando una reunión extraordinaria de la mesa de redacción. Sus compañeros rompieron en un aplauso espontáneo al verlo entrar.

—¡Buen trabajo! ¡Así se hace!

—¿No te había dicho que te tomaras unos días libres? —le dijo Patrik sonriendo.

—Habría sido difícil no venir a trabajar en un día como este —replicó Sven—. ¿Está siendo buena la acogida?

—Podría decirse que sí. Cada web de noticias del mundo occidental apunta en este momento hacia nosotros, y las reacciones de los lectores no paran de llegar. ¿No es así, William?

—Cuando las tenga clasificadas, te las envío, Sven —dijo el joven —. Curiosamente, muchos lectores parecen más indignados por la matanza de renos que por los refugiados muertos en la antigua prisión.

—Sí, suele pasar —contestó Sven lacónico—. ¿Algo concreto que podamos utilizar?

William se puso a revisar frenéticamente la bandeja de entrada de su correo y, justo en ese instante, resonó una voz conocida:

—¡Sven, mi buen amigo!

Rojo como un camarón por el sol de Tailandia, Torkel atravesó corriendo la redacción y le dio a Sven un abrazo que lo levantó del suelo.

—¡Eres el puto amo! ¡Enhorabuena! —exclamó.

Sven se preparó para uno de sus comentarios sarcásticos. Sin embargo, no llegó.

—Gracias, pero ¿qué haces aquí? ¿No ibas a pasar todas las fiestas fuera?

Torkel hizo una mueca.

—Puede que haya discutido un poco más de la cuenta con los suegros. Acabé cogiendo un vuelo antes de lo previsto para volver a casa. Me ha costado una pasta, pero ha merecido la pena. En fin, ahora todo eso da igual. ¿Te has enterado de los operativos de esta madrugada?

—No. ¿Qué ha pasado?

—La policía se ha presentado en seis direcciones diferentes esta mañana a primera hora. Han registrado las casas de los miembros de la Sociedad del Torso y el local donde celebraban sus fiestas. Han detenido a toda la pandilla y, según mis fuentes, se han incautado de drogas y de un montón de armas que ahora pasarán a la policía científica para determinar si intervinieron en los crímenes.

—¿De qué se les acusa?

—¡De asesinato! Y de unas cuantas cosas más, por supuesto. Pero sobre todo de asesinato. —Torkel le dio una palmada en el hombro a Sven y continuó—: Ya he empezado a escribir el artículo, aunque, si quieres tomar el relevo, es todo tuyo.

—No, por Dios, nadie puede hacerlo mejor que tú.

—Publicaremos la información sobre las detenciones de esta madrugada en la web en cuanto hayas terminado —dijo Patrik.

—Dame veinte minutos —replicó Torkel, y se dirigió a toda prisa a su mesa.

El jefe se volvió hacia William.

—Tú sigue atento a las reacciones de los lectores. Kerstin, tú encárgate de la concentración de esta tarde en Stortorget. Asistirá el

primer ministro. Y el Ayuntamiento de Malmö ha habilitado una oficina de apoyo a las víctimas y sus familias, pero quizá podamos incluirlo en un recuadro informativo.

—Deberían haberlo hecho antes de que esos pobres diablos acabaran en la calle —comentó Kerstin secamente.

Patrik se giró hacia Sven.

—Como puedes ver, lo tenemos todo bajo control. Tú ya has trabajado demasiado durante demasiado tiempo. Vete a casa y celebra la Navidad con tu familia.

Sven pasó por su escritorio, acarició con la punta de los dedos el regalo que le había comprado a Anne e intentó llamarla una vez más. Era raro que no contestara, pero quizá también se había tomado unos días libres para celebrar las fiestas navideñas.

Cogió la chaqueta y se dirigió a los ascensores.

70

Anne llevaba varios días con el teléfono apagado y solo se había saltado el aislamiento autoimpuesto para acompañar a Ali al hospital. No tenía ganas de hablar con nadie. Ni con su padre ni con nadie del trabajo ni con sus colegas de Estocolmo.

Solo habría querido hablar con Sven porque era el único que había visto lo mismo que ella. Pero, después de acompañarla a su casa por la noche, su amigo se había apresurado a volver a la suya. A partir de ahí, el gran reportaje había consumido todo su tiempo. Anne había leído todos los artículos y había seguido las noticias sobre las detenciones de los miembros de la Sociedad del Torso, pero sin sentir el entusiasmo y la emoción que solían acompañar la publicación de los grandes trabajos periodísticos.

La mañana del día de Nochebuena, se obligó a llamar a Pontus. Su voz le pareció amable y cálida, sin el menor rastro de triunfalismo por ser quien se había quedado con la casa, la hija, el amor y el espíritu navideño.

—Hemos visto las noticias. Es espantoso. ¿Cómo estás?

—Bien. Dentro de lo que cabe, claro.

—¿Así que vas a celebrar la Navidad con tu padre? Se alegrará mucho —dijo Pontus, y Anne notó que se lo decía con una sonrisa.

Era algo que había aprendido muchos años atrás, cuando trabajaba en la radio. Si sonreías, se te notaba en la voz. Se preguntó si también su soledad, su tristeza y su cocina destartalada se percibirían al otro lado de la línea. Intentó enderezar la espalda

en la silla, pero no pudo evitar que una sensación de exclusión se apoderara de ella.

—¿Cómo lo sabes? ¿Has hablado con él?

—No, no. Me lo ha dicho Sally. Lo de que vas a pasar la Navidad con Arne. No, no he hablado con él. Pero salúdalo de mi parte cuando lo veas.

—¿Te ha dicho algo más Sally? Ha sido… Me habría gustado hablar con ella y explicarle lo sucedido.

—¿Habéis discutido?

—No, no sé. Fue hace una semana más o menos. Lo fastidié todo. Ojalá pudiéramos discutir. Ojalá ella pudiera gritarme e insultarme como hacen los hijos de los demás.

—Sois diferentes, Anne. No te lo tomes como algo personal. Gritar e insultar no va con el carácter de Sally.

«Es igual que su padre», pensó Anne, pero no lo dijo.

—No me lo tomo como algo personal —replicó en cambio, aunque los dos sabían que no era cierto.

Pontus se quedó callado. Nunca hablaba sin necesidad ni decía cosas que no sentía. Era una de las cualidades que la habían enamorado. Podía permanecer en silencio durante toda una cena y, cuando finalmente decía algo, los demás se quedaban boquiabiertos. A ella le había parecido que sus comentarios eran como un caldo concentrado, lleno de sustancia, en comparación con los de los otros hombres, que intentaban impresionarla hablando sin parar.

—Di algo —lo instó ella, sonriendo de verdad.

—No sé si te servirá de consuelo, pero Sally no se ha quejado de nada. Solo habla bien de ti. Estaba muy orgullosa y también preocupada cuando vimos lo de Kirseberg y nos enteramos de que tú habías participado. También parece que le ha gustado mucho el libro que le regalaste por Navidad.

—¿Le ha llegado ya?

—Sí, creo que lo ha empezado. Ayer estaba aquí, tumbada en el sofá, leyendo en voz alta sobre unos cerdos que le calentaban los pies a un pobre campesino chino.

—Sí, ese es el libro. ¿Y Samir?

—Parece buen chico. Me gusta. Hacen buena pareja. —Pontus hizo una pausa antes de continuar—. Oye, lo de los papeles del divorcio… No era mi intención presionarte. Solo pensé que sería bueno para los dos seguir adelante y formalizar la situación.

Anne se mordió la lengua para no mencionar a Klara.

—¿Podrías pedirle a Sally que me llame? Solo quiero disculparme y tratar de explicarle lo sucedido sin poner excusas. Y, en cuanto a los papeles, ya los rellenaré. ¿Podemos hablar de eso después de Año Nuevo?

—Sí, claro. Más adelante. Entiendo que estás muy ocupada con el trabajo y todo eso. Le daré recuerdos de tu parte a Sally.

Anne colgó el teléfono y le envió un mensaje a su padre: «Feliz Navidad». La respuesta fue una foto de Gusten y Ali delante de la chimenea del salón. El chico enseñaba el móvil a la cámara para mostrar que estaba hablando por videollamada con Hamid, que aún seguía en el hospital, en observación. Hamid, por su parte, sostenía la Nintendo que Anne le había comprado por Navidad. Parecía cansado, pero feliz. Anne se había convencido de que era mejor quedarse en la ciudad por si el muchacho la necesitaba, aunque no tenía pinta de que fuera a ser así.

Ahora estaba sola en casa en Nochebuena, y se esforzaba para encender el fuego de la chimenea, en parte por amortizar los carísimos conductos de humo que había mandado instalar justo a

tiempo para Navidad y en parte para hacerse una foto que pudiera enviarle a Sally y en la que no pareciera demasiado deprimida y sola. Cuando lo consiguió, reunió unos cuantos cojines y los colocó delante de la chimenea. Después fue a la cocina a buscar unas velas para poner sobre la repisa.

Al cabo de un rato, llegó la respuesta de Sally. Por suerte, le ahorró las idílicas imágenes navideñas de Nacka y, en su lugar, le mandó un vídeo de un oso bailarín con un gorro de Papá Noel que lanzaba besos a la pantalla. Aunque no había pagado nada por él, Anne sabía que a su hija le había costado enviarlo. La invadió una sensación de calidez y alegría. Esperaba que Sally no la hubiera perdonado solo porque era Navidad.

Cogió el teléfono y abrió Tinder.

1.054 hombres te han dado un «me gusta».

Mil cincuenta y cuatro rostros que sonreían desde un coche, desde el espejo del baño, desde un muelle o desde un ascensor, algunos con peces recién pescados en la mano.

Deslizó a la izquierda a Martin (38), a Joseph (53), a Lukas (49) y a Jens (49). Los hombres aparecían y desaparecían a toda velocidad. Se sintió un poco mareada. La deshumanización era la misma que en la venta de sexo por internet. Había una oferta enorme y todo era un mercado.

Esos hombres publicaban sus perfiles por voluntad propia. Tenían derecho a rechazarla en las mismas condiciones en que ella podía rechazarlos a ellos. No era comparable con la prostitución. Y sin embargo…

Siguió deslizando con la esperanza de que al final alguno captara su interés. Pero lo que apareció en la pantalla fue un mensaje: «No hay más perfiles de hombres disponibles en tu zona».

¡En un radio de cuarenta kilómetros! ¿Cómo era posible? ¿Eso era todo lo que había? Ninguno de los hombres que le parecían

atractivos en la vida real encajaría en la aplicación. Tinder era soso, asexuado, sin lenguaje corporal ni tonos de voz. No importaba si la descripción era divertida o si la persona tenía las mismas aficiones o si le gustaba la comida picante o los juegos de mesa.

¿Qué iba a hacer ella con esa información si no sabía cómo olía quien la había escrito?

Consultó el reloj. ¡Por Dios, si todavía no eran ni las cuatro!

—No falta tanto —se dijo a sí misma mientras se dirigía a la cocina.

Decidió concederse el capricho de abrir la botella de vino italiano del Etna que había encargado por internet a pesar de que era carísimo.

Después de todo, era Nochebuena.

Levantó la copa, pero la volvió a dejar en la mesa cuando le sonó una notificación en el móvil. Para su sorpresa, vio que Pål Hammar le había enviado un mensaje.

> Solo quería desearte feliz Navidad y decirte que
> nuestra conversación significó mucho para mí.
> Saluda a Sven de
> mi parte. Con los mejores deseos, Pål Hammar.

Leyó el mensaje, en el que Pål la tuteaba, y se preguntó si estaría interpretando más de lo que había.

Quizá todo se debiera a la canción *John Wayne*, del grupo Cigarettes After Sex, que sonaba en bucle en su nuevo sistema de audio. La música llenaba la habitación y la inundaba con la sensación de que la vida debía ser algo más. Precisamente un anhelo de sexo y cigarrillos.

Tal vez fuera el recuerdo de las horas transcurridas en la cocina de Pål, cuando el café se enfrió y cayó la noche mientras ella hablaba de cosas que nunca le había contado a nadie.

O puede que fuera la sensación de que tenía algo en común con él porque los dos cargaban con una pena. No eran solo las infidelidades, las traiciones o la muerte. Ni siquiera podía imaginar cómo sería la vida de Pål. Era otra cosa que no acababa de ver con claridad, una especie de extrañeza disimulada detrás del éxito y la madurez, pero que siempre estaba presente.

De Sven le gustaba precisamente que carecía de ese aislamiento interior y veía el mundo con curiosidad y mente abierta, como si todo fuera una aventura. Junto a él tenía la certeza de que sería capaz de superarlo todo por muy difícil que fuera.

Pero él estaba con su familia. Y ella estaba sola.

Cogió el móvil y le escribió rápidamente una respuesta a Pål antes de arrepentirse.

Lo mismo digo. Nuestra conversación también ha significado mucho para mí. Anne.

Pulsó el botón de «Enviar». Enseguida vio que el mensaje había sido recibido y que su interlocutor estaba escribiendo. Los puntos danzarines aparecían y desaparecían en la pantalla.

Al cabo de unos segundos, sonó la notificación.

¿Qué haces durante las fiestas? Mis hijos se han ido con su abuela. La casa se ha quedado vacía, pero es bueno para ellos.

Anne contempló la copa de vino, pensando. De repente, sintió que el calor del fuego le encendía las mejillas.

Yo también estoy sola en Nochebuena. Mi casa también está vacía. Este año no me apetece celebrar nada.

Esperó. Los puntos empezaron a bailar de nuevo. Esperó un poco más y oyó la notificación.

Ven a cenar conmigo si quieres. Podemos probar
a estar solos, pero juntos.

Anne se mordió el labio y echó un poco más de leña en la chimenea. Se sentía despierta y lúcida. Cogió el móvil y escribió:

No sé si sería lo más apropiado.

Otra vez sonó el aviso en el teléfono.

Tienes razón. Seguro que
no es apropiado. Pero ven
de todos modos.

Anne se obligó a esperar unos minutos antes de responder. Le habría gustado pedirle consejo a Sven, pero no podía contárselo bajo ningún concepto. Nunca, ni en ese momento ni más adelante.

Puso un poco más de leña en el fuego. Era consciente de que ya había tomado una decisión, pero aguardó un instante antes de contestar.

Vale, voy. ¿Está bien a las siete?

A las siete, perfecto.

Sonrió al oír que volvía a sonar el móvil. Para su sorpresa, esta vez era un mensaje de Sven.

Llámame.

En circunstancias normales, se habría alegrado y habría pensado que quizá su amigo estaba saliendo de casa para dar un paseo. Incluso le había comprado un pequeño regalo de Navidad y lo había

dejado sobre la repisa por si acaso. Pero ahora no podía explicarle lo sucedido y sabía que era incapaz de ocultarle nada. Él lo habría notado enseguida. Fue a la cocina, tiró el vino que quedaba en la copa y subió corriendo al piso de arriba para elegir un vestido.

71

El servicio meteorológico había prometido nieve en el sur de Suecia para Nochebuena, pero hasta aquel momento el pronóstico no se había cumplido. La decepción de Hugo cuando vio que el jardín tenía el mismo aspecto que en un día de otoño cualquiera fue monumental.

—¡Dijiste que iba a nevar! —se quejó—. ¿Y si ahora no viene Papá Noel?

—Por supuesto que vendrá —replicó Sven—. Además, dentro de casa está nevando.

Señaló el árbol de plástico que él mismo había comprado, para gran consternación de Lisa. Como si no fuera suficiente con la descoordinación entre las luces de colores y los villancicos que sonaban por el minialtavoz incorporado, el artefacto tenía miles de bolitas de espuma que subían por el tronco para luego derramarse sobre las ramas sintéticas en un ciclo que no preveía perros curiosos ni niños traviesos.

En otras circunstancias, Lisa habría sido comprensiva y tolerante. Pero, cuando Hugo aumentó por segunda vez la potencia del mecanismo, haciendo que la nieve falsa se arremolinara por toda la habitación y se pegara a las alfombras, el sofá y los calcetines, se le agotó definitivamente la paciencia.

—Para el año que viene quiero un abeto de verdad, como el que tienen las familias normales —suspiró mientras guardaba la

aspiradora y se dejaba caer en el sofá con un *julmust*, el refresco navideño por excelencia.

—¡Niños, empieza *Karl-Bertil Jonssons* en la tele! —dijo Sven.

Dio una vuelta por el piso de arriba. En la habitación de Hugo se oían estridentes vídeos de TikTok. Ellen estaba tumbada en la cama con los auriculares puestos, viendo *Los Soprano*, y Nils juraba como un marinero delante del ordenador mientras disparaba a terroristas y desactivaba bombas.

—Papá Noel boicotea a los niños que no ven *Karl-Bertil Jonssons* —gritó Sven sin recibir respuesta.

De repente, le sonó una notificación en el móvil, que llevaba en el bolsillo.

Haciendo gala de autocontrol, no sacó enseguida el teléfono para ver si era una respuesta de Anne. Le había enviado un mensaje por la mañana y otro hacía una hora, y le inquietaba que no contestara. Habitualmente, tenía la costumbre, o más bien la manía, de responder a todos los mensajes en el mismo instante en que los recibía, igual que Torkel. Pero prácticamente no habían tenido ningún contacto desde la publicación del reportaje.

Lisa se cruzó con él por el pasillo y le revolvió el pelo.

—¿Podrías ir a buscar cervezas y más *julmust* al garaje? Mis padres están al caer.

—Ahora voy.

En cuanto cerró la puerta tras él, sacó el móvil del bolsillo. Lo que vio lo decepcionó y lo alegró al mismo tiempo.

La notificación que había sonado era una alerta del *Dagbladet*:

> Los miembros de la Sociedad del Torso ingresan en prisión preventiva.

Intentó llamar a Anne, pero después de dos tonos le saltó el contestador, de modo que le envió un tercer mensaje:

Solo quiero saber si todo está bien.

En ese momento el Audi de sus suegros entró en el sendero. Sven se apresuró a coger cuatro cervezas y se dirigió al coche.

—Creía que este año íbamos a reducir los regalos —comentó mientras su suegro descargaba un paquete tras otro del maletero.

—Sí, claro. Pero solo es Navidad una vez al año.

Lisa se reunió con Sven en la puerta y le susurró:

—Intenta sentar a los niños en el sofá mientras yo bajo al sótano a cambiarme.

Al cabo de un rato, Hugo estaba sentado con los ojos muy abiertos, mirando el jardín, donde Lisa se paseaba con un farolillo que proyectaba dramáticas sombras a su alrededor. Su barba era tan grisácea como el abrigo y el gorro porque su versión de Papá Noel se basaba en la tradición folclórica del duende de Navidad y no en un vistoso anuncio de Coca-Cola.

—¿Por qué se empeña mamá en disfrazarse de vagabundo? —murmuró Hugo.

—Porque así son los verdaderos duendes —explicó Sven—. Según ella.

Cuando entró, el duende Lisa no preguntó si había niños buenos en la casa. Solo quiso saber si habían ayudado en el jardín y si habían cuidado a los animales, y añadió en tono amenazador que un descuido podía provocar fácilmente un accidente.

—Yo dejo que Frozen se coma mi comida cuando a mí no me gusta —replicó Hugo con total seriedad.

—¡Anda, qué detalle por tu parte! A ver si tenemos un regalo para ti.

Cuando todos recibieron el suyo, el duende se marchó y, al poco rato, regresó Lisa.

—A ti también te ha traído algo Papá Noel —dijo Hugo, tendiéndole un paquete.

Sven la miró nerviosamente mientras lo abría.

—Un fin de semana en Ystad Saltsjöbad. ¡Me encanta! —dijo ella, y parecía realmente feliz cuando se volvió hacia Sven y lo besó en los labios—. Esta vez sí que vamos a disfrutar de este regalo.

Sven echó un vistazo rápido al teléfono para ver si Anne le había contestado, pero no había nada. Dejó el móvil sobre la mesa y le sonrió a su mujer.

—Sí, esta vez sí. Te lo prometo.

72

Cuando Pål abrió la puerta, vestía una camisa blanca recién planchada y pantalones claros de hilo. Anne no entendía cómo había podido verlo alguna vez como un gris funcionario. Había algo en su forma de moverse, una confianza en sí mismo que por lo general solo conferían una fortuna de varias generaciones y un apellido noble. Sin embargo, hasta donde ella sabía, Pål Hammar no cumplía ninguno de esos requisitos.

—¿Cómo te sientes después de todas las revelaciones? —le preguntó ella mientras se quitaba las botas en el recibidor.

De repente, fue consciente de lo poco apropiado que era estar allí, pero ya era tarde. Pål Hammar le tendió la mano para que le diera el abrigo.

—Tengo que reconocer que no he seguido demasiado las noticias. Los niños estaban en casa y no quería que oyeran ni vieran nada.

—Claro, te entiendo.

—Tampoco me apetece pensar en eso, así que, si no te importa, prefiero que esta noche hablemos de otras cosas.

—Por supuesto. Lo siento.

—No pasa nada. ¿Has venido en coche?

—Era imposible conseguir un taxi —respondió ella—. Pero no he querido aparcar en la entrada para no dar que hablar a los vecinos.

Le entregó a Pål un paquete envuelto apresuradamente.

—No sabía qué traer.

—¡Oh, no! Ahora estoy avergonzado. No te he comprado ningún regalo de Navidad —replicó él.

—Es un detalle —explicó ella—. Nada importante. Solo para no presentarme con las manos vacías.

—Pero es lo que habíamos acordado —repuso él—. Estás preciosa.

Ella sonrió algo incómoda.

—Gracias —dijo.

Se arrepintió de haberse puesto el vestido rojo de seda. Presentarse en las fiestas más elegantes con el pelo recogido en un moño improvisado y una blusa sin planchar era más su estilo. Lo suyo era ir vestida como para salir por la puerta de atrás, como si ese hubiera sido su plan desde el principio independientemente de que fuera a marcharse la primera o la última.

Era consciente de que era atractiva, pero también sabía que su imagen ganaba cuando no parecía que se hubiera esforzado demasiado en arreglarse. No quería que la vieran como alguien que se cuidaba en exceso y que no tenía nada mejor que hacer que dedicar el día a ponerse guapa, ya fuera para sí misma o para los demás.

—Creo que tenía una necesidad reprimida de arreglarme un poco —confesó como para justificar el pelo suelto, el vestido y los zapatos de tacón, que en ese momento había sacado del bolso y se estaba poniendo—. Después de todo, es Nochebuena.

—No sabes cuánto te agradezco que hayas venido —dijo Pål—. ¿Qué te apetece beber? Puedo ofrecerte un ponche de huevo caliente, un Tom Collins o un whisky sour.

—El ponche de huevo me parece fantástico.

—Ahora mismo voy a prepararlo. Mientras tanto, siéntate en el salón. He encendido la chimenea.

Pål se fue a la cocina y Anne bajó los tres peldaños que conducían al enorme salón, que, al igual que la cocina, tenía amplios ventanales que daban al jardín. Dos grandes sofás y una gigantesca mesa baja ocupaban el centro del espacio, en el que también destacaba una chimenea que era el corazón de la estancia, flanqueada por un banco cubierto con pieles de oveja a un lado y unas estanterías empotradas al otro.

Anne se puso a estudiar los lomos de los libros, que en su mayor parte eran de decoración, estilo de vida y fotografía. En la habitación flotaba un olor intenso, dulzón y ligeramente nauseabundo. Probablemente procedía de los jarrones con orquídeas y rosas dispersos por todo el salón.

Anne se sentó en el borde de uno de los sofás. Echaba de menos sus calcetines de lana y sus vaqueros, el pelo revuelto de Sven y el olor a su *snus*, el tabaco tradicional sueco. Sintió una punzada de tristeza que no tardó en convertirse en ira, por lo que le resultó más fácil sonreírle a Pål cuando este regresó con una espumosa bebida de color amarillo claro en copa de cristal.

—Los pechos de María Antonieta —dijo él mientras le tendía la copa al tiempo que colocaba dos posavasos sobre la mesa baja.

—¿Qué?

—Los pechos de María Antonieta —repitió él—. Cuentan que estas copas fueron creadas por primera vez en el castillo de Rambouillet para que el amante sueco de la reina, Axel von Fersen, pudiera beber champán en copas con la forma de los pechos de su amada. Por supuesto, puede que sea un mito, como la famosa frase atribuida a María Antonieta: «Que coman pasteles».

—Es verdad. Mucha gente todavía cree que lo dijo cuando sus súbditos protestaban por no tener pan. «Si no tienen pan, que coman pasteles». ¿Te imaginas qué triste ser recordado por algo tan

estúpido que ni siquiera has dicho? ¿Que otros escriban la historia y tú no puedas defenderte porque ya has muerto?

—Así es, aunque quizá se había ganado esa fama por otras cosas —repuso Pål—. La cita es exagerada, pero tal vez esté inspirada en su verdadero carácter. Puede que no fuera una buena persona.

—No sé si hay personas buenas y malas —replicó Anne.

—Creo que no estoy de acuerdo.

—Me gustaría creer que hay algo positivo en el hecho de que todos nos consideremos buenas personas, algo por lo que merece la pena vivir, un motivo para no dejar de intentarlo.

Una sombra recorrió el rostro de Pål.

—Perdona, no era mi intención darte un sermón navideño. —Anne sonrió—. Gracias por invitarme esta noche. Me encanta estar aquí. ¡Salud!

—No, no pidas disculpas. Es solo que has dicho algo que… también Becca habría podido decir. Es curioso. A veces tengo la sensación de que no ha sucedido. Se me olvida y todo vuelve a ser como siempre. Entonces siento el impulso de enviarle un mensaje para preguntarle si tenemos leche en casa.

—Sé lo que quieres decir.

Permanecieron un momento en silencio. Anne se quitó los zapatos y recogió los pies debajo del cuerpo, encima del sofá.

—En cualquier caso, me alegro de que hayas venido —dijo Pål.

—Yo también —respondió Anne, y prolongó la mirada un poco más de lo que se habría atrevido en otras circunstancias.

—Quizá podríamos fingir, solo por esta noche, que no nos ha pasado nada malo. Una huida temporal, solo por hoy.

—Por mí, encantada.

El teléfono de Anne, que estaba sobre la mesa, empezó a vibrar. El nombre de Sven apareció en la pantalla.

—Perdona, voy a… —Rechazó la llamada y puso el móvil en modo avión—. ¿Qué estábamos diciendo?

Pål le apoyó una mano sobre los ojos y ella los cerró.

—¿Le has dicho a alguien que ibas a venir?

—No.

—¿A Sven?

—¡No, por Dios! Él no sabe nada.

—¿Y a tu padre? ¿No te reprocha que no pases la Nochebuena con él?

—No, me ha prometido solemnemente que Ali y él estarán bien solos.

—¿Quién es Ali?

—Bueno, verás… —rio Anne—. Es una larga historia.

—¿No la puedes resumir?

—Ali es un chico al que mi padre está ayudando. Llegó a Suecia con su hermano, que poco después desapareció y ahora ha sido hallado entre los muertos de la antigua prisión de Kirseberg… Lo siento, no quería… Habíamos quedado en no hablar de nada de eso esta noche.

—No hace falta que te disculpes. La gente piensa que no debe mencionar nada que me recuerde el horror, como si lo que ha pasado no fuera ya lo más terrible, como si pudieran añadirle algo con lo que digan. Pero los entiendo. Es como cuando envían flores. Yo sé que lo hacen con buena intención. —Señaló los arreglos florales distribuidos por toda la habitación—. Aunque a veces me pregunto por qué les parece adecuado enviarle flores que se marchitan y se pudren a alguien que acaba de perder a su mujer. ¿Me lo puedes explicar? «¿Qué necesitará ese hombre afligido? —piensan—. Probablemente, cincuenta y siete ramos para que tenga que buscar cincuenta y siete jarrones que no tiene y poner en ellos

las flores, que se marchitarán y le recordarán la fugacidad de la vida». Después de estas semanas, creo que nunca más podré soportar el olor de las rosas o las orquídeas. —Sonrió como para suavizar lo que acababa de decir.

—De hecho, tenía intención de comprarte unas flores —confesó Anne—. No es broma. Pero la floristería ya había cerrado.

Pål se echó a reír.

Y entonces la besó.

Todo sucedió tan repentinamente que ella no pudo pensar en lo apropiado o inapropiado de estar hablando de las flores que enviaba la gente como muestra de condolencia y, al minuto siguiente, besarse. No podía haber un momento menos romántico, y lo peor era que nunca podría contárselo a nadie.

Acostumbrada a ser ella quien marcaba los ritmos, Anne no tuvo tiempo de asimilar lo que estaba pasando. Cuando Pål le besó el cuello, ya le había subido el vestido con una mano y le había quitado las medias con la otra. Y, cuando la tumbó en el sofá, ya se había desabrochado el cinturón y los pantalones. La penetró con tanta rapidez y violencia que la reacción de Anne fue más que nada de asombro.

De repente, Pål estaba dentro de ella. Ni siquiera le había quitado las bragas, que mantenía apartadas con los dedos mientras su pene entraba y salía. Enseguida dejó escapar un gemido, se retiró de un tirón y se corrió sobre su vientre.

Para ella no fue desagradable, pero sí sorprendente y del todo insatisfactorio. Como comer medio panecillo después de reservarse todo el día para ir a un buen restaurante por la noche.

Pål se levantó del sofá y se subió los pantalones. La camisa todavía parecía recién planchada.

Se inclinó y deslizó un dedo por la mancha blanca y húmeda de su vientre, bajando hacia su sexo. Para Anne fue lo más excitante que había hecho hasta ese momento, y estaba a punto de dirigirle los dedos hacia su vulva cuando él se detuvo y la miró con expresión seria.

—Ha sido fantástico —le dijo—. Eres increíble. ¿Tienes hambre? ¿Quieres darte una ducha? Hay toallas en el baño. ¿Vienes después a la cocina? Hay patatas al horno, costillas, jamón y salmón marinado.

Anne no se quería duchar. Tenía hambre de algo completamente distinto de las patatas al horno y el salmón marinado. Quería ir al dormitorio, desnudarse y disfrutar del cuerpo de un hombre con todos sus olores. Jugar a un juego que no tenía nada que ver con el amor. La repentina euforia de notar un cambio en la otra persona. La neblina y la absoluta cercanía cuando la mirada se perdía hacia dentro. Como cuando un adicto se inyectaba heroína. ¿Qué podía hacer para volver a experimentarlo una y otra vez?

Ella no había terminado. Quería llegar al orgasmo mirando a Pål a los ojos.

—¿Dónde está el dormitorio? —preguntó.

—Bajando la escalera, a la derecha —respondió él.

Anne recogió las medias, que se le habían quedado enredadas en un pie, y se alisó el vestido. Después bajó descalza la escalera que conducía a la parte de la casa donde estaban los dormitorios.

73

La escalera no crujía. Era completamente silenciosa, como solo pueden serlo los peldaños de las maderas más caras y exclusivas. Al llegar al pie, Anne se equivocó de dirección y no encontró el dormitorio, sino una parte de la casa dedicada a bodega y spa, con una iluminación espectacular detrás de las paredes de cristal. Aunque no sabía nada de vinos, era evidente que la colección era importante y que había sido reunida por alguien que no necesitaba pedir consejo en la tienda para saber cuál iba bien con la carne o el pescado.

Volvió sobre sus pasos y vio la puerta de la habitación de Rebecca y Pål. Solo entonces cayó en la cuenta de que estaba a punto de entrar en el dormitorio de Rebecca Rönn. La idea le infundió una repentina incomodidad, e iba a darse la vuelta para buscar a Pål y decirle que en realidad prefería irse a su casa cuando oyó que alguien entraba tras ella.

Antes de que pudiera volverse, sintió contra su espalda el cuerpo de Pål, que la empujó hacia la cama de matrimonio con todo su peso. Ella cedió y cayó boca abajo.

Oyó que él se desabrochaba los pantalones, pero esta vez se giró para mirarlo. Lo obligó a devolverle la mirada mientras lo cogía por la nuca para besarlo.

Cuando le desabotonó la camisa, lo hizo lentamente, imponiéndole su ritmo, al tiempo que lo tocaba por su propio placer allí donde le apetecía. Recorrió con la lengua todo lo que había echado de menos

en un hombre, como el vello que se extendía desde el ombligo hasta los genitales y que se erizaba al percibir su aliento.

Notó que él se retraía como un animal asustado cuando le tocó un extenso cardenal que descendía desde el hombro hasta el codo y que había quedado al descubierto cuando le había quitado la camisa.

Se lo besó como un conjuro para acabar con su incomodidad mientras sentía con creciente intensidad que algo se apoderaba de ella, algo que no podía definir, una sensación de que el cuerpo bajo el suyo y los ojos que la miraban no eran en realidad de Pål.

Se sentía observada de una manera que no le gustaba. Le cerró los párpados con una mano, pero ya era tarde.

Cuando se le puso encima y se dejó caer sobre él, se corrió casi al instante. Sintió cómo él también se vaciaba dentro de ella y se quedó inmóvil para percibir cada espasmo y cada estremecimiento. Su sexo palpitaba en su interior mientras ella se cerraba sobre él, de manera que cada pequeño movimiento de Pål se convertía en una enorme oleada que la inundaba y la arrastraba hacia abajo en una corriente soterrada que la hacía desaparecer dentro de sí misma.

Cuando volvió a la superficie, él seguía con los ojos cerrados. Había cierta tensión en su rostro, como si hubiera estado luchando por mantener el control en lugar de atreverse a perderlo con ella.

Anne se deslizó para separarse de él, se echó a su lado y se quedó mirando el techo. Esperó a que Pål dijera algo, pero no lo hizo, y los dos se quedaron tumbados en la habitación oscura uno junto al otro.

Al cabo de un rato, él se levantó y se sentó en el borde de la cama con la espalda vuelta hacia ella, como una muralla.

Anne sintió vergüenza, como si se hubiera aprovechado de él o la hubieran pillado haciendo algo inapropiado y sucio. Esperó a que él

hablara, pero, al cabo de un momento, Pål simplemente se levantó y se fue al baño.

Lo único que habría deseado Anne en ese instante habría sido retroceder en el tiempo y deshacer todo lo que había hecho. Vestirse y salir corriendo a su casa antes de que él volviera. Sin embargo, en lugar de eso, se cubrió con la sábana y se quedó esperando desnuda, abandonada.

Oyó el ruido del agua en el cuarto de baño. Daba la impresión de que la ducha no fuera a acabar nunca, de modo que aprovechó para echar un vistazo a la habitación.

Parecía la cabina de un yate de lujo, y las pesadas cortinas que cubrían las ventanas reforzaban esa impresión. Había una espesa moqueta beige y muebles de madera oscura a juego con el techo, que también era de madera. Justo delante de ella una gran puerta doble de cristal parecía conducir a otra habitación en medio de una pared cubierta de fotografías enmarcadas de diferentes tamaños.

Oyó que Pål cerraba el grifo de la ducha. Al cabo de unos segundos, se abrió la puerta del baño y apareció él con una toalla anudada a la cintura. No la miró con ternura ni con disgusto, sino con una especie de educada amabilidad.

Abrió la doble puerta hacia la otra habitación, cuyas luces debían de ser automáticas, porque se encendieron por sí solas e iluminaron un enorme vestidor donde Anne pudo ver varias filas de trajes y camisas, así como estanterías de carísimos zapatos italianos. Algo en la organización del espacio le recordó la bodega que había visto poco antes, con el mismo orden masculino, que parecía destinado a mantener bajo control alguna pulsión interior.

Le vinieron a la mente sus cajas de mudanza, que aún seguían sin abrir en su casa de Kirseberg, y de repente le resultó imposible imaginar a Pål Hammar en su cocina y menos aún en su dormitorio

a pesar de que hacía apenas un instante había podido parecerle una idea razonable y hasta tentadora.

—Espero que aún quieras quedarte a cenar conmigo —dijo Pål cuando salió del vestidor con una camisa blanca idéntica a la que ella le había quitado poco antes.

Anne sonrió, esperando que eso fuera suficiente como respuesta.

—Me voy a duchar —dijo—. Después subiré.

—Voy a elegir un buen vino para nosotros. La cena estará lista arriba cuando termines.

Pål se marchó y ella aguardó un momento antes de entrar en el cuarto de baño.

El espejo que cubría totalmente una de las paredes le hizo pensar a Anne que se encontraba en una estancia diseñada para personas sin complejos físicos. Ella, por su parte, no podía imaginar peor comienzo del día que encontrarse con su propio reflejo de cuerpo entero.

Abrió el grifo y soltó un grito cuando un chorro de agua helada la golpeó desde arriba. Retrocedió y finalmente logró cerrar el grifo. Cambió la temperatura y la configuración para que saliera de la ducha de mano.

¿Cómo podía lavarse Pål con agua tan fría?

Cuando acabó, se miró al espejo. Parecía un gato mojado. Se le había corrido el rímel, tenía el pelo encrespado y recordó, maldiciendo por lo bajo, que no tenía nada con que peinarse.

Abrió un cajón para buscar toallitas húmedas y algún tipo de cinta o goma para el pelo. El orden era tan meticuloso como en la bodega y el vestidor.

Pequeños compartimentos donde cada cosa tenía su sitio.

Medicamentos, maquinillas y cremas de afeitar, colonia…

Abrió otro cajón. Tiritas, cremas limpiadoras, maquillaje, esmalte de uñas, lima y acetona.

También había bastoncillos de algodón, pero ninguna cinta para el pelo. Al principio no supo exactamente qué le llamaba la atención, pero enseguida volvió a abrirlo y lo comprendió.

El cajón de Rebecca Rönn se parecía al armario del baño de su casa. Había productos bastante caros mezclados con cremas y lociones de limpieza compradas en la farmacia, rímel de L'Oréal y esmalte de uñas de Essie.

El de Pål, en cambio, parecía un anuncio de una revista de estilo de vida. Envases minimalistas, agua de colonia Elysium, cremas de Sisley, un pequeño estuche para bastoncillos y toda una sección de relojes: un Omega Seamaster, un Rolex y uno antiguo que parecía una reliquia familiar.

Se envolvió en una toalla y se dirigió a la doble puerta de cristal para echar un vistazo. Estaba demasiado oscuro para ver nada, por lo que tuvo que dar un paso dentro del vestidor para que se encendieran las luces.

De repente, comprendió qué era lo que le resultaba extraño.

Desde fuera, la imagen de Pål Hammar era la de un gris asesor jurídico del Ayuntamiento, mientras que Rebecca Rönn era su exitosa y atractiva esposa. Pero, dentro de su casa, se habían intercambiado los papeles.

Era como si Pål Hammar fuera Rebecca Rönn y a la inversa.

Todo en el ambiente rezumaba un gusto masculino y caro. Si la casa hubiera aparecido en un reportaje de una revista de decoración, habría resultado evidente que su dueño era un hombre o quizá una pareja de hombres.

Superficies de madera oscura, suelos cubiertos de moquetas, fotografías en blanco y negro, una bodega y una cafetera casi

industrial en la cocina. Seguro que necesitaría más mantenimiento que el coche de Anne y habría costado más o menos lo mismo.

No había el menor rastro de los niños por ninguna parte. Anne supuso que sus habitaciones se encontrarían en otra parte de la casa a la que se accedería por otra escalera.

Mientras recogía la ropa que había dejado en el suelo, junto a la cama, se puso a observar las fotografías de la pared.

Una de ellas parecía un grabado de Zorn, un estudio en blanco y negro de varias mujeres desnudas bañándose. Había una imagen en blanco y negro de un perro con un pájaro en la boca. Estaba amarilleada y parecía antigua. Un poco más allá se veía una fotografía aérea de una gran finca y, a su lado, un retrato de una Rebecca Rönn muy joven en la proa de un velero.

De repente, Anne se quedó paralizada. Una foto en blanco y negro mostraba una larga fila de hombres caminando bajo una tormenta de nieve. La imagen era granulada y solo se los distinguía como siluetas oscuras sobre la nieve blanca, aunque se apreciaba que todos llevaban mochilas a la espalda. Anne había visto esa misma imagen poco tiempo atrás. Pero no allí, sino en un anuario del Regimiento de Cazadores de Laponia.

No podía ser.

La Sociedad del Torso había nacido durante el servicio militar de sus miembros en el Regimiento de Cazadores. Sven y ella habían revisado todos los anuarios, desde 1985 hasta 2000, para tratar de identificar al sexto miembro, la persona cuya presencia se adivinaba, pero que nunca mostraba su rostro en las fotos que contenía la memoria del teléfono. Anne estaba segura. No había ninguna posibilidad de que hubieran pasado por alto su nombre, aunque hubiera figurado con otro apellido.

Trató de recordar si había en las listas algún Paul, ya que era posible que escribiera su nombre de otra manera en aquella época.

¿Por qué no lo habían encontrado? ¿Lo habrían expulsado, lo habrían apartado del servicio?

Anne y Sven habían dedicado tanto tiempo al enigma de Rebecca y a su verdadera personalidad, tanto pública como privada, que habían omitido por completo el misterio de Pål Hammar. Se habían creído su imagen como si lo que estaba a la vista fuese lo único que existía. Un funcionario gris, un poco aburrido pero competente y digno de confianza. Un hombre afligido y cargado de responsabilidades. Le habían dejado presentar a Rebecca como una mujer extravagante, carismática y extrovertida, enamorada de las cosas caras y bonitas. Y, cuanto más pintaba esa imagen, más gris se volvía él. Pero ¿quién era Pål en realidad?

Un hombre procedente de una familia adinerada que, sin embargo, deseaba ocultarlo. Alguien con un físico de atleta de élite que optaba por esconderlo con el tipo de ropa que disimulaba michelines y vientres prominentes.

Lo que otros habrían enseñado con orgullo él lo ocultaba. Algo le decía a Anne que eso le hacía sentirse superior a los demás, y no inferior. Él sabía cómo era y con eso le bastaba. Entonces, ¿qué más escondía?

Se puso a buscar su teléfono, segura de haberlo llevado consigo cuando se había ido a la ducha, pero no lo encontró por ninguna parte. Ni en las mesillas de noche ni tampoco en la cama después de sacudir las sábanas y la colcha.

Salió al pasillo y prestó atención a la escalera. En la cocina, Frank Sinatra cantaba *Have Yourself a Merry Little Christmas* mientras Pål iba y venía con cazos y platos.

Volvió a entrar en el dormitorio y vio las hileras de prendas cuidadosamente ordenadas a ambos lados del vestidor. El lado de ella y el de él.

Abrió algunos cajones de Pål sin saber muy bien qué estaba buscando.

Pero lo único que encontró fue el mismo orden meticuloso.

Se giró y contempló la ropa de Rebecca. En el vestidor, su manera de colocar las cosas no difería mucho de la de su marido.

Largas hileras de chales de cachemira de diferentes colores. Vestidos de tubo con el mismo corte, aunque en distintas telas. Chaquetas en varios tonos de azul oscuro.

Sacó una caja de un estante y en su interior halló un par de zapatos de tacón con pedrería. En otra había unos mocasines de ante color burdeos.

Volvió a colocarlas en su sitio, pero notó que algo impedía que una de ellas llegara al fondo. Se puso de puntillas para ver y descubrió que el obstáculo era un trozo de tela negra que se había caído. Metió la mano para sacarlo.

Se quedó mirando fijamente el objeto que sostenía con una mezcla de conmoción y horror. Era una capucha negra con algo a la altura de la boca que parecía especialmente colocado para facilitar la respiración. Anne ya había visto antes ese extraño pasamontañas. Lo llevaba puesto un hombre, al otro lado de una reja, en el hueco de una escalera de la antigua prisión de Kirseberg.

Dejó la caja en el estante. El corazón le latía con fuerza en el pecho. Rápidamente, volvió a meter la capucha detrás.

Pensó en Rebecca, que había sido hallada muy cerca de su casa.

En el sexto miembro de la sociedad, al que no habían conseguido identificar.

Y todo el tiempo había sido él.

Prestó atención por si oía pasos en la escalera, pero recordó de pronto que era totalmente silenciosa. Descorrió las cortinas del dormitorio para salir por allí, dando por sentado que ocultarían enormes ventanales con vistas al jardín, como en las otras estancias de la casa. Sin embargo, se topó con un muro de ladrillo.

En ese instante oyó que alguien entraba en la habitación.

—¿Así que aquí es donde te escondes?

—Ahora mismo iba a subir. Solo estaba buscando mi móvil.

—No hace falta que sigas. Lo tengo yo.

—¡Perfecto! Entonces podemos subir —repuso ella riendo.

Fue hacia él e intentó salir, pero Pål le bloqueó el paso con una mano apoyada en el marco de la puerta.

—Anne.

—¿Qué?

—Ya sé que lo sabes, así que puedes dejar de fingir. Es indigno de ti.

Anne retrocedió un paso y vio su mirada.

Detrás solo tenía el muro.

74

Le dolía la cabeza. Tenía las piernas inmovilizadas en una posición extraña y el cuerpo no le obedecía cuando intentaba rodar hacia un lado para levantarse. Se tocó la nuca y sintió algo caliente y pegajoso que le hizo retirar la mano, asustada.

¿Dónde se encontraba? ¿Cuánto tiempo había estado inconsciente? De repente, percibió lejanamente el perfume de Pål, mezclado con el olor a gasolina y al suelo frío de hormigón.

Soltó un gemido.

—¿Qué has hecho?

Su voz le pareció ronca y extraña.

Pål no dijo nada, pero en la oscuridad se oía su respiración. Anne tenía que ganar tiempo. Era lo único que podía hacer. Si sobrevivía a esa noche, había esperanzas de que Sven la llamara o pasara por su casa y se preocupara.

Se quedó con la vista perdida en las sombras.

La gran mayoría de las personas necesitaban hablar, sobre todo cuando creían que habían sido malinterpretadas. Querían corregir el error. Poner orden. Recordó el vestidor de Pål, perfectamente organizado. Pensó en la fotografía del Regimiento de Cazadores que había visto en el dormitorio. Pål había puesto en tela de juicio la imagen de que su mujer era una santa, lo que indicaba que él la veía de una manera del todo distinta.

Debía de haber sido él quien había fabricado *a posteriori* los supuestos anónimos que la llamaban «la mayor zorra de

Rosengård». Era una explicación perfectamente lógica para el hecho de que nunca los hubiera denunciado a la policía. Habían sido una última profanación de su memoria y un recordatorio al resto del mundo de lo que era en realidad su esposa. Además, le habían servido para establecer una relación de confianza con Sven y Anne, y así enviarlos más fácilmente tras una pista falsa.

—Creo que entiendo lo que ha pasado —dijo ella, tratando de hablarle como si lo estuviera viendo, aunque todo estaba a oscuras.

Esperó. Tenía mucha paciencia. Era capaz de permanecer en silencio mucho más tiempo que los demás. Después de una eternidad, una voz surgió de las sombras.

—Tú no sabes nada.

Anne se preparó y comenzó a jugar a la contra, desgranando una serie de afirmaciones falsas pero con algo de verdad en todas ellas para que todo pareciera más creíble.

—Sé que la querías —afirmó con voz serena—. Sé que Rebecca era muy especial. Sé que te apartaron del servicio en los Cazadores de Laponia porque carecías de las dotes de mando necesarias. Sé que formabas parte de la Sociedad del Torso, aunque no eras miembro de pleno derecho. Pero también sé algo que tú no sabes. Que Rebecca Rönn se puso en contacto con el periódico *Dagbladet* para entregar un vídeo en el que sales tú, grabado en la antigua prisión de Kirseberg.

—Eso es mentira.

La voz de Pål Hammar sonó como un disparo. Fue una reacción agresiva y violenta. Parecía un niño ofendido al oír que insultaban a sus padres.

Anne se preguntó si no habría ido demasiado lejos, pero decidió seguir adelante.

—Tu mujer pensaba dejarte por Nico. Vino a vernos y nos lo contó. Lo sabemos todo.

—No sabéis nada. Casi me habéis decepcionado por dejaros enredar tan fácilmente. Debo decir que esperaba más de vosotros.

Anne siguió insistiendo.

—Debió de ser horrible para ti que te traicionara con un hombre quince años más joven después de toda una vida juntos.

—No fue así.

La voz de Pål había cambiado. Parecía más tranquila, como si hubiera recuperado el control.

Ella dejó que descansara unos segundos.

Si hubiese sido una entrevista, habría sabido que era el momento de presionarlo.

Pero permitió que Pål se tomara su tiempo y recompusiera mentalmente su gran historia, la que necesitaba para recuperarse y la que ella necesitaba para sobrevivir.

—Vi a Becca cuando regresó a casa aquella noche. Salí a recibirla al sendero de la entrada y me propuso dar un paseo para hablar. Entonces me contó que había tenido una relación con Nico y que había descubierto algo terrible. Que él había matado a varias personas y que lo tenía todo grabado en vídeo. —A Pål le cambió la voz. De repente, volvía a vibrar de ira—. Ese cabrón había estado reuniendo pruebas a escondidas. ¡Contra mí! ¡Contra la sociedad! Había fingido ser uno de nosotros mientras se dedicaba a hacer fotos y vídeos sin que nadie lo notara.

Empezó a hablar de manera entrecortada, como si la rabia le hubiera cerrado la garganta.

—Ella acudió a mí. Nos sentamos en un banco y sacó el teléfono del bolso. —Soltó una risita—. ¿Lo entiendes? Acababa de

confesarme que me engañaba y de repente quería que la ayudara a meter en la cárcel a su amante.

Resopló antes de seguir.

—Me hizo gracia. Menuda imbécil. Solo había tenido tiempo de echar un vistazo rápido a las fotos y me las enseñaba a mí, a su marido. Por supuesto, yo no tenía ni idea de lo que podía haber en ellas. Ni siquiera sabía que existían. Entonces apareció aquella imagen en la cabaña. Me di cuenta enseguida de que me había visto. Lo único que se apreciaba era mi espalda, pero reconoció enseguida el jersey de punto. Me lo había comprado ella en unas vacaciones de esquí en Lake Louise, en Navidad. Al principio pareció que no acababa de entenderlo. Se me quedó mirando con cara de perplejidad. Después se levantó y echó a correr. La alcancé a los pocos metros.

A Anne la embargó de repente una tristeza infinita. Sentada en la oscuridad, sintió que se abría ante ella una negrura aún más profunda. Se imaginó a Rebecca corriendo para salvar la vida sin entender del todo lo que estaba pasando. Su marido. La sociedad. En ese momento se le debió de caer el bolso, mientras miraba a lo lejos en busca de alguien que pudiera ayudarla. Alguien que la salvara.

—¿Cómo fue? —preguntó—. ¿Cómo la mataste?

—¿Eso qué importa?

No notó ni rastro de pena o vergüenza en la voz de Pål. Solo algo de desconcierto. Y después, tranquilidad otra vez.

—No me creo lo que dices —soltó Anne en un intento de mantener viva la conversación. Le aterrorizaba que fuera a acabar porque temía que fuera el fin para ella—. Creo que Jon Carlzén te llamó tras reunirse con Rebecca. Supongo que se habría dado cuenta de que tu mujer había atado cabos y lo sabía todo. Y tú ya

habías decidido matarla cuando saliste a su encuentro en el sendero de tu casa.

—Me da igual lo que pienses.

Su voz seguía siendo tranquila.

Anne probó a decir otra mentira.

—Los chicos que estaban en el parque te vieron. Vieron a un hombre que perseguía a su mujer y la estrangulaba. Así lo han descrito.

—Otra vez estás mintiendo. Si fuera así, lo sabría. No hay testigos. Acerca de esos muchachos… Cuando ellos llegaron, yo ya no estaba. Estuve un buen rato buscando el bolso y los vi acercarse. Pero ellos no me vieron.

—Debiste de disfrutar humillándola todavía más al cubrir su cuerpo de basura.

—No fue así. Necesitaba taparla con algo. Pero, por suerte, tardaron bastante en encontrarla. Pude ganar tiempo.

—La mataste por celos.

—¡No me estás escuchando! —Pål bajó la voz y continuó—: Becca nunca me habría dejado. Era una chica de clase trabajadora con padres alcohólicos, con todo el rencor contra el mundo que eso puede conllevar. Se entregó a mí con todo su ser. Yo era su seguridad y te juro que la quería de verdad.

Guardó silencio un momento. Cuando volvió a hablar, su voz había cambiado. De repente, tenía cierto tono de súplica.

—Si tuvieras que elegir entre otra persona y tu propia vida, tú también matarías. Es solo que aún no te has visto en esas circunstancias. Pero tú y yo somos iguales.

—Tú y yo no tenemos nada que ver. Vosotros y vuestras fiestas y juegos repugnantes. Estás enfermo, Pål. Eres un hombre enfermo. Secuestrasteis a personas y les disparasteis como si fueran animales.

—¿Crees que fuimos nosotros? —Pål resopló y enseguida añadió —: Fue Becca quien los llevó a esa cárcel.

Dejó que Anne asimilara la información durante un momento antes de continuar.

—Becca y Nico. Mi mujer quería jugar a ser la buena samaritana y convenció a Nico para que la ayudara. No sé si fue porque era Navidad o porque Nico estaba preocupado por la mala reputación de sus proyectos, pero alojaron a unas cuantas personas sin hogar en el subsuelo de la cárcel de Kirseberg durante la época de frío más intenso. Solo ellos dos lo sabían.

—Once personas. Vosotros las matasteis. Solo por diversión.

—No era nuestra intención. Habíamos celebrado la Nochevieja en el Torso y habíamos bebido bastante. No recuerdo de quién fue la idea, probablemente de Henric. Las excursiones de caza se habían interrumpido durante la pandemia y nos moríamos de aburrimiento. A alguien se le ocurrió que fuéramos a pegar unos tiros y, de repente, nos encontramos de camino a la antigua prisión. Cuando llegamos, tomamos un poco de Ritalin para animarnos. Fue una locura.

—Once dianas móviles —murmuró Anne.

—Solo disparábamos balas de goma y cartuchos *beanbag*, y teníamos gafas de visión nocturna para ver los objetivos. Entonces un chaval salió corriendo completamente fuera de sí, y Henric le dio de lleno. Lo peor fueron sus chillidos. No había manera de que se callara. No hacía más que gritar y gritar, y no paraba. Al final, no pude aguantar más y le di un golpe para hacerlo callar. Pero después no conseguimos reanimarlo.

—¿Y entonces matasteis a todos los demás para que no hubiera testigos?

—No fue así. Fue un accidente. Pero no podíamos dejar a todas esas personas en la calle. No es como cuando se te tuercen un poco las cosas en el extranjero, que sobornas a alguien y luego coges un avión de vuelta a casa. Necesitábamos serenarnos y pensar, por eso los encerramos en las celdas. Para ganar tiempo y no hacer nada que llamara la atención. Después empezamos a analizar cómo resolver la situación. El Conde propuso algún tipo de tráfico de personas en sentido inverso para tratar de pasarlos de contrabando por la frontera dentro de un contenedor. Simplemente quería dejarlos en un puerto de Polonia o cualquier otro punto de la costa del Báltico. Jonte era partidario de darles dinero para que se marcharan por su cuenta. No encontrábamos una solución que nos convenciera a todos. Era la primera semana del año y todos se iban de viaje. Nico era el dueño del edificio, así que los demás sentíamos que la responsabilidad era suya.

—Entonces, ¿fue él quien los mató?

—No, no directamente. Pero los dos idiotas que Nico había contratado para que les llevaran agua y comida fueron detenidos por tráfico de drogas y pasaron más de un mes incomunicados. No podían llamar a nadie, excepto a su abogado. Cuando Nico se enteró, ya era tarde. Estaban todos muertos.

—¿Y los dejasteis allí tirados durante todo un año? ¿No pensasteis que merecían una sepultura digna?

—Strandelius dijo que era mucho más arriesgado tratar de trasladar los cuerpos que dejarlos donde estaban, en un edificio que estaba clausurado y que tardaría por lo menos dos años en volver a abrirse a causa de la burocracia. Nico estaba en contra. Pero Björnståhle instaló cámaras por todas partes y el sitio quedó más vigilado que la cárcel de alta seguridad de Kumla. Durante un tiempo nos planteamos emparedarlos detrás de un muro. O enterrarlos.

Pero nadie quería encargarse. La responsabilidad volvió a recaer sobre Nico, y él lo fue posponiendo.

—Pero Rebecca sabía que estaban allí —repuso Anne—. Los estaba buscando.

—A Nico le costó casi un año convencerla con una mentira. Le dijo que se habían marchado por voluntad propia. Que la iglesia les había conseguido un lugar mejor donde dormir. Pero este otoño Becca empezó a comprender lo que había sucedido. Como sospechaba de Nico, comenzó a encajar las piezas del puzle. No sé cómo, pero al final logró averiguarlo casi todo.

Pål guardó silencio.

—Ella confió en ti y tú la mataste —dijo Anne.

Y en ese instante comprendió que solo podía haber una razón para que se lo hubiera confesado todo. Había hablado porque estaba seguro de que ella nunca podría contárselo a nadie más.

En la oscuridad, oyó el roce de las patas de una silla contra el suelo y, al segundo siguiente, toda la habitación se inundó de luz.

Tuvo que entrecerrar los ojos para tratar de ver algo. Distinguió una silueta oscura que se acercaba y, a continuación, el lateral de un coche.

Se le cortó la respiración. Naranja brillante y recién lavado para las fiestas navideñas.

Era el suyo.

—No pensarías que iba a ser tan tonto como para dejarlo aparcado delante de mi casa —comentó él con una sonrisa.

Estaba agachado delante de ella. También tenía su bolso y sostenía un teléfono delante de su cara. Era el suyo. Al principio pensó que pretendía que viera algo en la pantalla, pero lo retiró tan rápidamente como cuando se lo había enseñado. Entonces Anne

comprendió que Pål solo necesitaba poner el móvil delante de su rostro para desbloquearlo.

Después oyó su voz en una grabación y de inmediato reconoció la conversación que habían mantenido en su anterior visita, cuando había ido a verlo para anunciarle la publicación del reportaje y pedirle declaraciones.

Pål avanzaba y retrocedía en la grabación, como buscando un fragmento en particular. De repente, Anne escuchó su propia voz:

> Lo he intentado, pero ya no puedo más. Todos me dicen que no fue culpa mía, pero antes siempre tenía trabajo y ahora no. Mi marido me ha dejado y mi hija no me habla. Ya no tengo nada.

Pål detuvo la reproducción.

—La culpa fue tuya, Anne. Tú eres la única responsable de que aquel hombre parara el coche con sus dos hijos en medio de la vía. Tú y nadie más. Si no fuera por ti, esos niños estarían vivos. Sin embargo, seguiste adelante. No eres distinta de mí. Uno hace lo que debe para salvarse a sí mismo y a los suyos. ¿Recuerdas que lo hablamos? Te levantas, respiras y sigues actuando como un ser humano. Lo haces porque tienes que hacerlo, no porque quieras.

Hablaba de otra manera, como si estuviera argumentando consigo mismo.

—¿Quieres que le envíe esto a Sven? ¿O a tu padre? ¿O quizá a tu hija? ¿O tal vez a los tres? Como despedida.

Guardó el teléfono en su bolso y cogió las llaves del coche. Enseguida Anne oyó el familiar ruido del maletero al abrirse.

—Pero antes vamos a dar una vuelta tú y yo.

75

La Nochebuena transcurrió en esa especie de tranquila felicidad que solo puede establecerse cuando los niños pasan un tiempo ilimitado delante de la pantalla con la videoconsola en la mano y los auriculares de cancelación de ruido en las orejas.

Los padres de Lisa parecían cada vez más enérgicos con el paso de los años. Quizá fuera la vida de jubilados, que los impulsaba a aprovechar al máximo cada visita.

Sven miró el reloj.

Eran las doce y cuarto. Ni siquiera sus amigos aguantaban despiertos hasta tan tarde.

—¿Qué dices, Ellen? ¿Otra partida de cartas? —propuso Lisbeth.

—Yo ya tengo ganas de irme a dormir.

Ellen bostezó y Sven le envió mentalmente a su primogénita un caluroso agradecimiento.

—Sí, claro. ¿Qué te parece, Lisbeth? ¿Hora de irnos? —intervino el padre de Lisa—. Así no se le hará tan tarde a Sven.

Se levantó y Sven se apresuró a imitarlo.

—Saldré a calentar el coche —dijo—. Vosotros, mientras tanto, podéis ir recogiendo vuestras cosas.

Sven salió y encendió el motor. Miró el móvil. Seguía sin tener respuesta de Anne. Empezaba a preocuparse de verdad. De repente se dio cuenta de lo poco que se había interesado por la vida de su amiga. No tenía ni idea de dónde podía estar ni con quién. ¿Con sus

nuevos compañeros de trabajo o con los antiguos? ¿Saldría con alguien que no había mencionado y que él no conocía?

Se sobresaltó cuando oyó que se abría el maletero. Por el retrovisor, vio que sus suegros guardaban sus cosas antes de acomodarse en el asiento trasero.

—Coge la avenida de circunvalación para salir, Sven.

Ragnar le daba instrucciones desde su puesto mientras Lisbeth hablaba de sus pódcast favoritos. Le gustaban mucho uno de política y otro de humor. Sven volvió a sentirse mayor que sus suegros octogenarios. Él solo escuchaba los informativos de la radio.

Cuando un cuarto de hora más tarde los dejó delante de su nuevo apartamento en Klagshamn, Lisbeth se echó a reír en el asiento trasero.

—¡Ragnar! ¿Te has acordado de traer la tarjeta para abrir el portal después de las once?

—¿Qué tarjeta? No sé de qué me hablas.

—¡La llave electrónica! No importa. Está aquí. ¡La he encontrado!

Lisbeth la levantó y la agitó triunfante. Sven sintió tal alivio que se bajó del coche e insistió en acompañarlos hasta arriba para ayudarlos a cargar con los regalos.

—No sabes cuánto te lo agradecemos, Sven. Si no fuera por ti, habríamos tenido que hacer dos viajes.

—No tiene importancia. No me cuesta nada.

Tras despedirse, se apresuró a regresar a casa. Era casi la una.

Pasó por Strandhem, tomó la E20 y giró primero hacia Trelleborgsvägen y después a la derecha, en la rotonda de la avenida de circunvalación, cuando de repente vio un MGB naranja brillante que se acercaba desde Hylliehållet. El corazón le dio un vuelco. Había una sola persona en Malmö capaz de circular en Nochebuena al volante de un descapotable naranja chillón. ¿Dónde

habría estado hasta esa hora? Su alegría inicial no tardó en adquirir un matiz de tristeza. El encuentro era un recordatorio de que Anne tenía una vida que él no compartía.

El coche entró en la rotonda antes que él. Entonces Sven pisó el acelerador sin poder reprimir una sonrisa. ¡Qué sorpresa iba a darle a Anne! Cuando los carriles se hicieron dobles, adelantó hasta colocarse a la par, y estaba por inclinarse para tocar brevemente el claxon cuando se quedó paralizado.

No era Anne quien iba al volante, sino… Pål Hammar.

El asombro lo hizo frenar en seco.

¿Qué hacía él en el coche de Anne? ¿Habrían estado juntos todo el tiempo? ¿Quizá ellos dos…?

Los celos le desgarraban el pecho y era incapaz de pensar con claridad.

¿Sería por eso por lo que Anne no le había contestado cuando la había llamado? Se los imaginó a los dos riéndose de sus mensajes y llamadas. ¿Le habría contado Anne que habían sido pareja?

¿Habrían pasado juntos la Nochebuena? Entonces lo suyo debía de llevar cierto tiempo.

La ira fue creciendo en su interior. Se había preocupado como un tonto mientras ella se divertía en una cita. Además, se trataba de un hombre que acababa de enviudar, alguien con quien ella había tenido contacto en calidad de periodista. Algo muy poco apropiado. Aunque, pensándolo bien, era típico de Anne.

Parecía que el coche iba a salir de la ciudad. Durante un momento fugaz, Sven se preguntó si Pål se dirigiría a Lövestad y si ambos irían juntos a la casa del padre de Anne. Pero entonces vio que el vehículo giraba en dirección a Almvik para continuar hacia el campo de golf de Rönnebäck, el HINTON GOLF CLUB, como rezaba el cartel.

La carretera serpenteaba por el campo y Sven veía cómo se encendían y se apagaban las luces de los frenos delante de él, en las curvas.

Era Nochebuena, la hora era avanzada y Sven sabía que era solo cuestión de tiempo que Pål empezara a sospechar del vehículo que tenía detrás.

—¿Qué estoy haciendo? —murmuró para sus adentros—. ¿Qué pretendo?

Redujo la velocidad y dejó que el coche de Anne se alejara. Lo vio desaparecer en la oscuridad antes de volver a ponerse en marcha. Ya había tenido un año bastante humillante sin necesidad de ponerse a perseguir el coche de su antigua novia en Nochebuena en medio de la nada. Dejó escapar un suspiro y empezó a circular lentamente hacia la E65 mientras encendía la radio en busca de algún programa nocturno de música.

Al pasar delante de un cartel que indicaba la localidad de Törringe, sintonizó una emisora que emitía la canción *Last Christmas*. Soltó un juramento. Cualquier cosa menos eso. Le vino a la memoria una noche muy especial en Copenhague, cuando Anne y él por fin se habían besado bajo una ligera nevada en Gråbrødretorv. Recordó la ansiedad que había sentido antes de atreverse a confesarle que la quería. Y cómo después habían entrado en el café Krasnapolsky, bajo el gran reloj, mientras sonaba *Last Christmas* por los altavoces.

Siguió buscando una emisora de radio y finalmente se decidió por Radio Malmöhus, que estaba emitiendo un villancico tradicional: *Hem till jul*. «A casa por Navidad».

«Mejor», pensó, subiendo el volumen mientras pisaba el acelerador. Echó un vistazo al reloj. Esperaba que Lisa estuviera dormida cuando volviera a casa. Tenía que dejar de hacer cosas que después no podía explicarle.

Se dijo que ese sería su propósito de Año Nuevo.

Encendió las luces largas, se adentró en la carretera bordeada de árboles que conducía al castillo de Skabersjö y aceleró.

Allí no había casas. Solo la desierta llanura de Skåne. No vio el coche naranja brillante que se había detenido en el arcén hasta que pasó a su lado. A la luz de los faros, divisó a Pål de pie detrás del vehículo, junto al maletero.

—Mierda, mierda, mierda —maldijo en voz baja, mirando por el retrovisor.

Pero ni Pål ni el coche se veían ya. Estaba oscuro como boca de lobo.

Era muy poco probable que Pål lo hubiera reconocido al volante. Conducía un Ford familiar completamente anodino. Un coche cualquiera.

Atravesó las vías del tren y entró en el viejo camino entre castaños cerca del castillo de Skabersjö. Al aproximarse a las construcciones bajas de las granjas que lo rodeaban, redujo la velocidad.

Sonó un tono en su teléfono y Sven bajó la vista. Era un mensaje de Anne.

Se desvió hacia el arcén. Enseguida vio que tenía un archivo de audio adjunto. Lo abrió, esperando un saludo navideño tardío.

Oyó la voz de Anne.

«Lo he intentado, pero ya no puedo más. Todos me dicen que no fue culpa mía…».

Con la vista fija en el camino que tenía delante, se esforzó por entender lo que estaba sucediendo.

Pål al volante del coche de Anne. Su mensaje. El coche en el arcén. El paso a nivel.

Giró en redondo, derrapando y pisando a fondo el acelerador. Voló por el camino de los castaños y, aun así, parecía como si nunca fuera a llegar.

A lo lejos Sven divisó las luces intermitentes y las barreras a punto de bajar, y lo supo antes de verlo. El deportivo naranja estaba parado en medio de las vías.

Vio a Pål en el asiento delantero y notó que ya no estaba solo en el coche. Después Sven recordaría que en ese momento el tiempo pareció ralentizarse, como si lo viera todo a través de unos prismáticos que solo permitieran apreciar detalles ampliados.

La figura desplomada de Anne. La puerta de Pål, que se abría. Las luces del tren a lo lejos.

Sin tiempo para pensar, irrumpió a través de las barreras, de tal manera que la puerta entreabierta del lado de Pål se cerró de golpe. Con el coche de Sven junto al suyo, Pål tenía bloqueada la salida. Sven vio que tiraba de la manilla de su Ford, pero los vehículos estaban demasiado cerca y era imposible abrir la puerta. Oyó el silbato del tren y se lanzó hacia la puerta del acompañante. No tuvo tiempo de plantearse si Anne estaría viva o muerta. Solo sabía que tenía que sacarla de allí. Abrió la puerta de su coche, salió y se arrastró por el suelo a cuatro patas. Volvió a ponerse de pie y corrió hacia Anne, sentada en su deportivo. Intentó sacarla, perdió el equilibrio y cayó hacia atrás, pero enseguida se levantó de nuevo. Entonces se abalanzó sobre su cuerpo inerte, lo extrajo del coche y lo alejó de las vías. Con el rabillo del ojo vio que Pål trataba de arrastrarse hacia fuera pasando por encima del asiento del acompañante, donde antes estaba Anne. Sin embargo, el habitáculo era demasiado bajo y estrecho.

Al instante siguiente, el mundo estalló con un estruendo ensordecedor.

Lo último que recordaría Sven sería el ruido metálico de las barreras y la nieve que había comenzado a caer del cielo.

Epílogo

Anne, Sven y Ali estaban delante de la tumba de Juma, en la sección musulmana del cementerio del Oeste. Todavía no había ninguna lápida. Solo una pequeña placa con el nombre de Juma y una foto suya sobre la figura de dos montañas, el mismo símbolo que Ali tenía tatuado en la mano. Dos hermanos.

—¿Estás bien?

Anne miró a Ali, que asintió. El muchacho se subió la cremallera de la chaqueta, bajó la barbilla y contempló las flores que acababan de colocar junto a la placa y la corona depositada a su lado.

Anne le rodeó los hombros huesudos con un brazo.

—¿Mi padre no te da de comer? Tienes que alimentarte, Ali.

—Me paso todo el día comiendo. Tu padre está loco. Solo piensa en la comida.

—Estás en Skåne. Aquí hablamos todo el día de comida y soñamos con ella. Más vale que te acostumbres. Ahora solo tenemos que conseguir que Hamid y tú podáis quedaros.

Anne se apartó de él.

—Nosotros nos adelantaremos un poco. Tú tómate tu tiempo. Te esperamos en el aparcamiento.

Oyó los pasos de Sven en la grava del camino, pero no se paró a esperarlo. El momento le parecía perfecto tal como era. Él estaba presente, iba caminando tras ella y no había ninguna necesidad de enfrentarse a la vida real con todos sus conflictos.

El beso delante de la antigua prisión de Kirseberg. La mirada de Sven en el hueco de la escalera cuando cerró la reja entre los dos con una mezcla de dolor y desconcierto, como si en ese instante hubiese comprendido por primera vez que siempre la elegiría a ella contra toda lógica y sentido común. Como si no hubiera otra opción porque simplemente era así.

Luego la relación entre ambos se había vuelto cortés y distante.

Él se había dedicado en cuerpo y alma a su reportaje y ella se había mantenido al margen, decidida a construirse una vida propia. Sin Pontus, sin Sven. Sin dramas.

Entonces había pasado lo de las vías.

Anne no recordaba nada después de que Pål le reprodujera el audio en el garaje. Solo sabía lo que le había contado la policía o el personal sanitario.

Sven la había visitado en una ocasión en el hospital, pero también su padre estaba presente. Luego ella se había refugiado en Lövestad para pasar los días hasta el Año Nuevo.

—Anne.

Se detuvo y se volvió. Cuando vio a Sven bajo los árboles, entre las tumbas, supo que no podría amar a nadie más en toda su vida. Aun así, seguiría intentándolo. Encontraría otros tipos de amor. Pero no sería lo mismo. Se le formó un nudo en el corazón porque lo que sentía era demasiado hermoso.

«No puedo quererte porque no eres mío», pensó como si fuera posible decidir esas cosas.

—¿Podemos hablar? —dijo él con una voz que sonó totalmente normal.

—No sé de qué.

—Tengo la sensación de que me has estado evitando. No hemos intercambiado ni dos palabras después de la publicación y estoy…

Anne echó a andar otra vez hacia el aparcamiento.

—¡Anne!

—No pasa nada. Está todo bien —dijo ella, esforzándose por que pareciera que lo decía de verdad.

Él apretó el paso y pronto la alcanzó.

—¿Hay algo del reportaje que no te guste?

—No. Creo que ha quedado muy bien —dijo con énfasis, rehuyendo la mirada desesperada de Sven—. Es solo que ha sido un poco… demasiado. Y, sinceramente, no sé cómo voy a…

—¿Cómo vas a qué? —preguntó él.

—A asimilar que me salvaste la vida y que tengo esa deuda contigo. Eres la última persona del mundo a la que querría deberle algo.

—No me debes nada.

—Habría muerto en las vías de no haber sido por ti, Sven. Había tomado la decisión de reducir al mínimo el contacto contigo. Pero… ¿qué voy a hacer ahora?

Sven parecía incómodo y avergonzado al mismo tiempo. Quería hablar, aunque no encontraba las palabras.

—Sabes que no es así —dijo por fin—. No me debes nada.

—Por cierto, ¿cómo sabías que estaba con Pål?

—No lo sabía.

Anne lo miró asombrada.

—Entonces, ¿cómo me encontraste?

—Por el coche. Lo vi después de llevar a mis suegros a su casa. Y lo seguí.

—¿Por qué?

—Dímelo tú.

Había resignación en su mirada.

—Ojalá todo fuera diferente —prosiguió—. Ojalá tuviera dos vidas. Pero solo tengo una y quiero a mi mujer, de verdad. Me gustaba mi vida tal como era antes de que aparecieras de repente en la tienda y me recordaras lo que se siente cuando cada segundo es cuestión de vida o muerte. Pero todo esto es demasiado para mí. No quiero perderte otra vez y, sin embargo, sé que volverá a pasar. Tú y yo no podemos…

—¿Qué vamos a hacer ahora?

—Seguiremos con nuestras vidas porque es lo que sabemos hacer. Puede que ahora se te haya olvidado, Satchi, pero no conozco a nadie que sepa vivir tan bien como tú. Nos esperan muchas cosas antes de acabar aquí, en el cementerio, con todos los demás.

Anne miró a su alrededor las lápidas y los cuidados senderos entre setos de boj que delimitaban las parcelas de los difuntos. La idea de que había estado muy cerca de terminar en una de esas tumbas la asaltó de repente.

—¿Qué pasará ahora con los hijos de Pål y Rebecca? ¿Y con ellos? No pueden enterrarlos juntos, ¿no?

Él la miró sorprendido por el repentino cambio de tema.

—No lo sé. No lo he pensado. Supongo que una de las abuelas podrá hacerse cargo de los niños. Tú debes de saber más que yo. La policía te tomó declaración cuando estabas en el hospital, ¿no?

Anne se encogió de hombros.

—Fue más bien una formalidad. Los allegados necesitan saber qué ha pasado y tener respuestas. No hay nadie detenido ni imputado porque no hay nadie a quien acusar. No habrá juicio.

—De todos modos, han registrado la casa de Pål y, según Torkel, han encontrado pruebas que permiten incriminar a los otros miembros de la sociedad.

—Entonces, ¿los otros sabían que Pål había matado a Rebecca?

—Todo indica que sí. Las autopsias de las once víctimas ya están listas, así que hemos averiguado cómo murieron. Solo una persona parece haber fallecido de forma violenta por un golpe recibido en la cabeza. Las demás murieron por deshidratación.

—Así que Pål dijo la verdad… —murmuró Anne un poco para sí misma y un poco para Sven—. Supongo que podremos leer al respecto en el *Dagbladet* —añadió después.

—Sí, pero además William está preparando un pódcast de varios episodios: *La matanza de Kirseberg*.

Sven meneó la cabeza y sonrió, y ella sintió una vez más que el corazón se le llenaba de calidez con solo mirarlo.

—¿Cómo pudimos estar tan ciegos, Sven? ¿Cómo no nos dimos cuenta de que Pål Hammar era el sexto miembro de la sociedad?

—Yo también me lo he preguntado cientos de veces. No lo sé. Tenía una coartada muy sólida para esa noche. Según su declaración a la policía, había ido a recoger la bicicleta de su hijo a un polideportivo de Klagshamn bien entrada la noche. Una vez allí, se dio cuenta de que había cogido la llave equivocada e intentó meter la bicicleta en el maletero sin quitarle el candado. Un honrado ciudadano lo vio y llamó a la policía para informar de un posible robo. Entonces Pål Hammar tuvo que volver a casa a buscar la llave antes de regresar para recuperar la bicicleta.

—Pero ¿no fue así?

—No. El honrado ciudadano no era otro que Jeppe Strandelius. Después de matar a su mujer, Pål Hammar se puso en contacto con él para pedirle que llamara a la policía y dijera que acababa de tomar la matrícula de un coche implicado en el robo de una bicicleta. Así funcionaban esos tipos. Solo unas pocas personas sabían que se conocían entre sí. Pål Hammar ni siquiera aparecía en las fotos de los Cazadores de Laponia.

Anne lo corrigió.

—De hecho, sí que aparecía. En el anuario no, lo he encontrado en otras imágenes posteriores con el pelo mucho más corto y mucho más joven. Pero es él. Sin embargo, nunca llegó a recibir la boina del regimiento. Durante el último ejercicio, llamado ÖDE1, durante el cual hay que recorrer trescientos kilómetros en diez días con todo el equipo de combate a cuestas, fue incapaz de cargar con todo hasta el final y apuntó a unos de sus compañeros con un arma cargada. Lo tuvieron que recoger en helicóptero de forma humillante y no volvió nunca más.

—¿Eso te lo contó Pål?

—No, hablé con otro hombre que había servido en el mismo regimiento. Según él, Pål también había estado involucrado en un incidente anterior. Se había peleado con un tipo de Kiruna en un bar y lo había dejado muy maltrecho. La prensa escribió al respecto, pero el padre de Pål consiguió que el nombre de su hijo no figurara en el artículo. Él también tenía su historia. Dicen que también perteneció al regimiento en su época. Según el hombre con el que hablé, pasaba lo mismo con muchos de los chicos de la unidad. Era lo que se esperaba de ellos: que siguieran los pasos de sus padres. Primero tenían que ser Cazadores de Laponia y, después, estudiar en la Escuela de Economía y en el Real Instituto de Tecnología de Estocolmo. Los que superaban la última prueba recibían la boina y pasaban a formar parte del grupo. *In omnia paratus.*

—¿Qué?

—Es el lema de los Cazadores de Laponia: «Preparados para todo en todas partes».

Sven sonrió.

—Muy adecuado.

En ese momento vieron que Ali venía caminando por el aparcamiento.

—¿Nos vamos ya? —preguntó el chico.

—Sí, ahora mismo —respondió Sven—. Lisa ya está aquí con el coche. ¿Queréis que os llevemos a algún sitio?

—No, por mí no hace falta —dijo Anne—. Pero estaría bien que acercarais a Ali a la estación de autobuses.

—Por supuesto.

Lisa se bajó del coche cuando los vio a los dos y le dio a Anne un cariñoso abrazo.

—Pero ¡cuánto me alegro de verte otra vez en pie! —Señaló con un gesto la cabeza de Anne y la miró con expresión preocupada—. ¿Ha sido muy malo? Sven me ha contado algo, pero no todo.

Anne se ajustó el gorro.

—Tuve suerte. Cinco puntos y la recomendación de tomarme las cosas con más calma durante un tiempo. Pero puede que sea mejor así. —Sonrió y añadió—: Sven ha dicho que podéis acercar a Ali a la estación de autobuses. ¿Seguro que no será mucha molestia?

—Claro que no. Incluso podríamos llevarlo hasta Lövestad —intervino Sven.

Ali se acercó andando con lentitud, saludó a Lisa y volvió a meter las manos en los bolsillos.

—Puedes ir en autobús tú solo, ¿verdad, Ali? Mi padre te recogerá en la parada.

Anne lo abrazó rápidamente y le dio la mochila que llevaba colgada del hombro.

—Saluda a Hamid de mi parte. Iré pronto a visitaros. Solo me quedan unas pocas cosas por hacer.

Sven la miró.

—¿Estás segura de que no quieres que te llevemos a ningún sitio?

—Totalmente —respondió Anne mientras se ponía los guantes como para subrayarlo—. Me voy a casa. Hace un tiempo precioso y tengo cosas en las que pensar. Ayer recibí un mensaje de Klara. Quería que quedáramos para hablar.

—¿La misma Klara?

—Sí, pero ya veremos. No sé.

Notó que a Sven se le había quedado un copo de nieve enganchado en las pestañas.

—Tú no has vuelto a verla desde la fiesta de inauguración del piso de Sankt Knut, ¿verdad? ¿Cuánto hace de eso? ¿Veintisiete años? ¿Recuerdas que te pidió que le enseñaras a ponerse el *snus* en la boca y al final acabó vomitando en el sofá que habíamos comprado con nuestro primer sueldo?

Se echó a reír, pero enseguida vio la expresión de Sven. Fue como si el mundo se hubiera detenido por un instante. Era demasiado tarde. Ya no podía retirar lo que había dicho.

Lisa la miró desconcertada, primero a ella y después a Sven, como si no entendiera.

—¿Sankt Knut? Pero ¿no es allí donde viviste con aquella…?

De repente, le cambió la cara. Sven la miraba como si estuviera siendo testigo de un accidente de tráfico. Desamparado, paralizado.

—¿Sven? Me estoy sintiendo un poco tonta. ¿Anne es la chica con la que vivías en aquella época? —Se volvió hacia ella—. ¿Eres tú…?

Anne apartó la vista.

—Sven, ¿por qué no me lo habías dicho? —Lisa se giró hacia su marido con gesto suplicante, como si todavía esperara que fuera a decir algo que arreglara el mundo—. Me contaste que se llamaba Anna y que había sido tu gran amor. La que se fue a vivir al extranjero. La que… —Miró a Anne y le cambió la expresión. Se

volvió otra vez hacia Sven—. Claro. Tú siempre te marchabas cuando venían las noticias. Yo creía… Nunca lo relacioné.

Sven dio un paso hacia Lisa, pero ella retrocedió.

—Lisa, escucha. Cuando nos conocimos, yo estaba muy afectado. Ni siquiera podía hablar de ella. Y luego no me pareció importante contártelo.

—Pero aún te sigue afectando, ¿no? Todavía es relevante, casi treinta años después.

—No, es solo que…

Lisa empezó a alejarse del aparcamiento hacia los bloques de viviendas.

—¡Lisa! ¡Espera!

Sven miró a Anne, luego a Ali, que estaba esperando junto al coche, y después a su mujer, que ya se había distanciado un poco.

—Lisa, espera. ¿Adónde vas?

Cuando ella se volvió, tenía la cara transfigurada por la rabia, la desesperación y los celos.

—¡No me sigas! —exclamó, señalándolo con el dedo.

Entonces fue como si se diera cuenta de lo ridícula que estaba por haberse convertido en un tópico. Recompuso la expresión para volver a ser Lisa, la mujer de Sven, la persona serena que mantenía el control por encima del caos, los arrebatos y las discusiones. En ese mismo instante Sven la alcanzó y la abrazó.

Anne estaba como paralizada, sin saber qué hacer ni adónde ir. Habría deseado ser Lisa, que podía huir y ser perseguida por alguien que la amaba.

No quería ser espectadora del drama amoroso de terceras personas, y menos aún si eran Lisa y Sven.

Miró a Ali y se dio cuenta de que no podía dejarlo allí, junto al coche.

En ese mismo instante le sonó el teléfono.

—Perdona. Es Sally, mi hija.

—No pasa nada, Anne —repuso Ali con una sonrisa.

Y ella vio que era cierto. Allí estaba él, sereno y estable. Habían ocurrido muchas cosas en las últimas semanas. Parecía una eternidad desde que se habían visto por primera vez en la cueva bajo las vías.

El muchacho le sonrió.

—Vosotros, los suecos… Muchas emociones.

—Sí, es verdad.

Anne no sabía distinguir si estaba bromeando.

—Volverán enseguida —la tranquilizó él—. Esperaré. Además, sé cómo poner en marcha un coche sin tener la llave.

Anne arqueó las cejas.

—Es broma.

—Sí, claro. Perdona.

—Anne.

—¿Sí?

—Vete, anda.

Anne atravesó el aparcamiento y, cuando estuvo al otro lado, oyó la voz de Sally.

—¡Sally! Lo siento, estaba en medio de un asunto. Pero ya estoy contigo.

Agradecimientos

A toda la gente fantástica de Norstedts:

Håkan Bravinger, que creyó en nosotros desde el principio.

Nuestra editora, Erika Degard, sin la que nunca lo habríamos conseguido.

Nuestra correctora, Åsa Sandzén, por su meticulosidad y su mirada aguda.

Lina Sjögren y Linda Altrov Berg, que, al igual que el resto del personal de la editorial, nos han hecho sentir increíblemente cuidados y a gusto.

Mats Hassgård, por la generosidad de compartir con nosotros sus conocimientos y experiencia en materia criminalística.

Nils Norling, uno de los pocos responsables de comunicación que ayudan más que estorban.

Nils Hanson, por sus aportaciones periodísticas durante la lectura de este libro y por toda su sabiduría a lo largo de los años.

Gracias también a nuestros respectivos lugares de trabajo por concedernos un permiso especial. Y a todos los compañeros, jefes, informantes y personas poderosas que nos han servido de inspiración para crear a los diferentes personajes de este libro. No nombraremos a ninguno de ellos, así no se nos olvida nadie.

Jens:

¡Cuánto llegué a dudar! ¿Seré capaz de escribir una novela? ¿Nos llegará el dinero? ¿Y qué demonios significa «pluscuamperfecto»?

«Claro que puedes, claro que nos arreglaremos», dijo Matilda, e insistió en que hipotecáramos la casa para que yo pudiera tomarme un tiempo libre. Eso es lo que se llama «amor». No habría libro sin ti.

A mis queridos hijos, Alva, Olle y Abbe. Es cierto que no habéis contribuido al contenido del libro, pero habéis soportado un presupuesto familiar más ajustado y me habéis aguantado en casa mucho más de lo habitual.

A mis padres, por haber hecho de mí un soñador con los pies en la tierra y un adicto al trabajo al que no le gusta trabajar. A Sanna y Emma, Hjalmar y Lillan, y a todos los buenos amigos y maravillosos colegas que me han animado y ayudado en todo lo que han podido. Solo hay un miembro de la familia que realmente no se merece un agradecimiento. Siempre moqueando y de mal humor, solo quiere comer si le compramos la comida más cara y especial de la tienda, y encima exige que le demos masajes mientras come. Gracias por nada, Sessan.

Lena:

A mis hijas, Nim y Nona, mis críticas más severas, que han crecido y me han hecho crecer y nunca me dejan olvidar lo mucho que me quieren haga lo que haga.

A Fredrik, por entrar en mi vida bailando al ritmo de *Club Tropicana*, con amor y conversaciones interminables. Por leer y releer, y por enseñarme cosas nuevas, como zambullirme de cabeza no solo en el mar, sino en todos los aspectos de la vida. Me haces ser más valiente en todo.

A mis padres, mis grandes ejemplos en la vida. Sin vosotros, no habría nada. Sois las cenas en Skåne, las risas, el mar y la vida.

A Ingrid Carlberg, mi querida amiga, por su lectura atenta, por ser tan trabajadora y divertida, y por tener las mejores listas de reproducción.

Gracias también, por animarme a lo largo de los años, a David Lagercrantz, que no ha dejado de insistirme para que volviera a escribir.

Y a todos mis amigos, que hacen que Estocolmo sea mi casa sin importar en qué parte del mundo me encuentre: Magnus, Pernilla, Peter, Anna, Linda, Lars y Nea.

Jaque a la reina
Sundström y Mikkelsen

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar, escanear, distribuir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Título original: *Fristaden*

Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño
Fotografía de la cubierta: © Dave Wall / Arcangel y © 19 STUDIO, © Draftangle / Shutterstock

© Lena Sundström y Jens Mikkelsen, publicado originalmente por Norstedts, Suecia, en 2024
Publicado por acuerdo con Norstedts Agency y Casanovas & Lynch Literary Agency
© por la traducción del sueco, Claudia Conde, 2026
© Editorial Planeta, S. A., 2026
Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.edestino.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): junio de 2026

ISBN: 978-84-233-7020-7 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

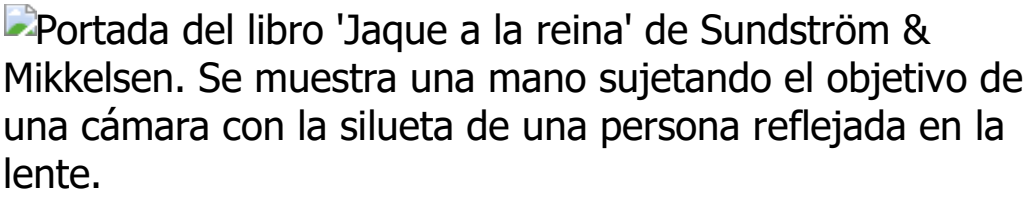

Portada del libro 'Jaque a la reina' de Sundström & Mikkelsen. Se muestra una mano sujetando el objetivo de una cámara con la silueta de una persona reflejada en la lente.

Table of Contents

Portadilla
Prólogo
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30

67
68
69
70
71
72
73
74
75
Epílogo
Agradecimientos
Créditos